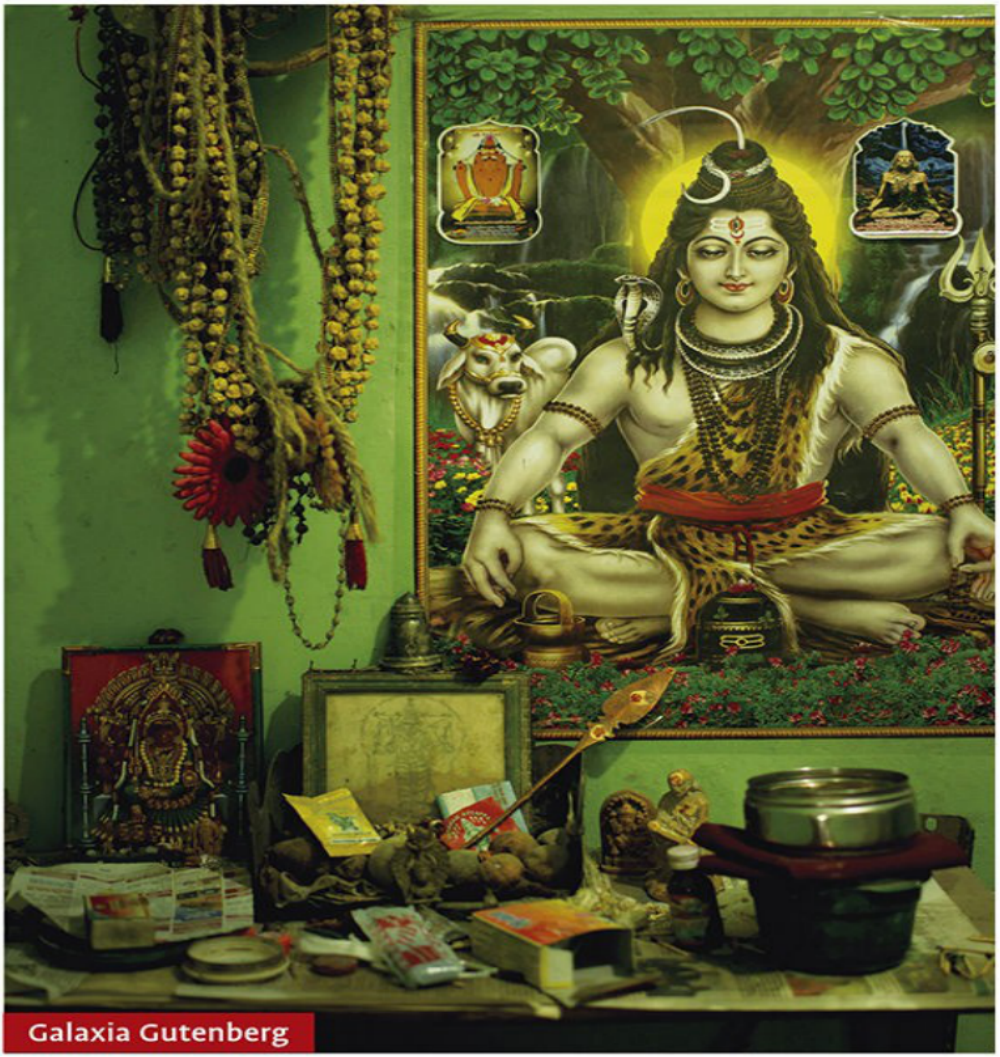
Pankaj Mishra

Corre a esconderte

Traducción del inglés de Amelia Pérez de Villar



Galaxia Gutenberg

CORRE A ESCONDERTE

PANKAJ MISHRA

Traducción del inglés de Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

© Windham Campbell Prize

PANKAJ MISHRA

(Jhansi, Uttar Pradesh, India, 1969) es ensayista y novelista. Se graduó en la Universidad de Allahabad y, más adelante, se doctoró en Literatura Inglesa por la Universidad Jawaharlal Nehru de Nueva Delhi. Es miembro de la Royal Society of Literature y en 2014, recibió el premio literario Windham-Campbell de la Universidad de Yale.

Actualmente colabora en *The New Yorker, London Review of Books, The New York Times Book Review* y *The Guardian*, entre otros. Una extensa bibliografía de reportajes, ensayos y libros de viajes le han hecho convertirse en uno de los máximos expertos de las nuevas realidades de los países asiáticos. *De las ruinas de los imperios* (Galaxia Gutenberg, 2014) ganó el premio Crossword for Best Nonfiction en 2013. En 2014, se convirtió en el primer libro de un autor no occidental en ganar el prestigioso premio alemán Leipzig Book Award for European Understanding. En 2017 Galaxia Gutenberg publicó su libro *La edad de la ira*, y, en 2020, *Fánaticos insulsos.*

Pankaj Mishra regresa a la novela para contarnos la historia de Arun, nacido en una pequeña ciudad ferroviaria de la India de la que siempre soñó con escapar. Su aceptación en el prestigioso Instituto Tecnológico de la India, gracias al inmenso sacrificio económico de sus padres de casta baja, es en apariencia el billete para dejar atrás una vida llena de crueldades y privaciones.

En el Instituto conoce a dos estudiantes de orígenes similares que, a diferencia de Arun, poseen la voluntad y la confianza para romper todas las barreras sociales. Mientras ellos, a base de esfuerzo, ambición y codicia, consiguen abrirse paso en los medios financieros de Londres y Nueva York y se adentran en el lujo económico y el

elitismo social en Occidente, Arun decide seguir su carrera de traductor literario refugiándose en un pequeño pueblo del Himalaya con su anciana madre.

Arrastrado por una relación amorosa al mundo sofisticado de la intelectualidad globalizada, Arun abandona a su madre, mientras asiste a la caída de sus amigos. Y tendrá que enfrentarse a la persona en la que él mismo se ha convertido.

Corre a esconderte es el relato del coste moral y emocional que hay que pagar para romper con los orígenes y perseguir el progreso material. Y es a la vez la historia de tantos millones de seres humanos que se niegan a permanecer en una situación de humillación en los países del llamado tercer mundo, sacudidos entre la globalización y el nacionalismo más radical.

Título de la edición original: *Run and Hide*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2022

© Pankaj Mishra, 2022
Las citas de V. S. Naipaul son de su libro *Un recodo en el río*.
Páginas 18, 67 y 109, citas de la letra de *Waqt Ne Kiya Kya Haseen Sitam*, escrita por Kaifi Azmi e interpretada por Geeta Dutt.
Página 87, cita de *Rig Veda*.
Página 113, cita de la introducción de Jean Paul Sartre a *Los condenados de la tierra*, de Frantz Fanon.
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022
Imagen de portada: © Christopher McLallen/Millenium Images

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 978-84-19075-86-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para J. H. B.

PRIMERA PARTE

1

Durante los primeros días que pasó Aseem en la cárcel yo me quedaba dormido todas las noches con una visión: voy nadando por la superficie quieta y transparente del mar. Cuando llego a una distancia considerable de la orilla me doy la vuelta y me pongo boca arriba flotando en el agua y mirando al cielo. Y entonces me abandono y me hundo.

La hilera de burbujas que provoca la respiración se va desvaneciendo; el agua me entra por la nariz y por la boca, va llenando mi cuerpo poco a poco; hasta que peso tanto que comienzo a descender en silencio y me hundo en las profundidades del azul infinito.

Me quedo dormido antes de que mi cuerpo llegue a detenerse y encuentre el descanso en el fondo enmarañado del mar.

Así me quedaba dormido de pequeño. Y si siento el impulso de hablarte de esos tiempos y de extraer del pasado los fragmentos que no incluiste en tu libro, o de exhumar recuerdos que sepulté hace tiempo, es porque presagiaban todo lo que ocurrió entre nosotros.

Seguramente adopte un tono inadecuado y me arriesgue a provocarte cierto malestar, incluso ira; pero yo también tengo algo que decir de Aseem. Mi primer amigo, mi protector en los primeros tiempos de nuestra amistad, no solo nos presentó: también me animó a ir a por ti antes de que nuestros respectivos destinos quedaran unidos de un modo tan violento como inextricable.

A Aseem, que se consideraba una especie de emblema del hombre que se inventa a sí mismo y que triunfa, le encantaba incluir a sus amigos en sus delirios de poder y gloria. De hecho, nos lo presentaba como un imperativo existencial, siempre citando a V. S. Naipaul: «El mundo es lo que es, y los seres humanos que no son nada y no se dan la oportunidad de convertirse en alguien, no tienen lugar en él».

No iba a ser fácil, solía decir Aseem, que viniendo de una clase social tan baja llegáramos a ser de esos hombres que se han hecho a sí mismos. Y entonces citaba a Chéjov: contaba que el hijo de un esclavo tiene que extraer hasta la última gota de sangre de esclavo que le

corre por las venas, hasta que un día despierta y se da cuenta de que es sangre de hombre, un hombre de verdad. Y se emocionaba mucho hablando de cuánto tendríamos que luchar por tomarnos en serio —a nosotros mismos, para empezar—, lucha que luego se convertiría en convencer a los demás de que nos tomaran en serio, una exigencia no menor.

Siempre se mostraba así de seguro y de claro. Era imposible discutir con él. Hasta ahora, en esos momentos en que miro hacia atrás, no había visto el peligro al que nunca quiso enfrentarse Aseem: que en nuestros intentos de reinventarnos, de rehacernos, de convertirnos en «hombres de verdad» por el sencillo método de perseguir nuestros deseos e impulsos más fuertes sin la guía de nuestra familia, religión o filosofía, se estrecharía la conciencia que teníamos de nosotros mismos, y las distorsiones que encerraban nuestros personajes pasarían inadvertidas hasta el día en que despertáramos y contempláramos, horrorizados, a los seres en que nos habíamos convertido.

Las señales ya estaban ahí cuando nos conocimos Aseem y yo. Nunca te lo dije en ninguna de nuestras conversaciones con Virendra y los demás, cuando estabas investigando para escribir tu libro: la primera noche que dormimos en el IIT, bien pasada la medianoche, el vocerío de unos hombres nos sacó del sueño profundo en que estábamos sumidos, el que sigue a la extenuación nerviosa; nos llevaron como se lleva al ganado a la sala de los veteranos, que estaba abarrotada de gente y donde la bruma del humo de los cigarrillos bastaba para dejarte fuera de combate, y donde un estudiante ataviado con un *lungi* que dejaba a la vista las piernas peludas gritaba «*Behenchod*» con acento tamil y nos mandó desnudarnos y ponernos en el suelo a cuatro patas.

Era Siva: corpulento, tenía una cabeza redonda y enorme, afeitada, que parecía asentarse sobre los hombros sin mediar cuello. Estaba muy furioso, o fingía estarlo, porque esa noche los tres nos habíamos librado de una buena redada de novatos.

—¡Vosotros! ¡Cabronazos! —gritaba desde la cama, donde se habían sentado algunos de sus amigos que nos miraban con expresión malvada e inquisitiva tras los cristales de las gafas—. ¿Qué pensabais, que os ibais a librar de rendirnos pleitesía? Pues de eso nada. ¿Quién coño os creéis que sois? Ahora quiero que ladréis como buenos perros, que es lo que sois.

Desde nuestra postura canina entonamos al unísono:

—Yo soy Arun Dwivedi, de Ingeniería mecánica, número 62 en el Registro Nacional.

—Yo soy Virendra Das, de Informática, número 487 en el Registro

Nacional.

—Yo soy Aseem Thakur, Ingeniero mecánico, número 187 en el Registro Nacional.

Y nos pusimos a ladrar, mientras los amigotes de Siva se partían de risa y el propio Siva emitía esa carcajada explosiva que tú escucharías muchos años después, cuando reunías materiales para tu libro, en aquellas conversaciones que había grabado el FBI y su equipo filtró a los periodistas.

Virendra, Aseem y yo nos habíamos conocido ese mismo día, un poco antes, en la residencia de estudiantes que se nos había asignado. Teníamos muchas cosas en común: en algún momento de nuestra adolescencia, cuando las calificaciones empezaron a resultar prometedoras, nuestros padres habían decidido endeudarse, escatimar en ropa y comida, y negar una educación a nuestros hermanos para que nosotros pudiéramos entrar en el Instituto Tecnológico de la India, que llamábamos IIT y, al mismo tiempo, en la senda de la redención que nos sacaría de una vida de escasez e indignidad.

Y es que muchos años después nos lo contaron: se pasaban el día esclavizados, trabajando de sol a sol para darnos una oportunidad en la vida que ellos nunca tuvieron. Nuestros dones, la memoria y la concentración, se convirtieron en un maleficio; el inmenso esfuerzo que supuso el acceso a la institución educativa más prestigiosa del país en el ramo de la ingeniería destruyó nuestra infancia, llenándola de tareas y obligaciones que no nos daban alegrías y empapándola del terror al fracaso.

Pero la larga espera había terminado, por fin: habíamos pasado los exámenes más competitivos y difíciles del mundo. La primera vez que nos vimos casi no cruzamos palabra. Abrumados al principio por nuestro logro —aquella lejana promesa de nuestra adolescencia estaba cumplida—, no tardamos en desmoralizarnos y guardar silencio al ver nuestros ideales a la cruda luz del día.

Pintura levantada, bombillas desnudas, ventiladores que chirriaban y charcos de lluvia llenos de larvas de mosquito parecían la metáfora del callejón sin salida de clase media baja en el que nos habíamos metido (en aquellos tiempos, antes de Google Imágenes, yo no sabía qué podía esperar uno de la gran puerta de acceso a la riqueza. Las paredes de nuestra habitación estaban pintadas al temple de un color amarillento; tenían las marcas de todas las cabezas aceitadas que se habían apoyado en ellas, y manchas de mosquitos aplastados. El suelo de hormigón, rugoso e irregular, tenía incrustada una mugre imposible de quitar y en la oscuridad, bajo los camastros, las capas de polvo acumuladas unas sobre otras formando una alfombra de terciopelo.

Aquel día inaugural el refectorio, con sus ventiladores en el techo que se balanceaban peligrosamente, era un remolino de padres con blazer de solapa ancha, botones dorados y gruesas hombreras que dejaban las manos apoyadas a un lado, en un desacostumbrado descanso, y madres que caminaban inseguras con sus saris de seda de Kanjivaram y Benarés y llevaban gruesas joyas de oro y el pintalabios corrido, pregonando la inexperiencia de quien nunca se pinta: gente que por fin experimentaba cierta satisfacción tras someterse ellos y someter a sus hijos a años de un miedo y una ansiedad brutales.

Flotaba en el aire el característico olor medicinal del *aftershave* de Old Spice, y el aroma sutilmente floral de los polvos de talco de Pond's, que junto a los esfuerzos por vestirse para la ocasión representaban las ganas de celebrar.

Llenaba el refectorio, de paredes de color azul ennegrecido y mesas de formica desconchadas, un olor rancio en el que las moscas volaban intentando esquivar los ventiladores, jugándose la vida.

Virendra, Aseem y yo éramos de los pocos recién llegados a los que sus padres no acompañaban en aquella ocasión: eran demasiado sensatos como para desvelar nuestros orígenes en aquel primer paso crucial del ascenso de sus hijos al estrato de la respetabilidad. El día del examen mi madre había celebrado en casa una *Satyanaraya puja* que duró todo el día, y mi padre había dejado pagado un telegrama que yo debía enviar desde Delhi en cuanto se hicieran públicos los resultados de los exámenes de acceso.

Al recibirlo, según me contó mi madre, mi padre echó a correr a la estación de tren en la que trabajaba y empezó a repartir *besan laddoos* que llevaba en una caja entre gentes que probablemente se sorprenderían ante aquel exagerado júbilo tanto como yo al conocer su transformación de animal taciturno en padre orgulloso hasta el delirio.

Cuando se puso en marcha el tren que me llevaría a mi primer semestre en el IIT de Delhi, me dijo adiós con la mano. Movió los labios, tal vez para decir algo que no fue capaz de transformar en palabras ni ese día ni nunca: que yo pertenecía ya a un mundo que a él lo había despreciado. Nunca se atrevió a ir a Delhi mientras yo estuve allí; mi madre no podía ni soñarlo. Y yo me sentía muy agradecido de que contaran con aquellos grilletes psicológicos cada vez que me los imaginaba delante de las puertas del IIT, preguntando por mí en su hindi *dehati*.

Muchos estudiantes se habrían mostrado despiadados en una situación así. Recuerdo a un bengalí de piel clara que siempre estaba alardeando de su vínculo ancestral con Rabindranath Tagore y de la conexión de su familia con Oxford, que se remontaba a mucho tiempo

atrás. Traicionado por la aparición súbita de su madre, una figurilla rechoncha y de piel oscura que se quedó acuclillada en el suelo a la puerta de su habitación, esperándole, trató de hacernos creer que era una sirvienta.

Aseem también mantenía a sus padres a distancia, dispuesto a sostener la ficción de que su padre era un importante funcionario del ferrocarril —cuando no era más que un ingeniero de grado medio— y quizá a esconder el hecho de que sus padres, que no le gustaban mucho, eran fanáticos decididos a no dejar entrar en su casa ni a musulmanes ni a *dalits*.

Aquel primer día yo estaba nervioso por algún motivo que no conseguí explicar a nadie entonces. Había visto el apellido de Virendra junto al mío en el tablón de anuncios y constatado que procedía de una familia de parias de los que desollaban a las vacas muertas, parias estrictamente intocables a los que las castas superiores no podían ni siquiera acercarse.

Unos minutos después entró en mi habitación cargado con petate verde oliva y un baúl de hojalata en el que habían escrito su nombre en hindi con pintura blanca, con unas florituras que pretendían lograr un efecto tridimensional.

Delgado y de huesos pequeños, llevaba unos pantalones campana de poliéster y una camisa azul de nailon estilo sahariana. Los zapatos, perfectamente cepillados, eran de un negro brillante, y la hebilla del cinturón —extraordinariamente ancho y también negro— simulaba dos serpientes de latón engarzadas. Tenía la nariz respingona y los ojos muy pequeños; llevaba un bigotillo perfectamente recortado como los de las películas de Raaj Kumar de los años cincuenta. Con esa combinación tenía el aspecto de estar fuera de lugar. Mientras colocaba en la mesa los libros y revistas —guías de cultura general y números atrasados de *Competition Success Review*— y depositaba con cuidado, debajo de la cama, un cepillo y una lata de betún negro para los zapatos de marca Cherry Blossom, la estancia se fue llenando de olor a aceite de coco.

Al deshacer el equipaje y con un reloj de oro de pequeño tamaño colgando ligeramente de su muñeca delgada, quedaron a la vista algunos objetos familiares que revelaban su origen de baja casta y existencia casi rural: un espejo de mano con forma de diamante, una manta de textura gruesa y un retrato enmarcado de Hanuman con una rodilla en tierra y el pecho rasgado mostrando en su interior a Ram y Sita, coronados; llevaba también varios paquetes de *noodels* Maggi y una lata de *desi ghee* para aderezar los *thalis* que servían en aquel desastre de la residencia.

Yo había logrado llegar al IIT, como suelen decirse, por mis propios méritos. Gracias a los esfuerzos de mi padre yo llevaba un

apellido de brahmán que era incuestionable, y tenía una piel mucho más clara que el resto, símbolo inequívoco de alta cuna; incluso podía lucir el *janeu* en cualquier ocasión que me obligara a llevar el torso desnudo. Pero con Virendra por allí la seguridad que me otorgaba el linaje brahmán, que tanto me había costado ganarme, empezó a parecerme muy frágil.

*

Aquella noche, desnudo en la habitación de Siva, entre la sordidez del humo de los cigarrillos, patas de pollo tiradas y botellas vacías de ron Old Monk, y con todos aquellos tíos con camisetas blancas mugrientas y gafas de gruesos cristales burlándose de nosotros, me sentí completamente expuesto.

Se había producido un corte eléctrico y por la espalda me corrían regueros de sudor, que avanzaban muy despacio hasta llegar al suelo en forma de gotas. Me corrían también por la frente, y de cuando en cuando tenía que sacudírmelas.

Fui consciente entonces de lo que supone tener un ojo ajeno mirándote fijamente. Virendra se había quitado el reloj que le colgaba de la muñeca como una pulsera —un reloj HMT de mujer, según pude observar, con una correa fina de oro falso— y lo había puesto encima de la pila que formaban su ropa, sus zapatos y su cinturón. Desde ese montón, que parecía el cuerpo de una serpiente enroscada, la esfera miraba hacia mí como si estuviera viva, con su manecilla sin parar de girar.

Siva estaba tumbado en su cama bajo un póster de Cindy Crawford sujetándose los pechos: años después despilfarraría miles de dólares en una gala benéfica celebrada en Nueva York para sentarse al lado de la supermodelo. Se masajeaba los gemelos mientras gritaba:

—¡Mira esos zapatos! Igual de negros y de brillantes que tu cara.

Hubo una pausa. Me pregunté por qué se habría puesto Virendra los zapatos de vestir para ir a la habitación de Siva en plena noche.

Siva volvió a gritar:

—¿De dónde eres, *kaalu haramzada*, cabrón renegrido?

La pregunta iba dirigida solo a uno de nosotros.

—De Mirpur, señor —respondió Virendra con una voz atiplada que provocó las carcajadas de Siva y sus amigos.

—¿Y dónde está Mirpur, *saala chamar*, paria follacuñadas?

—En Basti, señor. Distrito de Gorakhpur.

—¿Y dónde está Gorakhpur, *kaalu*…?

Y vi claramente la parada en un camino a ninguna parte: chabolas de hojalata y trapos al lado de una parada de autobús, una molienda

de caña de azúcar, que desprendía un olor nauseabundo al acercarse uno y un depósito artificial lleno de agua de un verde intenso y de jacintos flotando entre los búfalos grises y raquíticos.

—Muy bien, muy bien. Ya tenemos bastante geografía —dijo Siva —. *Gaana gao*, ¡paleto! Eres un paleto y un *saala chamar*.

Y tras una pausa brevísima Virendra comenzó a cantar, jubiloso:

—*Waqt ne kiya kya haseen sitam…*

Se produjo una explosión de carcajadas, y algún estallido menor de alegría cuando vieron que el intrépido Virendra no se detenía.

Oí que Siva decía:

—*Panditji*, por favor: facilítanos la traducción al inglés.

No podía imaginarse el alivio que representó para mí que me concediera esa designación tan honorable para los brahmanes.

—Con permiso, señor —dije mirando al suelo—. Significa «En qué hermoso momento ha llegado la venganza. Yo no soy ya el que era, y tú tampoco».

Mi voz sonó muy fuerte, demasiado. Un par de tipos empezaron a desternillarse.

—Joder, qué cancioncita más deprimente —dijo Siva, desencadenando más carcajadas—. Muy bien, muy bien. Ya basta de cánticos, *kaalu chamar. Ab chalo, Panditji ki gaand saaf karo*.

Con ese acento, su cruel orden sonó como si estuviera pidiendo al camarero más chili para el *thali*.

Sus amigos se partían de risa, y se me ocurrió que podían, incluso, estar riéndose de su forma de hablar hindi, que sonaba igual que ese acento tan cómico del sur que utilizan en las películas de Bollywood.

Hubo una pausa. Siva se sacó del bolsillo un pañuelo blanco doblado y se limpió la cara redonda; terminó frotándose la punta de la nariz como si fuera a sacarle brillo.

Yo estaba absorto en esos gestos cuando dijo que Virendra solo podría mejorar su karma y evitar reencarnarse en un *dalit* lamiendo bien el ano de un brahmán, y Aseen podría aspirar a ascender de kshatriya a brahmán haciéndose una paja mientras contemplaba el espectáculo.

*

Tú habrías sacado más partido a esta escena que Aseem, que la puso en su última novela. Me di cuenta de que el manuscrito, encuadernado en espiral, se había quedado sin leer en la pila de libros que había en Londres, en tu lado de la cama. Un día lo abrí y rápidamente volví a enterrarlo abajo del todo de la pila. El personaje que ponía la nota de interés en los amoríos de la novela —una joven

periodista de origen musulmán, clase alta, educada en una universidad de la Ivy League, que no bebe agua si no está hervida o filtrada y que fuma cuando está nerviosa— estaba inspirada en ti, al menos en parte.

Aseem demostró más imaginación con el protagonista masculino, un estudiante *dalit* inspirado en Virendra. Quería mostrar, con un estilo crudo social realista, la degradación de los hindúes de casta inferior. Y para conseguirlo, en su versión de nuestro primer día en el IIT nos convirtió a todos en *dalits*, transponiendo la escena del IIT de Delhi a una facultad de medicina de Ranchi.

El estudiante *dalit* inspirado en Virendra se convirtió en víctima de una violación; sus acosadores, medio ocultos tras el velo flotante del humo de *beedi*, eran todos pueblerinos de Bihar, de casta superior y seriamente crueles. Y Aseem, en deferencia a un espíritu de tendencia izquierdista, convirtió a Virendra en ideólogo maoísta y carismático portavoz de un grupo guerrillero que combatía contra las corporaciones mineras de la India Central y sus ejércitos de mercenarios.

Virendra, como bien sabes, siguió un camino bastante diferente cuando salió del IIT. Pero la exagerada discusión de la atrocidad de que fue víctima no pecaba contra la verosimilitud.

Tú eras muy joven entonces, y probablemente no sabes lo habituales que eran, mucho más que en la actualidad, los linchamientos y violaciones de *dalits* en la oscuridad de las aldeas y pueblos de los que procedíamos nosotros.

Los políticos que prometían más respeto hacia los hindúes de castas bajas y más actuaciones que les permitieran reafirmarse no eran muy destacados en aquellos tiempos. Hasta entonces, todo hindú bien nacido podía atormentar a quienes competían con él por un ascenso social, sin miedo a las represalias ni a las acciones violentas. Y Siva siempre podía aducir, en el improbable caso de que los administradores del IIT le interrogaran, que lo único que estaba haciendo era participar en un rito de iniciación al que se sometía a todos los estudiantes recién llegados.

—¡Vamos, vamos, *kaalu chamar. Aage bhado, Panditji* está esperando! —gritó.

—¡Eh, *Sai baba*! —dijo dirigiéndose a Aseem, a quien había ordenado arrodillarse desnudo detrás de Virendra—. ¿A qué estás esperando? Ten la bondad de ponerte manos a la obra con esa joya de la corona que tienes entre las piernas.

Luego se giró de repente:

—Y tú, *Panditji*, quita esa cara de pena —dijo dirigiéndose a mí—. Quiero que parezcas feliz en este acto de purificación de tu órgano esencial.

Sus amigos comenzaron a reírse más fuerte, y Siva volvió a sacar el pañuelo blanco para secarse la cara y abrillantarse la nariz.

Virendra no mostró desobediencia. Sin parar un instante le sentía a mis espaldas, desplazándose como un cangrejo, con su bigotillo fino e hirsuto que se me clavaba en las nalgas; me iba dejando un rastro húmedo en la piel con la lengua furtiva. Yo intentaba cumplir la orden de Siva de fingir alegría, pero no sabía dónde mirar: si hacia abajo, al suelo áspero y rugoso desde donde me observaba el ojo implacable del reloj de Virendra, o hacia arriba, a las caras que miraban, alborotadoras, desde debajo de los pechos de Cindy Crawford, dos de las cuales mascaban chicle con frenesí mientras Siva gritaba:

—¡Más rápido! ¡Más rápido! *Behenchod*, cabrón *kaalu*.

Tras cuatro horas así, salpicadas de gritos ensordecedores que helaban la médula, procedentes de cualquier parte de la residencia donde otros novatos se estaban sometiendo a un ritual de humillación similar, regresamos a nuestra habitación.

Siva parecía estar muy orgulloso del ritual de su creación, y nuestro suplicio tuvo lugar en su habitación durante unas cuantas noches más. Llegué a aprenderme de memoria el póster de Cindy Crawford: cómo lo sujetaban las chinchetas, que se habían oxidado, y cómo se doblaban hacia dentro los bordes morbosos, revelando la escayola raspada de la pared. Llegué a reconocer los pañuelos de Siva, con su exquisito remate de encaje. Y aún hoy recuerdo el olor del ron barato y la imagen de una placa eléctrica roñosa con los cables pelados, o un colador de plástico para el té que languidecía en un cazo abollado, en un rincón. No pude olvidar en mucho tiempo la hormiga que me recorrió a toda prisa las rodillas antes de que Virendra, silencioso pero frenético, detrás de mí, la aplastara contra el suelo e hiciera volar su cadáver dándole una toba.

Se me levantó la piel de las rodillas y los codos; los ojos me picaban por el humo de los cigarrillos y la falta de sueño, y durante semanas, después de aquello, las nalgas se me tensaban y destensaban solas, al rememorar la lengua de Virendra. Aseem se quejó durante semanas de que le escocía el pene y le sangraba el prepucio.

Pero el cuerpo frágil de Virendra sufrió un daño mucho mayor.

A veces oía sollozos sofocados al otro lado del dormitorio, y en una ocasión oí decir a Aseem, refiriéndose a Siva, «¡Menudo *rakshas*!». Cualquier expresión de comprensión o compañerismo entre nosotros habría resultado superflua, por lo que nunca lo manifestamos.

Esto a ti te podrá sorprender, pero entonces no había nada en nuestras vidas que nos hiciera esperar la menor amabilidad de los desconocidos. En la novela de Aseem la atrocidad que se comete con

los estudiantes *dalit* cataliza la radical conciencia política de los muchachos. En realidad, ninguno de nosotros podía sustraerse a las posiciones que se nos habían asignado en el orden piramidal, ni quería hacerlo.

Al fin y al cabo los de la casta de Virendra tenían sus propios intocables, gente a la que aterrorizar y reprimir. Al año siguiente nos tocaría a nosotros estar donde entonces estaban Siva y sus amigos para supervisar la degradación de otra hornada de novatos.

Y entonces supimos que lo que nos esperaba en el futuro, si nos manteníamos imperturbables mientras sufríamos e infligíamos atrocidades, era la entrada en el club de la casta más elevada: la de la gente que nunca se tiene que preocupar por el dinero.

Nuestros hábitos de supervivencia se habían forjado en la más tierna infancia, poco después de iniciarnos en los larguísimos preparativos para entrar en el IIT. Sabíamos que no teníamos elección: lo único que podíamos hacer era reservar nuestras fuerzas, mantenernos indiferentes a todo sufrimiento personal y a cualquier acto de deshonor al menos hasta que la cumbre de la seguridad pareciera encontrarse a nuestro alcance. Y sabíamos, también, que los cuatro años del IIT serían la parte más dura del ascenso.

Aun así, durante cuatro meses después de aquella primera noche —mucho después de que Siva hubiera dejado de convocarnos a su dormitorio y empezara a parecer menos demonio y más genio de la informática y figura de extravagante generosidad, libre de comentar lo que quisiera a todo hijo de vecino, y los rasgos desdibujados de su enorme cabeza redonda quedaran fijos en una expresión de solidez y amabilidad—, cada vez que iba a abrir la puerta de mi dormitorio me asaltaba el temor de encontrarme el cuerpecillo de Virendra colgando laxo del ventilador del techo.

Los suicidios eran habituales en las facultades de ingeniería y medicina. Virendra resultó ser una de esas personas para las que la humillación es un lujo que no pueden permitirse. Cuando yo abría la puerta, esperando encontrarme con su supuesto cadáver, le veía casi siempre en su escritorio, inclinado sobre las tareas de Procesos de fabricación, los test prácticos de GRE[1] o un ejemplar de *Competition Success Review*, bajo el retrato de Hanuman, con el pecho abierto y rodeado de guirnaldas, en la pared.

Tenía en la cara una expresión tensa, casi obstinada, como si el peso de esa voluntad impersonal de triunfar se hubiera marcado más a fondo.

Había asistido a las clases preparatorias para los exámenes de acceso al IIT durante mucho más tiempo que nosotros. Había pasado por los pelos, pero estaba decidido a seguir luchando un trimestre tras otro para subir su media en las calificaciones. Sostenía la pluma con el

puño apretado y la clavaba en el papel como si fuera un arma que blandía en una guerra sin piedad para el vencido, en la que el fracaso suponía la expulsión y el regreso a casa: la habitación en el *basti* donde los cochinillos y los perros escuálidos hozaban en los montones de basura y las ovejas negras, esqueléticas, se frotaban contra una bomba de agua oxidada.

Se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas y actitud resuelta, frotando los zapatos con un cepillo o masajeándose la cabeza con aceite de coco mientras sujetaba en la otra mano el espejo con forma de rombo (que se había roto unos meses antes, con lo que ahora se le veía la cabeza partida en dos mitades desiguales), o lavándose el torso con jabón Lifebuoy en la ducha. Cuando tomaba notas en una clase tras otra o leía, tumbado de costado, la *Enciclopedia de Manorama* mientras se rascaba los sabañones en aquella habitación tan húmeda, era la imagen misma del afán agónico de quien vacila al borde de la incomprensión.

Indiferente a las pequeñas alegrías de la mayoría de los estudiantes —los grupos de rock, los concursos de carrom[2] o pimpón, los debates y concursos de preguntas y respuestas, o simplemente mirar a las chicas en los conciertos de SPIC MACAY[3] o en el cine Priya— lo único que le distraía era un ejemplar muy viejo de *Playboy* con Kim Bassinger en la portada que una noche Aseem, torturado por las chinches, había escondido bajo el colchón.

2

Pasó un año. Durante el nuevo semestre la residencia se llenó primero de novatos con aspecto inquieto por los primeros frutos de su esfuerzo, y después de sonidos, los sonidos de su rito iniciático: aullidos ante los abusos excesivos, coros de bromas infligidas contra sí mismos, gritos de hilaridad y de dolor.

A Virendra y Aseem les habían asignado habitaciones distintas, pero seguíamos estando todos en la misma ala. Un día, al pasar por la de Virendra y sentir aquel aroma familiar del aceite de coco, vi una pirámide de jóvenes desnudos que se alzaba vacilante. Virendra estaba tumbado en la cama con su *baniyan* Sandoz, debajo del cartel de Hanuman, con las manos entrelazadas en la nuca y moviendo los dedos de los pies.

No le había visto sonreír en todos esos meses, y cuando le vi me sorprendió esa clase de abandono con el que solía expresar su felicidad. Echó la cabeza hacia atrás; por debajo de su cama asomaban las puntas de sus zapatos negros y brillantes y él soltaba una risita o una carcajada cada vez que se bamboleaban un poco las carnes desnudas de los muchachos.

Cuando la pila vacilante de acróbatas se derrumbó, provocando una melé de brazos y piernas, tuve la impresión de que le atenazaba la garganta una punzada de júbilo. Se sujetaba el cuello como si estuviera amordazado.

Poco después, esa misma tarde, vi a Virendra caminando por el pasillo con los ojos todavía vidriosos por el esfuerzo del estudio; llevaba el *Playboy* enrollado de tal modo que Kim Bassinger quedara dentro. Yo volvía del lavabo, y sabía que él tendría que perseguir y alcanzar el éxtasis antes de quedar aplastado por el olor a fenilo y la visión de los excrementos: zurullos que otros estudiantes, habituados a las letrinas que tenían en casa y que ahora tenían que usar en cuclillas, habían dejado abandonados por su mala puntería.

Yo había querido guardar las distancias con Virendra cuando era una víctima, pero cuando descubrió la voluntad de poder sentí gran aversión por él. Para evitarlo tuve que aprender a ignorar su risa, que

vista de cerca revelaba la ausencia de algunas muelas de atrás. Tuve que aprender a soportar la visión de su bigote retro y su cabello aceitoso.

No fue fácil. A fin de cuentas, lo que yo estaba intentando anular era la autoconciencia que despertaba en mí.

El año pasado, en Londres, cuando dijiste «Me conmueve tanto Virendra… A pesar de todo. De todos los tipos del IIT que aparecerán en mi libro es el más amable», recuerdo haber pensado que a pesar de tus esfuerzos te habías perdido una parte fundamental de nuestras vidas: la forma en que la degradación a la que nos vimos sometidos había moldeado nuestro carácter de manera imperceptible, sembrando las semillas de pasiones diversas: un sueño de gloria terrenal unido a un deseo de escondernos del mundo.

Tú acababas de llegar de entrevistar a Virendra, que estaba en una cárcel de Massachusetts, y me contaste lo que te había dicho:

—Me dijo que los carceleros le trataban horriblemente mal. Y sin embargo él seguía siendo tan amable y paciente, tan generoso con su tiempo… Me proporcionó todos esos pequeños detalles que contribuyen a construir una historia.

Y mencionaste algunos de esos detalles que estabas incluyendo en tu libro, tu «historia secreta de la globalización», y yo volví a oír después de mucho tiempo el nombre (¡Genial!) del mejor curso por correspondencia del IIT-JEE durante los años ochenta. Después de mucho tiempo rememoré la diminuta tienda de artículos de papelería de Delhi con sus vitrinas de cristal resquebrajado, donde un hombre regordete ataviado con un *baniyan* mugriento que dejaba al descubierto los brazos fofos fotocopiaba ilegalmente la mayor parte de los materiales de estudio. Y el instituto preparatorio, el Agrawal Study Circle, al que enviaban a sus hijos adolescentes los padres angustiados de todo Bihar y Uttar Pradesh.

—Virendra me habló incluso —dijiste— de todas esas siglas con las que creció, y escribió con enorme paciencia las que yo desconocía.

Yo temblé por dentro al escuchar todas aquellas abreviaturas que nos habían esclavizado durante la juventud: IIT-JEE, CGPA, DR, IIM, CAT, IMS, GRE, GMAT. Y qué extraño me resultó ver salir la *Geometría del plano* y los *Elementos de geometría coordinada* de S. L. Loney y los *Problemas de física general* de Igor Irodov, que son Biblia y Bhagavad Gita de todos los aspirantes al IIT, de una caja de Amazon, una mañana en Londres.

Tú te reíste cuando, al desembalar otra caja, yo dije:

—¿De verdad vas a leer a Resnick, Halliday y Walker, a Sears y Zemansky?

No lo hiciste, por supuesto, pero sí leíste todo lo que pudiste

encontrar sobre nuestro dios: Rajat Gupta, exalumno del IIT Delhi, que fue el primer doctor en Medicina nacido en el extranjero que trabajó en McKinsey & Company y modelo e inspiración para muchos estudiantes que querían ir a Estados Unidos. Entrevistaste a todos nuestros profesores del IIT, esos maravillosos hombres y mujeres que nos hablaban de un modo increíble y con respeto, y que después de las primeras noches nos habían hecho sentirnos afortunados por estar entre los elegidos del país. Leíste todas las transcripciones, larguísimas, de conversaciones entre Siva, Virendra y otros magos de las finanzas de nuestra generación que fueron al IIT; viajaste a las empresas donde trabajaron y a los patios de su recreo, desde Nueva York a Toscana y la isla de Borneo. Entrevistaste prácticamente a todos aquellos que se habían encontrado en su búsqueda de riqueza y sexo, llenando hasta los topes Evernote y Dropbox y varias carpetas de cartón con notas de conversaciones, reportajes de prensa, declaraciones escaneadas y descargas de vídeos.

Hasta Aseem, que siempre fue seriamente egocéntrico cuando evaluaba a sus colegas escritores, dijo una vez: «No tengo la menor idea de si Alia es capaz de escribir, pero como investigadora es extraordinaria».

También conociste, por un hilo de Twitter que todos los días aparecía lleno de ingeniosas amenazas de violación, una crisis más profunda. «Hay en la India una generación entera, tal vez dos, de hombres completamente jodidos», decías siempre, «gente que no ha tenido nunca una brújula moral».

Yo ahora pienso que esto es incuestionable: la libertad, para demasiados hombres como nosotros, representaba el poder de profanar valores e ideales que guían la mayor parte de las vidas humanas. Pero desde que te conocí he aprendido mucho de la crueldad y la opresión de lo que sigue siendo, de un modo aún más insidioso que antes, un mundo de hombres.

Pero mientras mi hombría irreflexiva no me permitía reconocer algunas verdades fundamentales, tu ventaja —heredada— en materia de educación, clase y riqueza te impedían ver el pánico y la incoherencia que son propios de los hombres que se hacen a sí mismos. Cómo pasan la vida, temiendo el colapso y la exposición.

Explorar las condiciones que les moldearon podría haber completado la historia que querías contar en tu libro. No estabas segura de si nuestras experiencias anteriores al IIT tenían algún valor aclaratorio. «Esa obsesión por la historia personal, esa convicción de que puede explicar perfectamente quién eres y lo que has hecho… es tan estadounidense. Como si se nos negara la opción de liberarnos de ella…»

Pues dado lo que pasó y cuáles eran mis opciones, lo único que

puedo hacer es compartir tu ambivalencia, tu negativa a descartar el principio del libre albedrío. En muchos aspectos me siento tan culpable como Aseem o Virendra.

Tengo que seguir escribiendo sobre las circunstancias y los modelos de nuestras vidas actuales: de un modo algo enrevesado, porque es la única manera de llegar a la verdad. En cierto modo estas son las memorias que hace tiempo me animabas a escribir, una continuación de tu propia lucha por entender a hombres como Virendra. A ti te debo muchas revelaciones, todo lo que no fui capaz de ver hasta que te conocí, y aunque llega tarde y tal vez no quieras leerlo, puede que me dé cuenta, como me ocurrió cuando estaba contigo, que he pasado por alto o he reprimido muchos compartimentos de mi vida, cosas que enterré en lo más hondo de mí y que no entiendo, pero siempre he temido.

Entraste en nuestras vidas mucho después de que hubiéramos conseguido disimular lo que éramos. «No hay que mirar atrás», decía Aseem muchas veces, «siempre adelante: tenemos que responsabilizarnos de nuestra propia vida, y no dejar que nuestro pasado se imponga».

Y entonces citaba una frase de *Un recodo en el río* sobre la necesidad de «pisotear el pasado», y la relativa facilidad con la que era posible llegar a esa destrucción creativa. Recitaba de memoria las palabras de Naipaul: «Al principio es como pisotear un jardín. Al final, no haces más que caminar por el suelo».

No tardamos en perdernos, porque nos negamos a hacer frente a nuestra experiencia e incluso a escondernos de ella. Virendra nunca habló de sus primeros años, y durante mucho tiempo Aseem evitó el tema más o menos por la misma razón. Las marcas que se nos habían grabado a fuego en aquellos tiempos nunca habían llegado a cicatrizar del todo, y solo un masoquista las habría rascado por voluntad propia.

Comenzó a proclamar sus orígenes humildes no hace mucho, después de 2014, cuando Narendra Modi mostró triunfante sus crueles carencias y privaciones —y las de cientos de millones de indios ofendidos e insultados— frente a derechos sin límite de la élite anglófona. Aseem aprendió de Modi que la desgracia de nacer débil e ignorante y crecer avergonzado era algo obsoleto, y que en la sociedad de la meritocracia que entonces estaba emergiendo en la India uno podía airear sus comienzos rurales, de baja casta y de clase modesta y rentabilizarlos del mismo modo que el hombre hecho a sí mismo estadounidense pregonaba sus orígenes en cabañas de leña, granjas de maní y las comunidades judías del Este de Europa.

Pero si miro hacia atrás y observo nuestras desventajas puedo identificar al menos una de sus fuentes: la desesperación de librarse de

un pasado ignominioso que parecía estar siempre agazapado en casa, esperándonos, amenazador, dispuesto a reclamarnos.

Dos años antes de entrar en el IIT y dejar para siempre el hogar de mi niñez, asistí a unas clases preparatorias en Delhi. Igual que Aseem y Virendra, siempre volvía a casa temiendo, cada vez más, lo que me encontraría allí.

Aquellas escenas de los ochenta en las que se encuentran las claves de nuestra conducta posterior son angustiosamente vívidas. El tren que sale de la estación de Old Delhi y que circula echando humo y chirriando con obstinación por las llanuras del Punjab y Haryana, llega a Deoli a las cinco de la mañana más o menos. Durante toda la noche los andenes estrechos y sin techado pasan a la velocidad del rayo por las ventanas de mi vagón de segunda, que no requiere reserva; el viento que se cuela por entre las rejas me lanza a la cara el polvo del carbón. Al pararse el tren veo una estación, apenas iluminada, por donde merodean los *coolies*, siempre de dos en dos, dispuestos a abordar a los pocos pasajeros que se apean, prestos a enrollarse las bufandas formando una almohadilla circular en la cabeza y esperar que caiga un baúl metálico sobre el improvisado cojín antes de adentrarse con pasitos cortos en la oscuridad de la noche.

De algún sitio llega el traqueteo de una carretilla de hierro, y el clonc-clonc y el dong-dong de un martillo poniendo a prueba las ruedas. Junto a la ventana pasa gente sospechosa a la que nunca volveremos a ver. Uno de ellos se gira un poco: solo quiere lanzar al suelo un tremendo escupitajo con restos de *paan*.

Luego, tras unos cuantos siseos, el vagón se aleja tambaleándose y pasa junto al guardavía, que sostiene una linterna, con una expresión maligna en la cara visible a la luz verde y temblorosa, y un pequeño edificio que aloja una hilera de palancas. El tren se balancea suavemente al cambiar de vía; las escasas luces se hacen más pequeñas, y la noche inmensa que veo desde mi ventana sigue su curso… Pero no por mucho tiempo.

Voy sentado en un banco de madera con el respaldo recto, encajado entre un montón de gente y observando a una fila de personas más o menos igual de tensas que van en el banco de enfrente dando cabezadas: luego se estiran, sobresaltados, y se vuelven a dejar caer. En la litera que tengo sobre la cabeza, expuesta a la luz amarillenta y débil del farol, se puede ver un revoltijo de cuerpos medio adormilados con la boca entreabierta como los peces.

Alguna vez yo también doy una cabezada, pero el tren pita con una melancolía estridente, traquetea sobre un paso a nivel, ruge al entrar en un túnel, la cortinilla de metal comienza a chocar contra el marco

de la ventana o el hombre que va sentado a mi lado, todo encorvado y roncando suavemente, con su enorme nariz emitiendo suaves sonidos y del que brotan efluvios de sudor rancio, se cae, de pronto, en mi regazo.

Todo el cuerpo se me tensa. Necesito estirar las piernas y poner los pies en alto. Y en ese estado de inmovilidad empiezo a convencerme de que la felicidad siempre será algo que está fuera de mi alcance.

Deoli no tiene un patio de maniobras del que valga la pena hablar, solo unos cuantos vagones y coches y locomotoras que ya no se usan y que forman una especie de desguace en un par de vías muertas. Hay un andén con un pequeño tejado, y debajo una construcción de piedra pintada de rayas marrones y blancas. Dentro está la oficina del jefe de estación y un quiosco donde mi padre vende té, samosas, rebanadas de pan blanco, galletas, huevos duros, *paan* y cigarrillos.

Cuando amanece aparecen por todas partes hombres y mujeres dormidos en el suelo manchado de *paan*, vestidos de blanco de la cabeza a los pies, de blanco, que siempre llama la atención porque es el color de la muerte y del luto, bajo los ventiladores que giran con urgencia.

Imagíname a mí, despertando en este refugio de los desposeídos, caminando entre montones blancos, anónimos, pasando junto a perros que empiezan a despertarse y a gemir, atravesando un patio embarrado lleno de *tongas, rickshaws* de pedales y carros de bueyes, y un montón de basura que las vacas descarriadas se atreven a saquear tímidamente, moviendo de vez en cuando una pezuña, con la piel temblorosa.

En un callejón estrecho y sucio se levantan los barracones de los trabajadores ferroviarios; tienen las paredes llenas de mierda seca de vaca, y en los pequeños patios que hay delante de cada vivienda se acumulan restos de muebles rotos, desperdigados. Bajo las cuerdas de tender, cargadas de ropa recién lavada —camisas en forma de crucifijo con las mangas chorreando, saris que han retorcido para escurrir y que parecen serpientes pitón—, unos pollos esqueléticos rascan la tierra. Solo una fila ocasional de plantas de *tulsi* en latas viejas de Dalda transmiten un cierto gusto por el orden y la vanidad de la posesión.

A esa hora de la mañana suben hacia el cielo azul finas columnas de humo de los fuegos ya prendidos para cocinar en los *angeethis*. En nuestro pequeño patio hay una vaca rumiando bajo un rudimentario cobertizo con tejado de paja, sobre el estiércol fresco lleno de moscas del color verde del carbúnculo. Está atada a una barra de hierro para que no pueda llegar al huerto de coles y tomates, ni a la olla negra que está encima del brasero donde mi madre cocina, todas las

mañanas y todas las tardes, acuclillada en la diminuta terraza que se forma por el saledizo del tejado, con el *aanchal* de su sari extendido por el suelo.

Vivimos en una pequeña *kothri* con las paredes pintadas de beige y dos ventanas, altas y estrechas, que miran hacia el patio entornando los ojos sin pestañas. No hay ningún mueble, aparte de un baúl de hierro en un rincón y una pila de colchones de fibra de coco muy áspera sobre el suelo rojo de hormigón. Una de las paredes tiene unos huecos pintados de verde que hacen de vasares, con vasos esmaltados, bandejas de acero y cuatro tazas de porcelana.

La vajilla blanca tiene grabada una locomotora de vapor con el lema nacional de la India, *Satyamev Jayate* («Solo la verdad triunfa»): el único artículo de lujo que hay en la habitación; se conserva con celo porque lo robaron a los Ferrocarriles de la India cuando mi padre empezó a trabajar allí.

Junto a los vasares hay un clavo en la pared del que cuelga una bolsa tricotada. En un rincón, una pila de cobre, junto a una escoba de mango corto. El polvo se pega a las molduras de las puertas; ha convertido en pequeñas sogas las telarañas que cuelgan de los recovecos del techo galvanizado, desnudo, y de las palas gris mugriento del ventilador del techo. Cuando termina la temporada del monzón crece una capa verde de moho en las paredes; la sala es tan fría y mohosa en invierno como cálida y húmeda en verano.

En esa *kothri* —donde tengo la sensación de haber vivido una eternidad— es imposible imaginar un futuro diferente. Todas las noches, después de cenar, se distribuyen por el suelo de la vivienda tres colchones, donde dormimos los cuatro. No es posible moverse por la habitación sin pisar una figura yacente o tropezar con ella. Hay que mirar muy bien para dar con un espacio vacío y, una vez que has puesto un pie en él, hay que buscar de nuevo un hueco para poner el otro.

La topografía de mi vecindario es igual de agobiante. Al final del callejón hay un templo de Shiva blanco apoyado en un *neem* polvoriento, un pequeño altar con un *lingam* en el centro de un loto de hormigón y unas cortinas de seda amarilla que siempre están húmedas y negras de hormigas y de moscas. Aquí vive una figura ambigua de mi niñez, un *pujari* con la cara gris por el rastro de barba, envuelto de arriba abajo en una tela de color azafrán, hasta la cabeza, que cubre con lo que parece una gorra de bufón, con orejeras.

Este sacerdote me invitó en una ocasión a ver el altar. Yo tenía doce años. Me ofreció un *prasad* de *batashas* muy azucarados y yo me di cuenta de que tenía un aspecto aún más amenazador con la cabeza descubierta. Se quitó la gorra y se arrodilló, y empezó a frotarme el

pene. Yo olía la pasta de sándalo que llevaba en la frente y veía el ostentoso distintivo de su casta, la *chutki* brahmánica, y un mechón de pelo muy largo, humedecido con aceite, que sobresalía de la nuca brillante.

El hombre tiene un asno que utiliza para su segundo oficio, el de transportista de equipajes, y apalea sin piedad al animal con un *lathi* cuando se niega a moverse. Los golpes suenan duros y secos en las costillas desnudas y en las patas; el *lathi* rebota en los huesos del asno, y a veces la pobre bestia se dobla bajo los golpes. El sacerdote jadea con fuerza entre uno y otro azote que deja caer, rítmicamente, con los dientes apretados; al final, cuando el burro se estira y suelta un par de bufidos indiferentes, casi parece que el derrotado es el sacerdote, ante la recia solidez y la resiliencia del animal.

Su deber, me dice a menudo mientras se tira de la barba canosa, es hacer que mi *lingam* crezca, poco a poco, hasta que sea tan grande como el de Shiva. Yo normalmente salgo corriendo hacia el río una vez que termina el acto, sorprendentemente placentero y vagamente pecaminoso, a la sombra húmeda y pegajosa del *lingam*; y llego a aprenderme de memoria el camino estrecho y lleno de baches que llega hasta la acequia y discurre paralelo a los raíles negros, sobre parches de hierba agostada y sin segar y helechos que se mecen suavemente, pequeñas pirámides de piedra blanca para empedrar la carretera y postes de telégrafo cuya madera se va pelando, formando capas grisáceas.

Todavía recuerdo esa sensación de desmayo que sentía dentro cuando bajaba cauteloso hacia el agua, saltando los montones diseminados de excrementos, hasta la orilla estrecha y llena de guijarros donde los remolinos anuncian profundidades tenebrosas.

La única carretera pavimentada que hay en los alrededores, una fina tira de asfalto entre dos senderos de tierra que han quedado reducidos a un polvo fino, triturados por las ruedas de los carros de bueyes, lleva a mi antigua escuela de primaria. En ese pequeño edificio de ladrillo visto, con tres habitaciones, hay dos maestros de *khadi* inmaculado que todas las mañanas revisan las cabezas de los alumnos para ver si tienen piojos, y emplean las reglas en lugar de sus propias uñas cuando se trata de los dos *dalits* que hay en clase, antes de permitirles sentarse sobre la arcilla rojiza con sus pizarras negras y sus tizas.

Unos cientos de metros más allá por esa misma carretera —un sendero negro e irregular que atraviesa el polvo—, pasando junto a unos puestos de madera con caña de azúcar recién cortada y una máquina para exprimir el jugo y verterlo en unos vasos gruesos, grises y sucios, hay un pueblo blanco y ocre de callejones estrechos,

alcantarillas abiertas y negras y muchos perros parias, de esos que reciben tantos puntapiés y pedradas que meten el rabo entre las patas y huyen hasta de los que les dan comida, que no son muchos.

El pueblo tiene tiendas, un cine, varios templos e incluso una mezquita, con el taraceado de mármol arrancado por los saqueadores y la cúpula de arenisca rosada manchada de excrementos de paloma. De este conglomerado informe surge, a veces, la llamada nasal del *maulvi*, el estallido metálico e irrisorio de las trompetas en los desfiles nupciales y el sonido de un altavoz: un *tongawallah* que anuncia las atracciones del único cine del pueblo.

El sonido de los cascos está cada vez más cerca, y yo oigo restallar un látigo y salgo a ver los carteles con imágenes pintorescas colgados en el *tonga*: imágenes de hombres con largas patillas que aprietan los dientes y se apuntan unos a otros con rifles desmesurados sobre un fondo de rascacielos que explotan, y mujeres con vestidos sin manga y faldas con aberturas, o con saris blancos y extraordinariamente finos, bajo unas cataratas, mostrando los hombros y los brazos desnudos o, en ocasiones, con más osadía, las piernas.

Nosotros, que estamos solo a una generación de distancia de la larguísima era agraria, vivimos apegados a la tierra, obligados por nuestros escasos medios a llevar a cabo prácticas que hoy se recibirían con gozo por considerarse ecológicas. Las verduras que no se cultivan en el propio huerto se compran en el *mandi* local, en bolsas fabricadas con periódicos en hindi cuyas arrugas alisaba yo para poder leerlos, cambiándolos de posición para averiguar las palabras medio borrosas. Las vacas que tenemos en el patio nos dan leche, queso, manteca, *ghee*, cuajada y estiércol, y comen mondas de verduras y sobras.

Todo el alimento es orgánico, porque es imposible costear los fertilizantes; y está recién hecho, porque no tenemos frigorífico. En Delhi yo he empezado a usar dentífrico de Vicco Vajradanti, pero los cepillos de dientes de casa siguen siendo de *neem*, ramas de hibisco que partimos, aplastamos un extremo y con eso nos frotamos los dientes; luego partes la rama por la mitad y te rascas la lengua con los trozos. El *angeethi* se llena con carbón robado del patio de maniobras del ferrocarril; los utensilios de cocina se frotan luego con las cenizas. El agua, que sacamos en cubos de cobre de una bomba de mano que tenemos cerca, está estrictamente racionada, pero los baños al aire libre, cubo mediante, y el lavado de la ropa convierten el patio en una masa negra grisácea y pantanosa.

Yo tengo que bañarme para poder quitarme el fino polvo del carbón —y el olor del carbón quemado— del pelo y de la piel. Pero me alegro de haber utilizado el retrete del tren, aunque haya tenido que abrirme camino entre el vagón atestado de gente para

acuclillarme sobre un agujero asqueroso y rugiente que hay en el suelo; y es que la letrina compartida que tenemos en la garita que da a la parte trasera de los barracones es un ataque para los sentidos, en exceso truculento y generalizado, así que tenemos que aliviarnos al aire libre, en la orilla del *nullah*, junto a los pequeños guijarros por donde si uno mira atentamente verá discurrir el agua negra, cuajada de bancos de peces diminutos.

Por la mañana temprano vamos hasta el *nullah* por el camino más corto. Vamos caminando y llevamos en la mano unas botellas de Thums Up-Cola robadas. Pasamos entre los senderos, atravesando un lecho de excrementos, platos de hojas tirados y tazas de porcelana rotas; ratas sorprendentes, criaturas rosas depiladas que han estado peleando por todo eso y que se agazapan bajo las traviesas de madera en cuanto sienten nuestros pies, y corren hasta donde las tiras negras de las vías del tren se estrechan y se cuelan en los ojos de un puente lejano.

Justo debajo de ese puente que hay sobre el *nullah* se encuentra el sendero sucio y el lugar exacto en el que nos acuclillamos debidamente entre las 5.30 y las 6.00 de la mañana, cuando no hay trenes. A menos que vayan con retraso, en cuyo caso nos agarramos fuerte mientras pasa el tren volando junto a nosotros con un traqueteo hueco y provocando una fuerte corriente; nos quedamos agachados y con la cara escondida en el pecho mientras los vagones, al pasar, levantan el polvo que lanzan contra nuestros genitales expuestos.

Por la mañana temprano en mi casa huele a *agarbatti*. Durante décadas bastó un hilillo de humo de sándalo para transportarme a las profundidades de mi pasado. Mi madre siempre se ha levantado a las cuatro de la mañana, para inclinarse una y otra vez ante unas postales muy brillantes, enmarcadas, de Rama, Krishna y Hanuman que hay en un rincón de la habitación, con el pelo prematuramente gris cubierto por un extremo del sari: más que de piedad, es una figura de doliente sumisión.

Más entrada la mañana, después de encender el *angeethi*, se pone a leer en alto párrafos del *Ram Charit Manas*, un libro de Gita Press con tapa dura y forrado con *khadi* marrón oscuro y del que no entiende gran cosa: el elogio que hace Tulsi de la virtud de Rama, la fidelidad de Sita y la devoción de Hanuman la conmueven tanto que acaba llorando y su cara, medio escondida, irradia ternura.

Meena, mi hermana menor, se sienta con ella, meciéndose hacia uno y otro lado con una cinta roja en el pelo largo, peinado con trenzas, y un *shalwar-kameez* descolorido. Meena tiene diez años, pero es muy bajita para su edad. Y muy delgada: no aparenta más de siete como mucho, y dejará de crecer a los doce. Como su madre, rara vez

está ociosa.

Dentro de poco empezará a ir a la bomba de agua de la estación, balanceando suavemente un cubo en cada mano, y tendrá que abrirse paso a codazos entre hombres y mujeres malhablados; volverá con el agua de los cubos haciendo olas y sus brazos esqueléticos estirados, tiesos, a ambos lados del cuerpo. Frotará las ollas y sartenes, las restregará con ceniza, las golpeará contra el suelo; ordeñará a la vaca tirándola de las ubres con sorprendente vigor. Me preguntará si tengo algo de ropa para lavar y se pondrá a frotar con intensidad el anillo inamovible de mugre que se forma en el interior de los cuellos de mis camisas (una batalla que termina cuando se deshilachan) y se levantará de su posición, acuclillada, con finos mechones de pelo cayéndole sobre la frente.

En su tiempo libre coserá bolsas de arpillera para la tienda de mi padre y sus manos subirán desde el regazo y volverán a bajar, una y otra vez; pero el cuello doblado, los ojos, las cejas y los labios estarán perfectamente quietos, abstraídos en su monótono quehacer. Solo en raras ocasiones levantará la cabeza para descansar el cuello, quedarse mirando a la nada, pestañear y volver a inclinarse sobre la labor.

Empieza a parecerse a mi madre. Tiene los dedos iguales, blancos y enjutos de tanto fregar y limpiar. Se asusta de todo y a veces sucumbe a un deseo repentino e irreprimible de esconderse a llorar.

Tú dijiste una vez que la forma en que experimentan el mundo los hombres y las mujeres es tan diferente como el día de la noche, y esas palabras me parecieron portadoras de una verdad incuestionable. Pero resultó, no obstante, que tú querías decir algo distinto de lo que yo había imaginado.

Estabas hablando de la forma en que las mujeres viven con temor hacia los hombres en el ámbito público y con la aprensión de que su mera presencia en las calles, en las tiendas y en los despachos incite un interés lascivo. Nunca se me hubiera ocurrido una cosa así, y mi total desconocimiento de la experiencia cotidiana de las mujeres era un claro ejemplo de tu tesis.

Pero yo estaba pensando en las mujeres que se quedan en casa y pasan el día en la oscuridad —literalmente, en cocinas sin luz— mientras sus maridos salen a ganarse la vida. Estaba pensando en la forma en que nuestras madres y abuelas viven y mueren a la sombra de otras vidas. Y eso no cambia. Seguía intacta la actitud de servidumbre con la que transmitían a sus hijas sus sentimientos de insignificancia en un mundo enorme e indiferente.

Mi madre había empezado a decaer cuando murió su padre en un accidente: ella tenía nueve años. A los dieciséis, cuando se casó con mi padre, comenzaron a atormentarla nuevos terrores. Mi hermana empezó a transitar el sendero de la desdicha más temprano aún,

cuando tuvo conciencia de que tenía un padre: sería imposible escapar tras contraer matrimonio muy pronto, con un hombre que rápidamente le hizo cuatro hijos mientras él se convertía en un borracho sin remedio, un *nikamma* y un *muft khor*: un gandul y un parásito, según las palabras preferidas de Baba.

Cuando llego, Baba se está cepillando los dientes. Aún tiene la ramita en la boca, y hace una inclinación de cabeza casi imperceptible. No hay nada que decir. Mi madre y mi hermana apenas levantan la vista, clavada en su bandeja de patatas peladas y espirales de mondas de patata. La verdad es que no hablamos mucho entre nosotros, y pasan las semanas sin que mis padres mantengan una conversación.

En este hogar silente los sonidos llegan de otros sitios: el mugido reflexivo de las vacas, el plop-plop sostenido cuando sueltan la bosta, voces de hombre que gritan insultos, gritos y sollozos de niños azotados y mujeres apaleadas, puertas de hierro ondulado que rascan en los umbrales de hormigón antes de que se oiga el golpe seco que las cierra, el golpeteo amortiguado de los trenes de mercancías al pasar, alguien que se suena las narices o que manipula una radio de transistores, ruidos y crujidos estrangulados que se detienen una vez que se han sintonizado, todas en la misma emisora: All India Radio por la mañana, Vividh Bharati por la tarde y Radio Ceilán por las noches, pasando de un tono sombrío de barítono a una cancioncilla alegre.

Las voces de la casa de al lado siempre suenan amenazantes. La vecina es una señora mayor, madre de un obrero que con frecuencia está fuera, empujando los carritos de los inspectores del ferrocarril y saltando con los pies desnudos y ágiles los raíles negros y abrasadores. Ella se pasa la vida murmurando, imaginando situaciones en las que la engañan o la roban.

La más habitual de estas —en su cabeza— es que nuestra vaca se cuela en su huerto. Entonces sale ella blandiendo un palo largo y se queda parada, huesuda y desdentada, con el pelo gris flotando en el viento, lanzando juramentos obscenos durante media hora, en voz lo suficientemente alta para atraer la atención de todo el que pasa.

Una vez Baba salió de nuestra casa: «*Kya bol rahi hai, beizzat aurat, yeh kaisi bhasha hai*?» —gritó—. ¡Pero qué dices, mujer desvergonzada! ¿Qué lenguaje es ese?

Ella se quedó mirando sorprendida como si no entendiera por qué mi padre ponía alguna objeción a su modo de hablar. Aquella mirada pareció desanimar a mi padre, que estaba dispuesto a decirle unas cuantas cosas más. Pero se quedó un rato allí quieto y después, moviendo el brazo con profundo enfado, se marchó.

—¿Qué puede hacer uno con gente tan incivil? —dijo—. Por eso quiero que estudies mucho y que te vayas de aquí.

Mi padre —guapo, ojos castaños que relumbran, pestañas absurdamente largas que yo he heredado y una barba recortada y peinada con destreza que representa su única concesión a la coquetería, y que cuida todas las mañanas delante de un espejo de mano oxidado— cree que nos ha proporcionado un buen comienzo.

Huyó de Rajastán, de donde es originario —un simple *kurmi*—, y a mí me ha convertido en un hindú de la casta superior gracias al trazo de un maestro de escuela: un apellido brahmán en mi certificado escolar, un subterfugio bastante habitual que me hace menos proclive a la condescendencia de los de alta cuna, pero me ha impuesto un miedo vitalicio a que me descubran.

Me envió a la escuela de primaria del pueblo después de ahorrar el dinero necesario para mi educación, lo que logró sacando del colegio a mi hermana. Luego me inscribió en una escuela de secundaria regida por cristianos que estaba a ocho kilómetros de donde vivíamos: allí me unía todas las mañanas a otros chicos hindúes en el rezo susurrado del padrenuestro y me burlaba de los angloindios, una pandilla de consentidos: me empalmé con sus madres, que llevaban falda, grabé obscenidades sobre ellas con compases y cortaplumas en los pupitres de madera, fantaseé con la gloria en el críquet y saqueé la pequeña biblioteca, llena de libros de Enid Blyton sobre colegiales ingleses, maravillado ante las vacaciones de verano en islas y pueblos con policías sorprendentemente benévolos.

Y en la cumbre de sus esfuerzos, Baba pidió dinero prestado para enviarme a una escuela preparatoria de Delhi. El prestamista local impone unas condiciones abusivas, pero Baba se muestra confiado: sabe que mi éxito garantiza mi ascenso al rango de los que no tienen que preocuparse por el dinero.

Sin embargo, mientras planea el ascenso de su hijo, su propia reputación ha ido en caída libre. En tiempos trabajó en la cantina de un importante cruce ferroviario, ataviado con turbante y una chaqueta blanca almidonada con botones dorados y una banda roja cruzada en el pecho. Pero un vigilante le pilló vendiendo a un tendero del pueblo harina y queroseno de las reservas de los ferrocarriles. Le transfirieron a una estación más pequeña donde no tenían cantina y el ámbito de acción para la empresa privada estaba muy mermado.

Tras otra degradación posterior, debida al descubrimiento de que mi padre seguía sus actos de apropiación indebida de las provisiones del Gobierno, terminó sin uniforme y en Deoli, una estación de una línea ramal, de vía estrecha, en medio de una región muy poco poblada. Ahí la única comida cocinada que vendía eran sus samosas,

fritas en un aceite de cacahuete usado varias veces (es nocivo para los intestinos: a nosotros nos lo tienen prohibido) y su única fuente de ingresos, aparte de esa, es una pequeña comisión de los que juegan a las cartas, casi todos bomberos que han terminado su jornada, que utilizan su tenderete para apostar y beber *tharra* ilegalmente.

Él vuelve a casa a última hora de la tarde, cuando ha pasado el último tren y ya no le quedan samosas que vender, y anota con primor las ganancias del día en una libreta de papel con renglones. La estación, desolada durante la mayor parte del día, se ve transformada por una serie de explosiones de energía en miniatura cuando surgen los trenes, rugiendo y resollando y tosiendo, por la curva que hay donde el paso a nivel, esas locomotoras negras con su correspondiente apartavacas, imponentes y demoníacas con los dientes de metal separados, aunque lleven detrás algunos vagones de madera más modestos. Con un chillido breve y desesperado de los frenos al entrar en acción, se quedan paradas con un estertor.

El andén no tarda en comenzar a bullir de gente, personas apresuradas como hormigas desorientadas en torno a los miriápodos inmóviles de los trenes. Baba necesita varios brazos para atender a todas las manos que le ofrecen monedas y billetes manchados de sudor desde el otro lado del mostrador. Coge galletas, samosas y *paan* mientras cuenta la calderilla sin perder un momento y la lanza al interior de un cajón grasiento que hay debajo de los estantes. Y ahí parece bailar durante un instante.

Los ventiladores que giran en las alturas parecen aún más inútiles; grandes remolinos de vapor se dispersan y cubren una parte del andén de un velo blanco; las bolsas grises del correo caen desde el furgón de cola produciendo un ruido seco al chocar contra el suelo, y los perros empiezan a aullar. Las ventas se llevan a cabo durante estos interludios de confusión extrema, que se eleva abruptamente al frenesí cuando el jefe de estación sopla el silbato plateado, que lanza su toque concentrado y fino, y cuando el guardavías agita el banderín verde hecho jirones.

Y una vez que los trenes se llevan su mal humor al campo rápidamente cae el silencio; se vuelve a oír en el andén la alternancia rítmica de crujidos y gemidos de la bomba. Pero mi padre sigue echando humo mientras reparte las samosas que no se han vendido entre los habitantes de la estación, hambrientos perennes. De repente, harto de los empujones y groserías que se dedican unos a otros los destinatarios de su benevolencia, se ve su brazo sobresaliendo entre la multitud de caras ásperas y dando una bofetada a alguno de ellos, en la oreja o en la mejilla.

Cuando vuelve a casa le gusta quejarse del tiempo (*Kaisa mausan*

hai yeh! —dice—. ¡Pero dónde se ha visto, este tiempo…!), de los barrenderos que no se presentan a trabajar (*Nikammey Bhangi, muft ki kamayi hain, yeh Harijan karamchari ki*: Estos empleados de Harijan son un hatajo de vividores), de algún campesino que se atreve a vender en la estación panochas de maíz tostadas y pepinos en rodajas (detesta todo lo que le recuerde su pasado agrícola) y de los musulmanes en general (*Yeh Mohammedan log bahut kattar hai*: Estos musulmanes son unos fanáticos).

Su objetivo predilecto es la corrupción, y es cierto que apenas pasa un día sin que se produzca algún tipo de estafa. Los comerciantes que le venden harina infestada de gorgojos y hojas de betel agostadas, los *chokra* que venden su *chai*, que esconden sus auténticas ganancias con la misma habilidad que transportan en equilibrio filas de tazas de porcelana; los jugadores furtivos de mono negro que dejan manchadas de carbón las cartas de la baraja y no le pagan la comisión pertinente, y hasta los clientes que le dan billetes rasgados. Todos intentan colar algo: los conductores de locomotoras, los vigilantes y los guardavías roban carbón, y el que contrata a los jornaleros para el ferrocarril infla sus facturas.

Pero él, que también es un estafador —paga menos de lo debido a los muchachos menores de edad que emplea—, se queja en realidad de su vida y de la vida de tantos como él: el jefe de estación le trata a empellones y le amonesta constantemente por ensuciar el andén; el *thanedar* local exige su parte de la ínfima comisión que le dan los que juegan a las cartas; el personal del hospital del gobierno, que está a varios kilómetros de distancia, le tiene horas esperando para hacerse un análisis de sangre; los maestros brahmanes de la escuela primaria se dirigen a él sin disimular su condescendencia, como si adivinaran que es de casta inferior por lo obsequioso de su comportamiento; hasta el funcionario de correos le habla mal, al tiempo que rasga suavemente el borde perforado de los sellos con la efigie de Gandhi detrás de una reja polvorienta.

También le enfadan los clientes que regatean o piden que les fíe. Según él, ese comportamiento es tan indecoroso en su quiosco como lo es en la farmacia.

Yo me quedo muchas veces sin saber qué le enfada tanto, a qué obedecen sus explosiones de odio hacia todos estos delincuentes y explotadores, y sin entender su actitud, tantas veces impotente y servil. Recuerdo que una noche, en 1984, al llegar del andén de la estación, llevaba la *kurta* arrugada y salpicada de sangre. Los ojos lucían con un brillo peculiar. Tenía yo entonces doce años, y no le había visto nunca en esas condiciones.

Al día siguiente, dos días después del asesinato de Indira Gandhi, los niños describían en el patio del colegio la valentía de los hindúes

que habían abordado todos los trenes que entraban en la estación y linchado a todos los pasajeros sijs con sus propias manos y unos cuantos *lathis*. Los escolares se imaginaban encabezando, ellos mismos, una banda de hindúes patriotas como aquellos, ladrando sus órdenes de exterminar a toda criatura humana que llevara turbante.

Después de aquello pasé meses —hasta que surgieron otros miedos infantiles— preguntándome si mi padre habría sido uno de los líderes de la revuelta. Yo no era capaz de mirarle las manos, enormes, con las falanges peludas y las venas del dorso hinchadas, y no imaginarlas apretando el desventurado cuello de alguna cabeza con turbante.

La cena es la comida más importante del día. Para el almuerzo tomamos sobras y, en lugar de desayuno, bebemos leche caliente recién ordeñada en los vasos esmaltados que Baba ha robado a sus jefes. Servimos los alimentos en bandejas de aluminio con compartimentos, como las que ponen a los pasajeros que viajan en primera. Mi padre las robó antes de que yo naciera, y ya están muy abolladas.

Todas las noches nos sentamos en el suelo, con las bandejas encima de las piernas, esperando a que mi padre termine de hacer sus abluciones.

Esta noche en que regreso de Delhi para una estancia breve veo que mi padre tiene medias lunas de humedad en las axilas de la *kurta* blanca, y la cara manchada de sudor, aunque la expresión de alerta en la mirada es la usual: como si fuera una cámara de vigilancia para supervisar el mundo exterior buscando alguna señal de fraude.

Le veo enmarcado por la puerta, de pie en el patio, con un tazón de plástico en la mano. Tiene las piernas separadas, enfundadas en el pantalón blanco. Inclina el torso hacia delante para mojarse la cara. Antes de erguirse emite algún ronquido mientras se frota las mejillas y la frente, se limpia con furia la nariz, carraspea y escupe.

Tras frotarse la cara y las manos con una *gamcha* se la pone en el hombro y vuelve a la habitación. Todavía lleva algunas perlas de agua en la barba.

Al no tener agua caliente el aseo personal es, para nosotros, una ardua tarea: siempre se tiende a descuidar alguna parte del cuerpo; y cuando Baba se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y la bandeja brillante encima de los pies descalzos, que nunca se lava, estos se ven negros, engrosados y agrietados en la planta.

Afuera muge la vaca. Se oye la campana del templo, seguida por el sonido de una caracola. El *aarti* de la noche es el que más fieles convoca. Imagino al sacerdote, con su gorra de bufón, dibujando grandes arcos en el aire con la *diya*; luego recorrerá el templo con la

diya en un *thali*. Los devotos dejan una moneda en la bandeja de latón, se calientan las puntas de los dedos en la llama de alcanfor antes de llevárselos a la frente y después vuelven a colocar las manos para recibir en ellas el *batasha* blanco y seco que les ofrecen.

Oigo un ruido sordo; es uno de los trenes de mercancías que pasan por la estación de noche o durante la madrugada. Normalmente pasan sin prisa, vagón tras vagón, con grandes sacudidas y mucho ruido metálico, pero tienen el brío suficiente para cortar en dos las vacas y búfalos que, errantes, llegan hasta las vías o a los que, según mi padre, empujan hasta allí los *dalits* y los musulmanes que están deseando desollarlos.

Durante todo el día me han estado rondando la cabeza algunas ideas tormentosas… La ansiedad que me genera el coste de las clases preparatorias, el alto precio de los *thalis* en Delhi. He intentado comentarlo varias veces, pero siempre miro a mi padre y vuelvo a mi cena.

Mi padre pertenece a una familia de campesinos de Rajastán que vivía en una zona del desierto parcialmente cultivable; yo sabía —porque él cantaba sus amarguras con bastante frecuencia— que se las había arreglado para seguir leyendo y escribiendo cuando le sacaron de la escuela y le pusieron a trabajar en el campo.

En una ocasión le oí contar a un cliente cómo era su vida, una existencia de dureza y preocupaciones prácticamente sin fin. Había tantas cosas que temer, explicaba. Siempre había algo: si el exceso de lluvia pudría la raíz, si el granizo y las tormentas rompían las espigas de trigo, si la sequía impedía que se llenaran los depósitos, si las malas hierbas se extendían como metástasis por el suelo y las escarchas se sumaban a la amenaza perpetua de ruina inminente…

Y terminaba diciendo: *Itni mehnat roti kiye janam se maut tak*… Tanto partirse uno el lomo por el *roti*, de la cuna a la sepultura…

Luego añadía: *Khair, apni zameen thi vahan, purvajo ki, apna paseena aur khoon khaad mein jaata tha, jin pedpaudhon ko paani karthey the, unme apna kuch astitva tha. Yahan to hum kutton jaise rathe hai*, es decir: De todos modos, aquella era nuestra tierra, pertenecía a nuestros antepasados, el suelo se empapó con nuestro sudor y nuestra sangre, y los árboles que regamos llevaban dentro algo de nosotros. Y aquí vivimos como perros.

Después de descubrir su pasado me dediqué a escudriñar su cara con frecuencia: observaba las mandíbulas al masticar, intentando buscar alguna pista de su existencia temprana. Hasta que una noche, de repente, dejó de coger el *dal-chawal* de su plato y levantó la cabeza. Al verme mirándole me dijo: *Yeh ghoor kyon raha hai, haramzada*. ¿Qué miras con esa cara, cabronazo?

A partir de ese momento intentaría que mis ojos no se cruzaran

con los suyos durante más de un segundo, incluso cuando se inclinaba hacia delante y, acercando mucho su cara a la mía, rugía su mantra: *Bhikari banega tu agar padhega nahin, aur gutter mein mareyga*: Si no estudias, acabarás mendigando y te morirás en una alcantarilla.

Después de que mi hermana y mi madre recojan las bandejas me aclaro la garganta y digo:

—Tengo que estar en Delhi mañana por la noche. No tendría que haber venido. Las clases de preparación empiezan el uno de septiembre.

—*Jao, jao, kaun roak raha hai*? —dice mi padre—: Pues vete, vamos, ¿quién te lo impide?

—*Raju ko paisa chaiye, coaching class ke liye* —interviene mi madre en voz baja, utilizando el nombre por el que me llaman en familia—: Raju necesita dinero para las clases de preparación.

No me esperaba eso de ella. Con solo treinta y tantos años tiene muchas arrugas en la cara; nunca ha cuidado de la belleza que la llevó al matrimonio siendo tan joven.

Siempre está ocupada, cuando no cocinando o limpiando, tejiendo gruesos jerséis de lana para sus hijos o bordando pañuelos para mí, para que me los lleve a la escuela, con mis iniciales en una esquina. Mueve los labios al contar las puntadas.

Baba mira un poco sorprendido. Veo que tiene una miga de *roti* en la barba.

—*Paisa? Bilkul. Paisa ke bina kaam kaisa chalega*? —pregunta mi padre—: ¿Dinero? Naturalmente. ¿Cómo van a funcionar las cosas sin dinero?

Miro aliviado a mi madre. Baba, buscando afanoso en los bolsillos de la *kurta*, estirando la pierna para poder llegar al fondo, saca unos cuantos billetes manchados.

—*Kitna chaiye*? —dice—. ¿Cuánto quieres?

Por la forma en que agarra las rupias me imagino que no va a ser bastante.

—*Ah, paisa, paisa*! —suspira Baba—. ¡Dinero, dinero!

Siempre suspiraba cuando veía dinero, incluso cuando se lo daban a él, aunque trataba los billetes sin ningún respeto y se los embutía en el bolsillo de la *kurta* como si fueran pañuelos de papel usados.

—*Yeh, do sau rupai lo* —dice—. Toma, doscientas rupias.

Espero un poco. Quiero decirle que el mes pasado no me permitieron entrar en clase porque no había pagado la cuota, y mi casero amenazó con echarme de la habitación que comparto con otros dos estudiantes de las clases preparatorias de Karol Bagh.

Pero mi madre no puede contenerse:

—*Aur paisa do usko, Dilli mai kaisse phadega*? —dice—. Tendrías que darle más. ¿Cómo va a vivir y estudiar en Delhi con eso?

Y añade, gratuitamente:

—*Aur nayi pant-kameez bhi honi chaiye. Kitna kharab lag raha hai*: Tiene que comprarse pantalones nuevos y una sahariana. Da pena verle.

Baba se mueve, incómodo. Nunca ha agredido físicamente a mi madre, al menos no en mi presencia, pero siempre hay una primera vez.

Aguanto la respiración. Mi madre, sin prestar atención al humor que se le está poniendo a su marido, sigue hablando:

—*Chotta bachcha nahin raha* —dice—. Ya no es un crío, ¿no te parece?

A continuación, un silencio. Deja de masticar, y en las mejillas se le forman de pronto pequeños bultos de comida atrapada.

Me pregunto si no debería alargar el brazo, aceptar el dinero que me dan, lo que sea, y dar por terminada esta escena, cuando Baba se levanta de repente y lanza los billetes manchados justo en medio de la bandeja abollada.

—*Paisa, paisa, paisa, yeh lo paisa*! *Gala ghot lo mera* —grita con una voz impostada—. Dinero, dinero, dinero. ¡Toma dinero! ¡Retuérceme el cuello!

Se agarra su propio cuello y vuelvo a pensar en sus manos agarrando el cuello que sostiene una cabeza con turbante.

—*Nanga kar do mujhe*. ¡Desnúdame!

Veo en la cara de mi madre y en la de mi hermana, con los carrillos llenos de comida sin masticar, una expresión de puro terror.

—*Le jao note, aur nanga kar do mujhe*! *Kar le ayyashi bade shahar mein*! —grita Baba, temblando todo él—. ¡Vete de parranda por la gran ciudad! Tómalo, déjame desnudo.

Me fijo entonces en la miga de *roti* saltando sobre su barba y, no sé por qué, digo:

—¡Baba…!

—*Jubaan pe rakm laga. Yeh randi-khana nahin hai* —grita aún más fuerte—. ¡Muérdete la lengua y no digas nada. ¡Esto no es un burdel!

De repente me acuerdo de que cuando me daba una paliza en toda regla (en teoría por no estudiar lo suficiente para Inglés y Matemáticas, pero en realidad por adquirir conocimientos que a él se le habían negado, porque yo siempre fui un estudiante aplicado) tenía que prestar atención, dejar las manos pegadas a ambos lados del cuerpo y mirarle de frente a la cara mientras él me abofeteaba a un lado y a otro. Mi madre miraba con la cara llena de horror a lo que yo pensaba que debía ser la huella escarlata de la mano de mi padre

dibujándose en mis mejillas. En una ocasión me quedé mirando fijamente una mancha de *soot* que tenía encima de la ceja izquierda y sentí tal piedad por él que casi olvido que me estaba pegando.

Me pregunto si ahora debería prestar atención, en el supuesto de que decidiera pegarme, y me empieza a arder la cara.

Oigo voces que gruñen en la casa de al lado.

—*Teri umra mein naukri kar raha tha… Nikal bahar kar doonga, muft khor, nikamma* —grita mi padre, más fuerte todavía—: A tu edad yo ya me estaba ganando la vida. Largo de aquí. ¡Gandul! ¡Parásito!

Meena, que estaba mirando a nuestra madre fijamente y con la boca abierta, baja los ojos al suelo y comienza a emitir unos sollozos lentos, pero extraordinariamente altos que le salen del pecho. Baba la mira; a Meena se le saltan las lágrimas. Agita la mano.

—*Band kar yeh drama-baazi* —dice—. Acabad con este melodrama.

El profesor Sir, del IIT, solía decir que para los débiles y los inútiles, que no son capaces de elevarse a la dignidad y la nobleza de la tragedia, o al lujo de la ironía, el melodrama es un buen sustituto. Los que carecen de capacidad para cambiar su destino lo único que pueden hacer es lamentarse, una y otra vez, de este hecho, y como pertenecen a la amplia mayoría de la población mundial, se impone tomarse en serio el melodrama por su posible impacto en la historia del mundo.

Tal vez así puedas entender por qué el melodrama empapó la mayor parte de las escenas domésticas de mi niñez. Mi reacción habitual es correr al patio, salir de la casa y alejarme de la vaca que me mira alucinada con sus ojos enormes, y seguir caminando a toda prisa. Cojo el camino que lleva a mi antigua escuela de primaria, paso las luces mortecinas que se filtran por las rendijas de las puertas cerradas y el templo, más sobrio sin su cable con bombillas encendidas, donde un viejo *sadhu* con rizos grises se acuclilla al llegar la noche, fumando una *chillum* que huele a *ganja*.

Camino por el sendero polvoriento y pienso en el suicido, en Baba aniquilado por su sufrimiento contrito. Imagino todas las formas posibles de escapar por esa carretera: un asceta me toma por un sabio cuyo verdadero hogar se encuentra entre las nieves eternas del Himalaya; se para un coche que se ofrece a llevarme, y dentro hay un bellezón con uno de esos vestidos sin mangas que llevan las mujeres de los carteles cinematográficos, percibe mi brillantez innata y costea mis estudios en el MIT,[4] donde me reúno con uno de los genios científicos de la India para trazar un nuevo camino para el avance de la humanidad.

Absorto en estas fantasías contradictorias sigo andando y andando

hasta que, agotado, vuelvo a casa; con cuidado de no pisar a nadie, me uno a los cuerpos que duermen en el suelo.

Mi hermana ronca suavemente, como siempre, con una rodilla doblada hacia el estómago, y la luz de la luna entra por la ventana alta. Yo me quedo despierto durante un buen rato, sin miedo de mi padre pero con pena por mi madre, antes de abandonarme al sueño con la imagen de mi cuerpo hundiéndose lentamente en el mar.

3

La primera vez que me entrevistaste para tu libro no quise decirte todo esto (el melodrama, la sordidez del melodrama que marcó nuestras vidas adultas mucho antes de que empezáramos a vivirlas), ni siquiera después, cuando te di todos los detalles sobre mi familia, mi casa y sus alrededores… Creo que diste por hecho, con esa compasión brusca, llena de ansiedad, que sienten los muy ricos por los que no lo son, que Virendra, Aseem y yo éramos víctimas de una pobreza terrible.

Si lo miro en perspectiva veo que esta es una de las imprecisiones de tu libro que a mí se me pasó corregir, y eso que leí un montón de borradores. Te aseguro que una vida ensombrecida por las deudas, en la que la ropa nueva y otros gastos prescindibles están fuera de toda cuestión y se posponen hasta un futuro imaginado de bienestar financiero, puede ser, con sus privaciones autoimpuestas y la necesidad continua e insatisfecha, mucho más descorazonadora que una vida sin nada que comer.

En una vida así hay demasiada vergüenza, demasiados nervios siempre a flor de piel por la forma de hablar o de vestirse. Y luego está el miedo constante a que nuestras pretensiones de respetabilidad burguesa puedan estallar en cualquier momento. Sin embargo, los que viven en condiciones totalmente precarias, los auténticos desposeídos, no tienen una ventaja que tenemos nosotros: la fe en que en un futuro el dinero caiga del cielo.

Incluso en aquellos tiempos nosotros no nos considerábamos pobres. Esa palabra estaba reservada para los inquilinos de los andenes del tren, que los ocupaban por las noches, algunos de los cuales escaparon de esas vidas ociosas e inútiles tumbándose en las vías ante el acople de trenes con motor diésel que pasaban zumbando por la estación; la visión, un amanecer nebuloso, de las ratas mordisqueando un cadáver despedazado y negro por el polvo del carbón me persiguió durante meses.

Cuando llovía mucho se cortaba la electricidad y la mayor parte del pueblo se inundaba, dejando a los residentes aislados con el agua por las rodillas. Protegidos por las paredes sólidas de nuestra casa el

sonido de la lluvia resultaba reconfortante. La lámpara de parafina derramaba una luz amarilla y suave sobre todas las cosas; y las alcantarillas llenas, embarradas, de fuera, siempre gorgoteaban con la atractiva posibilidad de que cerraran la escuela.

En mi casa teníamos cada uno dos mudas de ropa. Yo tenía, además, un par de zapatos que me protegían de los anquilostomas y sanguijuelas que solían atormentar a mi hermana, siempre calzada con sandalias de cuero; y aunque dormíamos en el suelo, teníamos unas almohadas exquisitamente bordadas por mi madre con rosas de un rojo intenso y tallos verdes. Todas las mañanas, antes de ir al colegio y hasta que tuve doce o trece años, mi madre me metía en el bolsillo de los pantalones cortos un pañuelo bordado; luego me sentaba, me hacía la raya con cuidado y me peinaba. Terminaba su obra dándome un beso en la frente.

Recuerdo que tú me hablaste una vez de tu madre, que se había divorciado de tu padre poco después de que un fundamentalista islámico le disparase una bala en la espina dorsal y le dejara incapacitado de por vida. «Ella se quedó con nuestra custodia», me contaste. «Pero después nos envió a mi hermano y a mí a Inglaterra, a un internado. Y mientras nosotros estábamos pasándolo mal allí, intentando adaptarnos, y mi padre en una silla de ruedas, ella se casó con el mandamás de una gran empresa de Mumbai. Tuve la suerte de tener una tía y un tío maravillosos. Ellos fueron los que nos criaron: venían a vernos a Inglaterra, y nos llevaban de vacaciones por Europa y América.»

Me enseñaste una foto tuya con ellos en Disney World, y yo te dije cuánto me conmovía aquella revelación, una de las pocas que hiciste nunca sobre tu pasado. Pero sentí otra cosa, que no confesé.

Vacaciones, cuando era niño, eran los días en que no tenía que ir a la escuela. Las vacaciones como las que tú pasabas estaban fuera de nuestro alcance. Verte en esa foto de tono amarillento con una arruga, donde salís todos con catorce años y terriblemente tristes, con un sombrero de paja enorme, junto a Mickey Mouse, en Orlando (Florida), era como ver —sin poder evitar una pequeña conmoción— la privación emocional en el núcleo de unos privilegios inimaginables.

Ya sé que fue muy ingenuo por mi parte quedarme tan conmovido. Y tal vez lo sería también dar demasiada importancia a las privaciones materiales y desaliño moral con los que yo crecí.

Yo sufrí todo eso, lo mismo que Aseem y Virendra. Y nuestro deseo de escapar de ellas determinó gran parte de nuestras vidas, especialmente la de Aseem, que desarrolló un fuerte desprecio hacia la política reaccionaria y la intolerancia social de sus padres, y como tantas personas que se han hecho a sí mismas, los borró de su vida.

Pero yo sigo reconociendo el escenario de mi niñez como el lugar que me hablaba en confianza y que me ha dado, al retroceder a un pasado que cada vez me resulta más difícil compartir, muchos momentos que se alejan del ruido del tiempo y susurran muchas cosas encantadoras e irrecuperables, como aquel cohete que compramos en Diwali, que sale a la vida con un gratificante siseo y luego asciende, asciende sin parar, y cuando saltan las chispas verdes y rojas nuestras caras sonrientes, mirando hacia el cielo, brillan un instante.

Mucho después de nuestra etapa en el IIT, Aseem me recordaría que crecimos cerca de una estación de tren de un ramal; esa nostalgia era el único sentimiento romántico hacia el pasado que se permitiría.

—Recuerda, jefe, que el acontecimiento más emocionante del día era el paso de los trenes. A veces me sigo preguntando cómo conseguí pasar tanto tiempo allí. Pero lo logramos. Triunfamos.

Sí. Sin nada que hacer encontrábamos en todo un significado desbordante: la calidad del aire, los pequeños cambios de temperatura, los sonidos distantes, las manchas de luz del sol, los dibujos de las banderas o los trozos de páginas arrancadas del *Navbharat Times* o del *Hindustan* que saltaban, distraídos, sobre el andén.

Una de las razones por las que me sentía afín a Aseem era que yo sabía que él se sentía alerta, igual que yo, hacia un paisaje que limpia el aguacero: los vagones del tren brillan como si fueran nuevos, las nubes blancas de humo de la máquina de vapor, especialmente suaves; o el resuello y el ronroneo de la lámpara de parafina, prendida en un rincón como un animal dorado y cálido; el aroma embriagador de los lápices recién afilados y las gomas nuevas; la tienda de ultramarinos, que era en realidad una gruta oscura con olor a humedad y queroseno y jabón Lifebuoy; el estruendo y el cascabeleo de los carros tirados por burros o bueyes, con sus ruedas de madera, bordeadas de hierro, bamboleándose por el camino lleno de baches; el silbido y el crujido de los largos látigos con nudos en la punta; la humedad perenne del hocico de un buey y el halo de moscas que rodeaban la cabeza de la yegua; el agua jabonosa formando lentamente un remolino en la umbría, a la orilla del *nullah*.

¡Qué tentadora era la hoja de papel de seda que cubría el frontispicio, lleno de florituras, de muchos libros ingleses de la biblioteca de la escuela, los globos multicolores flotando y frotándose unos con otros sobre la cabeza de su vendedor, la radio de transistores con la funda de cuero perforada que mi familia pudo por fin adquirir en un raro ataque de «no podemos ser menos», el carrito de refrescos que unos vendedores harapientos empujaban por el callejón, las botellas llenas de sirope de brillantes colores florales o el suave papel

de plata y el olor embriagador de un paquete de Gold Flake que yo cogía del suelo y me llevaba a la nariz.

Pero una vida impulsada por la necesidad no puede reducirse a eso: sigue conteniendo un amplio abanico de emociones. Cuánto gozo sentí, por ejemplo, dibujando casas en una pizarra o construyendo una vía de tren con cerillas. Qué miedo daban las pesadillas con *churails* con los pies vueltos hacia atrás que resplandecían en la espesa negrura, una aparición que durante años representó el terror en estado puro antes de que pudiéramos domesticarla durante tantas noches sin electricidad.

Y qué increíble sueño de tranquilidad acariciaba yo con el único objeto decorativo que había en nuestra casa: el calendario con una foto del Himalaya, conos blancos sobre un valle verde, luchando con el azul radiante del cielo.

Yo soñaba con acurrucarme en algún lugar de ese vasto paisaje del Himalaya. Pasé muchos más años en Delhi antes de encontrar, milagrosamente, mi santuario en Ranipur, un pueblecito de Himachal Pradesh. Dijimos por fin adiós a Deoli cuando yo me trasladé a Ranipur y me llevé conmigo a mi anciana madre. Pero al dejar nuestro hogar, escenario de tantas angustias, me invadió una tristeza inmensa.

Con el pretexto de que me había olvidado algo salí corriendo y me alejé de mi madre, que iba en el asiento de atrás de un *tonga* aferrada a un petate y rodeada de piezas de equipaje muy abultadas, atadas con cuerda, rígida de aprensión al pensar en el viaje y aterrada por la idea de que en ese momento su hijo la abandonara sin compasión, como había hecho su marido.

La habitación vacía tenía un aire de tranquilidad desconocido. Me quedé de pie, mirando aquí y allá, contemplando las señales de nuestra antigua vida que, en el momento de partir resultaban, de pronto, enigmáticas y sugerentes: una sombra tenebrosa familiar, creada por el pelo engrasado de mi hermana, en la pared; un rectángulo deshabitado, el que había dejado el calendario del Himalaya; un desconchón de la pintura con la forma exacta de una uña, que siempre tuve cuidado de no tocar; el relieve ondulado del suelo de piedra, tan abrasivo, que yo siempre evitaba pisar.

En una pequeña pila de objetos desechados, en un rincón, había un zapato de niño, de costado, con la correa rota. ¿Era mío? Las marcas de cuchillo en el marco de la puerta con las que mi madre iba dejando constancia de mi crecimiento estaban medio borradas. ¿Y cómo no me di cuenta nunca de esa pared arañada, junto a la puerta, erosionada por la señal que dejaron años de manos y codos al pasar?

Todo esto, conocido o nunca visto, no tardaría en convertirse en algo irrecuperable. Me pregunté si podría soportar desprenderme de lo

único que podía seguir siendo útil de todo lo que no había recogido mi madre: una botella de Thums Up sin tapón que cogí yo de la letrina al aire libre, cerca del *nullah*, y que esperaba en un rincón sombrío y callado de la habitación.

Dejé allí la botella, en aquel lugar donde yo supe que contaba con el amor incondicional de mi madre, donde a partir de entonces otras vidas adquirirían su forma distintiva, dejarían sus propias marcas, encontrarían la traición, llegado el momento.

Aseem decía siempre que ser moderno es pisotear el pasado; es ponerse al mando, decidir ser algo en lugar de nada, activo en lugar de pasivo, una persona que toma decisiones en lugar de dejarse llevar en un mundo que —no se cansaba de repetirlo— es lo que es.

Tú tenías tu propia manera de hacer frente a esto, mucho menos masculina. Tú nunca tuviste nostalgia de tu casa, decías siempre, porque nunca tuviste nada familiar a lo largo de una vida de constante improvisación y en paisajes desconocidos.

Pero cuando sentados en el *tonga* nos alejábamos de los barracones, inevitablemente enfrentados a lo que estábamos dejando atrás hasta que giró el vehículo, sentí la mano de mi madre sobre la mía. Iba mirando cómo desaparecía nuestra casa. Las lágrimas le corrían por la cara, desde lo alto de la curva de la mejilla donde, por primera vez, vi una fina redecilla de delicadas arrugas.

Al pasar junto al templo, con su nuevo *pujari* sin perversidades conocidas sentado bajo el árbol de *neem*, o junto a hordas de búfalos perezosos y carros de bueyes por el camino polvoriento, lejos del sendero lleno de baches que lleva al *nullah*, sentí miedo, más que alivio, lo que ahora me parece un soplo de aire fresco que llegaba del futuro, una premonición de un mundo que se volvía cada vez más extraño, que exigía una traición constante al pasado.

En la orilla lejana del *nullah*, donde experimenté por primera vez la soledad, tuve también las primeras visiones nítidas de la belleza, algo que sustancia la extraña sensación que vivo en el colegio cuando leo en un libro de texto un verso de un poema sobre la naturaleza: la emoción me sobrecoge cuando encuentro una frase al azar que habla de un lago en calma que refleja el cielo, esa emoción que tanto deseo sentir.

Nuestra letrina al aire libre, donde después de mis abluciones levanto la vista para ver un tren que pasa con retraso al amanecer, tocado por la cinta dorada de sus ventanas iluminadas, era también el lugar donde los *dhobis* locales lavaban la ropa, junto al lugar donde la corriente discurre más rápido, sobre las piedras redondeadas, haciendo que las briznas de hierba más altas y delgadas formen una especie de cabellera que flota en el agua.

Cuando colocan los rollos de tela mojados y retorcidos sobre las piedras negras emiten unos gruñidos profundos, y da la impresión de que están matando a palos a las ropas baratas de los indigentes. A continuación se muestran extrañamente cuidadosos, atentos y solícitos con las prendas apaleadas cuando las ponen a secar.

Este despliegue de *dhotis* blancos, *kurtas* con pantalón y saris multicolor se queda allí el día entero. Yo siempre iba a ver, al caer la tarde, cómo los *dhobis* recogían de las rocas a sus adversarios caídos y los doblaban y apilaban con respeto. Para entonces el calor del día había acabado con el hedor de los excrementos y se había impuesto un denso silencio sobre los arbustos descoloridos y endurecidos por el polvo, un silencio roto únicamente por el zumbido monocorde de los mosquitos mientras, en la distancia, delgados espejismos brillaban sobre el acero negro de las vías.

Seguramente pasaría un tren, con la locomotora exhalando furiosa brasas al rojo vivo, y yo esperaría que surgieran y volaran al viento las chispas azules como relámpagos súbitos, expelidas por las ruedas del furgón de cola olvidado.

Y me quedaba allí, hasta que se asentaba el polvo que el tren al pasar había levantado formando remolinos, y las nubes teñidas de rosa se tornaban de un gris plomo. Escuchaba… ¿qué, exactamente? Todo —las nubes barrigudas, el repiqueteo de los juncos secos, los hilillos de humo negro que el tren dejaba abandonados, y hasta el olor a regaliz de la carbonilla— parece tan sólido, tan presente… tan diferente de mi yo líquido… Todo parece hablar de algo de un modo tan elocuente y con tal urgencia… pero no domino el idioma en el que todo esto habla.

4

Quizá ya te hayas dado cuenta de por qué me sentí inmediatamente atraído por Aseem, al tiempo que me distanciaba de Virendra. Tras años de aislamiento, de preguntas sin respuesta y de palabras inadecuadas, me sorprendió la capacidad de Aseem para ordenar una experiencia que a mí me desconcertaba, y dominar un mundo que a mí me parecía opaco.

Recuerdo que me dijiste en Londres, no mucho después de que él nos presentara: «No entiendo cómo os hicisteis amigos. ¡Os parecéis tan poco!». En aquel momento yo me sentía liberado de la compañía de Aseem, y encantado con la tuya: hasta tal punto que podía resolver tu duda con toda sinceridad y con todos los matices.

Te dije que de niños habíamos compartido la mezquindad de un pueblo pequeño y el deseo de escapar de ella. Pero no añadí que yo sentía, además, cierta dosis de temor mezclado con respeto ante sus progresos confiados por un mundo poco complaciente. No quise fomentar la admiración incipiente que tú pudieras sentir por su éxito.

Por ese motivo no dije nada de la afirmación reconfortante que manifestó respecto a algunas de mis dudosas decisiones de los primeros momentos. Por ejemplo, me dejó de piedra un día en que regresaba a la habitación —volvía de la biblioteca del IIT— y al ver que yo tenía en la mano un volumen de relatos de Tolstói me dijo:

—Jefe: me fascina que leas libros solo por placer.

Llevaba puesto un *chikan kurti* blanco con bordados de cachemira. Él ya lucía aquel estilo Lucknowi mucho antes de que la Fabulosa India convirtiera en chic el atuendo autóctono. Tenía los pies sobre el escritorio, desde donde un ventilador de mesa dispersaba el aire caliente por toda la habitación, emitiendo un cascabeleo circular. Según hablaba, las deportivas que llevaba puestas se meneaban con una energía infinita, y soltaban una fina película de polvo sobre un protector de hule con marcas de vasos de té blanquecinas que se superponían unas con otras.

Cuando tú le conociste ya había perdido gran parte de su atractivo. Pero cuando tenía veintitantos años resultaba mucho más apuesto que esos potentados de Bollywood de mejillas fofas y estaba bien

desarrollado, aunque no excesivamente musculoso. Incluso cuando ya tenía cierta edad iba los fines de semana a un gimnasio a practicar boxeo y jugaba al voleibol, ese deporte tan poco indio por sus requisitos de altura, velocidad y agilidad. Aún mantenía el abdomen tonificado, a diferencia de casi todos los hombres *desi* de su edad y clase, y caminaba erguido y con elegancia, con su altura y esbeltez.

Y luego estaban esos ojos oscuros, penetrantes y extraños, que nunca pestañeaban y que acentuaban la barba y la mata de pelo espeso y rizado, que le daban aspecto de hombre cuya vocación le mantiene centrado en cada instante de su vida.

—Tiene carisma, pero oculta una profunda frialdad —dijiste una vez.

Lo que a ti te parecía frialdad a mí se me antojaba dominio de sí mismo, una incapacidad envidiable para ser infeliz o dejarse atormentar y una resolución quirúrgica para lograr en la vida adulta todo lo que su alma excesiva y hambrienta había deseado y le había sido negado a lo largo de una infancia sacrificada cruelmente a la ambición de sus padres.

El profundo odio que sentía hacia sus padres había avivado aún más sus sueños y deseos de triunfo. Al ser punjabi y haberse criado en ciudades pequeñas con estación de tren, a salvo de las presiones y las limitaciones que supone vivir en una casa con varias generaciones de familiares o en *mohallas* atestadas de gente, había logrado concebir el mundo exterior como una oportunidad, a diferencia de tantos indios de su clase.

Y con mucha más astucia de la que yo tuve jamás, aunque él había asistido a una escuela de misiones tan mediocre como la mía, una de esas que se llaman de San Judas, Sagrado Corazón o Cristo Rey, junto a otros niños hindúes que destrozaban alegremente el padrenuestro todas las mañanas.

Desafiando la autoridad paterna en cuanto a la hora de llegada, se las había arreglado para ver espectáculos nocturnos y películas de las que anunciaban con carteles chillones y morbosos los *tongas* del pueblo, se había reído con desesperado gozo en salas de cine llenas de humo de cigarrillo ante las imágenes de políticos ametrallados y la humillación de las mujeres arribistas y «modernas». Se sabía de memoria las canciones de las películas que salían de los aparatos de radio, y cantándolas había llenado las largas tardes de mi infancia; cantaba bien, con una solemnidad más profunda que la de Bhupendra, la versión Bollywood de los *ghazal* de Ghalib, *Dil dhoondta hai phir wahi phursat ke raat-din*. Conseguía que sonara bien incluso en una burda traducción al inglés («Mi corazón persigue, una vez más, esos días y noches de holganza») que improvisaba para los indios del sur y

los bengalíes que había entre su público.

En inglés era autodidacta, igual que yo, pero él lo había aprendido escuchando el programa *Just a Minute* y a Dave Lee Travis en las emisiones internacionales de la BBC, y mientras yo siempre hablaba como un niño pequeño, tímido y titubeante, él lo soltaba todo con el descaro del autodidacta, y empleaba una gran variedad de acentos: británico, estadounidense y punjabi. Cuando pronunciaba —incorrectamente— su palabra favorita, «carrera», exhibía solo una de sus cautivadoras idiosincrasias.

Mientras yo me leía entera una modesta biblioteca escolar llena de libros sobre niños ingleses en pueblos e internados idílicos, él compraba ediciones baratas en tapa dura de Dostoyevski, Sholojov y Tolstói en librerías subvencionadas por la Unión Soviética que frecuentaba en sus visitas a las grandes ciudades. Cuando yo me conformaba con copias viejas y deslucidas, compradas en los *kabadiwallah*, de *Parag, Nandan, Chandamama, Kadambini, Dharmyug, Indrajal Comics* y novelas *jasoosi* en hindi, cuyas hojas se mantenían unidas con grapas de metal oxidadas o me abalanzaba sobre algún ejemplar de Manohar Kahaniyan o Satya Katha que alguien había dejado en los compartimentos del tren, él se las arreglaba para robar los elegantes ejemplares con tapa blanda de los libros de Hardy Boys, Alistair MacLean, James Hadley Chase y Sidney Sheldon que vendían en A. H. Wheeler.

Al IIT se había llevado un par de volúmenes de revistas del *Reader's Digest* y cuatro o cinco de Hemingway, Faulkner y Mailer. Los libros en rústica de Penguin y Bantam con las cubiertas descoloridas que había afanado en una biblioteca del ferrocarril de Jabalpur, colocados junto a los de tapa dura con sus páginas de borde dorado, le provocaban la misma reverencia que a Virendra el retrato de Hanuman con el pecho abierto.

Durante su avance descoordinado en pos de la modernidad, Aseem también llegó a poseer cintas de casete pirateadas de Led Zeppelin, Deep Purple, Pink Floyd y de Eagles. Aunque sonaban un poco a lata en su equipo compacto, marca Akai, el *riff* que abre *Smoke on the Water* le imponía un silencio reverencial, probablemente equiparable al efecto que los cuatro compases con que se inicia la Quinta de Beethoven ejercieron sobre los oyentes europeos del siglo XIX.

En el Centro Americano de Connaught Place él no buscaba materiales de estudio para el GRE, ni información sobre el MIT, sino números atrasados de *Esquire, Paris Review, Time* y *New Yorker*. Ya había tomado su decisión, y no tardaría en ayudarme a mí a tomar la mía: la etapa del IIT tenía como único objetivo demostrar su autenticidad en una sociedad obsesionada con las credenciales.

A él no le interesaba huir a Estados Unidos, ni escapar del Instituto

Indio de Gestión, como pretendían otros estudiantes. Él iba a ser escritor, novelista… un artista nada menos, y no ingeniero, científico, banquero, consultor, hombre de negocios o ejecutivo de una gran empresa.

También se vanagloriaba de haber degustado el incomparable delirio que, supuestamente, nos reservaba el futuro. Seducido en la preadolescencia por el entrenador de hockey del colegio, había vivido un escandaloso romance.

Y aquella experiencia le había dejado un recuerdo nada ambiguo del placer, al contrario de lo que me ocurrió a mí tras mi encuentro con el sacerdote. «Era veinte años mayor que yo, pero fue todo consensuado, y muy divertido. Fue una pena que se terminara», le gustaba decir. «La gente arma mucho alboroto cuando se trata de sexo entre un hombre mayor y un chico, pero nosotros lo único que hacíamos era darnos una alegría. Y no me follaba a mis primas o a mi cuñada, como tantos que conozco, ni me paso la vida intentando dejarme las líneas de la mano marcadas en la polla.»

Por sorprendente que parezca, Aseem ya tenía una novia en el IIT: Mrinal, que acabaría siendo su esposa, cuyas apariciones periódicas con aquel pelo liso tan exuberante y sus gafas de sol nos provocaban a todos un escalofrío y con quien él, según se adivinaba por sus comentarios, ya había hecho el acto: y no solo una vez, sino muchas y con la fuerza de un terremoto.

Ambos tuvimos la suerte de conocer a un profesor de humanidades que nos habló de los festivales de cine internacionales de Siri Fort y la Alliance Française y de la feria del libro de Pragati Maidan, y que nos permitió centrar nuestro amor por la lectura y hacerlo más profundo.

Todavía recuerdo al profesor Sir, como solíamos llamarle, tan expresivo: hablaba con frases de gran belleza, con palabras que sonaban como recién acuñadas, nunca oídas hasta entonces; en su despacho polvoriento hasta el más insignificante de sus gestos parecía decisivo y perfectamente natural: coger y volver a soltar un ejemplar de *TLS*, quitarse las gafas, sacar una edición de Faulkner de Modern Library que estaba sepultada entre un montón de libros, juguetear con una pluma mientras hablaba…

Fue el profesor Sir, con aquel don que tenía para impartir conocimientos con pasión, quien nos ayudó a hacer el tránsito de las películas de Bollywood a Wim Wenders, de Enid Blyton, las traducciones del ruso y las noveluchas occidentales de sexo y espías a Balzac y Stendhal. Y nos ayudó a dar otro paso más importante: de pensar en los libros como un simple entretenimiento a considerarlos como guías para nuestra existencia, una forma de encontrarse a uno mismo en un mundo que habitamos junto a otros.

De manera fortuita también influyeron en nuestros hábitos de lectura los libros de la biblioteca del IIT, que se inspiraban en los clásicos que describían la condición espiritual de los *parvenus* como nosotros: gente que venía de ninguna parte, obligada a crearse un espacio propio y encontrar la dignidad, la estabilidad y el amor.

Yo me sentí atraído de inmediato por esos jóvenes que están en la cúspide de la sociedad y sumidos en una lucha interna de deseos contradictorios, como nos muestran *Rojo y negro, Las ilusiones perdidas, La educación sentimental, Rudin* y *Padres e hijos*, y que intentaban resolver el conflicto entre idealismo y cinismo. Cuántas horas pasé leyendo sus historias en aquella biblioteca desierta, donde el péndulo de latón del viejo reloj de pared viajaba de un lado a otro con regia lentitud, sugiriendo la existencia de un orden majestuoso en la vida de la mente.

Recuerdo todavía esa sensación de regresar caminando a la residencia tras terminar un libro: esa capacidad ampliada de percepción, esa expectación, que se acabaría disolviendo cuando sonara Deep Purple en alguna habitación o alguien se lanzara a cantar «Hotel California» en la ducha. Estas ficciones sobre hombres jóvenes, románticos y soñadores en los que yo me veía reflejado parecían contener una verdad fundamental en la tensión que mostraban entre ambición y sosiego, deseo e indiferencia, y la verdad que susurraban: que retirarse a cualquier situación de ocio, o de contemplación estética e intelectual, era una actividad más elevada que perseguir unas ambiciones sociales y políticas.

Recuerdo que a Aseem esta literatura le afectó de manera muy distinta: encontraba en ella afirmaciones de su visión del mundo, que estaba en construcción. Un modelo de los primeros tiempos fue Julian Sorel, provinciano que considera que el mundo es pura conspiración contra los jóvenes llenos de energía y talento, como él, y siente una admiración desmedida por Napoleón. A mí me sorprendía la anatomía explícita del deseo de sexo y de fama que hacía Maupassant en *Bel-Ami*. Aseem concluía, y me persuadía a mí, de que el cinismo de ese periodista era lo que exigía una sociedad burguesa sin escrúpulos.

—Así es el mundo moderno, jefe —decía—. Da igual que se trate de periodismo, literatura, política o amor. Si pierdes de vista lo que persigues, lo pierdes todo.

Virendra nos oía hablar de libros con aquella mirada perdida suya que se había vuelto tan familiar. Él no había leído ficción, más allá de las ensoñaciones pornográficas de Mastram y *Asli Kokshastra*; y siempre sentía un júbilo varonil con la canción que él mismo voceaba a quien quisiera oírla (*Waqt ne kiya kya haseen sitam. Tum rahe na tum, hum rahe na hum*), haciendo que el triste clásico de los años cincuenta

de Geeta Dutt pareciera interpretado por un borracho.

Un rumor sobre la desnudez femenina le llevó a ver en Siri Fort la primera película extranjera, *En el curso del tiempo*. Estaba en segundo curso del IIT y la película le decepcionó tanto que no volvió a interesarse por la filmografía extranjera. Los únicos nombres occidentales que parecía conocer —y destrozaba al pronunciarlos— eran Wharton, Sloan, Stanford y Kellogg.

Pero yo le recuerdo sentado en su cama, debajo de Hanuman, masticando judías germinadas y escuchando con atención, intentando abstraerse del sonido del ventilador de sobremesa, cuando Aseem me leía en voz alta esa exhortación de una mujer rica de París a su pariente provinciano sin amistades, en *El padre Goriot*: «El mundo es odioso e infame… Ha de tratar a este mundo como se merece. Quiere usted triunfar: yo le ayudaré. Explorará las profundidades de la depravación femenina y sabrá hasta dónde llega la despreciable vanidad de los hombres… Cuanto más frío y calculador sea, más lejos llegará. Golpee sin piedad y será respetado».

5

—Si quieres llevar las riendas de tu vida tienes que ser despiadado, solía decir Aseem durante las conversaciones sobre nuestro futuro.

Y yo siempre ponía objeciones.

—Muy bien, quizá no de continuo, pero sí a veces. Sí en ciertos momentos —decía él.

Fue en esta etapa —memorable porque cambió de jabón, de Lifebuoy a Liril, y siempre dejaba un sutil aroma a lima en la habitación— cuando cogió de la biblioteca personal del profesor Sir un ejemplar de *Un recodo en el río* y comenzó a citar frases de él sobre el imperativo existencial de pisotear el pasado y aplastarlo contra el suelo.

Recuerdo que tú, cuando te hablé de las primeras líneas de la novela, dijiste:

—Todo eso de que el mundo es como es, y los que no son nada ni se esfuerzan por ser algo no tienen cabida en él… Es escalofriante. ¿No te parece una especie de manifiesto para la gente que ya goza de ciertos privilegios? ¿No es ese el postulado que promovían Reagan y Thatcher? ¿Que todo depende del individuo y si fracasas es porque el fallo está en ti?

Ojalá hubieras ahondado en esta idea cuando estabas escribiendo sobre Virendra y Siva. A mí también me hubiera gustado captar, mucho antes de que los acontecimientos me obligaran a escribir mi propia historia secreta de derrumbe y colapso interior, este hecho fundamental: que nuestra generación iba a ser la primera en estar expuesta a las ideologías sobre la autovaloración que emanaban de Gran Bretaña y Estados Unidos y llegaban, perfectamente articuladas, a la India de finales de los ochenta.

La antigua élite feudal a la que tú pertenecías se las arregló para mantener sus posesiones. Claro que había también un grupo reducido de empresarios, pero incluso esa minoría insignificante de ricos se había visto constreñida durante décadas por una cultura nacional de austeridad, legado de los píos ascetas y los célibes socialistas que contribuyeron a liberar a la India del imperialismo británico y consideraron la negación del yo como vía para acumular poder

político y mérito religioso.

El enriquecimiento económico se percibía en esta jerarquía brahmánica de valores como una pasión nada elevada, encendida por las castas de comerciantes y las comunidades de Punjab, Sindh, Rajastán y Gujarat. De viajar al extranjero no habíamos oído hablar jamás; los productos importados estaban prohibidos, o no se nos animaba a consumirlos.

Contribuyó al éxito del plan que solo podíamos permitirnos algunos, en ningún caso todos: el coche particular, por ejemplo, rara vez se veía en nuestras ciudades pequeñas. El lujo que esperaba a los que se desplazaban en bicicletas Hércules, Atlas y Hero era un escúter o una Lambretta de segunda mano con un cesto de mimbre atado al manillar. Y lo absurdo del tiempo que había que esperar para conseguir una —que solo se reducía si tenías dólares americanos en metálico— infundía glamur a la Bajaj Chetak, una vespa muy fiable fabricada en la India y a su olor a gasóleo, imposible de erradicar.

La India en la que tú creciste, donde la creación de riqueza individual y el consumo desaforado parecían obligaciones patrióticas, y el humo de la gasolina solo resultaba contaminante para una minoría creciente de personas concienciadas con el medioambiente, llegó a ser lo que es a finales de los años ochenta, cuando el país empezó a abrirse a los flujos globales de mercancías, medios de comunicación, ideas y capital. Y, ahora lo veo, nosotros salimos del IIT justo a tiempo, en los noventa, para reclamar esa cuota de riqueza mundial que durante tanto tiempo habían arrebatado a nuestros antepasados.

Y al mirar atrás ninguna reclamación parece más insistente que la de Aseem y ningún individualismo más intransigente que el suyo, a pesar de que siempre ganó menos dinero que Virendra y subió mucho más despacio que él la montaña del prejuicio y las privaciones.

Aseem y yo no hicimos nada con las enseñanzas que habíamos recibido en el IIT sobre pensamiento cuantitativo riguroso. Pero Virendra —que se vanagloriaba de la subida de su CGPA[5] de 5 a 9 en cuarto curso y que pasó del IIT Delhi al IIM[6] Ahmedabad y luego a la Facultad de Derecho de Harvard, que abandonó sin terminar los estudios para irse a Wall Street— lo rentabilizó estupendamente en empresas estadounidenses que habían aceptado innovaciones como los bonos basura y los derivados financieros.

A pesar de su concienzuda lectura de autores y revistas estadounidenses, Aseem no intentó beneficiarse de las circunstancias propicias que se daban en Estados Unidos. Allí, a finales de los años noventa y gracias a la apertura de los mercados de capital, las nuevas tecnologías y un mercado de valores muy atractivo, la demanda de

brókeres, banqueros e inversores había aumentado mucho, obligando a la aristocracia norteamericana de la vieja escuela a acomodar en sus empresas a mujeres e inmigrantes del sur de Asia.

En comparación con Virendra, que acabó trabajando en el fondo de inversión de Siva y que llegó a ser millonario en solo unos años, Aseem no parecía despiadado en absoluto cuando, tras abandonar el IIT, se convirtió en reportero mal pagado de una agencia de noticias de Cachemira.

Allí cubrió los movimientos de insurgentes separatistas y llegó a ser conocido poco a poco, y solo para un grupo reducido de lectores, por sus descripciones de las masacres de civiles provocadas por terroristas y por soldados o mercenarios indios vestidos como terroristas. En un espacio donde las noticias más sensacionalistas se narraban en tono mortecino, su prosa era muscular: «Tras años de tiroteos entre terroristas y soldados los edificios de Srinagar se muestran picados por la viruela de las balas», y cosas por el estilo. Recuerdo una imagen memorable de una escena, después de una masacre, que emitió su agencia de noticias: iba él caminando por el pasillo de un autobús renqueante, resbalándose en una gran cantidad de sangre de los ejecutados que cubría el suelo, cuando vio un armonio abandonado en un asiento vacío. Un agujero de bala perfecto boqueaba en la madera pulida.

Y yo me pregunto ahora si realmente vio algo así. ¿Es posible que en esos suelos de los autobuses, hechos de tiras de madera, se resbale uno con la sangre?

Sea como fuere —según él, por el hastío que le provocaban las continuas carnicerías—, al cabo de dos años dejó su puesto y un día se fue a Delhi para convertirse en editor de una revista mensual de estilo de vida que tenía una enorme difusión. Su prosa pugilística había cautivado al dueño de la publicación.

Yo le vi muchas veces en esos tiempos. Como el propio Aseem había señalado en varias ocasiones, yo había elegido «la carrera» más extraña de todos. Pasé unos años más en el IIT, haciendo un curso de posgrado que no servía para nada. Luego trabajé como editor en una pequeña revista literaria a la que me había presentado el profesor Sir y fui traductor *freelance* en Delhi durante ocho años.

—¿Por qué no hicisteis lo que hace la mayoría de la gente al salir del instituto? —nos preguntaste un día a Aseem y a mí—. ¿No queríais triunfar en Occidente, como vuestros amigos del IIT?

Y Aseem contestó:

—Parecía demasiado fácil huir a un país rico y encontrar allí tu hueco. Yo estaba plenamente convencido de que era en la India, en

Asia, en Oriente donde estaba la acción, donde había margen para mejorar la vida de la gente, para ser escritor o periodista. Un margen inmenso. Y yo supe en todo momento que quería contribuir a esa mejora del país. Ahora se lucha una batalla encarnizada entre la democracia liberal y el populismo, y yo quiero estar en el lado correcto.

Yo no dije nada, y tú podrías haber tomado mi silencio como aceptación de ese sentimiento casi político. Pero me parecía imposible explicar que poco a poco, en grados imperceptibles, yo había llegado a esa edad en que uno sabe que nunca llegará a ser la persona que quería haber sido. El deseo de escapar a generaciones de infortunio, respaldado de forma obsesiva por mi padre mucho antes de nacer yo y que me fue implantado después, había dejado de ser una ambición para mí. La perspectiva de trabajar más todavía para cumplir deseos materiales —aquellos que se suponía que alguna vez tuve, pero que nunca sentí como míos— me resultaba agotadora.

Cuando pensaba en los países ricos, tan lejanos, casi sentía pavor de convertirme en uno de los muchos millones que esperaban impacientes en nuestro lado del mundo para llegar a mezclarse con ellos, y luego esperaban, durante más tiempo aún, que sus nuevos vecinos les trataran con dignidad.

Me acuerdo de mi madre, que me agarraba con fuerza; de mi padre en el andén de la estación, murmurando palabras inaudibles, y el hueco enorme en mi corazón cuando echó a andar el tren que me llevaba a mi primer semestre en el IIT. Yo ya había llegado mucho más lejos que ellos: para mis padres, esa distancia que yo había recorrido era todo un mundo. Un viaje a un país extranjero habría estado fuera de su comprensión. ¿Cuánta distancia me quedaba por recorrer para llevar una vida sin humillaciones cotidianas?

Tampoco podía entender el sueño de Aseem, su visión de la apoteosis inminente de la India. El sentimiento de inferioridad que en Aseem y Virendra había espoleado tantos delirios de grandeza se había ido consumiendo dentro de mí, y se había convertido en una especie de culpabilidad por exigir demasiado al mundo.

Tú, en una ocasión, levantaste la vista de un libro de Virago Modern Classics para leer en voz alta la manifestación de un sentimiento parecido: cuántas mujeres, incluso con buena preparación, tienden a pensar en la realización como una ambición extravagante e indigna. Creo que entenderás por qué Aseem me tenía hechizado con su capacidad para transmutar los sentimientos de inutilidad que habíamos heredado.

Cuando todavía estaba en el IIT yo no podía creer en la promesa que la gran ciudad encerraba para mi propio crecimiento. Desde luego

no así, ahorrando en la comida para comprar libros y durmiendo en colchones con manchas de semen de tantos estudiantes desesperados.

Cuando empecé a trabajar en la revista literaria, en Delhi, ya no era tan vulnerable en el aspecto financiero, pero todavía no había adquirido ese don que tenéis Aseem y tú de encontrar algo que os emociona en una metrópolis impersonal.

Tras salir de las redes del IIT casi no conocía a nadie en la ciudad, con la excepción de Aseem. No sabía cómo entrar en contacto —ni tenía la confianza necesaria para ello— con los hijos y las hijas de la vieja élite, que pasaron por Doon School y St. Stephen's College para ir a Oxford y Cambridge, y que regresaron del extranjero preparados para ocupar puestos directivos en editoriales y periódicos.

La revista literaria era uno de sus juguetitos: el capricho de un bengalí rico con una lista de suscriptores reducida, que apenas cambiaba, y una plantilla formada por los vástagos anglófilos de las familias del *establishment*, que rechazaban sistemáticamente a cualquiera que, con su acento inglés híbrido y su titulación en Ingeniería Mecánica, intentara colarse en un jardín ocupado por graduados en Oxbridge.

Cuando estaba con ellos no conseguía quitarme de encima esa sensación de que había usurpado el puesto de otro, y que mi presencia allí solo se toleraría mientras no hubiera un pretexto para despedirme. En las dos o tres fiestas a las que fui, celebradas en un enorme bungaló a las afueras de Aurangzeb Marg, con camareros de chaquetilla blanca que pasaban bajo cuadros de Souza al ir de un lado a otro, todos los presentes provocaban reacciones de placer cuando alguien los reconocía, excepto yo: a mí me recorrían con la mirada con la misma indiferencia que si hubieran visto al *chai-wallah* de la oficina.

La idea de tener vida social, no digamos ya de asistir a un cóctel o a una fiesta, seguía siendo nueva para mí. Casi no entendía la cháchara de mis colegas, ni sus bromas y apodos, y me agotaba el esfuerzo de integrarme en algún grupo y participar de la conversación, mordiendo cualquier hueso que lanzaran en mi dirección mientras trataba de mostrarme natural y parecer sofisticado. Así que siempre acababa aislado, y lejos de animarme a vencer mi timidez y unirme a ellos, ni siquiera se daban cuenta de mi ausencia.

Para Aseem tampoco tenían mucho tiempo, aunque casi todos ellos asistían a sus fiestas.

—Es la vieja élite liberal de Delhi —dijiste una vez de alguien que había conseguido cubrirte de condescendencia en una conversación de dos minutos en el aeropuerto de Chennai—. Miran por encima del hombro incluso a gente como yo, que ha ido a la Universidad de Nueva York en lugar de a Oxford, Cambridge o alguna de la Ivy

League. Poco importa que mi abuelo fuera una figura fundamental en el movimiento por la libertad o que mi familia tenga un largo historial de servicio público. Ir a la universidad equivocada o no seguir los estudios adecuados es suficiente para condenarte.

Recuerdo a mis compañeros de trabajo, que todavía exclamaban «¡Caramba!», se burlaban del acento de Aseem, que pronunciaba mal «carrera» o decía «ancient regime» en lugar de *ancien régime*; esos devotos de P. G. Wodehouse, autores de tesis doctorales sobre Kingsley Amis e Iris Murdoch, se burlaban de su escritura y decían que «no tenía instinto para la prosa inglesa».

En una ocasión oí a una muchacha del grupo decir, riéndose: «Mira esas camisas que lleva, que le quedan flojas de la pechera, los vaqueros bien apretados en la entrepierna, esa barba de Sai Baba de opereta y esos ojos, que te desnudan con la mirada… Es el avatar punjabi de Barry White».

Busqué Barry White en Yahoo y me di cuenta de lo que quería decir. Pero ese tipo de burla —y hubo muchas así— me hacía sentir más cerca de Aseem.

Muchas veces me pregunté si yo también les daba tantas ocasiones de practicar el escarnio a mis espaldas, y la sospecha se añadió a mi ansiedad perenne por mi origen de baja casta, siempre al borde de la vergüenza de quedar al descubierto, como el círculo de mugre difuminado de tanto frotar el interior de los cuellos deshilachados de mis camisas.

Durante aquellos años en Delhi descubrí, igual que habían descubierto antes tantos provincianos como yo, que las ventajas de la cuna y la familia no hacían depositarios de la generosidad a aquellos que carecían de ellas. Al contrario: el pequeño mundo de la élite anglófila, tal vez por ser tan reducido, desesperado por lograr el reconocimiento en Londres y Nueva York, se regía por un egotismo absoluto, y sus miembros eran capaces de mostrarse, unos a otros, una hostilidad tan ausente de escrúpulos como mostraban a los de fuera.

*

La única carta que me envió Baba llegó poco después de mi graduación en el IIT; en un puñado de frases bruscas escritas en más de dos tipos de tinta, lo que me llamó la atención, y en un papel amarillo orlado de rosas rosas se quejaba del matrimonio de mi hermana, circunstancia que le había expuesto a prestamistas inhumanos, y acababa así: «Ahora todas nuestras esperanzas están puestas en ti. Solo con más dinero podremos recuperar el honor y ganarnos el respeto».

En las raras ocasiones en que volví a casa Baba apenas se atrevía a hablarme, y nunca mencionó las pequeñas cantidades de dinero que le daba a mi madre, a escondidas, cuando me marchaba de allí para volver a Delhi.

Como fui el primero de la familia que estudió —siempre se quejaba de cuántos sacrificios había tenido que hacer—, se esperaba de mí que los mantuviera a todos. Pero a pesar de todo a sus ojos yo seguía siendo un *nikamma* y un *muft khor*, un gandul y un parásito, y estaba desperdiciando mi educación en un oficio sin importancia.

Hubo muchos días en los que me pregunté si no tendría razón.

Mi sueño, que alimenté con rabia en aquel *kothri* de Deoli, era el de la libertad, las vastas montañas y valles despoblados y mudos, que serían míos. En Delhi yo vivía en un *barsaati* de Mukherjee Nagar, un cubo de cemento con azotea abierta donde nos asábamos por el día, con ventanas opacadas por el polvo, un armario cuyas puertas colgaban de las bisagras oxidadas y que no se podía cerrar, una cocina con un horno de queroseno ennegrecido encima de una mesa de madera y un cuarto de baño, por llamarlo de alguna manera, abierto al cielo y donde el grifo, tras pasar la noche entera goteando, se quedaba en silencio casi todas las mañanas.

El enorme aparato de refrigeración también gruñía por las noches, al lanzar ráfagas de aire con olor a moho por toda la habitación, pero el agua se quedaba estancada y servía de alimento a los mosquitos en lugar de circular por los serpentines; la gente que iba a trabajar a la Vieja Delhi por la mañana temprano recorría un largo trayecto en sus *rickshaws*; pasaban junto a los barrenderos que recorrían las calles con enormes escobas, barriendo de vez en cuando, y la boca cubierta con una tira del turbante o del sari y quedaban envueltos en las nubes de polvo, blancas y quietas, que ellos mismos levantaban.

Todos los días, a la hora de comer, yo dejaba mi cubículo —una fina capa de polvo se posaba sobre todo el equipo del trabajo editorial: disquetes de ordenador, carpetas de cartón, fotostatos, Filofax, impresora matricial— y me ponía a hacer la cola para comprar *rajma-chawal* en el pequeño *dhaba* de la esquina de mi calle. Por la noche trabajaba hasta tarde, hasta mucho después de que mis colegas se hubieran marchado en sus coches a sus casas de Delhi, unos bungalós pseudoclásicos de fachada redondeada escondidos tras setos frondosos, verjas cerradas y guardias armados en las garitas.

Yo deseaba escapar de los laberintos de la Vieja Delhi con sus batallones de perros vagabundos, el olor de las alcantarillas y la basura pudriéndose, los frecuentes altercados públicos, las explosiones súbitas de puñetazos y maldiciones entre hombres que hablaban con gran furia y desesperación, atrapados en el vientre de la ciudad. Los escritores británicos de viajes y los turistas indios de clase alta

encontraban encantadora esta parte de Delhi atestada de gente, con sus tugurios de kebab, los altares sufíes y los charlatanes que contaban historias en urdu; yo temía verme engullido sin remedio por las privaciones y los conflictos permanentes de aquellas casas estrechas con fachadas costrosas que se apretujaban unas con otras, los balcones festoneados por cables sueltos y asfixiados por cuerdas de tender ropa, cajas, escobas, ollas y cubos.

Aseem no solo fue un apoyo para mí, sino para otros muchos jóvenes que intentaban librarse de la depresión de la clase media-baja pero no sabían cómo. Para generaciones anteriores a la nuestra, progresar en la vida había sido ir recorriendo el camino impuesto por la casta y la clase: los imperativos de la educación (inevitablemente vocacional), el matrimonio (casi siempre concertado, pues el amor siempre se veía como una locura de la juventud inexperta), la paternidad y la carrera profesional (en el gobierno), imponían el orden sin que surgieran muchas preguntas perturbadoras sobre su finalidad y significado.

La región y la casta a la que uno pertenecía dictaba los hábitos culinarios y de vestimenta: *kurta* con pantalón y saris o *shalwar-kameezes* en casa, ropas monótonas de estilo occidental para salir; un menú que no variaba nunca, compuesto por *dal*, verduras, *rotis* y arroz, que en algunas casas se fermentaba con bebidas no alcohólicas (la primera publicación de Aseem en la revista literaria del IIT eran unas odas, al estilo de Neruda, al Rooh Afza y al zumo de naranja de Kissan, a Complan, Ovaltine y Elaichi Horlicks).

Nosotros pertenecíamos a una generación bastante osada, cuyos miembros se tomaban la responsabilidad de crear sus propias vidas: trabajaban en empresas privadas, se casaban por amor, comían pasta, pizza y *chow mein* además de *parathas*, bebían cola y cerveza en casa, iban de vacaciones a la playa en lugar de ir de peregrinación y vestían vaqueros y camisetas en lugar de los trajes de safari que habían marcado el estilo de la generación precedente de indios de clase media. Nuestras opciones eran mucho más amplias de lo que la generación de mis padres o los de Aseem hubieran podido imaginar.

Y para aquellos que estaban haciendo esta transición tan rápida y confusa, el pequeño piso alquilado de Aseem en Saket, donde vivía con su esposa Mrinal, abrió una ventana muy prometedora a una posible vida nueva.

Llegarían después los festivales literarios, las amistades con plutócratas, los viajes en jet privado y otros signos de su transformación sustancial. De momento ahí estaba ese piso, amueblado y decorado por Anokhi y la tienda del Museo de Artesanía, con muchas estanterías para libros y pilas de ejemplares de revistas,

sobre todo *Esquire* y *Time*; entre vasijas de terracota de Warli y figuritas de latón de Bastar, un póster de Mohammed Ali («Jefe, este es mi Dios», me dijo Aseem, «De él aprendo las normas»). De la cocina llegaban *parathas* calientes —una sirvienta interna, claro símbolo del éxito en la clase media, se afanaba en el hornillo—, mientras él no cesaba de abrir botellas de whisky Jameson en el enorme salón.

*

La prensa india se estaba liberando de su pátina anticuada; algunos de los periodistas con más experiencia en prensa escrita se estaban convirtiendo en personalidades televisivas, y todos ellos estaban en las fiestas de Aseem junto a sus compañeros de la revista. Otro habitual, lo recuerdo bien, era un funcionario de la policía, T. C. S. Sood, anterior jefe de policía de Jammu y Cachemira y célebre en los medios por sus métodos de asesinato y tortura extrajudiciales, y conocido en el círculo de Aseem por su extraordinaria evocación de la poesía de Faiz.

Muy por debajo de los demás, los siguientes en la escala social eran jóvenes periodistas procedentes de ciudades pequeñas, con sus *khadi jholas* deshilachadas colgando de un hombro. Aseem había dicho a estos muchachos, hijos de funcionarios del gobierno que leían libros de *Kalyan*, profesores de colegio y médicos, que se deshicieran de la cosmovisión de tercera que les habían inculcado sus padres y aspirasen a algo más que una colocación en el gobierno, una furgoneta Maruti y una luna de miel en Mussoorie.

Les dijo que estaba surgiendo un nuevo mundo hiperconectado lleno de posibilidades sin precedentes; Internet estaba facilitando una emancipación que acabaría con las viejas fronteras y ampliaría los horizontes. A Aseem le escuché yo decir por primera vez, a mediados de los noventa, las palabras «globalización» y «autopistas de la información», y él fue también la primera persona conocida que tuvo un teléfono móvil, un portátil y un *smartphone*.

Animaba a los luchadores de pueblo a seguir su ejemplo y aspirar a la aventura de la mente, el espíritu y el cuerpo en la línea de lo escrito por Oscar Wilde: «Curar el alma a través de los sentidos, y los sentidos a través del alma».

Tanto si los herederos de aquellas aspiraciones pequeño burguesas siguieron sus instrucciones como si no, vieron en Aseem un héroe. Un hombre que había abierto con energía las puertas de todas las posibilidades nuevas de crecimiento y diversión que ofrecía una ciudad aún dominada por adustos anglófilos de clase alta. Muchos de ellos aceptaron trabajar en sus posteriores empresas sin salario alguno. Aunque al principio sentían admiración por él (igual que me ocurrió a

mí), con el tiempo desarrollaron un deseo envidioso de avanzar con él y como él, con optimismo y sin sorprenderse, hacia un mundo globalizado.

Planeando por sus fiestas, más alto que la mayoría de los que había en la habitación, con su *kurta* blanco largo y los *churidars* por los que había cambiado el *chikan kurtis*, Aseem parecía encantado con ese momento de contacto: el apretón de manos, el abrazo… Y a diferencia de los anfitriones de las fiestas de mis colegas irradiaba el mismo encanto y vivacidad con todos los asistentes.

Pero sus ojos seguían avizor incluso cuando reía y sonreía, muy parecidos a los de su gata, que en todas las fiestas se quedaba ovillada bajo un sillón colonial, mirando impasible con los ojos verdes relucientes incluso cuando el remolino de un sari o un chal hacía caer una copa de vino desde una mesita auxiliar al suelo.

Y yo me pregunto ahora: ¿había entonces, bajo aquella desenvoltura, aquella energía y el aire superficial de saberlo todo, una falta de certeza y un deseo insaciable de autoafirmación? ¿Iban aquellas horas de triunfante vivacidad seguidas por la insatisfacción y la sensación de no encajar? ¿Seguía su dolorosa infancia influyendo en el hombre de personalidad desbordante que era?

Llegó un momento en que me di cuenta de que Aseem, que seguía persiguiendo su ambición del IIT de llegar a ser conocido como artista, se había obsesionado con escribir una novela. Se acababa de publicar *Un buen partido*: la revista de Aseem sacó la novela en portada y él mismo escribió un perfil halagador del autor, a quien comparaba con Homero y Tolstói. Pero en la intimidad descalificó la novela, dijo que era un folletín, y confesó su propia ambición literaria.

—Antes de casarnos prometí a Mrinal que cuando tuviera treinta años escribiría una novela —decía a menudo—. Y no tengo tiempo, jefe. Pero al menos sé que uno no puede vomitar una novela solo porque su padre es un burócrata de altura, o un juez, y ha ido a Oxford y sabe cómo hacer que la India les parezca lo más «in» a los editores de Londres y Nueva York. Cuando uno escribe una novela está compitiendo con los más grandes del sector.

Se quejaba de que la burguesía india, con grandes ambiciones de ascenso social, estaba reduciendo la novela a una pieza de exposición, algo así como las placas que se ponen en la puerta con el nombre y una ristra de títulos o las fruslerías de las vitrinas que suele haber en las casas de clase media.

Y todo ello parecía causarle una extraña amargura.

—Potencialmente es una forma de arte altamente subversiva —solía decir—. Mira lo que han hecho con ella todos esos escritores

latinoamericanos que han crecido en pueblos pequeños, como García Márquez. Yo nunca esperé gran cosa de los escritores británicos y estadounidenses, la verdad, sobre todo de los blancos. Su imaginación está limitada por los privilegios del primer mundo de que disfrutan; solo pueden escaparse si se miran, a sí mismos, con ironía. Y Nueva York y Londres tienen la influencia cultural necesaria para que sus mierdas de segunda pasen por algo de primera. Pero no hay ninguna razón para que nuestros escritores burgueses *desi* infecten la novela con su mala conciencia, su narcisismo y su falta de seriedad fundamental. Los escritores indios tienen un material mucho más rico, y sin embargo todas esas criaturas malcriadas juegan a ser artistas y así degradan el arte.

Uno de esos nenes trabajaba en mi oficina. Era una chica, coeditora de la revista literaria. Hija de una eminencia con patillas exuberantes que fumaba en pipa y trabajaba en el funcionariado establecido por los británicos, había ido a Cambridge con una beca que consiguió su padre. Todos la consideraban extraordinariamente hermosa, con piel clara y pelo dorado, ojos de un color avellana pálido que inspiraron algún poema en los estudiantes, y se había encargado de informar a los cuatro vientos de que estaba escribiendo una novela titulada *Bebedores de jerez*, un relato entre satírico y melancólico de los indios que, como ella, se sentían como náufragos espirituales en la India tras regresar de un estimulante período en Cambridge.

—La han aceptado en Faber and Faber. Están encantados con ella —me dijo poco después de empezar yo a trabajar en la revista; y añadió—: La conoces, ¿no? Es la editorial de T. S. Eliot.

Un par de años después la volvió a sacar a escena:

—La están considerando en Knopf; están muy interesados.

Tras otro par de años dijo:

—Los de Faber están realmente encantados.

Le conté a Aseem todo esto, sin decirle que la chica disfrutaba mucho comparándole con Barry White en alguna conversación ligera.

—¡Jefe! ¡Pero es una locura! —dijo Aseem, levantando la voz inmediatamente—. Ya sé que hoy en día todo indio malcriado que haya ido a Oxford o a Harvard quiere escribir una novela. Pero no puedo creerme que esa pollita sea capaz de escribir un ensayo legible de dos mil palabras. Así que no te digo nada una novela.

La «eterna aspirante a novelista», como decidió apodarla, era miembro representante de lo que Narendra Modi denunciaría más tarde como «la élite de Lutyens», y a los que su ejército de trolls decidió llamar «libtardos». En muchos aspectos Aseem ya había predicho este odio visceral y sectario hacia los ocupantes anglófilos de

los bungalós de Nueva Delhi construidos por británicos.

Le encantaba citar las líneas de Bazarov en *Padres e hijos*, de Turgenev, que había leído una y otra vez en el IIT: «No eres más que un crío liberal, blando y bien criado». Sus propias palabras, «chikna» y «raja beta o beti», expresaban un desprecio similar por la clase dirigente india, también consentida.

Una de las frases que solía pronunciar sobre este tema era: «Estos liberales de mejillas lisas, estos *chiknas*, estos *raja betas* y *betis*, quieren convertir el exceso de pijería en el que se han criado en arte inmortal».

Modi se dirigía a la élite de Lutyens con un sucedáneo de nativismo, gritando a los cuatro vientos que era hijo de un humilde vendedor de *chai* que no sabía inglés, y no veía motivos para aprenderlo. Aseem criticaba a los bebedores de jerez precisamente en el ámbito en el que ellos demostraban su superioridad.

Los pequeños insultos que me lanzaban a mí se transformaban en golpes en su presencia, y más de una vez me encontré haciendo confidencias a Aseem sobre las transgresiones cotidianas que observaba en la revista literaria: mientras los libros escritos por gente importante se asignaban a sus amigos, el trabajo, muy superior, de otros autores socialmente invisibles y sin importancia se menospreciaba por falta de conocimientos o por la ruda hostilidad de unos reseñistas aficionados.

—Por favor, Arun, no dejes que esos *chiknas* de segunda fila de tu oficina te mangoneen —decía—. Te conseguiría un trabajo en un momento si no estuvieras tan empecinado en servir a la causa de la literatura. Tienes talento de verdad, y ellos son un puñado de insustanciales. Medran porque no hay talento que les haga competencia, y aplastarán a cualquiera que se proponga hacerlo. Ese es el problema, no solo en tu oficina sino en la India en general. Y hay que afrontarlo: la mediocridad es más osada y está mejor conectada que el talento.

No puedo negar que era estimulante ver a tanta gente a la que conocí entonces a través de la viva altivez de Aseem. También a él parecía llenarle de energía, y ahora veo que eso fortaleció el lazo que nos unía inevitablemente: dos fugitivos de casta intentando liberarse de sus orígenes vergonzantes mediante la adquisición del idioma y la conducta de la élite, que nunca estuvieron cómodos en las pieles que adoptaron, perseguidos por una sensación de fraude y por la ansiedad de que uno u otro de sus rasgos distintivos —por ejemplo, la forma en que Aseem pronunciaba «carrera»— acabaría por delatarles.

Aseem no escribió su novela, ni siquiera después de la publicación de *El Dios de las pequeñas cosas*, de la que también se quejó en privado

aunque en su revista la puso por las nubes. En lugar de eso, se subió al carro del dotcom para montar su propia revista con ayuda de Virendra y el dinero de algún inversor de riesgo. Con el pretencioso nombre de *The People's Tribune*, y oportunamente dedicada a concienciar a la gente sobre cuestiones medioambientales (que en aquel momento era un nicho de interés), se estrenó con la investigación secreta de un tema tabú: la corrupción de altos oficiales del ejército que habían deforestado grandes áreas de Cachemira durante la ocupación militar del valle.

Su rostro, solemne ante aquel triunfo momentáneo, no tardó en aparecer en docenas de portadas de revistas, y los nuevos programas de debate televisivos alternaban la información sobre él mismo y su revelación.

Fue más o menos en esa época cuando alquiló una casa nueva, muy espaciosa, en Golf Links; era la casa en la que tú le viste, donde un *chowkidar* inusualmente alegre esperaba encorvado en una caja de madera contrachapada junto a la puerta adornada con bambú; en sus fiestas comenzó a aparecer un nuevo tipo de invitado: mujeres jóvenes con el pelo liso y brillante y pómulos salientes.

La liberalización social y económica había alejado a muchas de ellas de sus familias conservadoras y las había introducido en profesiones emergentes propiciadas por el mundo de la información: diseño y defensa de las ONG. Ahora puedes encontrarlas en Internet, paseándose por los circuitos globales de festivales literarios, conferencias y Ted-Talks, todas ellas misteriosamente entrenadas para mostrar ante las cámaras la desenvoltura y la actitud cortés, pero opaca, de una modelo.

Aseem parecía escogerlas para las fiestas; la forma en que las trataba era espontánea, sin ceremonias, ostensiblemente bohemia. Se pegaba mucho a ellas, y cortaba enseguida ese hilo de tensión que suele establecerse entre un hombre y una mujer, sin tocarse, pero dando a entender que se llegaría a ello si se terciase.

Me viene ahora a la memoria cuando inauguró Great Minds United, el festival de libros e ideas que ahora tiene una conexión indeleble con la vida de todos nosotros.

Recuerdo que tú dijiste: «Ojalá no hubiera dicho que sí a esto… Están todos esos líderes del pensamiento como Joe Stiglitz y Vandana Shiva, pero he oído que el resto de la congregación se compone de *groupies* y plumillas lujuriosos».

No fueron esas las primeras noticias que tuve del proyecto y que llegaron en un correo electrónico que Aseem me envió en secreto, donde el festival, patrocinado por Shell y Prada, se describía como el «Aspen *cum* Davos del Sur Global», o dicho de otro modo, la

quintaesencia e icono de una Nueva India llena de recursos, que estaba en pleno renacimiento económico y era, en general, asertiva y vibrante.

El propio Aseem, que se movió con agilidad y rapidez para pasar del activismo medioambiental a los *wonkfest* internacionales —ahora lo veo clarísimo—, estaba continuamente buscando nuevas formas de encarnar esa asertividad y esa vibración. Se había interesado mucho por una teoría: que el deseo sexual se anima en períodos de exaltación nacional como el que está pasando en la India, y encuentra vías más espontáneas de expresión.

—Mira Miller, Mailer, Vidal, Roth y Updike, en los Estados Unidos de los cincuenta y sesenta del siglo XX —le encantaba decir en sus fiestas—. Llegaron a ser realmente osados, mucho más que Hemingway, por ejemplo, que era el genio fálico original, a la hora de trazar el arco de su pene, que se levantaba al unísono de la riqueza y el poder de su país.

Y añadía:

—Los más lascivos de todos eran escritores de origen humilde, y tuvieron que matarse para ascender socialmente.

Luego insertaba una cita (al pie de la letra, por lo que pude ver cuando fui a comprobarlo) de *El lamento de Portnoy*: «No creo que se folle a estas chicas tanto como a sus orígenes».

Obviamente él ya había empezado a poner en práctica la teoría. Recuerdo aquella noche en la casa nueva, una de tantas donde el combustible era el Johnnie Walker Etiqueta Azul del *duty-free* y no el Jameson que la embajada de Sierra Leona había sacado de contrabando, cuando se puso a jactarse de su colección de pornografía —libros, cintas de vídeo y deuvedés— y de su pericia sexual.

—Diez mil polvos, jefe —dijo Aseem.

Presumía de haber llegado a esa cifra récord hacía pocos días. Miré a Mrinal de soslayo. La cifra parecía exagerada: estaba pidiendo a gritos una auditoría. Aseem y Mrinal se conocían desde hacía veinte años. ¿Habían mantenido ambos una media de un polvo y medio diario?

La aritmética no se inclinaba a favor de su mujer, que le miraba con expresión divertida, aunque distante. El resto de las mujeres presentes hicieron lo mismo, y yo recuerdo haber pensado con qué facilidad se había apoderado la espontaneidad sexual de aquellas mentes tan puritanas.

Aseem tenía otro discurso favorito:

—Nosotros, los indios de clase media, somos los mayores hipócritas del mundo cuando se trata de sexo. ¿Por qué no podemos entender que lo erótico siempre ha sido parte integrante de nuestras

vidas? Es algo que ya sabían los indios de la época clásica que escribieron el *Kamasutra* y construyeron los templos de Khajuraho. ¡Pero si adoramos al falo, por amor de Dios! Los antiguos hindúes lo tenían clarísimo. O vivías en el mundo, o renunciabas a él. Y perdonad que os diga: el que renuncia tiene toda la reverencia, es fundamental para la cultura hindú y la gente sigue sintiendo un profundo respeto por los *sadhus* y *swamis*. Pero eso no convierte en objeto de broma al tipo que folla sin parar, se casa, procrea y se hace rico. El tipo que abraza la vida con todo el exceso erótico y material que conlleva ocupa un lugar de honor en el cosmos.

Le gustaba citar un verso de *Rig Veda* para dejar clara la sensualidad amoral de los hindúes clásicos: «No triunfa aquel a quien el pene le cuelga laxo entre sus muslos. Triunfa únicamente aquel cuyo órgano peludo se hincha cuando yace».

—Es una diosa, una mujer, y no un hombre cachondo el que dice eso en el texto más antiguo del hinduismo —insistía.

Yo comprobé una vez una traducción de Penguin Classics y… También en ese caso había citado correctamente.

—Comparad esa total aceptación del sexo con la de san Agustín, que inventó el pecado original porque la polla se le levantaba sin su consentimiento. Los indios antiguos lo aceptaban todo: homosexualidad, androginia, transgénero… lo que se quiera. Fueron los cristianos, los misioneros, los victorianos y los estadounidenses los que nos jodieron vivos con su puritanismo. Me alegro de que por fin lo estemos superando.

Y a continuación ofrecía, como prueba, una historia de una estudiante de periodismo de Miranda House que le había entrevistado para la revista de su facultad y con la que había ido después a tomar algo en uno de esos tugurios de Defence Colony que sirven alcohol a menores de edad. Después de tomarse solo una copa de vino ella dijo:

—¿Qué hacemos tonteando aquí, matando mosquitos? Vente a mi *barsaati* y follamos.

Cuando terminaba de contarlo Aseem se reía y empezaba a patear el suelo; parecía resuelto a no decir si al final había aceptado la invitación de una estudiante de universidad pija.

Tú, en una ocasión, comentaste: «Hay muchos hombres inteligentes que hablan de las mujeres en tono excesivamente sexualizado, que las cosifican porque su vida interior acarrea ciertos daños que no les permiten conectar con sus emociones más profundas». Esa es una de las cosas que dijiste y que yo ahora rememoro lleno de culpa.

Pero en aquellos tiempos las declaraciones de Aseem parecían bravuconadas inofensivas que solo servían para inflar su

reivindicación de personificar un espíritu indio no contaminado por la mojigatería y la hipocresía.

Asumió, también, como parte de ese nuevo personaje enérgico que le había dado por interpretar, una ideología política de izquierdas que empleó no solo contra los expoliadores del medioambiente, sino también contra la corrupción, el fanatismo religioso, el autoritarismo y el patriarcado. Para todos aquellos periodistas occidentales que participaban en *think-tanks* y para los ejecutivos de las multinacionales fascinados por la Nueva India, Aseem siempre resultó, cuando menos, tranquilizador, con su resumen del potencial sin explotar que ofrecía el país. «Cientos de millones de jóvenes currantes de clase media baja», solía decir, adoptando sus clichés. «El dividendo demográfico va a ser enorme.» Pero en sus apariciones públicas, en la televisión o en entrevistas en prensa, comenzaba a levantar la voz, que empezaba a sonar quebrada, y se mostraba en estado de movilización permanente contra enemigos temibles.

Recuerdo que tú dijiste que la primera vez que oíste hablar de él fue por su franqueza en materia política. Dijiste: «He llegado a admirar enormemente su encanto, su *chutzpah*, igual que mucha gente de mi generación. Para nosotros, indios privilegiados y occidentalizados, él no ha hecho más que demostrar lo oscuro que era nuestro mundo bajo su superficie colorida».

Yo no dije que, aunque estaba muy agradecido a Aseem por la solidaridad y empatía que había mostrado hacia mí y otra gente de nuestra clase, solo podía comprar sus denuncias políticas hasta cierto punto.

No cabía esperar una pasión por el medioambiente y la justicia social o de género de gente que llevaba desde la infancia sumida en una lucha angustiosa por conseguir notas altas y encontrar una puerta que les llevara a Estados Unidos. En la medida en que yo llegué a tomar conciencia de ellas, las víctimas de una violación grupal en Nagaland, las colosales presas construidas en las fallas geológicas del Himalaya y las capas freáticas que se estaban desplomando en las llanuras del norte de la India inspiraban indignación y lástima. Pero mi interés en el chabacano mural de perversión y miseria que todas las semanas nos ponía en bandeja la revista de Aseem seguía siendo limitado.

A mí Aseem no me convencía, y no solo porque su conciencia social había tardado mucho en despertar y había llegado a coexistir con excesiva complacencia con un activismo respecto a la India que ya estaba muy manido.

Me parecía que estaba exagerando; que estaba despreciando algunas de las lecciones que nos había enseñado la vida, pero también los libros que con tanto afán habíamos leído y releído en el IIT.

Fanáticos hipermasculinos, periodistas sin escrúpulos y hombres de negocios sobornables no representaban, para mí, una realidad maligna sin precedentes. Por lo que yo sabía por mi padre y por la sociedad descrita por Balzac y Maupassant, me parecían perfectamente normales.

Además, en el momento presente veo todo esto con más claridad: Aseem no deseaba, como tú y tantos otros, reorganizar un mundo mezquino como este. Su indignación con el cambio climático o la injusticia no tenía ninguna conexión con otras causas o proyectos políticos: T. C. S. Sood, ejecutor de las gentes de Cachemira y modelo inspirador de asesinos de uniforme en cualquier territorio, continuó disertando sobre libros en las fiestas de Aseem.

Era como si Aseem estuviera buscando algún tipo de distinción personal al mostrarse de parte de los desgraciados de la tierra. Quizá había calculado que el victimismo se acabaría convirtiendo en algo más glamuroso y fructífero que la lucha colectiva por una sociedad justa.

En Delhi Aseem buscaba y consumía con avidez ideas y placeres y enriquecía constantemente su filón inicial de energía. Al cabo de unos años yo empecé a moverme en otra dirección. Tras terminar en Delhi aquella lucha inicial por encontrar un sustento y un techo de mi propiedad, soñaba con escapar, con acceder a una vida más espaciosa, con abandonar mi entorno atestado y vivir en el paisaje del Himalaya que había en el calendario de casa; y mis sueños adquirieron una dimensión nueva cuando descubrí un pueblo de calendario, llamado Ranipur, en un viaje a Shimla.

Aunque seguía trabajando en la revista literaria, había empezado a traducir los libros de una colección en tapa dura de clásicos de la literatura en hindi, patrocinada por un empresario estadounidense inclinado a la filantropía. Pagaban en dólares y generosamente, teniendo en cuenta el rasero de la India, y mi escapada a Ranipur había empezado a ser, finalmente, viable desde el punto de vista financiero. Pero una noche cuando llegué a casa después del trabajo encontré una carta de mi madre.

Llevaba años escribiéndome la misma carta: *Aasha hai ki tum swasth to* (Espero que estés bien de salud). *Aur padhai-likhai acchi chal rahi hai* (Y que tus estudios vayan bien). *Itne dinon se koi chitthi nahin aiyi tumhari* (Hace mucho que no recibo carta tuya). *Thodi chinta ho jaati hai tumhare swasth ke baare main* (Estoy un poco preocupada por tu salud). Esta diligencia final venía, en ocasiones, salpimentada con una confesión: los dolores de pecho que sufría ella, la falta de aire, y que yo había leído en diagonal, igual que el resto.

El idioma había cambiado con los años tan poco como el diseño de

la carta estándar, con las tres solapas y el sello de Gandhi. Seguía así durante el tiempo que estuve estudiando en Delhi y luego en el IIT, o trabajando en mi primer empleo. Cuando abrí su última misiva me di cuenta, cansado, de que era Meena, mi hermana, quien la había escrito. En dos párrafos sencillos me informaba de que nuestro padre había abandonado a madre por otra mujer, y me instaba a volver a casa en cuanto me fuera posible porque ella no podía desatender sus asuntos por mucho tiempo.

Me quedé parado, estupefacto, con la fina hoja azul de papel en la mano, las solapas rasgadas, y un extraño recuerdo revoloteó por mi memoria: Baba llevándose a la boca un vaso blanco desportillado lleno de leche fresca, aún caliente, con los ojos medio cerrados; apoyaba los labios gruesos y agrietados en el borde para comprobar la temperatura, y soplaba suavemente. Al final de la escena se bebe la leche con los ojos cerrados y su rostro ancho, de una belleza cruel, brevemente en paz.

Yo nunca había sido testigo, ni me había atrevido a imaginar, qué otra hambre podría apoderarse de aquel hombre. Mi madre nunca logró explicarse por qué se había cansado de su feminidad sumisa. Después supe por mi hermana que había tenido una larga aventura con la hija viuda de un tendero local, y que se había ido a vivir con ella en cuanto murió el padre. Entonces llevaba él la tienda, con su nueva consorte.

Cogí el tren nocturno en la estación de tren de la Vieja Delhi, donde las multitudes que cruzaban el puente parecían estar siempre al borde de la estampida, y emprendí sin dormir el viaje a casa. En aquel momento tiraba del tren una locomotora diésel, pero los vagones de segunda, donde no se reservaba asiento, iban a rebosar de hombres sudorosos y adormilados, y el agujero del suelo del lavabo bramaba mientras las lámparas del techo lucían mortecinas como siempre. Y las chispas doradas: también seguían saltando a la negrura de la noche como *churails* malvadas de las pesadillas de mi infancia.

Cuando tras una breve cabezada abrí los ojos a primera hora de la mañana, me pareció que el suelo corría en dirección contraria. A la luz del alba, pálida como la ceniza, me apeé del tren y me dirigí, aún desorientado y esquivando los cuerpos amortajados de blanco, tendidos en el suelo del andén, a la casa donde estaba mi madre, abandonada por su marido.

Agotada por el dolor y por las noches sin dormir su frágil cuerpo temblaba, sollozando, cuando se apretó contra mí, en ese abrazo tan suyo, que da con todo el cuerpo.

Todo lo que me rodeaba en aquel hogar abandonado me parecía

igual que siempre, algo más sucio y pequeño, con más manchas y desconchones. Pero al alejarme de la botella de Thums Up, en la habitación vacía donde una vez tuve la sensación de estar atrapado para siempre, donde todo había seguido envejeciendo y sobreviviendo, me sentí afligido por el dolor. Sentí el duelo por aquellos tiempos en que la perspectiva de una vida llena de brillo y de posibilidades me hacía señas para que siguiera su camino.

E iba a encontrar, con mi madre inesperadamente a mi lado, aquel futuro abierto y misterioso en un lugar nuevo. Pero mientras el *tonga* avanzaba por el callejón lleno de baches, y las campanillas que colgaban del cuello del caballo emitían un sonido hueco, la carretera asfaltada bajo las pezuñas del animal empezaba a alargarse, y yo tuve la sensación de que aquel pasado en el que abundaba la esperanza se me estaba escapando de las manos.

SEGUNDA PARTE

6

—Pero ¡eso es absurdo! —dijo Aseem cuando le conté que me iba—. Es un paso atrás. ¿Qué vas a hacer tú en un pueblo pequeño? Mira, si necesitas un trabajo diferente, lejos de esos *chiknas* de tu oficina, solo tienes que decírmelo.

Le conté lo del proyecto de traducción.

—Guau —dijo—. Eso es mucho dinero. Vas a nadar en dólares en el Himalaya.

Le conté, también, lo que le había sucedido a mi madre.

—No puedo hacer nada por mi hermana —dije, en tono algo pacato—, pero al menos puedo intentar que mi madre viva un poco mejor.

Pero él ya estaba pensando en otra cosa.

—Supongo que te das cuenta de que vivir con tu madre te saca de la circulación.

Ya se me había ocurrido. Pero es que después de tantos años en Delhi yo no había conseguido sentirme nunca «en circulación».

Poco después, en la misma conversación telefónica, Aseem se contradijo:

—Te envidio —aseguró—. Lo cierto es que es una buena oportunidad para alejarse del mundanal ruido.

Me sentí halagado por un momento, pero el tono de nostalgia de Aseem era ambiguo: en ese momento y con un enorme esfuerzo de voluntad se había dado cuenta de qué era lo que siempre había perseguido: huir de las limitaciones que impone un pueblo pequeño, llevar una vida nueva con actitudes, normas y costumbres nuevas, un círculo reluciente de amigos y una sensación de poder.

Después de años yendo a trabajar en un Ambassador comenzó a hacerlo en un Montero comprado, como casi todo lo que había en su oficina, con el dinero de Virendra. La gente se paraba a mirarle en los aeropuertos. Algunos le pedían un autógrafo o una foto. Las historias sobre su colección de porno, aquella teoría suya en la que vinculaba el pene de Roth o de Updike al crecimiento de Estados Unidos en la posguerra y sus fotos con magnates y pensadores de moda llegaban, a través de la lista de correo del IIT Delhi, incluso a mi pueblo.

Encontré entrevistas suyas en las que empezaba a hablar con orgullo de sus orígenes. Decía: «La clase media baja es la verdadera artífice de la historia. Historiadores y sociólogos se centran en la clase trabajadora y en los ricos. Y los novelistas *chikna* escriben sobre otros *chiknas*. Pero es la gente como nosotros, apenas representada en la literatura a partir del siglo XIX, la que ha construido y reconstruido el mundo con su hambre y ambición».

Nunca te conté con detalle lo de aquel verano, cuando salí de Ranipur para dar una serie de conferencias en Estados Unidos y Aseem me llevó a una fiesta en East Hampton en la que Virendra —multimillonario recién consagrado y principal fuente de financiación de su revista— era el anfitrión.

Vi a Aseem en su suite del Hotel Pierre. La puesta en escena no me sorprendió. Ya había visto a Aseem en acción en una fiesta que dio en su casa de Golf Links en honor de su admirado V. S. Naipaul, en uno de los escasos viajes que hice a Delhi cuando estaba en Ranipur.

Había obras de arte en las paredes: no las láminas de Canaletto y Vermeer que tenía en Saket, sino pinturas de artistas indios modernos que habían empezado a exponer en galerías europeas. Si lo pedías, te servían whisky, solo de malta o mezclado, pero las copas de flauta que pasaban en bandejas contenían Marquise de Pompadour —la versión india del champán— y Sauvignon Blanc, de los viñedos de Maharashtra y Karnataka. Al hacerse mayores —y estar mejor conectados— los periodistas de pueblo apadrinados por Aseem habían cambiado las *jholas* por mochilas falsas de JanSport y los zapatos de cordones de Bata o los *chappals kolhapuri* por náuticos de Timberland y mocasines.

Todos los que conformaban aquella multitud de corresponsales extranjeros, periodistas, publicistas, aspirantes a escritores, burócratas y mujeres jóvenes y glamurosas, parecían mostrar sin tapujos su admiración por Naipaul, y luchaban por acercársele. Por su parte Naipaul, atrincherado en un rincón del salón, parecía un hombre recio y sorprendentemente pequeño: vestido de tweed grueso, y llevaba unas gafas enormes y una barba de chivo blanca y puntiaguda, y el pelo le empezaba a escasear. Yo había esperado encontrarme con aquel hombre intenso —¿más alto, quizá?— y joven que sale en la fotografía de *Un recodo en el río*.

Solo Aseem, seguro de contar con acceso fácil a su distinguido invitado y nuevo amigo, se mantenía alejado del aura de Naipaul: él y su gata —una mascota muy poco habitual en Delhi— y su esposa Mrinal, que, como siempre, iba de un lado a otro sin separarse de él ni decir gran cosa, mientras su marido hablaba sin parar de Rupert Murdoch y la revolución sexual en la India, pero con una media sonrisa que sugería un leve escepticismo.

Llegué al Pierre al mismo tiempo que un camarero negro con el pelo plateado que llevaba una bandeja de brioches, tarros de confitura, servilletas y un juego de café de plata del hotel. Aseem, envuelto en una bata de seda con el logotipo del establecimiento garabateaba su nombre en el cheque mientras se llevaba a la boca un brioche, sin mediar servilleta.

Cuando el anciano camarero salió y cerró la puerta (con actitud algo desdeñosa), Aseem dijo:

—Fíjate. Nosotros, que hemos viajado en carros de bueyes, aquí estamos: esta vez a bordo de un Boeing 747 desde Asia al Pierre. ¿Conoces a alguien que haya hecho tal progreso, y tan rápido, en toda su vida?

¿Cuándo había viajado él en un carro de bueyes? Porque yo, nunca. Aunque tampoco había volado a Nueva York en un Boeing 747. Había cogido un Ilyushin de fabricación soviética de la compañía de bajo coste Ethiopian Air y, tras una larga escala en el aeropuerto de Addis Abeba, acompañado en una sala de espera de techo bajísimo por unos sijs que iban hacia el Congo cargados con cajas de cartón pegadas con cinta aislante y unos hatillos de ropa, había pasado cuatro horas en inmigración en el JFK, en una celdilla atestada de gente con aspecto abatido que parecía —vagamente— de Oriente Medio y sentado junto a una mujer pakistaní que, desde debajo del burka negro, se quejaba en urdu de un abuso racista a su captor afroamericano.

Yo me alojaba en un Days Inn del Bronx, donde vi por primera vez un retrete estadounidense. Así se acabó mi gran preocupación: qué sucedía al tirar de la cadena con los contenidos de aquel recipiente, que giraban en alegre remolino y luego se quedaban flotando de un modo inquietante antes de ser succionados con urgencia espasmódica. Había hecho un trayecto en metro hasta la Calle 59, agarrado a una barra mugrienta y maravillado ante el caleidoscopio de caras de los pasajeros, todas muy diferentes entre sí, pero uniformemente exentas de emoción. Mi plan era ir en tren, al día siguiente, a Hamilton College para dar una conferencia sobre la ficción modernista hindú, por la que me iban a pagar 1.000 dólares más gastos, que era probablemente lo que costaba una noche en el Pierre, pero, dado que mi audiencia se iba a reducir a entre cinco y siete personas, era una paga muy generosa.

Miré por la ventana a los tejados oscuros y humeantes de los edificios. Cuando vi cómo se clavaba el segundo avión en la torre, días después de que sucediera, mi primera reacción fue que era antinatural vivir o trabajar suspendido en el cielo, a esa altura. Lo mismo pensé en ese momento, exento ya de la brutalidad de entonces, cuando Aseem me ofreció una copa de flauta con champán rosado y frío

formando espuma en su interior.

—Ya sé que es muy pronto, pero qué demonios: es Dom Pérignon, el hotel nos lo da gratis, y Mrinal no está aquí para registrar mi ingesta de alcohol —dijo Aseem.

A mi paladar, no educado, el champán le pareció inferior al Marquise de Pompadour que Aseem había empezado a servir en sus fiestas, o al menos no tan dulce. Pero no le dije nada. Tampoco le dije que mientras él estaba en el baño me había cortado un dedo con los bordes dentados de los *New York Times* que se amontonaban en su mesa, y cogí las páginas de deportes para limpiar las diminutas perlas de sangre que salieron del corte.

De todos modos él parecía decidido a disfrutar de aquella suite con vistas al aparcamiento que estaba en el piso treinta y dos, y en la que el director del hotel, consciente de los contactos de su huésped entre los que mandaban en India, le había instalado.

Me invitó a inspeccionarla: con una mano jugueteaba con las borlas del albornoz; con la otra hacía girar el tallo de su copa.

—*Panditji* —dijo—. Tienes que estar harto de esa vida célibe y rústica. Al menos a veces. Bien, pues esto es lo que te ofrezco en el gran mundo de los malos, fuera de tu pequeño refugio del Himalaya.

Las almohadas de los dos lados de la cama de Aseem, hecha a toda prisa y con escasa destreza, estaban holladas. ¿Tuvo compañía la noche anterior? Desde luego, desbordaba energía; me preguntaba si viviendo en un mundo que había colmado todos y cada uno de sus deseos, el sexo se había convertido para Aseem en una forma de gratificación espontánea, algo que añadir a su marcador.

Yo estaba buscando algo que decir, algo que volviera a conectarme con ese Aseem más exaltado y levemente fanfarrón, mientras recorría despacio su suite con una copa de champán en la mano y la decoración —crema y oro pálido, chimenea de pega y araña de cristal — me recordaban el desplegable del *Playboy*, con el que pasábamos gran parte del escaso tiempo de ocio que teníamos en el IIT.

No se me ocurrió que pudiera hacer un comentario —ni siquiera de pasada— sobre ese parecido con el nuevo Aseem y su actitud recién estrenada. En un momento dado, sin ton ni son, dijo:

—Los hoteles de Shanghái y Mumbai nunca aciertan de pleno. Tienen habitaciones y salones más amplios, pero no ofrecen la emoción de un lugar como este.

Y luego, riéndose, añadió:

—J. P. Getty construyó las residencias privadas del edificio. Esta es la casa perfecta para el señor Biswas. De una modernidad incuestionable, jefe, y a un precio como para no dudar.

Se reía porque sabía que yo reconocería la expresión «De una modernidad incuestionable», que V. S. Naipaul había dicho a Paul Theroux cuando él, descendiente de trabajadores explotados, se compró un piso en South Kensington, en Londres. Sería el primer hito de su viaje personal desde la indigencia y la oscuridad hasta el lugar donde podía gozar del respeto a sí mismo y la inmunidad ante la humillación.

Eran los años setenta. Pero ahora había muchos más, en un país con casi mil cuatrocientos millones de habitantes, luchando por alcanzar la cima de la opulencia y la confianza que durante tanto tiempo habían ocupado hombres y mujeres blancos. En el vuelo a Nueva York yo había ido viendo *Hardtalk*, un programa de la BBC en el que un novelista indio que escribía en inglés proclamaba en su inglés musical de internado que había llegado el momento de que los hindúes afirmaran con orgullo que eran hindúes, y contribuyeran a que se cumpliera el destino de la India: convertirse en una gran civilización y un estado-nación.

Avergonzados de que les identificaran durante tanto tiempo con un país de pordioseros y elefantes, muchos indios educados y de casta superior empezaban a exigir respeto y atención a los dirigentes blancos de todo el mundo. Una dinastía de empresarios de Mumbai había comprado el Pierre no hacía mucho, y estaba anunciando a bombo y platillo que pretendía comprar la compañía que fabrica el Jaguar, dos de las muchas adquisiciones consideradas trofeos en lo que la prensa india bautizó como la «consagración global» de la India.

Un timador de pueblo, de Uttar Pradesh, no tardaría en comprar el Hotel Plaza, justo enfrente del Pierre. La bandera india tricolor ya ondeaba en Central Park; el vestíbulo reverberaba con el acento «hind-glés» y el mandarín de los «ricos asiáticos locos». Algunas damas estadounidenses de cierta edad seguían aferrándose a los apartamentos que tenían en el edificio, construidos por Getty en régimen de cooperativa. Entraban en el ascensor panelado en madera con sus caniches malcriados y daban la espalda, desdeñosas, a los arribistas chinos o indios que se aferraban a su botín, comprado en los emporios de la Quinta Avenida, mientras subían despacio a las alturas.

Aseem, por su parte, también reaccionó con desprecio:

—Se acabó todo para este país —dijo—. El sueño americano ha quedado al descubierto: es un fraude. Los americanos saben que les han engañado y la élite que perpetró el engaño ya no existe. Suicidio, depresión, adición a las drogas, violencia con armas de fuego, revueltas en las calles… Créeme, jefe. Ese es el futuro de este país. Quiero decir que Philip Roth, que comenzó a publicar cuando Estados Unidos se encontraba en pleno ascenso, escribe ahora que a Zuckerman no se le empina. ¿Necesitas más pruebas? Lo tuvieron todo

muy fácil. Y durante mucho tiempo, jefe, se ahorraron los horrores del siglo XX, la pérdida del dinero y el poder global tras la Segunda Guerra Mundial y se libraron de una buena cuota de mediocridad porque no tuvieron rivales. Y ahora se vuelven locos al primer toque de adversidad. La cuestión es, en definitiva, que tendrán que apoyarse en gente como nosotros para recomponer su país.

Gente como nosotros, o como Aseem, estaba ya flotando en ese país de las hadas, muy por encima de los *desis* de otra era, que habían dejado en la India los carros de bueyes para dedicarse a conducir taxis amarillos, pasar el día enjaulados en un quiosco de periódicos de Manhattan, adormilados y tristes, sus hijos pateando las calles atestadas de gente con la cara levantada y la espalda rígida, compitiendo con ardor por una recompensa que parecía tan dudosa como escurridiza.

Sobre este tráfago fútil e incesante había surgido una clase mejor de indios en todos los órdenes: en política, tecnología, finanzas, prensa, editoriales. Aseem reveló los nombres y credenciales de algunos prominentes indios —Sonny Mehta, Fareed Zakaria, Vikram Pandit, Vinod Khosla— que habían llegado a Estados Unidos para servir de interfaz entre las élites estadounidense e india con el gran Rajat Gupta de McKinsey & Company.

Me informó de que la historia de portada que aparecía simultáneamente en *Newsweek, The Economist* y *Foreign Affairs* confirmaba el ascenso imparable de la India; y me pareció algo decepcionado cuando le confesé que nunca había leído esas revistas. Hasta *Vanity Fair*, me contó, se había interesado por el nuevo poder asiático; se lo había oído, de primera mano, a Graydon Carter.

—El editor —dijo, sorprendido de que yo no lo conociera.

Se produjo una pausa, y luego Aseem añadió:

—Estos chalados de los fundas islámicos se equivocaron de pleno al echar abajo el World Trade Center. Tendrían que haber intentado comprarlo.

De su propio relato se desprendía que algunos hombres y mujeres, blancos, habían llegado al menos a reconciliarse con su declive, y estaban dispuestos a dar la bienvenida a sus sustitutos de piel oscura.

—Tina da mañana por la noche una fiesta en mi honor —dijo Aseem—. ¿Quieres venir? Podemos ir directamente desde casa de Virendra, en East Hampton. A lo mejor está Salman.

Al día siguiente, en el trayecto a East Hampton, dijo:

—Jefe: estamos viviendo en un mundo nuevo, donde de repente es una ventaja haber crecido en un país asiático. La empresa de Virendra está abriendo oficinas en lugares de los que sus fundadores *wasp* no

habían oído hablar: Manila, Bogotá, Lagos, Yakarta… Necesitan gente con una educación cosmopolita, inmunes al vientre de Delhi, el choque cultural y otros traumas que estos blancos blandos tienden a padecer.

Aseem iba inclinado hacia delante, mirando a la autopista como si intentara desentrañar su propio futuro. Agarraba firmemente el volante, pero las manos no dejaban de temblarle, aunque fuera de modo imperceptible; y tenía algún problema en el ojo izquierdo, porque no dejaba de pasarse un pañuelo.

Luego añadió:

—Tú sabes que tengo un compromiso con la India, y tú no quieres abandonar tu pueblo, pero ya veo por qué Virendra lleva aquí una vida completamente nueva, donde tiene la posibilidad de viajar, de ver nuevos países y seguir alimentando su ego. Siempre se sintió como una anguila, capaz de meterse en los sitios más inesperados; ahora puede atravesar el mundo corriendo como una gacela y, si quiere, regresar a la India como un héroe.

Lo de la anguila y la gacela parecía haberlo preparado Aseem, quién sabe si para utilizarlo en la BBC y en la CNN, donde la lista de correo del IIT siempre destacaba sus apariciones y le llamaban «la promesa de la Nueva India». Sé que lo utilizó cuando tú le entrevistaste para tu libro.

—Ya lo sabes, jefe. El verdadero modelo de Virendra, en este sentido, es Naipaul, aunque no haya leído ni una palabra de lo que ha escrito. Él fue el original de indio moderno, totalmente hecho a sí mismo, que triunfó: alguien que persiguió una idea superior del yo, el prototipo del hombre globalizado de principios del siglo XXI.

Recuerdo que durante uno de nuestros primeros encuentros tú mostraste cierto desconcierto hacia los gustos literarios de Aseem.

—Lo que quiero decir —explicaste— es que no para de dar cancha a esos escritores que están siempre enarbolando la polla, como Roth y Mailer, ni de echar flores a Naipaul, que es un completo islamófobo y un misógino. Yo no conozco a nadie que a estas alturas siga leyendo a esta gente.

Me sorprendió que dijeras eso. Yo no sabía entonces que mientras me familiarizaba con el canon literario del siglo XX, fundamentalmente masculino, me había perdido una rica tradición de literatura escrita por mujeres. Apenas presentes en las librerías indias, los libros de Jane Bowles, Zora Neale Hurston y Annie Ernaux —que siempre te encontraba leyendo y luego cogía yo— me abrieron la mente a otras formas de ver el mundo con las que congenié inmediatamente.

Aseem tampoco tenía ni idea de que existiera ese mundo, totalmente distinto, de escritores y lectores. Y para él, siempre rodeado de autores indios con credenciales formidables y que hacían que una temporada en Oxbridge parecía condición *sine qua non* para escribir, Naipaul —nieto de trabajadores explotados— se veía a sí mismo como «demasiado hombre»: el hombre que sale de la nada y triunfa contra todo pronóstico.

Tanto si conocía los libros de Naipaul como si no, libros que a mí me resultaban demasiado esquemáticos o demasiado amargos y que rara vez terminaba de leer, Aseem se entregó con celo a encumbrar el mito de Naipaul. Abrazó además su diagnóstico de la India como «civilización herida», tal vez porque los objetivos del escritor eran esos liberales blandos y bien criados que, obsesionados con asegurarse la estima de los occidentales blancos, callaban las crueldades de la casta y la pobreza, de las que eran cómplices.

Cuando Aseem le conoció y entabló amistad con él, Naipaul ya había cambiado drásticamente de parecer. Según él la India había experimentado al fin un despertar intelectual y político. Y por increíble que parezca encontraba la prueba de ello en los fanáticos hindúes que derribaron la mezquita de Babri en 1992 y masacraron a cientos de musulmanes en todo el país. Su violencia representaba, al parecer, un surgimiento de la conciencia histórica que venía desde abajo, desde las clases y castas pisoteadas.

Aunque conmocionado por aquella carnicería que acabó con la vida de un buen amigo en Mumbai, y abiertamente opuesto a partir de entonces a los supremacistas hindúes, Aseem no tardó en justificar el error de juicio de Naipaul tras hacerse amigo del escritor en uno de sus festivales.

—A fin de cuentas, jefe, tiene que decir lo que tiene en la cabeza. Sin miedo. Yo lo que más valoro es su integridad.

Integridad: aquel era el mayor halago que se podía recibir de Aseem. Como sucedía con otras palabras inglesas que utilizaba, yo no estaba del todo seguro de qué quería decir cuando hablaba de integridad. Me pareció que significaba una especie de candor que es desinhibido, incluso desagradable, y utilizó la misma palabra cuando Naipaul confesó en una entrevista que no le gustaba su madre, que había recurrido a prostitutas y había llegado a la gloria erótica con una amante mientras su mujer agonizaba, enferma de cáncer. Y también la utilizó cuando una crítica feminista acusó a Naipaul de que la representación que hacía de las mujeres en sus novelas era degradante.

Mi opinión personal de Naipaul se quedó congelada de repente cuando le oí decir, en la fiesta de Aseem: «El Booker Prize se ha convertido en una forma de beneficencia para homosexuales. Sí, sí, sí.

Beneficencia para homosexuales». Se refería al autor de *La línea de la belleza*, una novela que yo había leído con cierta incredulidad, incapaz de aceptar que pudieran existir unas percepciones tan sutiles y una prosa tan precisa, y había estado coqueteando con la idea de verterlo al hindi.

Aseem justificó ese plano de Naipaul como parte de sus prebendas de gran artista. A mí me dio la impresión de que Aseem había empezado a considerar a Naipaul como uno de esos antagonistas de ficción del siglo XIX con los que se había encontrado en el IIT: otro exponente de gran talento y pura ambición en una sociedad hostil. Y vio a los escritores a los que idolatraba, Roth y Mailer, judíos americanos, de forma muy parecida.

Yo no sabía lo suficiente sobre Naipaul —ni me preocupaba— para oponerme a esas visiones de la amoralidad convertida en estética. De hecho, la cercanía hizo que aquel escritor al que Aseem veneraba empezara a volverse más pequeño, hasta quedar reducido a un hombrecillo medio calvo de párpados caídos, papada fofa, barriga de pelícano y poseedor de una serie de supuestos no meditados del derecho a agraviar.

Ahora tengo que preguntarme qué efecto tuvo Naipaul en Aseem, porque durante sus últimos años se obsesionó con que le agasajaran y, en consecuencia, quedó en situación de vulnerabilidad precisamente ante los ricos, los famosos y los poderosos: la gente a la que antes había juzgado con tanta severidad.

Yo no fui a la fiesta de Tina en Nueva York, de modo que nunca averigüé qué significaba, en una América en declive, encarnar a la India naciente. Pero sí puedo verificar que los más notorios artífices y publicistas de lo que estaba empezando a conocerse como «la Nueva India», desde los autores de libros con títulos como *El concepto de India, El increíble ascenso de la India, El nuevo tigre asiático* y *La nación del curry superrápido*, hasta el director —gay— de Bollywood, la reina de los culebrones, y el ejecutivo de una agencia de publicidad con pico de oro, que se convirtieron en tres de los palmeros más ardientes de Modi, estaban presentes en las fiestas de Aseem.

Las pocas veces que asistí a ellas, cuando vivía en Ranipur e iba a Delhi de visita, nunca vi magnates inmobiliarios, políticos ni traficantes de armas, individuos que serían los que después financiaran sus distintos proyectos. Pero ese tipo de persona que marcó de un modo decisivo el tono ético y estético de la Nueva India operaba en la sombra, entre bambalinas.

Tendría que haberme servido de advertencia un relato de la nueva influencia de Aseem que apareció en una columna de cotilleos en *Outlook*. Había llevado a los organizadores, jóvenes e idealistas, de un

festival literario a la granja que un hombre de negocios con acento estadounidense tenía en Mehrauli. Los palmeros literarios salían de allí, cargados con paquetes de dólares americanos como los que se ven en *Narcos, groupies* que descubrirían después que su patrón, inusualmente benévolo, pertenecía al *lobby* de Lockheed Martin.

Se estaba alterando la forma de hablar, y Aseem se había situado a la vanguardia de esta revolución moral y cultural enarbolando la bandera de la chulería emprendedora, y en todos los rincones del mundo tenía seguidores aprovechándose de ella.

A finales de la década de los 2000 en las fiestas de Aseem reverberaba el vocabulario y los acentos de los indios educados en Estados Unidos, en lugar de en Inglaterra. Tanto si escribían literatura de ficción como si eran periodistas o empleados en oficinas de banca internacional y consultorías de gestión de riesgos, escupían términos que derrochaban pericia y beneficio —costes de oportunidad, competencias *core, branding, input* del proceso— y que te hacían sentir desfasado. Además —y eso era igual de desconcertante—, se dirigían a uno llamándole «tío».

Tú te familiarizaste con estos cultos del engrandecimiento privado y nacional durante los primeros años que pasaste en Occidente. Yo vería mucho más tarde que la costumbre nueva de emigrar a Occidente y educarse allí había llenado el mundo de un nuevo tipo de indio: hombres jóvenes y ambiciosos procedentes de guetos repartidos por Freemont, California y Nueva Jersey donde olía a las especialidades culinarias, muy especiadas, de sus madres, y que iniciaron esa corriente de «yo-puedismo» y entusiasmo en las escuelas de negocios y se habían convertido por completo al americanismo y eran ajenos al pudor que les hubiera conferido criarse en un hogar indio de clase media o pasar una temporada en el viejo y húmedo Oxbridge, hombres a los que cualquiera hubiera tomado por embaucadores si no nos hubiéramos dado cuenta entonces de que la agresividad con que se presentaban, que prevalecía sobre la modestia, era el estilo americano. Y cada vez más, indio. Y global.

En cuanto a los indios de clase media que se quedaron rezagados, sus familiares pudientes en América se convirtieron en los proveedores de bienes de consumo: juguetes, cacharros, libros de cómic o revistas, como *Seventeen* o *Cosmopolitan*. Estos continuaron dibujando el horizonte imaginario de la India naciente.

A ti Bollywood no te interesaba mucho, y te mostrabas casi siempre horrorizada cuando en algún vuelo largo te enfrentabas a sus engendros. «Un productor me abordó en una fiesta para ofrecerme un papel», me contaste una vez. «Quería que hiciera de india minifaldera a la que le encanta la juerga pero en el fondo es una hindú de lo más

tradicional, y termina enseñando el mantra Gayatri a estadounidenses blancos. Me quedé tan pasmada que no pude ni hablar.»

Probablemente no sabías entonces que a finales de los noventa, cuando alcanzaste la mayoría de edad, los tebeos de Archie —cuyo escenario es un instituto estadounidense infestado de hormonas— estaban inspirando las películas indias de más éxito, esas donde los personajes indios ricos que conquistan el mundo abrazan sin complejos la ética de oropel de la Nueva India.

Aquel verano en que Aseem me llevó en coche desde el Pierre hasta East Hampton, descubrimos ambos que Virendra, que durante su lúgubre infancia se había perdido las aventuras de Archie y Verónica, había empezado a representar el papel de Jay Gatsby en su mansión recién adquirida, comprada a una antigua celebridad de Sullivan & Cromwell.

Soplaba una brisa fresca y Aseem conducía muy deprisa, a pesar del temblor de las manos y del problema en el ojo. Recuerdo la hierba alta de las praderas en cuesta que bordeaban la carretera: parecía dar su aprobación, con un gesto de asentimiento, a los aviones que surcaban el cielo a distintas alturas y a los coches que volaban en dirección al campo a toda velocidad, con los cromados brillando y relampagueando al sol; recuerdo que hasta los tráileres de aspecto deprimente, parecían imbuidos de velocidad y urgencia.

El mar brillaba, primero a través de bosques frondosos y poblados, luego súbitamente expuesto, golpeando en pequeñas oleadas las rocas cubiertas de crustáceos. Salimos de la autopista y entramos en tierra de campos. Después de abandonar Manhattan, con sus multitudes veraniegas de lamentables propósitos y el olor del asfalto abrasador, con la opresiva inmensidad de sus vidas anónimas y frenéticas, aquel era el paisaje que a mí me gustaba: cercas blancas que cerraban parcelas de pasto verde, segado, por donde paseaban las vacas blancas y negras, mejor alimentadas que sus homólogas indias.

Pasamos junto a casas blancas con porches, tan relucientes que parecían cubiertas de azúcar blanco, una iglesia con torres que parecía un enorme juguete abandonado en la hierba, demasiado crecida, y carteles donde anunciaban langosta y caballa fresca. Aseem redujo la velocidad y el coche pasó por un puente de madera haciendo un ruido sordo, y luego cascabeleando sobre un par de pasos canadienses. Más tarde atravesamos un portón y entramos en un camino de gravilla. Al final del camino, una mansión en estilo neogriego que miraba hacia un gran estanque circular.

No parecía haber nadie allí, pero cuando salimos del coche y nos quedamos parados, parpadeando por el sol intenso, ante un gran jarrón lleno de capuchinas que había sobre un pedestal de piedra en el

centro del círculo de gravilla, salió del estanque un hombre que comenzó a caminar en dirección a nosotros.

No sé por qué la imagen del torso de Virendra, desnudo y brillante al sol, con el vello negro y espeso aplastado por el agua sobre el amplio tórax, me recordó un retrato que vi una vez de Mao Zedong saliendo del Yang-Tsé.

—¡Hola, *Panditji*. Hola, Mister Playboy! —gritó—. Es estupendo tener aquí a mis dos grandes gurús de la literatura.

Yo no le había vuelto a ver desde que dejó el IIT. Conservaba la voz atiplada de entonces, que ahora resultaba aún más chocante con su mayor envergadura física. Sobre los huesos finos, privados de nutrientes en la infancia, había ahora mucha más carne suelta, y aunque seguía teniendo aquellos ojos inexpresivos, había sustituido el bigote incierto por uno más poblado que daba a su rostro un aspecto calmado y astuto.

—Fíjate, colega, todos adultos y toda esa mierda, y aquí estamos… En los Estados Unidos de América —gritó, y empezó a cantar, con la misma incomprensión gozosa de siempre, su antigua pieza favorita: *Waqt ne kiya kya haseen sitam*.

Nos quedamos parados frente a él hasta que dejó de cantar. La luz del sol ondeaba sobre las capuchinas.

—A ver si no es verdad… —añadió Virendra en el mismo tono—. Podríamos haber sido como nuestros padres, gente sin ningún poder, sin solución, atrapados. Teníamos que escapar. ¿Quién hubiera pensado que seríamos capaces? Pues lo fuimos.

Había dejado de sonreír.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? —preguntó de pronto a Aseem—. Está un poco rojo.

Hasta su respiración sonaba trabajosa, como si escondiera una antigua flema. ¿O estaba jadeando? No podía dejar de mirarle: las muñecas desnudas, donde en otros tiempos lució un reloj de mujer HMT que no se le ceñía. No había nada en el Virendra que yo conocí en el IIT que hiciera presagiar este físico carnoso y poco saludable y su convicción de haberse librado por completo de la vida de sus padres.

Las ruedas del coche alquilado de Aseem habían desordenado la gravilla que rodeaba el pedestal de piedra. Virendra, al verlo, comenzó a allanarla con el pie, calzado con sandalias. Y aunque me conmovió ese gesto de ternura hacia su nueva propiedad, me sentí ante él mucho más incómodo que ante un extraño: la enorme barrera que suponían tantos años sin contacto y sin recuerdos comunes se alzaba entre los dos.

Levantó la vista del suelo, ya allanada la gravilla, e hizo un gesto con el brazo como intentando abarcar el lugar.

—¿Verdad que es un sitio maravilloso? —preguntó alegremente.

Asentí con la cabeza. Nos abrazó con fuerza y nos dejó manchas de agua en las camisas; al soltarnos, brevemente, nos volvió a abrazar para plantarnos una lluvia de besos en la cara, haciéndonos notar el bigote frío y húmedo en la piel.

—Dejadme que os haga un *tour* rápido —dijo.

Y aún jadeante, con la carne de las mejillas aleteando, nos llevó hasta el estanque rodeado de sauces llorones y peonías blancas con los bordes rojos. Sobre el agua quieta se deslizaban algunos cisnes. Señaló hacia una isleta cubierta de hierba que había en el centro del estanque y nos dijo:

—Ahí es donde espero pasar la mayoría de mis veranos con una tía guapísima.

Hablaba con ligereza, como si intentara limpiar aquella afirmación del hecho que llevaba implícito.

Caminando por un bosquecillo de acacias con brotes blancos nos llevó a un establo con aspecto muy antiguo. Virendra señaló los husos y los moldes para velas, así como un par de básculas gigantescas, que se agazapaban en las sombras.

—Los usaban los primeros estadounidenses. Tejían sus propios paños y fabricaban sus propias velas. ¿Verdad que es increíble?

Cuando volvimos a la casa tocó las paredes cubiertas de helecho y dijo:

—Tienen un pie y medio de grosor.

Entramos por la puerta principal, adornada con un enorme llamador de latón, que se abría a un amplio vestíbulo con una escalera alfombrada.

Un fuerte olor a cera de abejas me invadió las mucosas nasales al recorrer todas aquellas habitaciones, bien proporcionadas y llenas de objetos que yo asociaba a las tiendas de antigüedades de Shimla, con su olor a cera abrillantadora. Mesitas de caoba con patas esbeltas, sillas de respaldo alto y patas contorneadas, decantadores rojos de cristal de Bohemia, un espejo con el águila americana pintada en la parte superior y, por todas partes, cuadros de paisajes románticos con marco dorado, cosas que revelaban no solo la edad de la casa y su importancia histórica, sino la vida de abundancia que habían llevado sus habitantes.

Aseem seguía recorriendo la casa con Virendra sin dejar de apretarse el ojo izquierdo. Yo me quedé rezagado para contemplar un montón de fotografías que los antiguos moradores de la casa habían dejado allí.

Muchas de ellas parecían viejas y desvaídas, seguramente tomadas a principios de siglo. Con una excepción —una dama enmarcada en

oro con la barbilla en punta y un cuello muy largo—, todos los retratados eran hombres, lo que sugería un ámbito de poder autosuficiente y masculino: los jóvenes estudiantes con sus cuellos almidonados de Eton, con traje y zapatos, posando delante de la capilla gótica de Groton; jóvenes de atlético atractivo junto a los chapiteles y las estrechas arcadas inglesas de Yale; hombres mayores, más confiados, con cadenas de reloj de oro que se asomaban al bolsillo de sus trajes, bajo un cartel que rezaba «Sullivan & Cromwell»; un caballero con el pelo blanco que se parecía al mismísimo Cromwell, con pantalones de rayas, sombrero de seda, abrigo de mañana y zapatos blancos.

Solo los más jóvenes de los retratados se mostraban sonrientes. Me llamó la atención uno de ellos, un niño que tenía en la mano una raqueta antigua de tenis, de madera, y cuya mirada incierta sugería vulnerabilidad. ¿Quién era aquel niño? ¿Qué había sido de él?

El rostro y la postura de todos los demás eran una fachada imperturbable: alerta, unidos por un mismo objetivo, parecían haber adquirido ya conciencia de cuál sería su papel en el mundo.

Había también pinturas de cazadores coloniales como las que veía en los almanaques de Shimla y Ranipur. Jóvenes oficiales imberbes con cascos de médula y pantalones de montar, los rifles Winchester apoyados en las rodillas, sus esposas con permanente y sombreros campana y un tigre tumbado delante de ellos como un peluche gigantesco, con las patas rígidas de muerte.

A veces pienso, ahora, qué hubiera dicho Aseem de las antiguas élites del mundo moderno y de los nuevos —e inesperados— beneficiarios de la globalización: cómo un *dalit* de un asentamiento del borde de un camino, cerca de Gorakhpur, llegó a suplantar a los clanes de Groton y Yale; cómo una anguila que salía arrastrándose de un pasado cruel alcanzó la liberación necesaria para galopar como una gacela por todo lo largo y ancho del mundo moderno.

¿Sabías que Aseem se fue de viaje en muchas ocasiones con Virendra, como parte del pago por los generosos fondos que Virendra había puesto a su disposición para financiar la revista? Al regresar de East Hampton Aseem me contó que habían ido a un safari en Kenia, donde los masái se quedaron pasmados al ver salir, de un jet privado que acababa de aterrizar en un pequeño aeropuerto, a un hombre de piel tan oscura como la suya encabezando un séquito de mujeres con sari de seda y hombres y niños con camisetas y zapatillas deportivas.

Para celebrar un cumpleaños (de quién, me pregunto ahora, aunque podría ser de cualquiera), Aseem voló en un jet privado a la Toscana, donde Siva y Virendra habían alquilado una villa que anteriormente utilizaban los banqueros vaticanos para alojar a sus

enormes familias. Junto a la piscina —cuyo reducido tamaño fue una decepción para todos los que estaban acostumbrados a las dimensiones olímpicas que tienen en East Hampton y Cape Cod— se abrieron botellas de chianti añejo que se tiró inmediatamente porque no iba bien con la comida malabar tan picante que estaban preparando unos chefs importados de Kerala.

—Fue increíble —dijo Aseem—. Todos esos niños malcriados corriendo por los viñedos y por las terrazas de olivos.

Empezó a levantar la voz, que se le iba quebrando más según relataba cómo corrían y jugaban al fútbol aquellas pequeñas bestias bajo los cipreses ancestrales, cuyos pinceles de calígrafo dibujaban listas en la pradera, y cómo después de comer sumergían en la piscina los dedos pringosos de aceite para limpiarse.

Tendría que haber citado entonces, si lo hubiera leído, ese párrafo de la introducción de Sartre a *Los condenados de la tierra*, que tú me recomendaste leer. «Europa hace aguas por todas partes. Antes fuimos nosotros los que hacían historia. Ahora se hace historia de nosotros.» Pero la Vieja Europa había empezado a taponar sus heridas con gran coquetería ante los arribistas orientales; y aunque parecía que a lo largo de su decadencia histórica aquella Europa que se desangraba había decidido vender muy caro su patrimonio, este nunca sería lo bastante alto para unos amos del universo en ciernes como Siva y Virendra.

A mí siempre me sorprendió esa inconsciencia y esa facilidad con la que tú habías heredado la riqueza de tu familia, que hizo que tus múltiples casas, muchas de ellas con personal a sueldo, en Delhi, Mumbai, Ranipur, Londres y Nueva York, parecieran un hábitat intemporal, además de natural. Ser nuevo rico, sin embargo, parecía mucho más incómodo.

Virendra y sus amigos tuvieron que buscar sin cesar ocasiones para saborearlo y para reafirmar su inmensa buena suerte. Y la forma más sencilla de hacerlo era gastando dinero en vacaciones extravagantes, viajes largos en trasatlánticos, hoteles de siete estrellas y yates.

Una procesión de BMW con conductor llevó a Aseem por las ciudades más famosas de Italia, y él se convirtió en guía no oficial de una nueva remesa de extranjeros que hacían el Grand Tour pero no tenían ni idea de dónde estaban.

—Aseem lo sabe todo de estas mierdas; se ha leído todos los libros —dijo Siva.

—Podría haber mentido, ya sabes —afirmó Aseem—. Estos que amasan tanto dinero se han convertido en una pandilla de filisteos. Supongo que tuvimos mucha suerte con el profesor Sir, que nos inició

en la literatura cuando estábamos en el IIT. Esta gente ni siquiera ha leído mis libros, aunque dice Virendra que a él le encantaron los párrafos que van de follingas. Yo hice lo que pude. Me leí entero un libro de Tim Parks antes de llegar a Italia, y les hablé de los Médici y de los papas del Renacimiento, que estaban más apegados al dinero que a Dios.

Aseem dijo todo eso ante un mar de ojos vidriados. Los más atentos eran los de Virendra, que fue quien hizo la mayoría de las preguntas. Le gustaba la idea de que los banqueros fueran gobernantes despiadados y, al mismo tiempo, indulgentes mecenas de las artes.

Virendra pidió a Aseem que le recomendara algunos libros. Dijo que se sentía cautivado por la arrogancia y la codicia de los poetas renacentistas, y que le fascinaba la historia del papado y cómo adquirió autoridad política en el siglo VIII gracias a un documento falsificado.

Después Aseem me confesó:

—No sé si luego leyó alguno de esos libros, pero buscó en Wikipedia «La donación de Constantino» y no paraba de releerla, diciendo: «Es impresionante. Una institución tan importante, y se ha construido sobre un fraude».

Se me ocurre que lo que buscaba Virendra era la exculpación de aquellos fraudes medievales o desarrollar un concepto superior de sí mismo. Por lo que dijo Aseem, además de patrocinar su revista y los festivales, había establecido becas para estudiantes de su *basti*, construido casas nuevas para sus parientes más cercanos y donado miles de dólares en nombre de su madre viuda a una organización caritativa para viudas sin hogar en Benarés.

—Tenía que escapar de la India para hacer todo eso —dijo Aseem; y añadió—: Pero ya sabes, jefe, que este tipo todavía tiene que sacarse el esclavo que lleva dentro, gota a gota… de semen.

Aseem ahogó una risita. Estábamos volviendo de East Hampton. Se había asegurado otros cinco años de titularidad de su revista, y no parecían temblarle tanto las manos al volante. Me contó entonces que Virendra se había obsesionado con la felación, y que pagaba cantidades desorbitadas de dinero a las modelos rusas más rubias que hubiera para que bajaran al caño.

—Es el Leo DiCaprio de nuestra promoción del IIT —dijo Aseem—. Sexo solo con mujeres jóvenes. Bueno, solo mamadas. ¿Y por qué no? No creo que esté siendo hipócrita ni falso con esos deseos. No cree ni en el amor ni en el matrimonio. Solo admite la realidad del deseo sexual. A mí me gustaría que hubiera más gente así de honesta.

—Ah, vamos —dije yo, incitando de nuevo a Aseem a que arrojara

algo de luz sobre mi ignorancia.

—Tal vez, Mister Célibe —dijo—, aún pueda usted aprender algo de nuestras hazañas… Yo sé que a ti te gusta mostrarte tímido y reservado siempre, pero es posible que lleves dentro un hombre salvaje y lujurioso.

Aseem continuó con su pitorreo, y yo prometí cumplir mi parte y me eché a reír, aunque un poco incómodo. Al conocer aquel deseo grosero de un antiguo compañero de estudios a quien conocí precisamente como víctima timorata de la brutalidad, sentí que algo se encogía dentro de mí. Pero también reconocí en la voz de Aseem y en algún rincón de mi propio corazón —tal vez todo hombre, en las profundidades licenciosas de su ser, reacciona así— una sensación de admiración ante esas formas de obtener placer sin complicaciones, del sexo perfectamente separado del sentimiento.

Qué extraños viajes aquellos que habíamos emprendido en el IIT. Hoy me resulta fácil juzgar a Aseem, Virendra y Siva por ser personas que, en definitiva, están demasiado encandilados con esa libertad que tanto les ha costado ganarse. Pero en aquellos tiempos a mí me perseguía la sensación de que el mundo era incomprensible y tenía la lengua atada ante los que parecían haberlo organizado con su vigor, que no habían tardado en hacerse idea de quiénes eran y qué podían hacer.

7

Aseem escribió, por fin, sus novelas. Lo hizo durante los años que yo pasé en Ranipur. Nunca dejó de saborear sus éxitos como activista medioambiental, promotor cultural y empresario intelectual del Sur Global. Pero seguía deseando darse a conocer, sobre todo, como escritor de ficción literaria, como «artista»; no dejaba de enviarme borradores de sus novelas por DHL (que se negaba a entregar paquetes en los pueblos pequeños, y siempre tenía que volver a enviar por correo certificado) y siempre debatía conmigo (y terminaba por ignorar) mis sugerencias de edición.

Estas eran, en general, de naturaleza técnica. Con Aseem no podía debatir otras cosas relativas a su literatura. No podía, por ejemplo, cuestionar su compromiso con el realismo social, su afán de documentar sin tapujos los hechos más grotescos de la vida en la India, desde el linchamiento y violación de los *dalits* hasta los pogromos rutinarios contra los musulmanes, cosas todas ellas que, según él, olvidaban contar los novelistas que escribían en inglés y pertenecían a la clase dominante, tan satisfecha de sí misma.

Tampoco cuestioné su ira contra la injusticia, que pregonaba a los cuatro vientos, aunque se había visto claramente diluida en gestos ostentosos mientras él amasaba riqueza y poder.

Me dejó muy desconcertado, no obstante, que tras asegurarse el estatus de defensor de la verdad en cuanto a la realidad social y política y arrojar un poco de luz, inteligencia y racionalidad sobre algunos temas del momento, no prestó la menor atención a las sombras y penumbras, en las que todo el mundo vive su propia vida.

Sus novelas, siempre bien documentadas y con todo lujo de detalles —ya fuera sobre la fabricación de pistolas nacionales en Gorakhpur, el contrabando de madera en Cachemira o las gradaciones infinitesimales de las castas en una aldea insignificante de Bihar—, no mostraban que seguíamos viviendo sumidos en la insatisfacción y la ansiedad personal, por irresistible que resultara el caos de la vida pública e independientemente de lo desarrollada o subdesarrollada que estuviera nuestra sociedad.

Los narradores omniscientes y en primera persona de Aseem se

asignaban enseguida un destino de ascenso, para sí mismos y para otros personajes. Describían con detalle y reverencia una serie de órganos entregados, arremetidas y penetraciones que elevaban el pene a la categoría de religión. Pero parecían olvidarse de las eternas preguntas: ¿Quién soy? ¿Para qué estoy aquí? ¿Existe una realidad más allá de nuestros deseos, siempre cambiantes, y el hecho de cumplirlos, que nunca nos satisface? ¿No hay nada más allá de la realidad cotidiana más oscura y bestial, el hechizo —aunque sea inalcanzable— de una tierra prometida y una vida diferente?

Aseem nunca pensó que había verdades fuera de la literatura y el egoísmo intelectual, cosas que podían permanecer trágicamente inescrutables. Yo, sin embargo, tendría que haber estado más atento a ciertas personalidades y acontecimientos que aparecían en sus novelas, especialmente cuando describió a una ninfómana en cuyo oído el protagonista —claramente inspirado en Aseem— murmura obscenidades en punjabi cuando la está «taladrando» contra la pared.

Corro el riesgo de sentirme muy incómodo al mencionarla, porque fue un aviso que al principio me pasó desapercibido.

—Llevas toda la vida solo, *Panditji* —solía decirme Aseem cuando nos veíamos en Delhi—. Tienes que superar esa reticencia. No puedes menospreciarte. Si quieres ser un renegado al estilo tradicional hindú y dejar de lado la vida social, yo encantado. Allá tú. Pero deja de ser un artista de los trabajos manuales, porque resultas patético. Se está produciendo una revolución sexual y tú sigues sirviendo en el antiguo régimen de los masturbadores. Tienes que conocer chicas. Mrinal conoce a algunas que se mueren por meterse contigo en tu *chaddhi*, pero creen que has hecho un voto de castidad como Gandhi y has renunciado al mundo.

No dejaba de repetirlo: Mrinal decía que a «las chicas» yo les parecía «muy mono», un doble —muerto— de Dharmendra, pero que no ligaba nada, algo frío incluso.

—Más Thanda Dharam que Garan Dharam —dijo con una risa histérica, y añadió—: Bueno, al menos no te han pillado en un matrimonio concertado. Es un alivio.

Lo era, sin duda. Mis padres nunca lo habían mencionado, y yo muchas veces me preguntaba por qué. De todos modos yo no podía digerir esa idea: aceptar en matrimonio a una mujer que no conozco y subirme, como sucedía en los *baraats* de mi infancia, en un caballo al que mi velo de rosas rojas no deja ver nada, mientras una banda de metales ataviada con uniformes blancos raídos y mugrientos sopla las trompetas y hace sonar los címbalos con su ineptitud, y varios borrachos menean las caderas bajo una lluvia de billetes muy pequeños, casi todos falsos; y luego ocupar el trono tapizado en

terciopelo rojo en un estrado junto a mi esposa para recibir las felicitaciones y los sobres blancos de los invitados vestidos con sari de seda y trajes de caballero al estilo occidental, de confección barata. Todo eso me espantaba. Se me antojaba terriblemente vergonzante.

Nunca le confesé a Aseem que había conocido a una chica en una de sus fiestas. Ella me invitó a tomar café cerca de su apartamento, en South Extension, para hablar de una colaboración con la revista literaria, se suponía. Pero luego cambió el lugar de la cita y me invitó a su piso, quejándose en el mensaje del calor que hacía, demasiado para salir a la calle, y aclarando que tenía en casa café recién tostado.

Subí a pie dos tramos de escaleras sucias con el corazón latiendo desbocado y la cabeza doliéndome como nunca, y la vi con actitud acechante, frente a mí, con un pantalón corto y una camiseta. Cerró la puerta cuando entré y comenzó a acercarse poco a poco, brevemente, hasta que se pegó a mí y me metió una mano dentro de la *kurta*, rodeándome el abdomen; con la otra mano me acariciaba suavemente el pelo y la frente.

Vista tan de cerca su cara me pareció distorsionada. Me sentí aliviado cuando me abrazó, porque así no tenía que mirarla a los ojos. Mientras yo recorría con la mirada la habitación desordenada, con el aire acondicionado goteando y el sofá de fibra de coco y las estanterías de bambú torcidas, me fijé en las celebridades que aparecían en las portadas de las revistas de papel cuché y me sonreían desde el suelo.

Aquella primera visita estableció un patrón. No hablamos mucho. Su propuesta de colaboración para la revista literaria nunca salió a escena. Durante los meses siguientes regresé a aquella habitación más de una vez: en el sexo encontraba un bálsamo para ungir la herida de la exclusión social. Encantado de poder abandonarme a los instintos más temerarios sin temor a la humillación, siempre me sorprendían, me sorprendían y me complacían, sus logros novelescos. Me aliviaba poder evadirme un poco del tedio del trabajo.

Un domingo de junio por la tarde estaba tumbada a mi lado, en el colchón revuelto y con el cuerpo húmedo de sudor, cuando dijo:

—¿Sabes una cosa? Esto no va a ningún lado. Creo que deberíamos dejarlo antes de que se complique demasiado.

—¿Por qué crees eso? —salté yo.

—Eres un poco intenso —respondió.

Me quedé pasmado, y no supe qué decir. Ella se metió en el baño; allí sentado, aún desnudo pero con los calcetines puestos, oía el suave chisporroteo de la ducha medio estropeada.

Me vestí a toda prisa y me marché antes de que saliera del baño.

Cogí un *rickshaw* sin conductor y regresé a mi *barsaati* en plena tormenta de arena. No sé por qué motivo, las huellas leves que mis zapatos dejaban en el suelo hicieron que aún me pesara más el corazón.

¿Había esperado algo más de mí? Si así fuera, ¿qué podía yo ofrecerle? ¿Había averiguado que yo estaba intentando ocultar mis orígenes de casta baja u otra cosa tan poco honorable como esa?

Cuando leí la novela de Aseem en Ranipur me atormenté con la posibilidad de que la glotona sexual que él describía, con un rostro exquisito, ojos oscuros y profundos y una boca sensual —y un aire de dolor que según escribió Aseem «invitaba a la compensación viril»— estuviera inspirada en aquella mujer de South Extension.

Divagué en torno al lunar que él había ubicado en la región púbica de ella, en lugar de en el ombligo, y dediqué mucho tiempo rastreando su prosa en busca de más indicios. Sentí un gran alivio por no haberle hablado de ella a Aseem. Así me libraba de sus burlas, de ser Thanda en lugar de Garam Dharam.

En ocasiones me embargaba una inquietud, la sensación de que me estaba perdiendo lo mejor de la vida, que había otra dimensión mucho más emocionante justo fuera de mi alcance. Tras una larga jornada de trabajo, ya en la cama, me preguntaba: «¿Esto es todo? ¿Esperar a que ocurran las cosas y luego echar la vista atrás?». Por la mañana, cuando en más de una ocasión me despertaba el grifo, gimoteando expectante, o el repiqueteo de un cubo que estaban llenando en el *barsaati* de al lado, el pánico se alejaba.

Si miraba hacia atrás me daba cuenta de que tendría de haberme fijado en el miedo de Aseem al aburrimiento, su inmensa necesidad de estimulantes, el deseo de estar continuamente hechizado por algo, sobre todo por la novedad y la juventud. Tendría que haber averiguado que en esa pose de príncipe erótico por la que optó se escondía un pánico incapacitante a carecer de importancia.

Él no era capaz de mantenerse mucho tiempo en ese estado de concentración que necesitan los escritores. No me sorprendió que la apoteosis internacional que perseguía —las listas de libros más vendidos en Londres y Nueva York, traducciones a un sinfín de idiomas, premios prestigiosos, aunque prescindibles desde el punto de vista económico, en Lisboa y Berlín— le eludiera.

Intentó esconder su amarga esperanza con fiestas de lanzamiento en hoteles de cinco estrellas por toda la India. Vi las fotos en el *Delhi Times*: Aseem con políticos, empresarios, presentadores de televisión, modelos de alta costura, estrellas del críquet y estrellitas rutilantes de

Bollywood, cuando no escritores. Me sorprendió ver, un día, que había empezado a tapar con una gorra de visera muy estilosa lo que parecía un tupé bastante ralo. No casaba bien con sus *kurtas, churidars* y camisetas. Tendría que haberme fijado entonces que se acercaba a la madurez e iba perdiendo pelo. Y eso le daba pánico.

Asistí a uno de los actos que se celebraron en el Hotel Taj Palace de Delhi, donde Aseem «conversaba» con Soumak, uno de los presentadores más conocidos de la televisión liberal en aquel momento. Me pasé la mayor parte del tiempo evitando a la mujer de South Extension —que ya era presentadora de televisión— o gestionando la sorpresa de un joven escritor *dalit* de Gorakhpur que escribía en hindi y al que me había llevado a la fiesta sin pensarlo mucho. En su primera visita a un hotel de cinco estrellas parecía tan pasmado como fascinado al ver el mundo de la literatura escrita en inglés en un escenario tan lujoso.

Mordisqueando un hojaldre (que el camarero, con claro gesto de desdén y una superioridad que sobrepasaba la de sus funciones, víctima de los prejuicios de color y casta, le describió como una samosa griega), el joven declaró:

—*Yeh angrezi-waley sahitya ko upabhog kee vastu mein badal rahe hain*. Estos *wallahs* ingleses están convirtiendo la literatura en un artículo de consumo.

El secretario de Aseem entregó a todos los que tenía en su agenda una grabación de YouTube de Aseem dando conferencias en festivales literarios y mesas redondas sobre cómo escribir una novela. Y luego Aseem anunció que iba a establecer un club privado, el Metropolitan Grove, donde, según sus palabras, «los indios sofisticados y con éxito podían reunirse a disfrutar de una cuidada selección de bebidas y alimentos de primera clase».

Con el fracaso de su obra, el deseo de Aseem de escribir mejor que sus colegas se había transformado en un afán de ser más poderoso, más famoso, importante, rico y elegante que los demás.

Se me hace extraño recordar hoy que Aseem, ayudado por Virendra, se había colocado —y había colocado su revista— en el bando correcto de todas las batallas políticas del momento: el de los perdedores. Había luchado contra el extremismo político y religioso, los negacionistas del cambio climático y en favor de la democracia, la justicia, el feminismo y los derechos humanos.

Su revista no iba detrás de los grandes hombres de negocios que supervisaban la consagración global de la India, los embaucadores que acabarían intentando librarse de la extradición a la India desde sus casas de Mayfair y Park Avenue. Pero era el único que cubría con coherencia la destrucción medioambiental y la tortura rutinaria en Cachemira y en el noreste. Expuso a políticos, jueces y burócratas

corruptos y lideró, tras las atrocidades de Delhi, el movimiento que pedía justicia inmediata para las víctimas de una violación.

Esta virtud política era ya así de sostenida y coherente hace tres años, cuando me llamó Aseem con la noticia de que Siva y Virendra y otros tres indios habían sido arrestados en Nueva York por tráfico de información privilegiada, lavado de dinero y evasión de impuestos.

—Es la imputación del gran jurado federal —aclaró—. Virendra y Siva se estaban aprovechando de la información que recibían confidencialmente de sus amigos indios de Intel, IBM y Goldman Sachs; enviaban el dinero a paraísos fiscales del Caribe y utilizaban empresas pantalla con sede en la India para llevarlo de nuevo a Estados Unidos.

Aseem parecía muy nervioso, como si le fallara la respiración.

—Parece el *hat-trick* de la corrupción india en el extranjero. Primero Vijay Mallya y Nirav Modi, y ahora Siva y Virendra. Es impresionante la cantidad de dinero que estaba ganando Virendra cuando nos reunimos con él en Estados Unidos. Por eso estaba tan contento. En aquel momento las acciones de Google estaban subiendo a la estratosfera. Pero Virendra supo que los resultados financieros no habían sido muy buenos gracias a un empleado indio de la compañía de relaciones con inversionistas que trabajaba para Google. Enseguida vendió en corto sus acciones de Google (15 millones de dólares a descubierto) y dos semanas después, cuando Google anunció sus resultados, Virendra había sacado limpios 7 millones de dólares de beneficios.

Y añadió:

—Te va a encantar esta trama secundaria: el «empleado indio» que pasó la información es una mujer joven y bella que procede de una familia pobre de Murshidabad. Imagínate su viaje desde alguna *madrasa*, con un *mullah* barbudo que aterrorizaba a niños y niñas (separados por sexo, naturalmente) para que estudiaran el Corán, hasta San Francisco, donde lleva la vida de una mujer joven, atractiva y soltera en el área de la bahía. Virendra le había pagado los estudios en una universidad de Texas, y Siva le consiguió el empleo. Y ella les invitó a su boda con un tipo afroamericano… otro acto de rebeldía.

Continuó:

—Es una gran historia, muy novelesca. Pero los federales han empezado a rastrear todos sus movimientos, a recoger pruebas… Están esperando el momento de atacar. Y están en contacto con un fiscal, indio americano, que quiere hacerse una buena reputación antes de introducirse en los círculos políticos de Nueva York… Esto es el fin para nuestros amigos, me temo. Toda la vida en la cárcel, y eso

si negocian.

Aseem continuó hablando, dando más detalles, saboreando el relato como si se tratara, de hecho, de una novela. A Virendra le habían detenido esa mañana temprano en su casa de Chelsea; a Siva le habían cogido en un avión a Vancouver acompañado de su hijo adoptivo, un muchacho tamil de Sri Lanka. Sus abogados habían tardado eones en llegar y los federales encontraron cocaína en la mesilla de noche de Virendra, y un alijo algo mayor en su Bentley.

Yo no veía a Siva desde el IIT, y no había visto a Virendra, ni hablado con él, en más de una década. Había intentado llamarle una vez, sin mucho afán, cuando un editor en hindi supo de nuestra relación en el IIT y me preguntó si él podría apoyar un proyecto de traducción. Para mi alivio, esa incómoda conversación mil veces pospuesta por los imperativos del desfase horario nunca tuvo lugar.

En cierto modo acertaste al mantenerme a mí, aunque no a Aseem, fuera de tu historia. Buscando en Google una vez a mis conocidos del IIT los encontré en el HSBC de Hong Kong, el Deutsche Bank de Múnich y los laboratorios de alta tecnología de Palo Alto y el MIT. Algunas de las fotografías de aquellas vidas y rostros transformados por una especie de proceso alquímico eran irresistibles, sobre todo las de Siva con Cindy Crawford y Elle Macpherson, y la de Virendra en la Met Gala con una rubia de elevados ideales de la que supe, tras más búsquedas en Google, que era una modelo de Victoria Secret's o de trajes de baño para *Sports Illustrated*.

También me fascinaron las fotos de Siva, aquel demonio perseguidor de nuestra primera noche en el IIT, riéndose exageradamente en varios actos sociales. Su cara redonda y lisa, que antes resultaba aterradora, me pareció entonces el escaparate de una vida tranquila, donde no tenía cabida la preocupación ni la duda, cincelada solo por el humor.

Pero yo no traté tanto a nuestros colegas del IIT como Aseem. La información que yo tenía sobre sus vidas en Estados Unidos, tan alejadas de la mía, procedía de lo que leía en la prensa y en la lista de correo del IIT. Y durante mis años en Ranipur a Aseem le vi más veces en la televisión india que en persona.

Cuando me llamó por teléfono yo acababa de salir de una prolongada lucha con una parte especialmente complicada de un libro que estaba traduciendo. Así que recibí las noticias de Aseem con cierta frialdad, y no supe qué hacer con la información.

Pero él sí.

—Aquella fiesta global que empezó en los noventa toca a su fin, jefe —dijo—. Por eso Modi se está volviendo incuestionable y aparece gente como Donald Trump. Y la historia no ha terminado. El mundo no se está igualando: se están formando más desigualdades que nunca.

Las clases medias bajas que aspiran a algo se sienten frustradas: están hartas de vivir en un sistema amañado y votan en las elecciones a locos que puedan tirarlo todo abajo.

Recuerdo haber visto a Aseem en la BBC un año antes de que Modi saliera elegido, proclamando el «Siglo Indio» y arguyendo que las naciones blancas tenían que ceder su liderazgo político, cultural y moral a las grandes civilizaciones asiáticas, como la India y China. Otra noche salió en la CNN, hablando de la superioridad moral de los padres fundadores de la India, Gandhi y Nehru, y haciendo que diera la impresión, con su voz alta y quebrada, de que ser indio era como entregar a la humanidad un regalo especial.

El liderazgo global de la India, que era inminente, se había convertido en una constante en los cónclaves de Aseem con personalidades que su secretario describía en los correos electrónicos como «líderes de pensamiento»: Garry Kasparov, Hillary Clinton, Tony Blair y Ayaan Hirsi Ali. Pero parece que algún supremacista hindú con poder había obligado a Aseem a revisar su fe en la excepcionalidad india.

«India: el principio del fin», pregonaba la portada de su revista en la semana posterior a la elección de Modi. Lo recuerdo bien porque ese mismo día vi a mi padre en Facebook dando la bienvenida a un régimen liderado por un «auténtico hijo de la tierra india».

A partir de ese momento los problemas de Aseem se multiplicaron. Dos de sus patrocinadores, los propietarios del Hotel Plaza de Nueva York y de la compañía aérea Kingfisher Airlines, habían captado la atención malévola de las autoridades reguladoras, y el nuevo y vengativo gobierno había empezado a desenterrar viejos casos y a enviarle notificaciones por asuntos tributarios.

Y Aseem abrazó las nuevas interpretaciones ofrecidas por los líderes de pensamiento y comenzó a afirmar, por ejemplo, que «la democracia liberal está en peligro de muerte en todas partes, gracias a los racistas y a los populistas».

Como de costumbre, me sorprendió mucho la soltura de Aseem y la forma tan rápida en que se distanció de su antiguo amigo y patrocinador, encerrándole en una abstracción política.

Le veía en televisión —los nuevos canales se habían abalanzado sobre la historia de la bajeza moral, liderada por la India, en Wall Street— hablando de lo que él llamaba un «problema más amplio»: si el sistema estadounidense, construido sobre las bases de la esclavitud y el genocidio, no será capaz de corromper a cualquiera que entre a formar parte de él.

—Lo que quiero decir es que tenéis de presidente a un verdadero maleante —dijo a un presentador joven que asentía con la cabeza—. Esos liberales blancos quieren hacernos creer que su país es un faro de esperanza. Pero en su historia, supuestamente gloriosa, se encuentra la misma cuota de delincuencia y brutalidad que en la de todas las naciones poderosas. Los hombres blancos se han reservado los mejores puestos de un mundo dominado por ellos. Se han ayudado unos a otros, al tiempo que aplastaban a otras razas y pueblos. Ahora, claro está, estos amos del universo, de raza blanca, están nerviosos, y tratan de agarrarse a sus privilegios con lo que haga falta. Nosotros los envidiábamos y los admirábamos desde lejos, nos acostumbramos a creer que su éxito se debía al trabajo duro y a que sus méritos eran superiores. Pero sus éxitos se debían a sus rápidos progresos gracias al capitalismo racial y a la tecnología. Y eso también lo sabemos. Y los oscuritos y los chinos se han puesto al día y ahora reclaman lo que es suyo.

Cuando le preguntaron por su estrecha amistad con Virendra Das, me dio la impresión de que tenía la respuesta ensayada:

—Voy a ser franco. En la India, donde la actividad intelectual sigue contando con escasos recursos y no tiene el apoyo del gran público, uno tiene que moverse un poco, y puede encontrarse en el mismo barco que otros escritores y artistas a los que en otras circunstancias hubiera evitado. Esto no es nuevo, si se conoce nuestra historia cultural. Los grandes museos de Europa y Estados Unidos fueron adquiridos, todos ellos, por maleantes y estafadores. Como dijo Brecht, la mansión de la cultura se ha construido sobre mierda de perro.

Y añadió:

—El mundo es un sitio muy revuelto. En nuestro festival de ideas tenemos a veces invitados de extrema derecha con los que estamos en profundo desacuerdo, pero tenemos que reconocer que también tienen derecho a contar con su puestecito en el mercado del pensamiento.

La actitud habitual de Aseem en estas apariciones públicas sugería que, desde la distancia segura y protegida de su estatus —que tanto le había costado conseguir— como escritor, editor e icono cultural, las preguntas sobre Virendra eran una pérdida de tiempo, y que prefería gastar los minutos de entrevista de que disponía defendiendo al recién fallecido V. S. Naipaul —o Vidia, como empezó a llamarle él— de las críticas feministas que habían vuelto a acusarlo de abuso sexual a las mujeres de sus novelas.

—El mundo ya conoce los delitos de Virendra —dijo—, pero te ruego que no cometas el absurdo error de confundir a un gran artista como Vidia con sus creaciones. Mi revista y yo nos adherimos incuestionablemente al movimiento #MeToo y otros de la justicia de género, pero no queremos dar aire a la cultura de la cancelación con

acusaciones aleatorias y filisteas.

La incapacidad de declarar un sentimiento de empatía hacia Virendra no me sorprendió, porque yo también lo tenía. Por algún motivo tú pensabas que nuestro grupo era una piña, pero cuanto más sabía de las andanzas de Virendra más indiferente me volvía a su destino.

Como beneficiario de la generosidad de Virendra, Aseem se sintió obligado a moderar su frialdad con un toque de melancolía. Recuerdo haberle oído decir: «Lo terrible de los oscuritos pisoteados como Virendra es que se quejan de que la riqueza del mundo llegó muy tarde. Justo antes de que entráramos en el juego final de la modernidad, a escala mundial. Cualquier estructura importante de la modernidad —economías emergentes, instituciones políticas, ecosistemas de información, confianza entre ciudadanos— se está desmoronando en la actualidad, y todos corremos el riesgo de ser enterrados vivos por los cascotes que vuelan».

Puede que Aseem me llamara porque sentía un malestar persistente, pero en cualquier caso lo hizo. Quería compartir conmigo los últimos detalles del juicio de Virendra y Siva. Esos detalles quedarán inmortalizados en tu libro, pero creo que no te conté lo que Aseem dijo sobre uno de ellos.

Virendra tenía la costumbre de grabar su hazaña carnal favorita con el iPhone, y luego editarlo con Lightroom. El disco duro que el FBI se llevó de su ordenador reveló, entre otras cosas, que lo que buscaba no era tanto el instante de éxtasis como la visión de una cabeza rubia moviéndose por sus bajos, y la subsiguiente rociada de semen en la cara ávida con gesto histriónico.

Cuando me contó esto, Aseem dijo:

—Creo que hay algo que no le funciona bien.

Hizo una pausa, y añadió:

—Como a todos nosotros.

Yo estaba deseando soltar el teléfono y reanudar mi tarea y tardé en darme cuenta de que la observación de Aseem tenía miga: de hecho, solo lo he constatado al verlo en perspectiva. Como muchos de nosotros, Aseem había perdido la práctica de la introspección. Tal vez le había empujado a ello la corazonada de que se acercaba el desenlace.

—Quizá —dijo— la diferencia entre nosotros y los hindúes locos no es tanta, a fin de cuentas. Probablemente la ambición y la vanidad nos han hecho más parecidos a ellos de lo que nos gustaría.

8

En esa misma conversación Aseem dijo que envidiaba la vida que yo llevaba en Ranipur.

—Jefe: tienes mucha suerte de haber podido pasar todos esos años en una aldea remota mientras el mundo se desmoronaba. Yo seguí soñando como Mirza Ghalib… *Dil dhoondta hai*. Pero tú te adelantaste, y lo has conseguido. Admiro de verdad tu decisión.

Sin embargo, yo no era consciente de haber tomado ninguna decisión. Tú también parecías insinuar, con una mezcla de admiración y exasperación, que al apartarme del invernadero de la ambición metropolitana me había embarcado en una cura de humildad.

El suceso que dio lugar a mi decisión era, la verdad, bastante crudo: mi padre había abandonado a su esposa; y yo simplemente tuve la suerte de que Ranipur, lugar donde había ido a pasar un día de turismo, no tardó en convertirse en el centro de mis fantasías de vivir en el Himalaya y resultó ser el refugio perfecto.

Aseem tenía razón en un aspecto: cuando él —y tú— vinisteis al pueblo, lo hicisteis desde una India en la que, en los primeros años del siglo XXI, la vida bullía y corría a toda velocidad con gran alharaca. Pero en esa misma época la vida en Ranipur fluía inaudible. Parecía empapada por una calma que manaba del cielo o de la tierra, no estoy seguro. En todo caso, después de tantos años en Delhi —años que se insertaban en una masa borrosa y de color indefinido por la monotonía y por mi nerviosismo de paria, hasta tal punto que no lograba distinguirlos—, me sentía como un niño con juguetes nuevos en Ranipur, a dos mil metros de altura sobre el mundo.

Pero aunque estaba a solo veinticuatro kilómetros de distancia de Shimla, tenía la sensación de que el pueblo se encontraba muy lejos, y eso me daba que pensar que probablemente había empezado a vivir mi propia vida, privada y sin observadores, en un lugar elegido por mí.

Todavía se veían pocos vehículos de motor, aparte de algún jeep o un modelo clásico de la Segunda Guerra Mundial con el parabrisas lleno de grietas que formaban una tela de araña, y una capota de lona que iba dando bandazos en el marco de metal. Llevaban el correo de

Shimla a la estafeta local, una habitación húmeda y apagada con un teléfono público que no funcionaba y un reloj roto que parecía una metáfora de la indiferencia del pueblo ante las nociones de progreso y desarrollo: se había parado a las dos menos diez, formando un bigote Rajput muy elegante, con las puntas hacia arriba, y sus manecillas estuvieron inmóviles al menos una década después de llegar yo.

En camiones pequeños llegaban las verduras, la harina, el arroz y el gas para cocinar, y a finales de verano los mismos camiones se llevaban de regreso cajas de manzanas de los manzanos locales. Hasta Shimla iba un autobús no muy ortodoxo que siempre parecía pasar a toda prisa rozando los edificios del pueblo, pequeñas construcciones torcidas de madera, y depositando otra capa de polvo sobre las espigas del maíz, color azafrán, que colgaban de sus aleros o en el palimpsesto de anuncios publicitarios nuevos y viejos —de Nirodh a Coca-Cola— que lucían las contraventanas macizas de las tiendas de *kirana*.

Cuando le mandaba parar uno de los pocos viajeros que tenía, aquel cacharro se detenía con un chillido agónico de sus paneles de hojalata que sacaba de su ensoñación a los perros callejeros y les obligaba a levantarse y sacudirse con violencia.

Luego esperaba, con el radiador del motor desprovisto de su tapa, humeando y gruñendo, mientras los perros, otra vez ociosos, se rascaban detrás de las orejas con las patas traseras.

De repente la vida parecía ser lo que yo siempre había querido que fuera, sin saberlo, y me veía libre de la presión de una ambición que no era la mía y de la fatiga de las inseguridades impuestas por otros. Y no tardé en empezar a sentir la felicidad como algo sin complicaciones, algo que uno puede encontrar hasta en el silencio fresco de un sendero que atraviesa un bosque de cedros deodara.

Las parejas de vacas con sus cabezas enormes, sus hocicos rosas y sus ojos tristes, que vivían más allá de mi casita, las nubes que se separaban para dejar pasar a los rayos de sol hasta los valles, como en las Biblias ilustradas del colegio… todo tenía en Ranipur el encanto de aquello que nos es familiar.

Me sorprendió esa comunión inmediata con un lugar desconocido. Después se me ocurrió que, al vivir con mi madre, era una especie de versión purificada de mi pasado, al que yo regresaba: la infancia sin prisas, las tardes de aislamiento y soledad en el *nullah*, donde la materia en bruto —grandes masas de tierra, cielo, rocas y agua— se confabulaba para impedir que fluyera el tiempo. Allí se había detenido el mundo, completo y repleto de misterio.

Por primera vez en mi vida tuve conciencia del paso de las estaciones, marcada cada una por una serie de rasgos distintivos en su olor, color y temperatura. La primera lluvia del monzón, que en

cualquier otro lugar se mostraba impetuosa y salvaje, avanzaba por el valle como una procesión de majestuosos pilares grises y, cuando pasaba, la hierba del manzanar se veía más verde y exuberante que nunca, y los grillos mucho más descarados. A principios de septiembre las cintas de neblina que durante dos meses se habían quedado remoloneando en el valle se apartaron al fin y dejaron a la vista un paisaje fresco de colinas verdes y húmedas con la nieve brillando en lo alto.

A diferencia de lo que ocurría en la llanura, en Ranipur el otoño era muy imaginativo: la naturaleza se agostaba con profusión pintando de rojo y de amarillo los cedros y extendiendo sobre los senderos de la montaña una alfombra de hojas crujientes, o amoratando las ciruelas hasta que su piel estallaba, dotando a la decadencia de una especie de dulzura.

La abubilla y el bulbul apuñalaban la carne de manzanas y albaricoques medio podridos y los dejaban sobre la hierba, con el corazón marrón expuesto, exhalando el último suspiro. Las noches frescas de octubre, algo triste que sonaba en el canto monótono de los últimos grillos y el aroma intenso de la resina de los pinos componían un retrato en sepia de un largo invierno de nieve y escarcha.

En primavera la tierra se deshelaba lo suficientemente aprisa como para que el aire se llenara de vapor. Hasta el más leve soplo de aire hacía que los cerezos sacudieran su cabeza y dejaran caer una nevada de flores, que durante varios días se quedaban tendidas en el suelo oscuro y húmedo, intensamente pálidas.

Habían dejado salir a las dos vacas de su cobertizo, justo bajo mi casa. Al calor del sol se sacudían las moscas mientras parpadeaban y mugían antes de bajar hacia el fondo del valle y alejarse en él.

Desde la cocina llegaba el sssh-sssh y el ssshhh de la olla a presión, y el chisporroteo del ajo y la cebolla friéndose en *desi ghee*. Era mi madre, preparando la comida. Oía también los pasos de los aldeanos que pasaban por el estrecho sendero que atravesaba el manzanar. Sin embargo, nunca oía a Naazku, la podadora, que vivía en un bosque de abetos y píceas que lindaba con mi casa por el lado derecho. No la oía hasta que salía de detrás de una espesa muralla de árboles; bajaba trabajosamente por un camino muy empinado con una hoz en la mano, desprendiendo algunos guijarros, y me despertaba de la siesta.

Se celebraban muchos rituales y ceremonias familiares —funerales, bodas, ritos de iniciación—, y en esas ocasiones se oía un tambor que sonaba errático en algún punto del pueblo, acompañado por unos entusiastas címbalos de metal. Pero el sonido, que se enfrentaba a espacios inconmensurables, se perdía enseguida. Como la mayor parte de los habitantes de Ranipur, yo no tenía línea de teléfono fijo. La lista de espera del gobierno se extendía, indefinida, hacia el futuro.

Los demás sonidos que se oían eran los que hacía mi casero, Devdutt, un hombre alto y con modales exageradamente amables que sin ninguna ayuda maquetaba e imprimía una revista mensual en sánscrito en una antigua imprenta que se manejaba con pedales, en un cobertizo de techo muy bajo pegado a mi casa.

Cuidaba el manzanar, y yo me lo encontraba allí muchas veces, rastrillando el suelo, apilando hojarasca o de pie en una escalerilla que apoyaba en un árbol, manejando sus tijeras de podar, con las hojas de los árboles balanceándose junto a su mejilla. También alimentaba y ordeñaba a las vacas y limpiaba los establos por las tardes, llenando mi habitación de una mezcla de aromas: heno, estiércol y leche fresca.

Y cuando se detenía el estruendo de las ruedas de la prensa, el tartamudeo de la máquina de coser de mi madre y el susurro pausado de la paja recién cortada en el cobertizo, Devdutt atravesaba el manzanar para volver a casa y se instalaba el más puro silencio, en el que se podía oír el crujir de las hojas y las ramas secas, el suave golpeteo de alguna pezuña, y el latido acompasado de mi corazón.

La oscuridad caía de repente en el pueblo, porque no había farolas: a las nueve parecía que todo el mundo estaba ya acostado. Más tarde, casi de madrugada, llegaban del valle retazos de conversación, un perro que ladraba indiferente, un bebé llorando. De vez en cuando el viento arrastraba consigo una oleada de voces cantarinas o el golpe sordo de una manzana al caer en la hierba en septiembre. Pero los sonidos parecían llegar desde el vacío, y no hacían más que afirmar nuestra lejanía.

No creo que te hubiera gustado mi casa: tres habitaciones, estrechos balcones colgando de unos pilares de madera muy delgados… La había construido —o, mejor dicho, improvisado—, el propio Devdutt, que vivía con su esposa, Pratima, en otra casa, muy bonita y con muchas habitaciones, al otro lado del huerto de los manzanos.

La historia que yo había oído era que a Devdutt le habían sobrado algunos materiales de construcción —arcilla, madera y hierro ondulado— de las reparaciones que hizo en su casa, y había decidido construir encima del establo una pequeña biblioteca para sus manuscritos en sánscrito y una habitación para almacenar manzanas.

Habían lijado y clavado las tablas en la cabaña de un añoso carpintero de la que siempre salían cuatro o cinco sonidos diferenciados, según el trabajo que hicieran: serrar, cincelar, martillear o desbastar. Yo los oía cuando pasaba camino del bazar. Luego me tocó dar unos golpes de martillo, desde el otro lado, a las puntas de los clavos oxidados que sobresalían, para no contraer el tétano. Las tablas del suelo, que no estaban lisas, rechinaban en

cuanto se ponía un pie encima, y de entre las grietas siempre emergía con elegancia algún pececillo de plata.

Para mi madre, sin embargo, aquella casa era el epítome del lujo. Por primera vez en su vida tenía una cocina con un hornillo de gas que enseguida despertaba a la vida, y un grifo del que brotaba un chorro de agua siempre que se quisiera. Nada de ir a buscar carbón al lado de la vía, nada de sufrimientos para encender el *angeethi* ni la incomodidad de tirar la ceniza. Nada de afanarse con ollas ennegrecidas, ni de servir comidas a un bruto sudoroso en bandejas de aluminio abolladas y robadas.

Naazku, nuestra vecina, venía a ayudar a mi madre con la limpieza: sus dedos finos, aunque más temblones que antes, habían perdido su aspecto blancuzco y enjuto. En Shimla se compró una máquina de coser, en una tienda de segunda mano regentada por unos refugiados tibetanos, que ocuparía el lugar de sus agujas de tejer, y en cuanto se corrió la voz de su habilidad —para mí misteriosamente adquirida— resultó ser una fuente de ingresos.

La manivela de madera, que parecía la cola de un animal, estaba agrietada, y siempre parecía a punto de romperse al toque de las manos de mi madre, que aleteaban. El pecho, la cintura y las ancas de aquel invento, y la peana de madera en que se apoyaba, eran tan negros como las máquinas de vapor de la infancia, y olían a aceite de motor.

Por obra de algún milagro la aguja, que subía y bajaba golpeteando como loca, no pinchó jamás los dedos de mi madre mientras ella pasaba la costura por el prensatelas: la labor salía por el otro lado sin una mancha de sangre. Y las niñas pequeñas de todo el pueblo empezaron a venir a tomarse medidas: de pie en medio de una montaña de retales e hilos, extendían con timidez los brazos para que les probaran los uniformes del colegio, llenos de alfileres.

*

Con frecuencia le oía hacer un comentario a Naazku, con un toque de incredulidad en la voz: *Yahan pahadon mein kitni kam dhool hoti hai*. Aquí, en las montañas, casi no hay polvo.

Otra revelación fue la nevera. Durante los primeros días la abría con los ojos brillantes y la volvía a cerrar con suavidad, con una expresión soñadora. Para ella el envoltorio de poliestireno no resultaba menos cautivador que la superficie blanca y lisa y el milagro eternamente repetido del agua fría o el hielo, así que lo guardó durante mucho tiempo, hasta que un día, sin decir nada, lo tiré.

Cuando nos marchamos de Deoli empaquetó algunas piezas de

nuestra vieja vajilla grabada y las metió en el baúl de hojalata. Un día, de repente, me fijé en el lema *Satyamev Jayate* («Solo la verdad triunfa») y tiré aquellos objetos robados, propiedad de Indian Railways. Regalé a mi madre otra vajilla, una de cerámica corriente de la que se enamoró de inmediato, al tiempo que abandonaba su profunda angustia.

Seguía leyendo su *Ram Charit Manas*, moviéndose a un lado y a otro con devoción; recreó su altar con figuras más bonitas en un rincón de su habitación de la casa, y todas las mañanas y todas las noches inclinaba la cabeza ante él moviendo los labios en ferviente oración, callada. También le encantaban las versiones Bollywood de Rama y Krishna, y ver en un bucle infinito viejos episodios en televisión de *Ramayana* y *Mahabharata* que se había perdido cuando los emitieron por primera vez. Así ocupaba las largas tardes, el tiempo entre las comidas o los momentos de después de la cena.

Cuando pasaba junto a mi madre y, frecuentemente, también junto a Naazku, que estaba sentada en el suelo impaciente, junto a ella, encontraba invariablemente la pantalla destelleando con flechas ardientes y discos que giraban, donde algún sabio barbudo predicaba sobre el *karma* y el *dharma*. Al apagar la televisión las dos mujeres empezaban a debatir sobre las virtudes morales y los fallos de Ram y Sita como si los hubieran conocido personalmente.

Pero era en la cocina donde mi madre se sentía más feliz. Llenaba aquel reducido espacio con un barullo continuo: el silbido de la olla a presión, el choque de las cazuelas y sartenes que se caían por accidente. Pero de aquella habitación atestada de cosas y de ruidos, y de aquellas manos temblorosas, todos los días salían deliciosas comidas con *dal, chawal* y *sabji*; y entre una y otra comida venía a tentarme con *chutneys* de menta y tamarindo o escabeches de mango y lima recién hechos, para que los probara.

Se lanzó a preparar cosas que nunca había intentado en Deoli; *puris* y *kachoris, mathris, gajar halwas, til ka lad-doos* y, cuando se acercaba Holi, medialunas de *gujiyas* espolvoreadas con cardamomo, como las que había en las tiendas *mithai* de mi infancia.

Mientras cocinaba cantaba canciones que yo no conocía y, al observar su figura diminuta, que había pedido tan poco a la vida y había recibido aún menos, me pregunté qué recuerdos pasarían por su cabeza: ella, que desde los cinco años se levantaba la primera y pasaba el día entero cocinando, barriendo, frotando, ordeñando, amasando, haciendo punto, remendando ropa o cosiendo antes de irse a la cama, cuando ya se habían acostado todos.

Cuando vivía en Deoli era imposible conseguir que dejara de moverse el tiempo suficiente para mantener una conversación. De todos modos, nunca pude preguntarle por una infancia reducida y una

vejez prolongada de una vida que el trabajo incesante y agotador habían convertido en una historia impersonal. A ella no le parecía correcto señalar tanta crudeza, enumerar todas aquellas cosas que, a fin de cuentas, había dejado de ver al volverse hacia Dios. Yo sabía bien que no estaría preparado si un día ella escapaba a la costumbre y, al descubrir su desvalimiento, sucumbía a la desesperación.

Y aunque hablamos un poco más en esta etapa que cuando vivíamos en Deoli, muchas veces de acontecimientos insignificantes —bodas, nacimientos, gente que se iba a vivir a grandes ciudades o gente que llegaba— que tenían lugar en el pueblo, y de los que Naazku y sus pequeñas clientas la mantenían al tanto, nunca pude sacar el tema de la violación continua que había supuesto su matrimonio con un hombre con el que no parecía tener nada en común, salvo el acto físico que había dado como fruto a sus dos hijos y que había resistido el tiempo suficiente para que yo pudiera aprender a leer, escribir y sumar y, al final del recorrido, salvarla de él.

Lo cierto es que Baba había desaparecido enseguida de nuestra vida. Solo nos llegaban noticias de él por mi hermana. Su negocio se había expandido y se estaba construyendo una casa nueva. En los últimos años se había comprado un *smartphone* y un portátil. Su presencia en Facebook era francamente estridente, y enviaba sin parar teorías sobre *libtardos* traidores, agentes del vaticano (Sonia y Rahul Gandhi), *naxal* urbanos y musulmanes siniestros.

Para mi madre fue como si él nunca hubiera existido, aunque se seguía cubriendo el pelo con el *sindoor*: esa era la única pista de que había existido un hombre.

De vez en cuando escribía a su hija, y en una ocasión, después de una gran distancia entre dos cartas, me pidió que fuera a verla. En el viaje de regreso a aquel asentamiento de las inmediaciones de Deoli, junto a la carretera, donde vivía Meena, supe que su marido pasaba la mayor parte del tiempo en la bodega, dejando que su mujer cargara con todo el peso de la crianza de sus cuatro hijos y el cuidado de su *dhaba*.

La *dhaba* era una habitación pequeña y atestada de objetos, rodeada de campos con altas cañas de azúcar por tres de sus lados y una única puerta que daba a una carretera llena de baches y surcos llenos de nieve negra, derretida, y de rodadas de neumáticos. La tarde que fui a visitarla los niños estaban moqueando y llorando en la habitación de atrás, donde dormían todos, y las moscas zumbaban sobre los estantes de cristal con paquetes medio abiertos de glucosa y galletas de Krackjack mientras mi hermana corría de un lado a otro sirviendo *chai* hervido a los camioneros.

Los camioneros, todos ellos con cara regordeta y círculos oscuros bajo los ojos enrojecidos, se sentaban un unos *charpoys* bajos con las piernas abiertas. Inclinaban la cabeza para carraspear y escupir en el suelo de cemento, y luego restregaban los escupitajos con el polvo del suelo con sus enormes zapatillas de deporte fluorescentes. Uno de ellos fue hacia el campo de caña de azúcar; mientras se desataba el cordón del pijama, de pernera ancha, se tambaleaba un poco. Pero tal vez le dio miedo de las serpientes, porque cambió de opinión y acabó orinando contra la pared de la *dhaba*.

Incluso antes de que los camioneros se marcharan, dejando atrás una nube de humo de diésel quemado y marcando rodadas nuevas sobre la nieve ennegrecida, apareció mi hermana con un cubo de plástico rojo en una mano y un trapo en la otra. Se arrodilló, metió el trapo en el agua, lo sacó goteando y comenzó a fregar el suelo, con los brazaletes rojos de cristal tintineando suavemente en sus brazos. El agua jabonosa se extendía a su alrededor formando un charco, y tenía las plantas de sus pies descalzos tan duras y ennegrecidas que parecían pezuñas.

Continuó con sus quehaceres, pero hizo un hueco para traerme té y me imploró que me quedara a comer. Habíamos tenido una infancia rara: casi nunca jugábamos y, si lo hacíamos, era nosotros dos solos. Con el cabello fino y ya canoso que le caía, mojado, por la frente, aún parecía la niña agobiada y preocupada de siempre, que se había convertido en una mujer agobiada y preocupada.

Sentada delante de los *charpoys* torcidos y vacíos, con los muelles flojos, noté que no sentía tanta compasión como ganas de marcharme desde el momento en que llegué.

Llegó un convoy de cuatro camiones casi idénticos con un ruido atronador, con las cintas negras de los parachoques delantero y trasero balanceándose; los *charpoys* fueron ocupados inmediatamente por más hombres que carraspeaban y escupían. Mi inquietud aumentó y mentí para poder adelantar mi marcha: dije que tenía un asunto urgente en Delhi. Meena sacudió las hojas de té empapadas que tenía en un colador de plástico, y no dijo nada.

Le di un fajo de rupias que aceptó sin expresar ni sorpresa ni gratitud. Cuando me iba me dio un abrazo tan fuerte y tan largo que los camioneros que estaban tomando *chai* en sorbos lentos y ruidosos comenzaron a mirarnos fijamente, con los ojos enrojecidos, y yo —avergonzado— me oí decir:

—*Main phir aoonga, Meena, main phir aoonga*. Volveré otro día, Meena. Volveré otro día.

Pero supe que no iba a volver y que el vínculo que nos unía, que nunca fue fuerte, ya estaba roto.

Fue un momento de frialdad que ahora resulta insignificante, del estilo de otras traiciones mías. En aquel momento, desconcertado por una sensación de sordidez que me era familiar, racionalicé mis sentimientos de un modo que a Aseem le hubiera parecido bien: uno tiene que mirar hacia delante, no hacia atrás, sobre todo cuando el pasado está lleno de dolor inútil e imposible de amortizar.

Me sentí menos culpable cuando conté a mi madre los apuros de mi hermana y ella no mostró emoción alguna. Pero yo me di cuenta entonces de que el destino de su hija era bastante parecido al suyo.

Había pasado la infancia en una de las regiones más cálidas de Madhya Pradesh, y algunas veces hablaba de las sofocantes tormentas de arena de aquellos veranos, de los largos días transcurridos en el campo agostado, cuando no había nada que ver en la distancia reluciente salvo carros cargados hasta los topes, bultos enormes que tardaban una eternidad en acercarse y luego pasaban de largo con su movimiento cadencioso, dejando caer briznas de heno por el blanco camino rural.

Ella también había tenido que trabajar de niña, y cuando veía a Naazku cortando la hierba del huerto con movimientos rápidos e incansables, siempre me imaginaba a mi madre en los campos inmensos, bajo un sol de justicia, haciendo balas de heno una tras otra, preparando gavillas, una tras otra, durante muchas horas seguidas, sin enderezar la espalda ni llevarse el *matki* a los labios.

A pesar de todo, parecía que nunca se había sentido infeliz, y que no siempre le había atormentado la necesidad. Su padre había muerto cuando ella era muy joven, pero su familia, propietaria de grandes arrozales, tenía además un pozo, bueyes para arar y una vaca; de cada cosecha guardaban algunos sacos de arpillera llenos de arroz sin descascarar en un pequeño granero con muros de piedra.

El recuerdo más claro que conserva es el de marcharse, a los dieciséis años, de ese lugar autoabastecido. De su boda se acuerda poco, salvo del dolor agudo que le provocó el grueso anillo que le pusieron en la nariz. Su madre está en la puerta, sollozando. Mi madre no tiene lágrimas en los ojos, pero sí la cara hinchada de haber llorado. No sabe qué decir ni cómo proceder con su marido, un extraño al que acaba de conocer y que ya está sentado en la carreta de bueyes con un baúl de hojalata lleno de utensilios de cocina y de saris de ella, con aspecto impaciente. Ella no se encuentra bien, y va dando tropezones con las babuchas nuevas, que no se le ajustan, y el sari de novia, confeccionado en seda gruesa. El *payal* que lleva en los tobillos cascabelea a cada paso que da.

Se las arregla para sentarse en la carreta al lado de él, con las piernas dobladas contra el pecho. Todas las miradas se posan en el largo velo, y lo único que ve son brazos cargados de pulseras, manos

con tatuajes de *henna* y uñas que se han esmaltado por primera vez. La carreta comienza a moverse y va avanzando a trompicones hasta que los bueyes cogen el ritmo y ella vomita en su regazo, para disgusto de su marido.

El de mis padres fue un matrimonio típico de mi clase y casta, entre dos personas que no se conocían y que no tenían ninguna noción de sexualidad. Yo me imaginaba a veces lo que nunca tendría: los primeros días y las primeras noches de mi madre con su marido, ese acto novedoso de pasión —que él sin duda convertiría en algo brutal y ella viviría como una violación— y el final de cualquier expectativa personal que ella pudiera haber albergado.

Cuando vivían en aquellos barracones de habitaciones minúsculas, junto a la vía del tren, ¿consiguió acostumbrarse al tacto de él? ¿O simplemente se sometió con aversión a su deseo de macho incansable? ¿Había reprimido aquella experiencia de humillación continua el deseo de mi madre de ver a su hijo casado y establecido?

Imaginé también su soledad en el pequeño asentamiento junto a la vía, donde vivió justo después de casarse, apartada por completo de su familia y dependiente de su marido para todo, los días en que los trenes de mercancías rompían el silencio o una bandada de cuervos asustados emprendía el vuelo desde los árboles que bordeaban los raíles. Largos días y largas noches en que ella seguramente profundizó en su costumbre de confiar en Dios, que vería su interior.

Yo nací peligrosamente prematuro, pero mi llegada, llena de contratiempos, le dio cierta protección contra la desesperación. Mis primeros recuerdos son de mi madre untándome las piernas con aceite de mostaza o buscando desesperadamente algún piojo en mi cabeza, sentados los dos en un *charpoy* algo áspero. No sé por qué motivo el sol suave del invierno en el norte de la India ilumina siempre estos recuerdos de un tiempo de paz y seguridad.

Recuerdo también que marcaba con orgullo el marco de la única puerta de la casa con un cuchillo para señalar mi altura; o cuando me llevaba al colegio de la mano, sus dedos entrelazados con los míos, y en la otra mano una bolsita que ella misma había confeccionado con trozos de sacos de arpillera. Cuando volvía a verla al cabo de unas horas, esperándome a la puerta del colegio, sacaba del bolsillo de mis pantalones cortos uno de sus pañuelos bordados, meneaba la cabeza como riñéndome por mi olvido, y me limpiaba con cuidado los mocos que me colgaban de la nariz como si fueran colmillos.

Por las tardes, cuando terminados los deberes salía de casa para ir al *nullah*, siempre me decía: *Dhoop se bachkar rahna, Raju beta. Aur gehrey paani mey mat jana*. Protégete del sol, Raju, hijo mío. Y no te metas en el agua por donde es más profunda.

Al regresar siempre me estaba esperando con un vaso de leche caliente y, mientras yo soplaba la superficie diáfana y sedosa, ella me inspeccionaba las piernas con las cejas enarcadas, buscando alguna muestra de mi desobediencia. Como no encontraba nada, recorría con el dedo enjuto los arañazos blancos que me habían hecho las ramas sueltas y los abultamientos de las picaduras de mosquito.

Creo que fue en esos tiempos cuando echó raíces en mí una convicción que nunca verbalicé pero siempre estuvo implícita en mis decisiones: que la mejor manera de vivir es con calma y junto a un amor generoso.

A consecuencia de un brote de malaria que pudo haber sido fatal tuvo que pasar tres semanas en un hospital de los ferrocarriles, en un pueblo lejos del nuestro. Después de esos días, que pasé con mi padre y mi hermana pequeña en ese *kothri* donde el *pujari* recitó el Satyanaraya Katha una mañana y, según sus instrucciones, se dispuso una lámpara de barro con un pabilo de algodón que estaría encendida día y noche, sentí por primera vez lo que es la tristeza. Cuando ella regresó, delgada y con círculos negros debajo de los ojos, y la lámpara de barro se apagó por fin, sentí que un milagro me había devuelto mi mundo completo.

Escribo tanto sobre mi madre porque nunca hablábamos de ella.

—¡Qué guapos son! Tu madre sobre todo. Aunque tu padre también parece un mozo… —dijiste una vez, cuando te enseñé una foto en blanco y negro de mis padres, minúscula y arrugada: una foto tomada poco después de su boda. Mi madre no mira a la cámara y lleva el pelo recogido, muy tirante, en un moño bajo. Me sorprendió tanto tu reacción que no supe qué decir.

En una ocasión te conté una cosa que recordaba de mi madre: su voz suave en la habitación de al lado, en la casa —algo más espaciosa — donde vivimos antes de que destituyeran a mi padre; él daba puñetazos en la pared. Yo estaba acostado, al lado de mi hermana dormida, atormentándome con un sinfín de preguntas. ¿Por qué discutían? ¿Pegaría a mi madre?

Al final pareció imponerse la paz en la otra habitación, pero yo me quedé despierto varias horas con el corazón encogido por una especie de premonición.

Sufría mucho por mi madre, aunque había veces que la despreciaba por sufrir así, por aceptar ese dolor y todo lo demás como una manifestación de la voluntad de Dios. Otras veces deseaba que se muriera mi padre, aunque inmediatamente cambiaba mi deseo: como era él quien mantenía a la familia, quería que viviera lo indispensable para que yo estudiara en la universidad. Después ya lo tenía decidido: me haría cargo de mi madre.

Desde el momento en que recibí mi primer sueldo en Delhi empecé

a enviar un giro mensual de 300 rupias a una cuenta de correo que había abierto para ella. En las escasas ocasiones en que la visité en Deoli aliviaba mi culpabilidad colmándola de pequeños regalos.

Resultó que mientras yo tiraba todas las cartas que ella me escribió cuando estaba en Delhi, ella conservó todas mis respuestas en los sobres verdes con el sello de Gandhi. Las iba guardando en una bolsa de yute bordada que… ahora me pregunto, ¿de dónde la sacaría?

Una tarde las leí mientras ella dormía la siesta, y me avergonzó descubrir que yo había respondido a sus sentidas notas con evasivas, si no con embustes, de una tersura tan insípida que parecían sacadas de un libro de texto para aprender un idioma. «Sí, estoy bien. El tiempo es bueno. Como bien. Mi casa es muy cómoda. He ganado algo de peso.»

Sus cartas habían sido para mí la fuente de su manifestación más fuerte y sostenida de su papel de progenitora. Pero nunca fui capaz de aceptarla en ese papel, porque era incapaz de protegerme de su marido y de protegerse ella. Y la sensación de no sintonizar con él, que ella percibía en mí y yo en ella, fue lo que nos había mantenido unidos desde los tiempos en que me llevaba al colegio de la mano.

En Ranipur se invirtieron los papeles: yo me convertí en su cuidador para protegerla de un mundo que con total falta de piedad la había impedido salir de sí misma.

Y a pesar de todo —ahora lo veo más claro, con la perspectiva que da el tiempo— mi madre nunca fue tan simple como pudo aparentar. Debajo de su aparente timidez se escondían la resistencia delicada y la lucidez rigurosa que se construyen a base de soportar el dolor.

*

Todas las mañanas, a las ocho, sonaba el timbre de la puerta. Cuando abría me encontraba a Vishal, el hijo del casero, vestido con el uniforme del colegio: traía una bandeja de *aloo* humeantes, o de *gobhi parathas*, y leche recién hervida.

—Ahora me doy cuenta de que construí esta cabaña para alguien como usted —dijo un día Devdutt con una agradable sonrisa.

Él y su padre, Panditji, un octogenario vivaracho que vivía en Shimla, habían estado hablando de mi trabajo «quasi-literario» de traducción, en la vieja casa. Recuperar aquella vocación ancestral y mostrar un interés no materialista en los libros y en la erudición les parecía un modo de redimir el fracaso de algunos miembros de su familia.

Aquellos dos hombres se tomaban muy en serio la apostasía. Panditji, que descendía de una antigua estirpe de sacerdotes, había

dejado un puesto muy bien pagado en la corte del maharajá de Rampur para dedicarse al estudio del sánscrito. Con su propio dinero estableció la primera facultad de sánscrito de la región. Devdutt y su padre habían colgado retratos de ilustres escritores y eruditos del idioma en la habitación más grande de la casa, como única concesión a la decoración.

Todos los cuadros representaban a hombres con barba blanca, sentados con las piernas cruzadas ante manuscritos de hoja, con el fondo del Himalaya y sus cumbres nevadas. Eran burdas copias del arte devocional de bazar, sin ningún mérito estético ni la menor habilidad técnica. Sin embargo, servían de vínculo con un tiempo pasado de creatividad y nobles empeños. En una era plenamente materialista seguían respetando un ideal de autonomía intelectual y espiritual; personificaban los ideales de renuncia y austeridad que —hasta Aseem lo reconocía— se habían profesado antiguamente y en la actualidad casi no se practicaban, si es que recibían algo de atención.

Yo no conseguía identificarme con el distinguido linaje de Panini, el gramático, o de Valmiki, autor del *Ramayana*, aunque me pasara toda la mañana trabajando en mi habitación: lo único que me distraía era el golpeteo de las zapatillas de goma de mi madre saliendo y entrando de la cocina, porque seguía negándose a llevar zapatos. Después de comer y antes de dormir me dedicaba a leer.

Volví a sentir la incomodidad que me provocaba la antigua ansiedad sobre mis orígenes humildes cuando Devdutt, un hombre alto y con ojos inteligentes bajo las cejas muy salientes, de modales reservados y discurso comedido, comenzó a despotricar contra los hindúes de casta baja y a culparles de que la India no progresara.

Pero me alegraba de que me hubiera adoptado por un malentendido. Era preferible que le confundieran a uno con un erudito a que le tomaran por brahmán. Se notó que estaba encantado cuando, buscando una vaca lechera para un primo suyo, se enteró de que yo conocía bien esa raza de mi infancia, y me pidió que le acompañara al mercado de ganado para asegurarnos de que las ubres de la vaca que íbamos a comprar fueran bien alargadas y las tetas flexibles y bien colocadas, con buenos orificios.

La calidez y la bondad incondicional de aquella gente tan arraigada en su entorno compensaron todas las idas y venidas de mi pasado. Entre aquellos hombres y mujeres sentí una libertad nueva, una liberación del escrutinio, el juicio y la impostura. Y todas las mañanas, cuando me levantaba con el sol colándose por las rendijas de puertas y ventanas, seguía maravillándome de la suerte que había tenido. Ese es el sitio donde vivo.

Mi madre se había hecho un hueco en el cosmos local como ama

de casa y costurera. Como yo no tenía un trabajo normal, causé cierta perplejidad en el pueblo, al principio. Cuando iba por el bazar me seguían un sinfín de ojos masculinos, verdaderamente curiosos. Las ventanas torcidas de las casas de estrechas fachadas servían de marco en más de una ocasión a un rostro femenino, inquisitivo, una tez pálida sobre un fondo negro como el fondo de un pozo. Los tenderos intentaban averiguar con su cháchara, mientras metían las compras en bolsas de papel, a qué me dedicaba.

Habría sido difícil de explicar, así que nunca lo intenté. Sabía que resultaba raro, caminando por un pueblecito remoto del Himalaya, con un libro en la mano. A diferencia de Aseem y de ti, yo no podía decir que era escritor. Me faltaba el impulso, el empuje primario para ocupar mi lugar en el mundo y contemplar la existencia de los contemporáneos como una amenaza andante. Tampoco tenía la confianza necesaria, extravagante en determinado nivel, para sentir que tenía algo fundamental que añadir a la colosal suma de obras literarias y publicadas. No estaba muy seguro de lo que pensaba sobre el mundo de ahí fuera y era incapaz de hacer especulaciones, así que también me faltaba esa necesidad —que sí tenía Aseem— de hacer que los demás vieran las cosas como yo las veía.

«La verdad es que tendrías que escribir tus memorias», decías a veces, subrayando la expresión «la verdad es». A mí me conmovía tu afán de sacar lo que tú veías como mi «potencial», lo que me haría brillar delante de todos. Y siempre creías que me hacía el gracioso cuando afirmaba que mi vida, insignificante y apartada de todo, no tenía ningún interés para nadie.

Yo había querido escribir en algún breve período del IIT, animado por el profesor Sir. Tomando como prueba un relato breve sin terminar él había decidido que tenía una «mente literaria» que no debía desperdiciar dedicándome a la ingeniería mecánica.

Comencé a garabatear una libreta, para dejar constancia de alguna experiencia, y a copiar poemas o textos en prosa que me habían gustado. Leí todos los libros que me recomendó el profesor Sir, pero nunca terminé de escribir aquel relato. Alguna vez encontraba cosas en una de las revistas que leía al principio, en la biblioteca del IIT y a las que luego me suscribí en Ranipur que me llevaban a pensar: «Yo escribo mejor». Pero ese instante de vanidad pasaba enseguida.

Lo mío era ser lector, agudizar el oído para escuchar el pasado, enterarme de cómo vivía y sentía la gente de sociedades lejanas, entrar en un estado de receptividad en el que gozo y tormento pudieran tocar por igual mi alma y mi mente. Y esa misma curiosidad me sirvió para ser traductor, donde encontré el modo ideal de expresión para textos ya compuestos.

La llegada de un ejemplar con mi nombre en la cubierta siempre

era un instante maravilloso. El objeto, que sacaba de un sobre acolchado (maravillosos por ser tan poco habituales), era macizo, prueba muy satisfactoria de un esfuerzo que ya casi había olvidado. Naturalmente, los ejemplares terminados desaparecían sin que nadie hablara de ellos poco después de su publicación, en bibliotecas de facultades estadounidenses o librerías de lance, dejándome con la sensación de que había colaborado con mis autores y editores para crear una especie de naturaleza muerta.

Por otra parte mi tarea era, inevitablemente, imperfecta. No hay meditación, por mucho que se practique, que pueda servir de puente para salvar el abismo que separa los dominios del hindú y el inglés, y mucho menos para captar lo que está más allá de las fronteras del lenguaje.

Pero me consolaba pensando que lo que había hecho contenía al menos una especie de otredad que no podía asimilarse del todo. Y los escritores de los pueblos del norte de la India, cuyas obras vertí al inglés, siempre se sentían agradecidos al ver su nombre en cubiertas de colorido animado y en lomos recios, y de poder escapar de vez en cuando de la condescendencia de los escritores hindúes que escribían en inglés y del abandono generalizado, en pos de algún puesto de profesor visitante, en Estados Unidos y Europa.

Casi todos mis conocidos —dueños de una tiendecita modesta o gente que trabajaba para el gobierno o en el turismo— poseían una parcela de tierra donde cultivaban sus propias verduras, sobre todo, y cereales, ciruelas, cerezas o manzanas. Eran para su consumo, pero casi siempre tenían un excedente que podían vender en los mercados locales.

Devdutt llevaba mucho tiempo retirado de su trabajo de docente. Su revista era una obra de amor, destinada a salvaguardar, a escala reducida, el compromiso de su familia con el idioma antiguo. El huerto de manzanos donde Devdutt pasaba horas plantando, injertando y podando, era su vínculo con un oficio ancestral más que una empresa con fines comerciales.

Mi propia contribución a sus ingresos, mediante el alquiler mensual de la casa, era una nimiedad. Panditji había sido gurú de muchos políticos locales a los que había dado consejos relativos a su carrera basándose en la astrología. Devdutt había conservado la clientela de su padre. Se había formado como sacerdote y oficiaba en bodas y ritos hindúes a los que asistía ataviado con una túnica de seda y un *dhoti* blanco, portando un maletín de piel marrón que contenía sus útiles de *pandit*. Pratima, su esposa y madre de Vishal, tenía un trabajo administrativo en el gobierno estatal. Con el sueldo de ambos tenían suficiente para vivir.

Mi otra vecina, Naazku, era la dueña de la empinada colina boscosa que se alzaba a la derecha de mi casa. Su rostro era un lienzo pintado de arrugas que se ramificaban. Tenía los ojos amarillentos y los dientes podridos, que sugerían toda una vida de malnutrición, y llevaba un pañuelo negro a la cabeza que le daba el aspecto de tener orejas de conejo y dejaba al descubierto los finos caracolillos de pelo gris de la nuca.

Según me contó Devdutt, se había casado cuando aún era adolescente, y perdió a su marido y a su hijo recién nacido en los dos primeros años de matrimonio. Tenía hermanos y sobrinos, pero eran demasiado pobres para alojarla en sus casas. Había empezado a ganarse la vida vendiendo la abundante hierba que crecía en su propiedad después de los monzones, como forraje para todos los que tenían vacas.

Era un trabajo exigente, que tenía que iniciarse por la mañana muy temprano, cuando la hierba está tierna por el rocío, y no requería herramientas complejas: solo una hoz. Pero había dejado su cuerpecillo todo combado. No podía tener más de sesenta años, pero las arrugas de su cara de pájaro y la piel flácida que le colgaba en el cuello le daban aspecto de tener noventa y, aunque gozaba de relativa salud, se apoyaba en un bastón al andar con esos pasos cortos y tozudos del que está acostumbrado a toda una vida de senderos de montaña, como si arrastrara una enfermedad grave y de por vida.

Vivía en una cabaña de barro y hierba, en un claro de su pinar. La única vez que fui a visitarla el patio delantero de la casa, pavimentado con estiércol, estaba recién barrido y mostraba las profundas cicatrices de su escoba. Junto a unos cacharros relucientes de barro y latón había un cubo de plástico lleno de agua que debía de haber ido a buscar a la fuente pública que había cerca de mi casa. Tenía un ternero atado a una estaca y, en un rincón del patio, un montón de piñas.

El humo salía por la ventana, bajo los aleros del tejado de paja, y por la puerta entreabierta, hecha de hojalata fina y doblada por los bordes. Agachada ante un fuego de *chulha* que se le reflejaba en las mejillas cuando lo avivaba soplando, se preparaba la cena: *chapatis* en una gruesa parrilla de hierro que parecía necesitar un calor más intenso del que las piñas lograban producir.

En un rincón tenía un camastro de cuerdas con un colchón hundido y un edredón sin funda. Reconocí nuestra pequeña radio con la funda de cuero perforada, que le había dado mi madre. Todo en aquella cabaña tenía el mismo aspecto desgastado por el tiempo y el uso y sugería la compasión de sus benefactores. La única concesión decorativa era un viejo calendario de Shiva del año 1979.

Al verme se mostró abrumada: rara vez recibía visitas, me dijo, y

desde luego nunca se hubiera esperado que llamara a su puerta el brahmán de la casa grande. Se cubrió la cabeza y las orejas de conejo con una punta del sari, insistió en quitar el polvo a la cama y me hizo sentarme a mí, mientras ella se quedaba acuclillada en el suelo: abandonó los *chapatis* que estaba preparando y me hizo un poco de *chai* con leche. Luego se quedó mirando cómo me lo tomaba mientras el fuego se iba apagando y un humo azul subía en espiral hacia el tejado de paja.

—*Aaapki maata ji aapke baare me chinta karti hai* —dijo—. Tu madre está preocupada por ti.

—*Kyon*? ¿Por qué?

—*Unkey baad aapki kaun dekh-bhal karega*? ¿Quién cuidará de ti cuando ella no esté?

—*Koi chinta ki baat nahi hai* —respondí—. No hay por qué preocuparse.

Seguimos así un rato: Naazku exponiendo temores de los que yo no tenía ni idea y yo neutralizándolos.

Me empecé a encontrar cada vez más a disgusto. Al principio estaba muy orgulloso de haberme animado a visitarla, rompiendo el tabú, pero ahora me asaltaban varias preocupaciones: la insignificancia y lo absurdo de mi orgullo, y el agotamiento de hablar en un tono de voz mucho más alto del habitual, porque estaba un poco sorda.

Me sentí aliviado cuando abandonó por fin el tema de los miedos de mi madre respecto a mi futuro y comenzó a hablar de su propiedad. Su marido había muerto y se la había dejado a ella para que la atendiera. Ella tenía algunos parientes, primos y sobrinos, a los que no veía nunca. Aquella propiedad la convertía en una millonaria potencial (en dólares) en una economía nacional que se regía por la especulación inmobiliaria.

Los promotores inmobiliarios de las llanuras no dejaban de llamar a su puerta. Yo lo había oído comentar, aunque al principio no lo creí. ¿Quién iba a pagar por vivir en Ranipur, o por tener una propiedad allí? Costaba creer que alguien viera un valor monetario en aquel pueblo, con pocas casas y menos tiendas desperdigadas por las montañas: un sitio que ni siquiera tenía farolas en las calles.

Pues resultó que un promotor de Chandigarh, llamado Mathur, que visitaba a Devdutt cada pocos meses para que le leyera su horóscopo, era un hombre persistente. Yo me encontré con él varias veces. Era un hombre muy correcto, rechoncho, adicto al *paan*, de cuarenta y muchos años, que siempre se quedaba de pie con las manos entrelazadas a la espalda y ligeramente inclinado, como si fuera a hacer una reverencia aunque lo que iba a hacer en realidad era

escupir el zumo rojo del betel. En el bolsillo de su camisa de safari llevaba dos plumas Mont Blanc idénticas. Sacó una tarjeta de visita de un taco que llevaba atado con una goma y se quedó con el taco en la palma de la mano izquierda, acariciando la goma con el pulgar y masticando *paan* aún más rápido, mientras uno se quedaba mirando el logo y los títulos que mostraba su tarjeta: doble grado en literatura inglesa por la universidad de Punjab.

Mathur ya era propietario del Hotel Kipling, que funcionaba con el nombre de un antiguo establecimiento colonial para atraer a turistas británicos que iban buscando el imperio e hindúes de clase alta. Corría el rumor de que había sobornado al guardabosques del pueblo y que sus hombres habían prendido fuego en varios puntos a los pinares que había debajo del hotel, para acabar con los árboles y dejar espacio franco para construir.

Después de aquello ya nunca volví a contemplar los fuegos que ardían en el valle por la noche, a lo lejos, en las colinas silentes y redondeadas, brillantes y bellos como en un sueño, ni sentir el olor a ceniza que flotaba en el aire, sin pensar en Mathur y en la forma en que una lombriz de saliva manchada de betel rojo le corría despacio por la barbilla mientras hablaba.

Había ofrecido a Naazku un piso en el ático de uno de los edificios que pensaba construir en su propiedad.

Ella no sabía lo que significaban aquellas palabras, solo que encerraban un lujo inimaginable. Le pregunté por qué no vendía. Su respuesta fue rápida:

—*Mujhe shahar ke log mein koi vishvas nahin hai. Agar kagazaat ke baat dhakka maar ke nikaal diya, to? Main kya karrongi phir? Kahan jaongi*? No tengo ninguna fe en estos tipos de la gran ciudad. ¿Y si después de todo el papeleo me echa a patadas de mi tierra? ¿Qué hago entonces? ¿Dónde voy a ir?

Había llegado a la cabaña de la colina de recién casada. Sus modestas esperanzas se acabaron con la muerte de su marido y su hijo. Lo único que quería era seguir haciendo su trabajo y morirse allí.

—*Daant nikal gaye, peeth mein hamesha dard rahta hai, lekin zinda hoon, sar ke upar chhat hai, bhagwan se zyada nahin maangna chaiye, yahin itne saal beet baye, yahin se ab arthi uthegi, and karta-dharta se milne jaongi* —dijo—. He perdido todos los dientes, la espalda me duele constantemente, pero estoy viva y tengo un techo que me cubre. No tendríamos que pedirle tanto a Dios. Tantos años como he pasado en estas colinas… Me marcharé de aquí metida en un ataúd, para encontrarme con mi creador.

Yo me imaginé un ataúd cubierto de flores saliendo de su cabaña

vacía entre cánticos de Ram Naam Satya Hai, la puerta de hojalata crujiendo al abrirse y mostrando el calendario de 1979 y la radio de mi infancia.

Aseem se hubiera reído de mí y de esta confesión de fatalismo, esta resignación a una vida de carencias, esa aceptación de los designios divinos. Él huía de todo lo que oliera a pasado, y parecía reducir las posibilidades del conocimiento y el placer al presente y al futuro.

Sin embargo yo, cuanto más tiempo pasaba en Ranipur, más respeto sentía por la necesidad que impulsaba a la gente a aferrarse con tenacidad a una vida de estrecheces, pero cimentada. Llegué a entender mejor la violenta desconfianza con la que contemplaban lo desconocido y cualquier afán de mejora.

Para la gente con educación, como nosotros, se había vuelto imposible seguir instalados en una cosmovisión que pasa de generación en generación sin cambiar un ápice. Esa vida eterna de humildad y oración en la que nada asustaba ni sorprendía demasiado, porque todo respondía al orden divino, y la pompa de la religión, que ofrecía drama y misterio, habían llegado a su fin con la generación de nuestros padres. Pero ¿quiénes éramos nosotros para burlarnos?

Criados para vivir una vida que no tenía mucho sentido, nos habíamos convencido de que había otras vías que se lo conferían, y que podríamos encontrarlas. Pero en la práctica esto se reducía a ir por este o aquel camino, sin ninguna certeza respecto a nuestro destino, y mirar atrás continuamente, haciéndonos preguntas.

Yo imagino que para Aseem siempre había sido distinto, porque él se llevaba excepcionalmente bien con el futuro. La sensación que siempre tuvo, desde el IIT, de que algo muy dentro de él germinaría convirtiéndose en su auténtica vocación y que no estaba lejos el día en que aquello se hiciera realidad, había resultado ser algo más que una fantasía vana.

Con todo, yo no me atrevía a imaginar cómo seríamos cuando tuviéramos setenta u ochenta años, cuando se desvanece el significado que encierran sexo, belleza, arte, familia y nación; cuando nos volviéramos aburridos, viejos, avinagrados, dispuestos a amargar y a aburrir a todo el que nos rodeara, sin conexión alguna con nuestro pasado religioso y sin futuro hacia el que mirar.

9

Poco después de llegar a Ranipur comencé a hacer largas caminatas por las montañas y los valles que bordean el Tíbet. Me resulta complicado sacar, de los pormenores de esas excursiones, una fórmula o una moraleja, o explicar con precisión qué supusieron para mí. Aunque no deja de ser un poco extraño, creo que lo más cierto que puedo afirmar de esos paisajes que nunca había visitado es que me hicieron pensar que ese viaje era el regreso a un lugar ya conocido. Al obligarme a desempolvar recuerdos y despertar la noción de una existencia previa lograron sacarme de un ensimismamiento estéril.

Al caminar sentía, cada vez con más fuerza, que iba saliendo de mí mismo, alejándome de la persona que había sido esa misma mañana; y esa sensación se hacía más profunda aún cuando, tras un trayecto por caminos llenos de baches que duraba una jornada entera, en un autobús desvencijado que avanzaba dando sacudidas y parecía dispuesto a hacerme volar por los aires, con las plantas de las manos enrojecidas de agarrarme al respaldo de metal oxidado del asiento, me bajaba en un pueblecito literalmente colgado de los acantilados que conservaba costumbres como la poliandria.

De la oscuridad del crepúsculo salían enormes perros pastores de pelo acharolado, con la lengua fuera, seguidos de niños con caras rubicundas.

Por la noche, en medio de una oscuridad que la electricidad no había profanado, flotaban las luciérnagas, que brillaban con su luz color topacio. De algún lugar llegaba un tamborileo irregular y apagado, y el lamento gutural de lo que parecía ser una canción interminable. Yo contemplaba las hogueras que refulgían a lo lejos, rodeadas de sombras que se movían, balanceándose. Aquella visión me reconfortaba de un modo extraño, y después me iba a dormir hasta que me despertaba uno de los sonidos nocturnos y enigmáticos, que llegaban desde las cumbres: alguien gritando en la lejanía, la respuesta que no se hacía esperar. Entonces escuchas con atención y te das cuenta de que no hay nada, pero el sonido que crees haber oído continúa sonando durante mucho tiempo después.

A la mañana siguiente, muy temprano, empezaba la caminata.

Subía por un valle perdido entre matorrales de rododendros, vadeando rugientes arroyos de aguas frías y plateadas, exultante al ver cómo acortaba la distancia con los picos brillantes que veía desde mi balcón de Ranipur, que a cada paso que daba me parecían más blancos, más limpios, más grandes.

Dormía al raso, embutido en mi saco de dormir, o si había hueco, en la habitación mohosa de un albergue del Ministerio de Obras Públicas, construido por los ingleses y que todavía tenía los jardines en diferentes alturas, con manzanos y cerezos, un *chowdikar* al que era imposible calcularle la edad, camastros de hierro y ropa de cama que olía al agua jabonosa y salobre en que las habían lavado tantas veces que habían adquirido la textura de una red para atrapar mosquitos.

Tras dos días de camino —que siempre se saldaban con una tira de piel arrancada en el cuarto dedo del pie—, llegaba por fin al campamento base para escaladores, desde donde las montañas parecían aún más desafiantes con sus cumbres irregulares cubiertas de nieve.

Allí me quedaría unos cuantos días para curarme los dedos y secar la ropa húmeda, e intentaría sentir y absorber como pudiera la severa majestad de los alrededores: los macizos que presidían, durante el día, una lenta danza de nieve y neblina, de luz y sombra; altas torres de nubes que ascendían en espiral desde los agujeros helados, ocultando y revelando grandes extensiones de piedra, hasta que se transformaban en un enorme delantal de niebla al avanzar la noche.

Leía durante el día, pero tengo la impresión de que ninguno de mis libros, cuidadosamente seleccionados para estos viajes, captaba el deseo que siento por… no sé qué: probablemente por descifrar el código con el que el cielo y la tierra me hablaron, por primera vez, durante aquellas noches en el *nullah* de mi infancia.

Aquí, en lo alto de este paisaje desnudo y radiante, todo parece dispuesto para transmitir algo: una bandera de plegaria azul y blanca que se agita al viento, el murmullo de un regato escondido, un lobo que aúlla a la noche.

Las noches sobre todo son un espectáculo de luz y espacio, y yo tenía la certeza absoluta de que encerraban una gran verdad. Tumbado en el suelo, en mi saco de dormir, miraba las estrellas durante un buen rato: eran profusas, sorprendentemente cercanas, y parecían a punto de caerse con gran dramatismo. Una extraña euforia me recorría el cuerpo y la mente y me mantenía durante horas apartado de ese sueño profundo que se disfruta en lugares tan altos.

Sin salir de Ranipur también se podían hacer rutas largas. Una de ellas me llevó más allá de lo que ahora es tu villa, restaurada: un refugio decimonónico de alta montaña construido por un pastelero

italiano que el gobierno había convertido en albergue de montaña, en un camino de gravilla que lleva hasta Salem.

Te animé a explorarlo una vez, pero no lo hiciste. Bordeado por un sinnúmero de villas abandonadas por los ingleses, el camino seguía hasta algún asentamiento mortecino o un grupo de casas solitarias, y de cuando en cuando pasaba saltando sobre los baches del camino un jeep o un autobús que envolvían a los peatones en una fina nube de polvo.

Pero yo prefería el otro sendero, el que Vishal y su amigo cogían todos los días para ir al colegio, cerca de la antigua residencia del virrey. Atravesaba el bosque de Naazku y no había en él signos de presencia humana, aparte de algún pastor con su rebaño. Los caminos no siempre estaban marcados con claridad en el suelo alfombrado por una gruesa capa de agujas de pino y raíces enredadas. Yo me perdía con frecuencia en los densos cúmulos verde oscuro de cedros y robles, donde los pájaros carpinteros subían por los troncos de los árboles enmarañados y cubiertos de liquen broncíneo, para llegar a las copas soleadas.

Al detenerme a considerar la ruta sentía lo fuerte que me latía el corazón y la fragancia de la resina y la tierra húmeda.

En los caminos con menos abundancia arbórea el sol dibujaba en el suelo alegres estampados de luz y sombra. Las agujas de los pinos bermejos brillaban de un modo asombroso; y en las mañanas tranquilas de la primavera se oía el murmullo de las últimas hojas de roble del año, removidas por el deshielo de la tierra.

Uno de esos tres caminos bordeados de árboles conducía a un claro iluminado por el sol, cerca de la residencia del virrey. Desde allí Ranipur parecía uno de esos pueblos que yo veía desde mi balcón: apacible y humildemente autosuficiente. El sol me caldeaba la espalda y todo lo que oía y lo que sentía —el susurro suave de los árboles, la estridulación de los insectos, el batir sereno de las alas del halcón y las nubes silentes sobre el valle— parecía confirmar que mi corazón era libre para ir de nuevo en busca de aquellos días y noches de disfrute.

Yo quería que Ranipur siguiera siendo como yo lo había encontrado: recóndito, sosegado y sanador, perfecto para colmar el deseo infantil de una casa a salvo entre montañas. Y, como por arte de magia, el tiempo allí parecía estirarse hasta el infinito.

Todos los días, al amanecer, la luz llenaba el valle; las estrellas se veían nítidas y calmas en el cielo, y la luz de la luna parecía empaparnos en una sensación de privilegio y misterio. Las estaciones se sucedían con la misma nitidez y precisión que la primera vez que yo reparé en ellas. Mi madre se inclinaba ante sus dioses todas las mañanas y todas las noches. Y yo seguí siendo un erudito, un hombre

aparte, objeto de amable consideración, a los ojos de mis caseros y mis vecinos.

Pero si vuelvo la vista atrás observo que mis primeros años allí fueron un deseo de arrullarme en la vida del pueblo, una pausa antes de que el tiempo empezara a correr a toda velocidad, y el lugar que me abrigó y consoló antes de sucumbir al ansia de cambio.

*

Ranipur no podía quedar inmune ante la explosión de energía y ambición de la llanura: podía, eso sí, quedar en un segundo plano en el cortejo de lo mundano.

Durante años apenas se vieron más de tres o cuatro viajeros en la parada del autobús; agarraban nerviosos sus maletas maltratadas o sus saquitos de yute llenos de fruta y verdura y no lejos de ellos los perros callejeros dormían entre el polvo. A Sood, conductor de una de las empresas de transporte de Shimla, le costó una buena dosis de valor pedir un préstamo al banco y poner su propio negocio de transporte de pasajeros.

Sood vivía con su familia en una de las casas ruinosas de la parte norte del pueblo. Alto y fibroso, caminaba con los hombros caídos como si constantemente se viera obligado a embutirse por una puerta diminuta para entrar en su casa, con el techo muy bajo, o como se si hubiera quedado así a fuerza de hacer tantas veces, contraído y por carreteras mal asfaltadas y llenas de parches, el trayecto que lleva a lo alto de la montaña.

Parece que convertirse en propietario de un Tata Sumo blanco y reluciente, que no pasaba desapercibido cuando se paraba en un cruce, transformó a Sood: parecía más alto, los hombros más anchos… Y al cabo de unos años amplió la flota con un Innova y un Scorpio.

Para entonces ya había muchos taxis por las carreteras. El gobierno estaba ampliando la red viaria para que llegara a las montañas y, como todavía no había autobuses suficientes para cubrir todas las líneas, Sood se convirtió en pionero. Raju, otro tipo del pueblo muy espabilado, con intensos ojos verdes y voz profunda, abrió una tetería que daba al cruce. Puso incluso algunos productos en sus vitrinas —pan, huevos y tostadas—, aunque no encontró muchos clientes para sus tortillas en un pueblo como ese, estrictamente vegetariano. Los demás estantes continuaron vacíos.

Abrieron más negocios: una tienda de regalos y otra de ropa para niños, ambas rebosantes de productos importados de China. Sus escaparates estaban vacíos, como si pregonaran la inseguridad de sus propietarios o el recelo de los habitantes del lugar, que preferirían

hacer sus compras en Shimla. No tardaron en fracasar, ni sus persianas en revelar el óxido bajo la pintura nueva.

Mejor le fue a una operadora de televisión por cable que instaló ilegalmente su antena de televisión por satélite, carísima. El pueblo empezó a llenarse de cables coaxiales: todos ellos salían de un polvoriento taller atestado de aparatos de televisión en blanco y negro estropeados y, probablemente, imposibles de reparar. Las casitas bajas, antes silenciosas, ahora bullían con los anuncios de jabones fabricados en Mumbai y los partidos de críquet de Australia, Sudáfrica e Inglaterra. Daba la impresión de que la gente, sobre todo los ancianos del pueblo, se pasaban el día sentados en casa viendo la televisión.

Cuando la revolución de las comunicaciones comenzó a recorrer la India se empezaron a oír con mayor frecuencia otros sonidos electrónicos. Mi solicitud de un teléfono fijo para casa fue por fin atendida, y Devdutt, que había empezado a oficiar como sacerdote en bodas y funerales, se convirtió en uno de los principales usuarios de mi baquelita, junto con otros jóvenes que buscaban trabajo fuera del pueblo.

El teléfono no hizo gran cosa por mí: llegué a odiar la forma en que, agazapado en la habitación de mi madre, esperaba petulante el momento de detonar, lanzando su metralla contra el techo y la pared. Al levantar el auricular percibía el olor del aliento del último usuario, y en ocasiones un silencio hueco. El coste prohibitivo de las llamadas nacionales e internacionales me obligó a comprobar que las conversaciones no se alargaran demasiado, y acabé metiendo el teléfono en un casillero de madera con candado para evitar que algún hablador imprudente me lanzara en brazos de la bancarrota.

Saqué el teléfono de su celda cuando tuvimos acceso a una conexión prepago con coste moderado. Y de repente todo el mundo parecía tener un teléfono móvil, incluso dos o tres, con alegres tonos de llamada. Pero la señal seguía siendo muy débil y llegaba a mi casa solo de vez en cuando.

Abrió otra tienda en la plaza del pueblo, ya en pleno desarrollo, junto a la parada del autobús. Además de fotos de carné ofrecía acceso a Internet e impresión Xerox y matricial. Empecé a ver por allí cada vez más jóvenes que enviaban sus solicitudes de acceso a universidades privadas, cuyos horribles edificios habían empezado ya a desfigurar las cumbres de todo el estado.

Neeraj era hijo del propietario de un *dhaba*, y parecía un querubín. Había anunciado su intención de estudiar informática e inglés, porque era lo que estaban haciendo todos sus conocidos. Decía que aquello sería un trampolín para vivir en una gran ciudad como Delhi.

No sé cómo se corrió la voz de que yo estaba interesado en ayudar a los jóvenes del pueblo con sus intereses profesionales. Al principio solo vinieron un par de chicos, muy delgados, con las clavículas muy salientes. Pero cuando se enteraron de que había estudiado en el IIT vinieron muchos más, llenos de curiosidad teñida de una ingenua esperanza.

Casi todos decían lo mismo: que eran pobres y necesitaban dinero para poder continuar estudiando en Delhi o Chandigarh. Otros tenían objetivos más específicos: un curso de informática, una titulación en Administración de Empresas o estudios de Medicina.

Recuerdo que eran como colegiales obedientes con las mejillas sonrosadas y gordezuelas, de esas que hacen que los adultos les quieran pellizcar. Componían un coro que cantaba con lentitud las tablas de multiplicar en la escuela pública del pueblo, y ese sonido llegaba muy a menudo hasta mi casa. Después crecieron y se convirtieron en jóvenes ataviados con chaquetas de cuero de China, pero parecían conservar el aire de indolencia y el talento para la vida apacible que tenían de nacimiento todos los de Ranipur.

Sin embargo, a diferencia de Aseem, Virendra y yo, habían crecido mucho más deprisa, en parte por culpa de Internet, que no solo había contribuido a difundir conocimiento e ideas: también una actitud nueva, más osada.

Aquellos con los que había ido al colegio de mi pueblo habían desaparecido sin dejar una huella digital, como pude comprobar cuando puse sus nombres en Google; era como si se hubieran adocenado, después de crecer con expectativas no muy altas, e instalado en un destino análogo, de perfil bajo. Muchos de los «aspirantes» de Ranipur, sin embargo, confesaban su ambición de establecer negocios y llegar a ser muy ricos. India está en ascenso, decían. No tardaría en ser una superpotencia, y ellos querían aprovechar las nuevas oportunidades de prosperidad.

En momentos así siempre recordaba las fiestas en casa de Aseem y las reuniones de la élite en Nueva Delhi, donde los extranjeros curiosos y los indios resueltos se implicaban en una danza de acción y reacción y donde se forjó su fantasía de una India naciente e irresistible que llegó a convertirse en convicción. Al llegar a Ranipur con ese estado de ánimo tan exaltado uno solo podía encontrarse con la decepción.

Yo escuchaba a aquellos muchachos, muchos de los cuales eran realmente brillantes, e incluso les animaba con pequeñas aportaciones: algo de dinero, sugerencias, contactos. Me parecía cruel no hacerlo, aunque las nuevas universidades y los cursos de informática eran terriblemente caros, normalmente pensados con la mala intención de dejar a los pobres sin sus precarios ahorros. El tipo de estudios

preparatorios que yo había cursado en Delhi se había convertido en un chanchullo de dimensiones nacionales.

No creo que sepas que Mohit, a quien tuviste trabajando en tu villa, fue una de sus víctimas. Sus padres, que habían depositado sus ambiciosas esperanzas en una operación de dudosa legalidad en Ludhiana, perdieron tres lakhs.[7] Así que las esperanzas cambiaron de depositario y cayeron sobre uno de sus hijos menores, que se convirtió en presa de una agencia de colocación para una operación de tráfico de inmigrantes con base en Amritsar que prometía llevar a los muchachos a Italia a través de Afganistán, Turquía y Grecia.

Incluso envié a un par de ellos a Aseem, con la esperanza de que encontraran empleo al menos en uno de los *call centers* de Gurgaon, imitando los acentos de Atlanta y Newcastle. No me gustó que un amigo suyo que trabajaba en comercio en línea les contratara de peones y recaderos, y desde luego me quedé consternado cuando me enteré de que otro aspirante al Destino en Delhi trabajaba como chico de los recados en un salón de masajes. Perdí las esperanzas de que pudieran progresar con aquellos trabajos insignificantes.

Como desconocían el estilo de vida de los demás lugares, habían vivido siempre resignados a una existencia de pobreza relativa. Pero empezaron a albergar un extravagante deseo de inclusión en un mundo que estaba prosperando. La principal consecuencia fue que perdieron la inmunidad que tenían frente a esas humillaciones que le dejan a uno el alma hecha jirones, y que el aislamiento les había garantizado hasta entonces.

Intenté a ayudar a algunos a regresar de su incursión en la gran ciudad, con la amargura impresa en el rostro. Durante un tiempo me evitaron, apartaban la vista de repente, con genuino embarazo, si nos encontrábamos en el pueblo. Sobre todo el hermano pequeño de Mohit: consiguió llegar hasta Grecia, pero allí le detuvieron y le deportaron.

El único activo de valor que tenían la mayor parte de los aldeanos era su tierra, que labraban o poseían sus antepasados (patatales, un huerto de manzanos, cerezos o ciruelos, un bosquecillo de pinos…) y casas con un par de vacas entre la hierba del patio trasero. Cabe reseñar que el bigote levantado, estilo Rajput, del reloj de la estafeta de correos de Ranipur, se vino abajo y el aparato empezó a funcionar de nuevo —aunque la aguja traqueteaba a cada minuto que pasaba—, más o menos al mismo tiempo que los especuladores inmobiliarios, principales agentes del crecimiento económico de la India, llegaran a Himachal.

Un día me dijo Naazku que Mathur la había ayudado a tapar las goteras del tejado de paja, había cambiado la puerta de hojalata por

una de madera y le había comprado ropa nueva. Intenté advertirla de que tuviera cuidado o, al menos, negociara con dureza.

En la revista de Aseem había leído algo sobre un nuevo fenómeno que tenía lugar entre los agricultores del norte de la India, que, tentados por una cantidad de dinero que en su vida habían imaginado (y mucho menos visto), estaban vendiendo tierras cultivables a promotores inmobiliarios y dilapidando su capital en aventuras empresariales mal aconsejadas o en gastos desmedidos, a veces en heroína y alcohol.

En Ranipur ya había unos cuantos que habían sucumbido al relumbrón del dinero fácil. En las laderas de las montañas, despojadas con metódica malevolencia de su cobertura boscosa, habían empezado a aparecer edificios de apartamentos de hormigón, uniformes y ordenados. Jueces, políticos y hombres de negocios compraron estas casas de verano, poniendo así sus ingresos libres de impuestos en propiedades e, indirectamente, en la empresa constructora de Mathur.

Mucho después me enteré de que incluso tú habías contratado a Mathur para reformar tu villa.

Escuché muchas quejas. En sus visitas ocasionales a Ranipur, sobre todo en verano, los nuevos propietarios negaban a las tiendas locales hasta la mínima posibilidad de negocio, porque se traían su propia comida, al igual que el servicio, de la llanura. Y los lugareños, víctimas de la subida de los precios de los alimentos, apenas podían permitirse su única concesión al consumismo: los *smartphones*.

Con esa subida de los precios del suelo Raju, el propietario de la tetería se convirtió en bróker. Cada vez que pasaba por su establecimiento salía de detrás del mostrador con vitrina, atravesaba un desbarajuste de banastas de pollos y me hablaba de los nuevos negocios que había en el horizonte, mencionando como quien no quiere la cosa unas cantidades de dinero que no había visto en su vida.

Los trabajadores que emigraban de lugares lejanos como Bihar y Jharkhand, iban llegando poco a poco para ayudar a limpiar y nivelar el terreno y construir más lugares de recreo para los ricos, que no se usarían. A medida que aumentaron las casas de verano el pueblo empezó a volver a la organización jerárquica colonial: los amos arriba, los criados donde fuese, pero siempre abajo.

Los jornaleros, casi todos procedentes de tribus que vivían en los bosques, se amontonaban muertos de frío por las noches en cobertizos de lona cerca de las obras, tras un día de cortar maleza a machetazos, cavar, tamizar y empujar carretillas. Sus hijos, desatendidos, deambulaban solos por el pueblo vestidos de espantapájaros, llenos de remiendos, jirones y rotos, con el pelo pringoso de mugre y representaban la desolación de la destrucción absoluta de la zona.

En la pequeña estafeta de correos a mí siempre me preguntaba algún jornalero si podía escribir un breve mensaje en una postal o en una orden de giro para enviar dinero a sus padres.

«¿Cómo estás de salud? ¿Te llegó la última transferencia que te mandé? Aquí hace mucho frío. Intentaré ir a casa por Diwali», eran frases que tuve que escribir en hindi, con una caligrafía que se iba deteriorando cada vez más, intentando no pensar en las cartas que yo intercambiaba con mi madre. Y sentía un alivio infinito aquellos días en que podía delegar en Devdutt para que me recogiera el correo.

Pero no quiero ponerme sentimental. Sin duda te acordarás, si estabas entonces en la India, de aquellas caretas de Modi que salieron, a principios de 2014, de las líneas de producción de Shenzhen con destino a las aldeas y los pueblos más pequeños del país. Yo las vi a la venta, una mañana, en una tienda de *kirana* que había en las montañas, camino de Salem, y que había sobrevivido al afán depredador de los agentes inmobiliarios de la zona.

Las caretas estaban junto a los sacos abiertos de arroz, frijoles rojos, *nuggets* de soja y harina llena de gorgojos. Cogí una: los labios carnosos del hombre, hinchados por el caucho y pintados de un rojo brillante, tenían restos de mugre asentada en los pliegues de la barba blanca.

El tendero, que estaba sentado con las piernas cruzadas entre sus mercancías, no levantó la vista del teléfono móvil cuando volví a colocar aquella cosa donde estaba. En más de una década había recorrido el trayecto que va desde la juventud a la ancianidad prematura, y yo solo había comprado una vez en su tienda: fue un paquete de *noodles* Maggi en tiempos en los que no me preocupaba el contenido de glutamato monosódico que tuviera mi dieta.

Aquella tarde, ya en casa, salí al balcón a espantar a los monos y vi otro Modi. En esa ocasión la cara se cernía sobre la leve envergadura de un hombre muy bajito, ataviado con vaqueros y zapatillas de deporte. Iba caminando por el camino lleno de curvas que llegaba hasta la casa, debió fijarse en los monos que saltaban de mi tejado y se dio cuenta de mi presencia.

Se fue acercando y se quitó la careta.

Yo esperaba ver una cara adulta, curtida, sin el menor reparo en proclamar su fe en un asesino irredento, como esos mandamases de las empresas de Mumbai, economistas con acento americano de Columbia y Princeton, o presentadores de televisión de Delhi educados en Oxbridge. Pero era un niño: un niño de una tribu, de unos diez años, con la cara delgada, los brazos esqueléticos, las piernas llenas de cicatrices de eczema, el vientre duro y abultado y un pelo que la malnutrición había vuelto casi rubio, que sonreía débilmente.

10

El año pasado, cuando Aseem llamó por teléfono, me preparé para otra conversación que combinara el cotilleo salaz respecto a Virendra con reflexiones y comentarios objetivos. Me había llamado recientemente para contarme que había terminado de escribir una novela protagonizada por una versión de Virendra sobre nuestros primeros días en el IIT. Me dejó de piedra cuando dijo:

—Por fin voy a ir a verte a tu santuario del Himalaya. Este fin de semana.

Por fin. Más de una década después de mudarme a Ranipur, la vida que había dejado atrás, en la llanura, venía en mi busca. Qué poco sabía yo lo que me esperaba cuando hablé con Aseem.

—Esa tía, esa Alia… Quiere entrevistarme. Quiere que le cuente cosas de nuestra época en el IIT. La conocí en el JLF y le pedí que el año que viene moderase un panel en Great Minds United. Me dijo que Harper Collins India le había encargado escribir un libro. Yo le respondí que debería hablar contigo. Me dijo que tiene una casa cerca de donde tú vives… Una propiedad que ha heredado de su familia y que ha estado reformando.

Aseem no me dio más detalles. La línea de teléfono fijo hacía interferencias, como de costumbre; me resultaba complicado entender lo que decía… Algo así como que eras la exnovia de Soumak… Pero sabía de qué villa me hablaba.

No era difícil. Esa villa estaba en la parte más alta de la cadena de montañas, proclamando su supremacía. Yo a veces cruzaba por sus terrenos para acortar el camino cuando regresaba de mi paseo hasta Salem, pasaba por una enorme puerta de piedra blanca, junto un poste de telégrafo sin conectar a ningún lado y junto a dos hileras de abetos plantados tan cerca unos de otros que parecían dos murallas.

Empecé a pasear por allí durante la enfermedad de mi madre, cuando las tardes ociosas, combinadas con los recuerdos de su dolencia que había repartidos por toda la casa, acabaron por lanzarme a la calle. Al final de la avenida de abetos había una villa blanca con un pórtico, los pilares medio derruidos, el tejadillo rojizo lleno de óxido y los huecos negros de las ventanas mirando, indiferentes, a un

jardín descuidado.

Desde el momento en que me trasladé había asociado Ranipur con esas imágenes tan reconfortantes de ruina y decadencia que nos recuerdan los logros efímeros y dudosos y la influencia transitoria.

El pueblo fue en tiempos un lugar de veraneo para los gobernantes del país, y los más importantes construyeron sus propias villas en una cadena de montañas escarpadas que dominaba un valle con forma de taza. Recordaban, de un modo imperfecto, a los hogares que habían dejado tanto tiempo atrás en Inglaterra y Escocia, y crearon jardines de rosas y madreselvas y dalias o colgaron macetas de fucsias y geranios en sus porches. Bebían té y comían sándwiches de berro en las praderas, montaban a caballo por los bosques de cedros, robles o abetos blancos, de píceas y abedules, asistidos por leales siervos indios que no tenían permitido transitar los caminos que frecuentaban sus amos y se alojaban en un asentamiento en la zona más baja del macizo.

Estas mansiones, que el gobierno británico al marcharse en 1947 vendió a la realeza y a los empresarios indios —que las descuidaron por completo—, llevaban tiempo sumergidas en el reposo quieto que exhiben esos lugares que se han sustraído a la influencia de unos seres que nunca descansan. Todas las temporadas, después de los monzones, estas fincas se llenaban de lirios del valle y peonías, los antiguos manzanos y cerezos no florecían y la herrumbre del encaje metálico de los invernaderos destruidos, o de los buzones que colgaban torcidos de los portones, adquirían una pátina de marrón aún más oscuro.

Yo prefería esas villas en su estado de lenta decadencia, las hojas muertas amasadas en las fuentes rotas, las lechuzas volando por los pórticos donde las glicinias estrangulaban en silencio a las columnas. Cumplían su promesa de paz eterna con tal naturalidad que me sentí un poco abatido cuando una tarde, caminando por la finca abandonada, me encontré con una mujer alta parada al final del muro de abetos. Con la incongruencia que imponía el frío, llevaba puesta una falda por la rodilla (aunque es cierto que, a pesar de la lejanía, me pareció que llevabas una falda gruesa de tweed con pantis).

Parecías inmersa en la supervisión de una cuadrilla de obra y sobresalías, con tu altura, por encima de aquellos indígenas diminutos, hombres y mujeres de Bihar y Jharkhand que corrían de un lado a otro transportando ladrillos sobre la cabeza o cubos de agua en equilibrio, como en una balanza, en las manos.

Yo saludé con la mano, algo incómodo, y me volví de inmediato.

Pasé varios meses sin volver a acercarme a la casa, mientras se

obraba la transformación y el único signo visible eran los paneles solares de gran potencia que brillaban al sol. No volví por allí hasta que Aseem me invitó.

Qué extraño me resultaba encontrarme allí, después de los acostumbrados paseos entre los abetos y con la imagen, totalmente desconocida, de la villa reconstruida, mirando con frialdad a un Montero con salpicaduras de barro y la D de Delhi en la matrícula; en un salón enorme, cuya enormidad acentuaban los techos altos, la eliminación de un desván y varias paredes y pilares, la ausencia relativa de mobiliario y las paredes desnudas, pintadas de blanco. Y más allá de los grandes ventanales, la vista del valle en forma de taza de té y el macizo montañoso detrás.

La luz entraba por las paredes acristaladas y por un lucernario. Dentro hacía un calor poco habitual.

La fantasía de un hogar para los ingleses de la era colonial, ese reino excesivo de sofás de chintz, mantas acolchadas, alfombras gruesas y cabezas disecadas de leopardos y *nilgai*, se había simplificado hasta convertirse en un «estudio» espartano, con superficies relucientes, kilims turcos y lámparas llenas de ángulos.

Solo en la chimenea, y en una repisa que había sobre ella, quedaba algo del antiguo interior congestionado y oscuro. Y los volúmenes de Trollope, Thackeray y Dickens, encuadernados en piel y colocados en librerías de madera de nogal con adornos tallados en la parte superior y puertas de vidrio, habían sido desterrados y sustituidos por ejemplares multicolor, encuadernados en rústica, de *Everything Is Illuminated, Norwegian Wood* y *The Tipping Point*, que se alzaban impetuosos sobre las paredes claras, expuestos en estanterías abiertas.

Entonces yo no sabía que ese empeño en liberarse de todo abigarramiento, la organización extrema del espacio y la luz, más que de los objetos, la artística desnudez que encontraría luego en Shoreditch y Hackney y en el suplemento semanal del *Financial Times*, que por alguna razón comprabas en Londres todos los domingos, eran las manifestaciones más nítidas del buen gusto y la riqueza en el siglo XXI.

Sentí que me encogía, como si quisiera esconderme, cuando me di cuenta de que llevaba puesta una *kurta* de la tienda Khadi Ashram, en Shimla, esa prenda autóctona que empezó a considerarse andrajosa con el advenimiento de la Fab India. Y también, aunque ni Aseem ni tú la habíais visto todavía, de mi propia casa desvencijada, más sólida que la mayoría de las viviendas del pueblo, construcciones torcidas de madera podrida y barro o ladrillo visto donde antaño vivieran los criados del Raj, pero aún desprovistas de todo diseño o planificación y repletas de signos de un quehacer apresurado: paredes de barro que se abolsaban y se torcían, ventanas que no cerraban bien y había que

poner unos trapos en los marcos para que no entrara el agua de las lluvias torrenciales o un techado de hierro ondulado que tenía goteras durante el monzón, cuando el agua empezaba a gotear por todas las fisuras de los techos de escayola, y había que poner a trabajar a unos cuantos cacharros de cocina metálicos y cubos de plástico para recogerla.

Aseem, sin embargo, enseguida se sintió como en casa en aquel entorno tan moderno. Le acababas de entrevistar, y mientras yo pensaba en qué hacer con las manos cuando me senté en una silla baja, mucho más baja que cualquiera que hubiera visto en mi vida, y me las ponía en los muslos, en las rodillas y luego en los brazos de la silla, él parecía muy cómodo en el abismo de aquel sillón de cuero marrón, con las manos entrelazadas sobre el pecho.

Tenía las piernas completamente separadas, de una manera que a mí me incomodaba mucho; llevaba los vaqueros muy ceñidos en la entrepierna, y dos botones de la camisa desabrochados. Estaba masticando algo… almendras, al parecer, que cogía de un cuenco que había en el suelo, a su lado, al que llegaba una lanza de luz del sol repleta de motas de polvo. A pesar de aquella postura de holgazán Aseem parecía un hombre alto, atlético y alerta, que se fijaba sobre todo en ti, sentada en un sofá también bajo con las piernas cruzadas como un yogui y un MacBook Air colocado en tu regazo.

—Oye, jefe —había dicho Aseem ese mismo día, cuando hablamos por teléfono antes de vernos—. Tendrías que prestar atención a esta nueva vecina tuya. Es un tipo de india… que no existía cuando éramos pequeños. Viene de una familia musulmana conservadora, pero es progresista: se encuentra como en casa en cualquier parte del mundo, porque no pertenece a ningún lugar. Una especie de zíngara moderna. Y además —añadió—, está impresionante. Es rica, pero no tiene la cabeza hueca. Y muy comprometida en lo político, no como esas niñas ricas imbéciles que conocíamos en las fiestas de Delhi que lo único que querían era quemar la calderilla que sus papis habían amasado vete a saber cómo yéndose de vacaciones a Mikonos, y que afirman que Modi es el mejor gestor y el nacionalista más comprometido que ha habido desde Hitler.

Me había enviado tu propuesta por correo electrónico, y ahora compartía conmigo los frutos de su propia investigación sobre ti: tus tuits sobre derechos LGTB en Indonesia, la represión india en Cachemira, los retuits de las campañas de #MeToo en Estados Unidos, los posts de Instagram sobre las medidas severas que se habían impuesto a los uigures… Una mezcla de los intereses locales y las tendencias globales.

—Ahí tenemos un gusano en la manzana —dijo Aseem—. Me

imagino que es lo que pasa cuando uno tiene estabilidad financiera y no necesita trabajar. De todos modos, es todo muy conmovedor… Está buscando reconocimiento, como tanta gente joven de hoy en día. Pero ¿por qué hay que darle un trato especial? —añadió—. Lo cierto es que incluso aquellos de nosotros que hoy tienen entre cuarenta y cincuenta y tantos años están en las mismas. En definitiva… las redes sociales obligan a todo el mundo a ser sujeto agente, y en el mercado neoliberal cada persona es un embaucador. Tendremos que aprender a combinar una autopromoción agresiva con el activismo sincero… Todos menos tú, claro.

Creo que Aseem me hablaba así porque, a diferencia de otros amigos y conocidos suyos, o de ti misma, yo no estaba en peligro de adelantarle en su camino hacia la gloria: no era más que un competidor molesto al que le convenía comer la moral de vez en cuando. Es más, estaba desconcertado y furioso por mi fracaso.

Cuando salimos del IIT los dos habíamos vuelto la espalda a la carrera de hacer dinero fácil, que era la que se abría ante nosotros. Pero a sus ojos yo tenía que haber hecho más de lo que hice: tendría que haber tomado las riendas, darme cuenta de mi «verdadero potencial». Me había conformado con ser un simple traductor, encerrado en una intimidad estéril con un puñado de escritores oscuros y de editoriales universitarias sin influencia.

Nunca se cansó de repetir que yo no había aprovechado mis posibilidades eróticas. Desde su hotel, mientras hablando por teléfono, improvisó un anuncio de contactos para mí: «Arun Dwivedi, un solitario con aspecto de galán de los setenta que vive en el Himalaya, busca compañía. Edad, casta y clase no son problema. No se requieren habilidades para hablar de literatura hindi o naturaleza: solo disposición al juego erótico».

Me eché a reír. Podía resultar muy gracioso, y yo me sentí agradecido por el interés que mostraba en mí y en mi vida —era el único—, aunque a mí no siempre me gustó cómo deslizaba los dedos buscando una especie de compartimento secreto que pudiera revelar un vigor sexual tan indómito como el suyo.

Llegó a la conclusión de que había algo que me ataba, y me sentí aliviado cuando vi que era demasiado cortés como para insistir más. No podría explicarle los complejos que impiden una relación verdadera, un auténtico intercambio de ternura.

Mi renuncia significaba que él nunca me insuflaría la envidia con la que te investigaba a ti y seguía las vidas y carreras de sus contemporáneos de más éxito.

Aseem, que seguía medio tumbado, pelando las almendras con las uñas, nos presentó:

—Alia, quiero que conozcas a uno de mis mejores amigos y ahora vecino tuyo.

Tú te pusiste de pie para estrecharme la mano y yo vi que las fotos tuyas que aparecían en Internet no habían sido justas con tu altura real. Llevabas una camiseta negra y un pantalón de chándal, eras una pulgada más alta que yo, y tenías la espalda muy recta.

Mi primera impresión fue de indiferencia. Tu mano me parecía pequeña y fría, y tus ojos, claros y tranquilos, llevaron a cabo un rápido análisis, como si quisieras descubrir si había algo allí que te interesara personalmente. Luego te diste la vuelta: miraste a Aseem con más expresividad, durante más tiempo. Y ahora me pregunto si él sabía esto, mientras yo rememoro sus palabras y gestos durante aquel primer encuentro crucial.

Aseem decía:

—Creo que yo también tendría que venirme a vivir aquí y ser vecino vuestro. Lo siento, jefe. Tendría que haber venido antes a verte, pero me parecía un camino muy largo solo para ver unas montañas y oler unas manzanas. Lo que realmente admiro es la forma en que Alia y tú habéis decidido vivir vuestras vidas. Esa es mi fantasía: vivir apartado de todo en el Himalaya y pasar los días leyendo y escribiendo.

¿Eso era lo que habías hecho? Me impresionó conocer ese dato. Aseem dijo entonces:

—*Jii dhoondta hai phir wahi phursat ke raatdin*.

Y cuando tú pusiste cara de alucinada, añadió:

—Mi corazón vuelve otra vez a perseguir aquellos días y noches de asueto. Es el himno de nuestra frenética generación.

Antes de volver a sentarte alisaste la cubierta del sofá de satén en un tono azul profundo, y te recogiste el pelo en lo alto de la cabeza. Aquel gesto espontáneo dejó la línea de tu nuca llena de pelillos y rizos suaves.

Me senté en diagonal al ventanal, para disfrutar de la vista. No dejaba de mirarla. Soplaba una ligera brisa, y los ciruelos del jardín se movían proyectando sombras en el interior de la casa: un estampado de hojas entrelazadas temblaba sobre las paredes blancas.

Atravesó el ambiente insonorizado de la casa un sonido que venía del interior, entre un cascabeleo y un galope. Yo debí poner cara de extrañeza porque dijiste, suavemente, con una sonrisa:

—Es el hervidor eléctrico.

Te pregunté por tu libro.

—¿Cuándo empezaste a escribirlo? —dije, sintiendo mientras

pronunciaba esas palabras la incomodidad del idioma inglés. Casi nunca hablaba inglés en Ranipur, y podían pasar meses hasta que tuviera ocasión de hacerlo.

Tú respondiste que llevabas más de un año investigando para tu libro, que habías entrevistado a Siva y Virendra y a muchos de sus socios estadounidenses.

Hubo una pausa; luego añadiste:

—Pero aún no tengo editorial, ni en Estados Unidos ni en el Reino Unido.

No supe qué decir. Aseem rompió el silencio —sin mucho tacto, pensé yo— para hablar sobre el modo en que se estaba contrayendo el mercado indio de ficción y no ficción de calidad.

Pasaron unos pájaros volando por delante del ventanal, proyectando su sombra en las paredes, y luego desaparecieron. Cuando me acerqué para tratar de verlos otra vez solo vi las hojas que flotaban suavemente en el aire y se posaban en la hierba, bajo los árboles.

Y en ese momento apareció un joven al que yo conocía desde que era niño, la cara rosada por el sol; llevaba una bandeja con tazas y un azucarero. Sabía que estaba sin trabajo, como muchos chicos del pueblo, disfrutando de la inactividad con sus chaquetas de cuero fabricadas en China y compradas en el mercado tibetano de Shimla. No era raro encontrarle con sus amigos, inclinados todos ellos sobre un tablero de ajedrez, junto a la carretera que bordeaba el pueblo y que daba a un desfiladero muy pintoresco donde los turistas solían parar a sacar fotografías.

Mohit se dio cuenta de mi presencia, y se quedó algo cortado. Con la bandeja delante del estómago se desvió hacia un lado y entró en la cocina, como si quisiera protegerse de mis posibles reproches.

El té se quedó allí un rato, exhalando vapores con aroma a cardamomo. Aseem empezó a quejarse.

—Este país se está yendo a pique —comenzó a decir—. Hemos perdido nuestro idealismo, los ideales por los que lucharon nuestros padres fundadores, Gandhi y Nehru. Cientos de millones de jóvenes están buscando un trabajo decente, y sin embargo ahí tenemos a un primer ministro que es un inútil sin remedio y que se cambia de ropa tres o cuatro veces al día, pero intenta hacerse pasar por el hijo de un humilde *chai-wallah*. Y estos plumillas *chikna*, estos liberales de pacotilla que beben jerez y se las dan de liderar la oposición a Modi… Lo único que están consiguiendo con su inglés de acento británico es ayudarle a ganar popularidad.

Percibí aquella como una de las manifestaciones más sinceras y sentidas de Aseem. Las profería entre dientes, pero siempre parecían

apresarse a convertirse en advertencias y exhortaciones. La voz se le quebraba y subía de volumen enseguida, hasta que parecía rayar la histeria.

—Siempre se lo digo a mis sobrinos y sobrinas. «Cariño, lárgate de aquí. Vete a América y quédate allí.» Aquí no tienen futuro, así que… ¡que se queden allí y no vuelvan! La América de Trump tiene sus problemas, claro, pero nada comparado con la India. Sigue siendo una sociedad funcional, mientras aquí en la India ya estamos en el disparadero: la democracia liberal se ha terminado. Han ganado esos locos de los populistas.

Los ojos oscurísimos de Aseem le brillaban al hablar. Con la mano trazaba los puentes y arcos de su argumentación. Sus zapatillas empezaron a menearse aún más deprisa. Al final del estallido se quedó acariciándose la mata de pelo y riéndose, tanto que sacudía con fuerza los hombros y pataleaba contra el suelo.

—Se lo digo todos los días. Todos los días, jefe. «Marchaos y no volváis. ¡Quedaos allí!»

¿Todos los días? Aseem siempre me desafiaba a que me creyera sus exageraciones. Y yo casi lo conseguí.

Me di cuenta de que en el suelo, junto a tu sillón, había un cenicero pequeño lleno de colillas de cigarrillos manchadas de rojo. ¿Los habías fumado tú? ¿Qué ocasión especial había tenido lugar allí, en medio de la nada, aparte de la llegada de Aseem, que te había llevado a pintarte los labios? Aquel cenicero me resultaba extrañamente irritante.

Pero tú ya habías cambiado de tema. Habías empezado a hablar de un corresponsal del *Financial Times* con base en Delhi al que conociste hacía poco en una de las fiestas que dio Aseem en la ciudad. Tú pensaste que era «agradable». Aseem era de otro parecer.

—Mira, Alia —dijo—. Conozco a Gordon desde la primera vez que vino a trabajar de plumilla de un tabloide británico, en los años noventa. En aquellos tiempos para los occidentales la India no era más que mendigos y maharajás, así que el tipo este compró los clichés. Ahora ha sacado un libro sobre la modernización de la India, que se está alejando de Occidente y todo eso. Oriente es una carrera, ya lo decía Robert Clive, de la Compañía de las Indias Orientales. Pero a fin de cuentas, jefe, nosotros somos los culpables. Estos blancos se han empezado a poner *juttis* y *churidars* de la Fab India y dan fiestecitas de temática Bollywood y los *sahibs* morenitos caen de rodillas. Compara a esos indios inseguros y lameculos con los chinos, que siempre han mantenido a los blancos a distancia…

Dejaste hablar a Aseem. Tú sonreías. Yo no era capaz de decir si le

respetabas o le temías. Tal vez te habías dado cuenta ya de que Aseem se dejaba llevar por su audiencia y despotricaba hasta encontrar un defecto en algo o en alguien. Tenía un gran talento para obtener nuestra indulgencia.

—Verás: Gordon es un tipo agradable, sí, pero yo no puedo tomarme en serio aquí, en la India, a estos niñatos de escuela de postín a los que se ha dado tanto bombo y que trabajan en el *FT* o *The Economist*. Yo dirijo una revista, y en ella sabemos bien lo asombroso que es este país, lo difícil que es mantenerlo bajo control. Pero siempre puedes salir por la tangente diciendo a los blancos lo que te dé la gana de la India, porque se lo tragarán.

Fui al baño: tú me indicaste el camino por un pasillo blanco. En aquella habitación, espaciosa y de un orden sereno, con filas impecables de frascos y gruesas toallas limpias, me senté en el inodoro porque no quise arriesgarme a apuntar mal y salpicar la moqueta blanca del suelo. Salió una cadena de pequeños pedos que me hizo preocuparme por si se habían oído en el salón.

Fue un alivio volver y que Aseem se girara hacia mí de inmediato para burlarse de un joven novelista de Delhi que escribía en inglés.

—¡Estos liberales de mejillas lisas, estos *chiknas*! Quieren convertir su sobredosis de educación pija en arte inmortal.

¿Se estaba repitiendo Aseem porque tú le estabas escuchando?

Un mensaje de correo electrónico anunció su llegada con un «ping», y yo me pregunté si tendrías wifi; no veía ningún cacharro de plástico con luces intermitentes ni un montón de cables que mancillara las superficies lisas de la habitación. Aquella misma mañana yo te había estado buscando en Google con muchas dificultades: tuve que desconectar el cable de mi baquelita con dial de disco y conectarlo a un viejo portátil con marcación por módem, y lo único que conseguí fue constatar que el número de Chandigarh estaba ocupado, como siempre. No era la primera vez que ansiaba que instalaran banda ancha en el pueblo.

Aseem te dijo entonces:

—Tienes que hablar más de Virendra con Arun. En el IIT le trató bastante, y compartimos unas cuantas experiencias inolvidables.

Tú levantaste la vista para mirarme, y sonreíste levemente. Me pareció que no era más que un gesto de cortesía hacia un invitado. ¿Me equivocaba? Pero fuiste enseguida a coger una carpeta de cartón de color rosa que había en el suelo, junto al cenicero.

—Me gustaría muchísimo —dijiste al volver a sentarte—. Quizá podamos quedar pronto.

—Sí, desde luego, me encantaría —dije yo, de nuevo sorprendido

por el torrente de palabras en inglés que salía por mi boca, preocupado por si eran o no adecuadas.

Aseem y tú habíais vuelto a hablar de tu libro.

Él tenía algunas reflexiones nuevas que ofrecer al respecto.

—La gente de mi generación —dijo— creció creyendo lo que escribió mi héroe Naipaul: que si tú te permites el lujo de no convertirte en nada, no tendrás lugar en este mundo. Tanto si eres negro o mestizo, no tiene sentido quejarse de racismo ni hacerse la víctima mientras esperas que se produzca una conversión moral como la de Damasco entre los blancos que mueven los hilos desde arriba. Tienes que llegar a lo más alto por ti mismo, y luego transformar el mundo en un lugar seguro para los tuyos y para las generaciones venideras. Eso es lo que han hecho en Estados Unidos los *wasp* y los judíos antes de que llegaran los hindúes, en las principales empresas de Boston y Nueva York. Eso es lo que está haciendo la gente que ha votado a Trump. Eso es lo que Virendra y otros están tratando de hacer fuera de su país, pero me parece que han ido demasiado lejos.

Hubo una pausa, y luego añadió:

—Pero lo que tienes que tener en mente respecto a Virendra es que era un *dalit*, y deseaba por encima de todo sacarse de las venas la sangre de intocable que corría por ellas. Pobre Barack Obama, que llegó a la facultad de Derecho de Harvard unos años antes que Virendra y nunca se libró de la sangre de sus antepasados esclavos… No le sorprende a uno que le intimidaran matones como Larry Summers, que estaba en deuda con los ricos de Wall Street, y se acabara convirtiendo en un protector poco útil para su propia gente.

—Fascinante —dijiste tú levantando la cabeza de la pantalla—. Es verdaderamente fascinante.

Mientras tú hablabas con Aseem yo no podía dejar de mirar por aquella pared acristalada. Era la misma vista que contemplaba desde mi balcón, pero desde un punto de vista algo más elevado: un valle profundo de laderas boscosas rodeado de un inmenso macizo de montañas con las cumbres nevadas.

Se veía algo desvaído a la luz neblinosa del atardecer, y yo sabía que el sol no tardaría en ponerse, rojo, sobre la nieve de los picos. Y que justo después las montañas se convertirían en un trazo amatista, el humo de las cocinas velaría la falda de las colinas con transparencias de color gris azulado y comenzarían a encenderse las luces de los hogares humildes, desperdigadas por todo el valle.

Era la vista cotidiana que contemplaba desde mi balcón abierto, pero el marco de la ventana con doble cristal, perfectamente simétrico, la dotaba de una frialdad distante, con la calculada

geometría de aquella habitación impoluta proyectándose hacia fuera, hasta las profundidades de la naturaleza salvaje.

Aseem y tú seguíais hablando, apenas conscientes de mi presencia, y yo comencé a recordar que había sido a principios de la primavera cuando vine a Ranipur a vivir con mi madre. El aire aún era frío, la hierba mostraba por las mañanas la tiesura de la escarcha y el suelo de la casa vacía estaba cuajado de abejas muertas cuyos cadáveres secos crujían al pisarlos.

Las luces todavía no estaban encendidas, y en la pared desnuda danzaban las sombras de las velas, que llegaban hasta las telarañas de los techos de madera. Los animales que había en el establo llenaban los dormitorios con el olor, el calor y la humedad de sus cuerpos y su suciedad; la cocina diminuta, construida de hormigón en lugar de madera, con una ventana que no cerraba bien, se mantenía terriblemente fría. Una mañana, cuando entré, encontré que había estallado una jarra porque se había helado el agua que tenía, formando un enorme círculo de hielo en la encimera.

Aquel día había tormenta: los árboles, con el viento cada vez más fuerte, parecían volverse más altos y oscuros; blancas culebrillas de luz se elevaban sobre el valle seguidas del estallido de los truenos enfurecidos. Las bombillas, asustadas, que colgaban del techo comenzaban a parpadear y a emitir zumbidos.

Hubo una pausa prolongada, rota por el sonido de un trueno que parecía iniciarse muy lejos de allí, y que recorrió muchos valles y montañas antes de pasar por el pueblo dejando los oídos anestesiados y los corazones latiendo más fuerte.

Durante varios fogonazos y crujidos lejanos la lluvia golpeteó varias veces el tejado, como si estuviera pidiendo permiso educadamente para empezar a caer; después estalló su ira.

En medio de un tamborileo vengativo e intenso el agua empezó a correr por las ondulaciones del tejado y a filtrarse por sus agujeros. Caía directamente en las ollas y cazos que había en el suelo. Las bombillas, que habían sobrevivido a lo peor, expiraron de pronto, dejando en la oscuridad fantasmas hirsutos de filamento amarillo.

—*Kya toofan bhagwan ne bheja hai* —dijo mi madre—. Menuda tormenta nos ha enviado Dios.

Mientras, ponía velas en todas las habitaciones, con la cara más delgada que de costumbre y una expresión de profunda angustia tras la flama vacilante que protegía con sus manos. En los últimos años, desde que me fui de casa para entrar en el IIT, no me había visto mucho, pero antes de eso habíamos dormido en el suelo de la misma habitación minúscula, yo había despertado junto a ella, aunque a una enorme distancia: había visto su rostro, los ojos cerrados, pequeños y en calma, como si estuviera caminando hacia algún lugar sin sentir

dolor.

La amplitud del espacio que rodeaba nuestra casa de Ranipur nos provocaba punzadas de soledad. Nos habíamos comunicado poco durante mi infancia en Deoli, y menos aún cuando me marché a Delhi. A partir de entonces nos fuimos acercando el uno al otro, en un sitio nuevo, ambos preocupados y con cierta timidez por la vida que nos esperaba, juntos. Mucho después de que ella saliera de mi cuarto y cesara la lluvia me quedé mirando cómo trazaban las gotas de agua su ruta descendente por los cristales de la ventana, serpenteando para evitar otras gotas, antes de lanzarse sobre ellas con un movimiento rápido y desaparecer juntas de mi vista.

Una tarde de viento se oyó un repiqueteo de disparos, y una lluvia de balas cayó sobre el tejado de hojalata y rebotó en el balcón de madera. Al cabo de un par de minutos el pedrisco había empezado a apilarse y a cubrir el suelo del balcón con una capa blanca y brillante.

Y tiempo después, una noche en que yo dormía con un jersey y un gorro de lana, tapado con dos edredones, la lluvia fina y abundante se convirtió en nieve: una tormenta en miniatura que se abalanzó sobre el tejado y lo golpeteó antes de caer plácidamente, con un zumbido soporífero.

Envuelto en los dos edredones la noche me parecía un gozo eterno. Me desperté cuando sentí el aliento cálido de las vacas rumiando debajo de mi dormitorio, y abrí las cortinas para ver el valle todo blanco, vaporoso por la neblina, con los manzanos desnudos brillando bajo el sol esperanzador de la primavera, con las vacas mugiendo y los perros ladrando a lo lejos.

No era la primera vez que veía nevar. Un invierno en Musoorie ya había presenciado el milagro que todos los años por Navidad y Año Nuevo atraía a las montañas a hordas de moradores de los llanos, anonadados. Me quedé mirando fascinado al valle silente, preguntándome si tenía derecho a disfrutar de tanta paz y belleza.

Convencí a mi madre de que se liberara de sus múltiples capas de edredones y viniera conmigo al balcón, donde por primera vez vimos cómo salía el aliento de nuestras bocas. Habíamos ido hasta Shimla poco después de llegar, para equiparnos con abrigos gruesos, mitones, bufandas y calcetines de lana. Ella seguía negándose a llevar zapatos: nunca se los había puesto, y decía que no le iban a caber los pies en ellos. Así que se puso los calcetines gruesos con sandalias.

Ninguna de las prendas nuevas le quedaba bien, así que permanecimos de pie con los ojos entornados ante la blancura cegadora como si fuéramos dos fornidos osos con abrigos de lana gruesa muy tiesos que nos obligaban a separar los brazos del cuerpo. La cabeza casi no se nos veía, oculta bajo la envoltura de las bufandas de lana. Entonces se le empezó a dibujar en las comisuras de la boca

una sonrisa cómplice de gozo que hizo que se le arrugara un poco la carne de las mejillas y le iluminó los ojos.

La nieve no tardó en deshacerse en cuanto volvió a salir el sol, y empezó a caerse del tejado y de los pinos y los cerezos haciendo un ruido sorprendentemente fuerte. El agua caía desde debajo de su sudario blanco, y al cabo de un par de horas corrían los regatos valle abajo, formando una neblina cuando encontraban algún obstáculo. El gorgoteo estereofónico del agua al caer reinaba sobre todos los demás sonidos al llegar la noche, cuando la hoz blanca que formaba la luna se quedó suspendida del cielo gris como el broche final de un día mágico.

Ya había oscurecido cuando salí de tu villa; las luces brillaban inmóviles en la neblina azul grisácea del valle, y la hilera de abetos adquirió un aspecto terrible de repente, con su altura negra azulada; los bosquecillos que teníamos delante se replegaron y se sumieron en su misteriosa vida nocturna.

La luna fugaz que se colaba entre las nubes dibujó de pronto las líneas del sendero de gravilla que llegaba hasta el portón de hierro.

Algo me impedía mirar atrás. ¿Fue la renuencia de Aseem a abandonar su asiento cuando me marché? Cuando se levantó lo hizo despacio y de mala gana y yo sentí, por primera vez, una punzada de irritación ante ese afán suyo de dominar la conversación y llevarla a su terreno.

Pero miré, de todos modos. Y luego no podía apartar la vista del pálido lustre que tocaba la fachada de la villa, y las ventanas oscuras e inexpresivas que me devolvían la mirada.

Ahora pienso en todo aquello que en mi primera visita a tu villa me pareció tan extraño: los sonidos electrónicos, que recordaban el tráfago de la vida en la gran ciudad, los pájaros misteriosos y los cigarrillos manchados de pintalabios, la ligereza y amplitud de la habitación; y lo cómodo que se encontraba Aseem allí, incluso esa especie de corriente que se establecía entre vosotros, y que yo aún ignoraba que un día se encabritaría y pondría nuestras vidas patas arriba.

TERCERA PARTE

11

—Ese Soumak iba por buen camino —recuerdo que dijo Aseem después de aquel primer encuentro contigo en Ranipur.

Era ese novio tuyo que había mencionado en nuestra conversación telefónica: un bengalí educado en Oxford que había ganado un premio con su tesis doctoral sobre Locke y que no hacía mucho se había transmutado en otro nacionalista hindú histérico en su programa de televisión.

Estábamos tomando un café rápido antes de que Aseem saliera rumbo a Delhi. Estábamos en el buque insignia de las propiedades de Mathur en Ranipur: el Hotel Kipling. Nos habíamos sentado en el vestíbulo panelado, rodeados por imágenes gigantescas de las guerras angloafganas y una plétora de escritores, todos ellos locales, y conocidos aún más abochornados que Mohit con sus túnicas y sus fajas.

Aseem había pasado una mala noche: dijo que no había dormido mucho, y eso que normalmente dormía como un tronco.

—Creo que el entorno natural no es mi hábitat —dijo—. La verdad es que no sabría distinguir a una abeja de un abejorro.

Él nunca lo hubiera admitido, pero como les sucedía a muchos de los que venían por primera vez, la paz, el silencio y la belleza aparentemente inútil e imposible de entender que dominaban el valle durante el día, o el cielo de la noche, le desquiciaban.

Y eso le convirtió en un severo censor de Ranipur, pero también tuyo. Yo, como siempre, le dejé despotricar.

—El problema de los países como la India, con una burguesía ambiciosa en lo social y con educación occidental, es que producen más aspirantes a escritores que lectores. Esa tía ha investigado mucho, pero no tengo tan claro que sepa escribir —declaró—. Igual no es más que uno de esos elementos sobrecualificados que hay por todas partes, una agresiva artífice del autobombo como todos los jóvenes de hoy, más interesados en la imagen que en las palabras, y en convertirse en una marca que en crear contenidos. No me canso de decirlo: ahora todo el mundo es sujeto agente. No hay nadie, ni siquiera entre los más ricos y famosos, que esté seguro de quién es; todos se están

abriendo paso a codazos, tratando de hacerse un hueco en la economía de la atención de las redes sociales. ¿Tú has entrado en su cuenta de Instagram? ¿Te diste cuenta de lo perdida que estaba cuando cité a Ghalib? Hasta esos fanáticos hindúes de nuestros amigos se lo saben de memoria. Pero seguro que ella conoce mejor a Stormzy que la poesía urdu. Eso sí —continuó—, está más buena que el pan. Menudo pelo tiene… Y es tan sexi… Seguro que será la principal atención en el festival del año que viene. Me juego algo a que es una tigresa en la cama. Esas mosquitas muertas musulmanas… Algunas son unas bárbaras. Supongo que es porque esos mulás suyos son muy puritanos. He oído que el ambiente en Pakistán es de locura: orgías por todas partes, cocaína donde quieras y a Imran Khan solo se le empina si hace un trío.

La voz de Aseem comenzó a quebrarse al elevar el tono:

—Pero ya sabes, hasta el Profeta era un tipo perfectamente normal, que se ponía cachondo como cualquiera con el *Kamasutra*, así que está muy bien que hindúes y *musus* regresen a los fundamentos de su fe. Anda, mira: justo ese es el tipo de fundamentalismo que me gusta.

Miré a mi alrededor para ver si había alguien escuchando. Me encontraba cada vez más a disgusto, pero no sería sincero si dijera, ahora, que me ofendió la manera en que Aseem hablaba de ti. Yo ya estaba acostumbrado al cotorreo del IIT, al modo en que se refería a las mujeres.

Retomó el tema:

—Lleva la política perfecta. Lo cierto es que me molesta mucho lo perfecto que es todo en su cuenta de Twitter: Cachemira, Palestina, el cambio climático, el capitalismo corporativo, el #MeToo… Lo que quieras.

Por primera vez en la vida desde que le conocía, advertí que había cierta insatisfacción en su gesto, un frunce entre los ojos normalmente serenos, y un leve temblor en las comisuras de los labios. Era como si habiéndose erigido en candidato a la fama y la gloria durante la juventud, sintiera ahora, en la edad madura, que tenía que dejar paso a las nuevas generaciones. Como si, incapaz de admitir que la magnitud de su ambición le había vencido, cada vez encontrase mayor satisfacción en hacer de menos a sus competidores.

Intenté reconducir la conversación hacia uno de nuestros temas absurdos, pero favoritos, que siempre disfrutábamos. Antes de que él empezara a hablar de ti habíamos estado debatiendo sobre Ranipur. Al pasear por el pueblo él se había fijado en que algunas mujeres molían el grano en un mortero de piedra, y me ofreció esa imagen como prueba de que el aislamiento geográfico y el subdesarrollo allanan el terreno para que se instauren la extrema pobreza y el retroceso en las costumbres.

En sus novelas los pueblos siempre eran reductos de desigualdad donde se linchaba a los *dalits* por casarse con personas que no eran de su casta, o simplemente enamorarse de ellas. A las mujeres las quemaban por no tener bastante dote y las comisarías de policía eran escenario de torturas y asesinatos de los custodiados. Decía que esa misma gente, sumida en la ignorancia, era la que había hecho con sus votos que Modi subiera al poder, aunque estaba claro que los que le apoyaban eran los empresarios más ricos del país y gran parte de su clase media.

No sé por qué decidí defender la excepcionalidad de Ranipur. Tal vez para mantener a Aseem apartado de las cuestiones que le atormentaban. Más de una vez me veía dando la razón a mi casero, Devdutt, cuando se quejaba de la dejadez de los trabajadores del pueblo y decía que no eran de fiar. Incluido el carpintero que había construido mi casa, aunque yo no iba tan lejos como él, y no lo achacaba todo a su origen *dalit*.

Pero Aseem quería seguir hablando de ti, y su voz continuaba alzándose y quebrándose.

—Tendrías que acercarte un poco a ella… ¡Si la tienes a la puerta de casa! ¿Qué sentido tiene seguir soltero, con esa pinta de doble de Dharmendra, si lo único que piensas hacer es vivir en un pueblo, traducir libros del hindi y cuidar de tu madre? ¿Cuándo te vas a dar cuenta del potencial que tienes, tío?

Yo sabía que despreciaba la literatura en hindi principalmente porque sus autores eran hombres pobres o mujeres poco fotogénicas, porque nunca se reseñaban sus obras en las revistas que a él le importaban —*Esquire, Time* y *New Yorker*— y porque eran más conocidos en las universidades, antes comunistas, de Moscú, Praga o Sofía que en Harvard y Stanford.

A mí, en el fondo, me provocaba un enorme entusiasmo que me animara así. Había algo en ti —esa ruina calculada de la villa colonial, el enorme Montero aparcado en la entrada, aquellas colillas manchadas de rojo de labios— que se me había quedado dentro.

Un signo de ese interés fue que hacia el final de nuestra conversación me habían empezado a molestar todas las descalificaciones que te dedicaba Aseem, y había empezado a sentir una exasperación hacia su afán de dominio que llevaba mucho tiempo reprimiendo.

Además, no me gustaba nada la forma en que habló de mi pobre madre: él, que había decidido zafarse de toda obligación hacia sus padres. Eso me hacía sentir justo, aunque fuera fugazmente, antes de que la sensación de virtud se desvaneciera para dejar paso a un tenue embarazo.

Pero en aquel momento Aseem no podía ni imaginarse que había aparecido en un momento especialmente sensible, y nos presentó.

Un día, al caer la tarde, regresaba yo de mi caminata y me encontré encima del felpudo las zapatillas rosas de Naazku. Era extraño, porque nunca venía de visita a esas horas. Casi a la vez saqué el teléfono del bolsillo y vi que tenía seis llamadas perdidas de Devdutt.

—*Ek ghantey se zameen par bechaari baithi thi* —dijo Naazku—: Llevaba una hora sentada en el suelo sin saber qué hacer.

Mi madre se había resbalado en la cocina. Devdutt, que había ido a casa a dejarme el correo, la vio por la ventana apoyada en la puerta de la nevera, llorando en silencio. No podía levantarse.

Unos días después volvió a caerse. Fui a Shimla a comprarle un andador, pero le daba pánico usarlo:

—*Mein gir rahi hoon, Beta, main gir rahi* —me dijo—: Estoy de capa caída, Beta. Estoy de capa caída.

Naazku lo empeoró todo con sus gritos.

—*Hey bhagwan. Kya karenge, kya karenge, hey bhagwan, bachao hamey*! —gritaba—: Ay Dios mío, qué vamos a hacer. ¿Qué hacemos? Dios mío, Dios mío, ten piedad de nosotros.

Volvió a caerse, esta vez en el baño, junto a la taza turca. Lanzó un gemido que asustó a las vacas de abajo; los mugidos se oyeron alto y claro en todo el valle.

Tras un par de visitas a domicilio del médico en el moderno Scorpio de Sood pasó enseguida a considerarse enferma crónica certificada, y todo un estante de su dormitorio quedó invadido por un ejército de pastillas y tónicos para mitigar la artritis, para controlar la presión sanguínea, para regular el tránsito intestinal y, poco después, para que su corazón siguiera latiendo.

Tuvo algunas experiencias humillantes con los enemas, que la dejaban asustada y abatida. Había vuelto a llorar por nada, después de muchos años. Se marchitaba en la cama. Veía el miedo que se agazapaba en sus ojos como cuando yo era niño, en Deoli. Parecía haber perdido la habilidad necesaria para atarse el sari y se lo ponía muy alto, enseñando la enagua, los calcetines blancos y las zapatillas.

Una mañana olvidó quitarse el camisón. A partir de entonces solo llevó camisones, día y noche. Todos tenían el cuello acanalado y eran muy amplios, con los puños abiertos para meter las manos. Daba la impresión de que iba encogiendo, dentro de ellos.

Una de las niñas que vestía un *shalwar-kameeze* cosido por mi madre se convirtió en la primera de sus ayudantes pagadas, pero sin formación. Las muchachas, con sus caras inexpresivas, apenas mostraban emociones que no fueran timidez e incomodidad. Cuando

estaba yo presente se sentaban en el borde de la silla, moviendo las piernas y agarrándose las rodillas con las manos.

Aquellas ayudantes que le echaban al coleto suplementos de vitaminas, magnesio, cinc y calcio o zumos de frutas frescas, y que cuidaban de llevarla todas las mañanas a tomar un poco el sol, convirtieron a mi madre en una planta seca.

Naakzu venía a preparar la comida: a mí me preocupaba la sumisión con la que mi madre había asumido la ruina de su tarea más importante, la que más disfrutaba.

Yo no salía de casa hasta que estaba todo en orden: mi madre había ido al baño y se quedaba sentada en la cama, apoyada en un montón de almohadas, con una manta cubriéndole las piernas hinchadas. Cuando regresaba la encontraba en la misma postura, tiesa como un cadáver.

Cuando se sentaba a la mesa no decía nada; tosía un poco, sin levantar los ojos del plato en el que iba cayendo un hilillo de saliva, aunque su cuidadora no se diese cuenta. Si de pronto empezaba a decir algo lo hacía de un modo tan inesperado y en voz tan alta que yo me sobresaltaba.

Hacía tiempo que no tenía dientes, sino dentadura. Comía más despacio y le costaba mucho esfuerzo hacerlo: dentro de la boca, rodeada de rollos de grasa que se separaban, se cerraban y se estiraban, se veían los alimentos masticados dispersos por los diminutos huesos blancos de la mandíbula.

La cara se le quedó fofa; le salieron unas pequeñas bolsas debajo de los ojos, y arrugas finas en los párpados. La piel de la nariz, de su nariz tan elegante, se volvió más fina.

Cuando la miraba se apoderaba de mí una sensación extraña, como si nunca la hubiera visto. Hasta que un día me estremecí al pensar que aquella iba a ser la expresión de su cara cuando estuviera en la pira funeraria.

12

El primer día que te vi, supervisando a la cuadrilla de albañiles, había tenido lugar el episodio más doloroso de la incapacidad galopante de mi madre. El día en que estuve con Aseem y contigo, la enésima asistente me había informado de su decisión de marcharse, de pie junto a la ropa de la cama de mi madre, liada de cualquier manera.

Tu casa se convirtió en un lugar donde las cosas eran posibles. Cogí la costumbre de pasar por allí todas las tardes, esperando verte aunque fuera de lejos, con las manos temblándome, prestas a saludar, los labios dispuestos a formular una frase de cortesía. Creo que hasta en los senderos de los bosques más oscuros conservaba yo en la cara una expresión de amable impaciencia, convencido de que te encontraría en cualquier momento. Pero siempre salía del bosque y regresaba a la luz del sol en medio de un anticlímax y con el pulso débil.

Un día en que tu Montero salpicado de barro estaba aparcado a la puerta, y no bajo el pórtico abovedado, bajé por el camino que lleva a tu casa. La gravilla crujía al pisarla y el corazón me latía cada vez más deprisa. Sentí que me observaban unos ojos invisibles y pensé que tal vez tendría que haberme afeitado aquella barba de dos días.

Llamé a la pesada puerta de madera y oí que alguien se movía por la casa: era Mohit, que apareció con la cara enrojecida como siempre y con un gorro de Himachal.

—*Madam Shimla gayi hain, aati hoongi* —dijo—: La señora ha ido a Shimla, pero no tardará en volver.

Me miró de arriba abajo con expresión de curiosidad.

—*Intezar karenge*? —añadió—: ¿Desea esperar?

Mientras esperaba mi respuesta se quitó el gorro, se acarició la frente, se pasó la mano por el pelo aplastado y se puso el gorro otra vez.

Me parecía una invitación que yo no podía rechazar.

El salón de tu casa parecía más grande que en mi recuerdo, y la vista del valle desde el ventanal con doble acristalamiento, más fría aún que antes.

Mohit se metió en la cocina. Me pregunté si me estaría espiando

por una rendija de la puerta, y pensé con preocupación si alguna vez le había menospreciado.

Sin saber qué hacer, convencido de que debía irme, me quedé de pie entre las estanterías de libros, mirando a oscuras sus lomos. Me fijé en una edición de *Delta de Venus* de Penguin Modern Classics con mucho encanto. Recordé el ejemplar indio y pirateado de Siva, con la cubierta estridente, rayada y manchada, a la que tanto uso dimos en la residencia del IIT.

No había ningún libro traducido al hindi ni a ninguna de las lenguas de la India.

De repente me invadió el desánimo y me dejé caer en el sillón que había ocupado Aseem, con actitud insolente, en mi anterior visita. Había algo duro en los pliegues: una almendra, al parecer (¿La habría tirado Aseem allí?). La cogí y la guardé en la mano, y volví a hundirme en el sillón mirando —no tenía otra cosa que hacer— el sofá de satén azul donde tú estuviste sentada con las piernas cruzadas escribiendo las opiniones de Aseem en tu portátil: ahora, taciturno, parecía mirarme el sofá a mí.

Ese mismo día, algo más tarde, con las interferencias de la línea telefónica tu voz tenía un matiz de disculpa.

—Cuánto siento no haberte visto. Tuve que ir de compras a Shimla. Las tiendecitas de aquí son una delicia, pero no venden nada útil. ¿Quieres que nos veamos luego? ¿Te gustaría que cenáramos juntos?

La promesa de aquella invitación espontánea me resultó apabullante. Aun así, como todavía me invadía el embarazo de tan larga e infructuosa espera, dije que no. Tenía que hacer algunos recados para mi madre. Quizá otro día.

Me pareció que hablaba un poco atildado, formal, como un señor mayor. En los días que transcurrieron después no dejé de reprocharme aquella negativa. La curiosidad que sentía por ti se había convertido en angustia.

Mientras viví en Delhi y luego en Ranipur no conocí a ninguna mujer musulmana, y mucho menos tan guapa y tan culta como tú. La primera vez que te vi no conseguí aquietar la voz que me susurraba en el cerebro y decía que, por tu religión, en el manual de los supremacistas hindúes y de la islamofobia en general, tendrías que tener algún defecto grave.

Yo esperaba que tu semblante tuviera una expresión de ansiedad similar a la de quien se encuentra en estado de sitio. Me sorprendía tu serenidad, tan poco habitual, y que no alardearas de ser musulmana. Meses después de conocernos yo seguía sorprendido por la noticia de

que solo hubieras estado dentro de una mezquita en dos ocasiones: una en la de Jama Masjid, en Delhi, y otra en la de Suleyman en Estambul, las dos veces como turista.

Lo que me contaba Aseem —sesgado por ese miedo suyo a que los jóvenes le pasaran por encima, claro está—, era bastante confuso.

—Ha hecho un montón de cosas, y muy diferentes —dijo—, como trabajar en una revista literaria digital de Brooklyn, para Amnistía en Sri Lanka, de modelo de una crema hidratante, un programa de libros en televisión… Todo antes de decidirse a escribir un libro. No sé por qué tengo su número… En mi revista hay muchos de estos, medio *firang*,[8] medio indios, que trabajan de becarios. Pueden ser un poco difíciles de manejar: tienen ese no sé qué de los ricos que malgastan su precioso tiempo por una buena causa.

A diferencia de Aseem, yo nunca había conocido a nadie como tú y quería saber más de ti. Cuando descubrí que ya había conexión de banda ancha en Ranipur solicité una y soborné al técnico de BSNL para que agilizara la instalación. Obligado por la distribución de la cabaña a colocar el módem y el router en la habitación de mi madre, tenía que esperar a que se durmiera o saliera de su cuarto para emprender la persecución febril de tus apariciones, saltando de un sitio web a otro.

Y así, mientras la nueva asistente masajeaba las piernas inútiles de mi madre en el balcón, o limpiaba trabajosamente el rastro de su incontinencia, fui reconstruyendo distintas fases de tu vida de estudiante, presentadora de televisión y aspirante a escritora.

Encontré fotos de tu padre, elegantemente ataviado con *sherwani* y *achkan*, «líder» de los musulmanes con un estilo reservado y cortés que hoy en día es inimaginable; fotos tuyas de pequeña, de una dulzura fuera de lo común con los rizos oscuros rozándote las mejillas; de adolescente en el funeral de tu querido tío, participando en el *salat-al-janazah* con la cara manchada por las lágrimas y mirándote las palmas de las manos, vueltas hacia arriba; fotos de tu madre, muy juvenil con sus gafas de montura gruesa y pedrería, sentada en el palco de la empresa de su nuevo marido en un partido de IPL en Mumbai, como si fuera la Begum; y fotos de tus conocidos del mundo político y literario en la universidad de Nueva York, una de tantos estudiantes extranjeros jugando a ser adultos responsables.

Resultó que tu familia había salido mucho en las revistas del corazón de Bombay, como *Society, Savvy, Verve* y *Gentleman*, que se podían encontrar en eBay. Aparecían en la portada en actitud relajada, rodeados de praderas verdes, elegantes mansiones y con perros con expresión fiera a sus pies.

Miré más de cerca aquellas fotos desvaídas en las que tu familia parecía estar viviendo en público una especie de idilio privado. Me di

cuenta de que cada vez me inspiraba más curiosidad su mundo mimado y protegido, tan diferente del mío, incluso opuesto a él, que parecía una quimera. Desde luego no era el ambiente de una mujer a la que yo pudiera conocer, ni siquiera hablar con ella.

También me intrigaba el hecho de que te hubieras forjado una personalidad propia a pesar de haber nacido entre personas que podían llegar a ser influyentes a fuerza de mover los hilos de las conexiones familiares. En la oscuridad mohosa de la vieja habitación de mi madre, justo encima de su altar de dioses y diosas en miniatura donde las caléndulas se pudrían dulcemente y junto a un batiburrillo de tarros y tubos a medio gastar, llevé el cursor hasta una imagen tuya anunciando un dentífrico, con la cara iluminada por tu pelo negro azabache y el brillo de tus dientes.

Algún admirador entregado había guardado en YouTube vídeos de tu etapa de presentadora de televisión, que abrí a pesar de que mi pobre portátil estaba ya medio ahogado. Estabas allí con esas pestañas exageradas, las cejas muy arqueadas y los labios rosados, entrevistando a Riz Ahmed, Mohsin Hamid y Nassim Nicholas Taleb, exhibiendo una mezcla de interés y buen humor.

Ahora me doy cuenta de que yo también parezco un admirador entregado: puede que no sea esa una descripción imprecisa. En las páginas de sociedad del *Delhi Times* encontré fotos de Aseem y tuyas, asistiendo al mismo acto. Tú ibas muy elegante, con un *lehenga* de Rajastán, acompañada de un potentado con un bigote feroz. Aseem, de quien el pie de foto hablaba con reverencia, va vestido como siempre: con vaqueros y camisa blanca. Se celebraba la fiesta anual del Festival Literario de Jaipur en el Amber Palace.

Facebook me obligaba a hacerme amigo tuyo si quería leer tus entradas, y Twitter, donde la foto de perfil era de tus tiempos de modelo y el texto introductorio te describía como «escritora, feminista y activista», me instaba a convertirme en uno más de tu millón y pico de seguidores, entre los que algunos te escribían mensajes como «¡Eh, tía buena! Mándame DM. Tengo una buena oferta que hacerte».

Sin embargo tu cuenta de Instagram, abierta unos años atrás, proclamaba a los cuatro vientos tus preferencias estéticas y políticas, y en ella se veían cubiertas de libros, dibujos de Audre Lorde en tinta negra, o fotos de manifestaciones políticas celebradas en todo el mundo, desde Hong Kong hasta La Paz.

La entrada que tenía más «me gusta» era una donde confesabas, junto a una foto de una niña uigur con esposas, que habías rechazado ofertas para anunciar en Instagram marcas indias de ropa. La entrada se titulaba YO NO SOY INFLUENCER, escrito en mayúsculas, y entraba en el debate de que las redes sociales, a pesar de su compromiso con el capitalismo de marca de derechas, seguían siendo

una herramienta para lograr un cambio positivo.

No parecía haber ningún novio escondido por ahí, aunque la primera recomendación de Google era «Novio de Alia Omar». Pero ¿quién era aquel hombre que no estaba etiquetado, con el cuello grueso como el tronco de un árbol y unas piernas musculosas que iba en pantalón corto y estaba escalando un acantilado? En aquellos días de contemplación extática y deseo asfixiante volví a aprender que, para seducir, una historia «verdadera» tiene que ser infiel a la realidad.

Y aprendí, en este caso por primera vez en mi vida, que la saturación de representaciones que nos ofrece Internet puede aumentar el misterio de los representados. Y yo, que me metí en esta atracción de feria de tus redes sociales cuando intentaba evadirme de un entorno donde reinaba la enfermedad, me sentí a un tiempo más inquieto y más colmado de lo que lo estuve durante años.

Cuando uno se ha perdido algo fundamental de su propia vida, lo más difícil no es identificar qué es o qué se perdió. Tal vez esa es la auténtica definición de una vida dañada: no saber qué es lo que puede repararla y pensar que diez mil polvos, mamadas caras, una suite en el Pierre, una mansión al estilo neogriego en East Hampton o la gloria literaria e intelectual pueden ser formas inagotables de satisfacción.

Mis propias ilusiones a este respecto fueron más tardías que las de Aseem y Virendra. Ellos triunfaron en tu compañía, y aseguraron que eras una víctima inocente. Si hoy escribo con detalle sobre el tiempo que pasamos juntos, del que seguramente tú tendrás otros recuerdos, es porque espero entender la naturaleza de mi sufrimiento, mi incapacidad para vivir esa vida diferente, más sana, de la que me dejaste ver un resquicio.

La siguiente vez que nos vimos fue en el Hotel Kipling. El vestíbulo parecía abandonado, como de costumbre, a los gigantescos cuadros de los indomables integrantes de la tribu patha y sus resilientes enemigos británicos. Cuando lo cruzaste, con tus botas por la rodilla, tú también transmitías vitalidad y resistencia.

Vi a una de las muchachas que asistieron a mi madre y la pregunta «¿Qué está haciendo aquí?» recibió respuesta cuando llegó a nuestra mesa con una botella de agua mineral y nos llenó los vasos, dedicándome una tímida sonrisa.

Yo me di cuenta de que estaba mirando con descaro tu mano suave y elegante, posada en la mesa. Todo era un poco raro: tenía a una mujer bellísima sentada frente a mí, en Ranipur (como si no hubiera otro sitio) y no me acordaba de cómo habíamos llegado hasta allí.

Quizá todas las imágenes tuyas que encontré en Google me provocaron una hiperestimulación. Por primera vez advertí que tu aspecto se reconfiguraba continuamente: cuando girabas la cabeza, con el pelo recogido hacia un lado, al preguntar a nuestra alterada camarera o al mirar hacia mí.

Pero yo no estaba bien informado de tus planes. No te habías mudado a Ranipur: ibas a pasar allí una temporada, el tiempo suficiente para terminar la rehabilitación de la villa. Te volvías a Londres enseguida.

Recuerdo que dijiste:

—Londres es realmente fantástico. Es el sitio ideal para un escritor. Por cierto, cuando vayas puedes quedarte en el piso de mi familia. Cuando no estoy yo se queda vacío, a disposición de los amigos. Nunca lo hemos puesto en Airbnb.

Me sorprendió que me doliera oír que te ibas enseguida a Londres; pero también me sorprendió y me conmovió que asumieras con tal rapidez que éramos amigos, y me halagó estar vinculado, aunque fuera levemente, a una vida de tan enigmática plenitud.

Tu franqueza llevó a la indiscreción, y empezamos a hablar de Aseem.

—Es un poco dado a la exageración, ¿no? —dijiste—. A ver… Ninguno de los antecesores de Obama fue esclavo.

Y yo me pregunté por qué no le corregiste cuando lo dijo, y además exclamaste: «¡Fascinante!».

También hablamos de las novelas de Aseem.

Eran «sexi», dijiste encogiéndote de hombros.

—Quiero decir que en ellas hay escenas de sexo, no como en las novelas indias que he leído, que son tan mojigatas —dijiste—. Aunque la novela que leí tenía un punto de vista muy masculino, quería que la mujer se sometiera al narrador, que quedara bajo su embrujo físico. Todo muy como de antes del #MeToo. Ya no se puede escribir así sobre las mujeres.

Yo no estaba escuchando. Había buscado en tu Instagram alguna referencia a Aseem. Retrocedí varios años mientras la calidad de las imágenes se iba deteriorando y me sentí muy aliviado al no encontrarlas. En ese momento encontré la palabra «sexi» muy perturbadora, sobre todo porque iba acompañada de ese gesto con los hombros que ya había comentado Aseem cuando yo me lancé, con actitud bastante desleal, a hacer una crítica que nunca le ofrecí.

El día de antes había llegado el cartero, caminando despacio por el manzanar, con un sobre muy abultado que contenía su novela sobre un estudiante *dalit* inspirado en Virendra y su posterior radicalización, y yo empecé a maquinar si podía evitar el previsible encuentro con

uno de sus charlatanes narradores de sexo, política y delincuencia.

Ahora puedo comparar a esos tranquilos aprendices de Beckett, Walser y Kafka, esos expertos en fracaso a los que traduje, con los narradores rimbombantes y ruidosos de Aseem. Comparé el narrador indio en inglés (más exactamente Aseem y sus redes publicitarias) con mis autores hindi experimentales, que contaban con un público lector reducido, pero fiel y respetuoso.

No estaba dispuesto a que tú y yo tuviéramos a Aseem en común, y sospeché que todo lo que había dicho de él con mi inglés vacilante sonó algo pomposo, teñido de resentimiento.

Sin embargo tú te acercabas para oír mis palabras, con la barbilla apoyada en una mano.

—Sí —dijiste apoyándote en el respaldo de la silla—, es cierto que es muy, muy listo, y en lo político está muy centrado… Pero, ya te lo he dicho. Me parece un poco de la vieja escuela, incluso cuando habla de literatura.

Hiciste un gesto de desesperación con los ojos cuando te dije que Aseem seguía llamando a las mujeres «tías».

—¿En serio? ¿Ves? Justo eso es lo que digo… ¡Es tan de los noventa!

Empezamos a hablar de Londres. Yo solo había estado una vez, con una beca de traducción que me cubría una estancia de un mes. Todos los días tenía que coger un autobús desde mi *bed & breakfast* en Kentish Town para ir a Bloomsbury, y ahí comenzó a crecer mi amor por algo que solo había conocido fugazmente: los autobuses londinenses.

Dije que prefería la tranquilidad y la amplitud que ofrecían los autobuses a los trenes subterráneos que parecían lombrices buscando alimento por el mantillo. Y era profundamente sincero. Aquella ciudad desconocida se convirtió en un lugar hermoso de repente, cuando subí la escalera de caracol que lleva al piso de arriba del autobús y pude contemplar desde allí el manto verde esmaltado de Londres, los olmos húmedos, los plátanos de sombra descascarándose, los cuervos surcando el cielo y las rosas de los jardines particulares.

Con lo prudente y reservado que me mostré en todo momento la primera vez que te vi, en tu villa, ese día debió darme un ataque de verborrea. No paraba de hablar, y eso que me preocupaba mucho aburrirte. Después me daría cuenta de que tú no eras precisamente usuaria habitual del transporte público londinense… Alguna vez el metro, pero nunca el autobús.

Siempre tenías un aire ligeramente distraído, de preocupación. Y de pronto esbozabas una media sonrisa y te apoyabas en el respaldo

de la silla.

Se oyó una voz estridente, cerca de la recepción, que preguntaba: «¿Cuál es la clave de la wifi?». E inmediatamente después, una orden: «Para eso, ¡para eso ahora mismo!».

Hablamos de nuestro entorno, y creo que también ahí estaba yo intentando impresionarte, demasiado empeñado en volcarte encima el torrente de ideas y sentimientos que había ido acumulando dentro, sin compartirlos con nadie, durante mi solitaria estancia en el pueblo.

Hablamos del futuro del pueblo. ¿Te diste cuenta de lo empeñado que estaba en que vieras lo que veía yo?

Te dije que los lugares pequeños como Ranipur tienen que encontrar su propio equilibrio. Quizá debían aprovechar las nuevas tecnologías para mejorar lo que siempre han hecho bien: industrias a pequeña escala, agricultura, horticultura. Saqué a colación el ejemplo de Devdutt. Te hablé de Naazku.

Tú no habías oído nada desde tu villa, pero la noche anterior la ciudad había estallado en gritos: perros ladrando y aullando, chillidos humanos. Me enteré después por Naazku que un lobo había atacado a un ternero en el patio de una casa de las que hay donde termina el pueblo, mientras sus dueños se encontraban cenando a pocos metros de allí. No pudieron hacer nada. Ante el estruendo cobarde que armaron los perros algunos hombres salieron corriendo de sus casas con *lathis* y pudieron hacerse con el ternero muerto, desgarrado por un costado.

Hablamos del medioambiente, de la deforestación y el superdesarrollo, que estaban dejando a los animales sin agua ni alimento.

—Explícaselo a mi hermano —dijiste—. Es uno de esos banqueros que se creen que la India es una mina de oro, con una población joven cada vez más moderna y urbana. Dijo que iba a guardarse un montón de saliva para escupir a los manifestantes de Occupy Wall Street cuando pasara junto a ellos. Que esos idiotas no tenían ni idea de que el capitalismo estaba sacando de la pobreza a millones de personas.

De pronto me encontré metido en una invectiva contra Mathur, que había tenido no hacía mucho a uno de los aspirantes que le envié esperando dos horas a la puerta de su oficina, para luego despacharle en menos de un minuto. Para mí era el principal expoliador de Ranipur, con sus promociones inmobiliarias cuyos subcontratistas, además, empleaban a gente de las tribus por un sueldo de miseria, como los que habían trabajado en la rehabilitación de tu villa.

Te llevaste las manos a la boca, espantada.

—¡Madre mía! —dijiste—. ¡Ojalá lo hubiera sabido antes! Es

horroroso.

Empezaste a rebuscar en el bolso.

—Voy a buscar a Mathur en Google ahora mismo —dijiste también.

Yo no me daba cuenta de lo torpes que resultaban mis intentos de explicar los movimientos migratorios nacionales de la India: pueblos indígenas expulsados de sus hogares ancestrales y obligados a buscarse la vida en otra parte, gracias a la connivencia de corporaciones mineras, políticos y policía.

Cuando me incliné a coger la taza me di cuenta de que habías terminado la búsqueda y estabas mirando tu perfil de Twitter.

Soltaste a toda prisa el teléfono y dijiste:

—Lo que estabas diciendo es muy, muy interesante. Y muy original. Nunca contamos con el punto de vista del pueblo cuando hablamos de política y de economía. La gente se queja de que cada vez es mayor la brecha entre las zonas urbanas y rurales, pero las opiniones dominantes son las de la élite metropolitana. Tendrías que escribir todo esto.

Tu reacción me animó. Me imaginé a tu hermano en Wall Street y en East Hampton. Tuve conciencia de estar poniendo sobre el tablero un tema de proporciones globales, y eso me hizo pensar que iba por el buen camino.

Hablaste de tu hermano con una franqueza impresionante.

—Sus opiniones dan auténtica vergüenza. Es musulmán, claro, pero está convencido de que Modi es el líder perfecto para la India. No me sorprendería que asistiera a uno de esos mítines multitudinarios que ofrece Modi para indios que viven en Estados Unidos.

Hablaste también de tu trabajo con Amnistía en Sri Lanka, con un entusiasmo contagioso.

—Era muy estresante —dijiste—. Es como darse cabezazos contra la pared: no te imaginas lo que cuesta encontrar algún dato del tratamiento que se da a los tamiles. Yo acabé agotada. Todos los fines de semana tenía que escapar de aquella multitud frustrada de la ONG extranjera. Me iba a Galle a tumbarme en la playa y darme un masaje.

Y, cuando al final del encuentro —cuando yo ya había pagado la cuenta sin mediar discusión e intercambiado otra sonrisa incómoda con la antigua asistente de mi madre y contigo el vago propósito de volver a vernos— tú dijiste, con esa actitud tuya como de aburrimiento:

—Eh, Arun, tengo que pedirte un favor enorme. Aseem dijo que eres un lector brillante… Y he pensado… ¿te importaría echar un vistazo al borrador de mi libro? Está todavía muy poco trabajado, pero creo que las ideas fundamentales ya pueden verse. Me encantaría que

lo hicieras, si puedes.

Y entonces tuve una visión de nosotros dos sentados en el sofá azul de tu villa.

Ese mismo día, algo más tarde, llegó Mohit a mi casa —por extraño que resulte, iba sin gorro— con tu borrador impreso. Me pasé dos días enteros leyéndolo con interés, escribiendo notas prácticamente en todos los párrafos y escribiendo un cumplido informe.

En tu propuesta declarabas que querías que tu libro fuese una «historia secreta» de la globalización y un «relato íntimo» de la Nueva India. Recuerdo haberte dicho que la narración no había encontrado aún su ritmo interno —algo que siempre busco en los libros que traduzco— y que te habías centrado en algunos detalles insignificantes de la venalidad de Virendra y Siva durante su experiencia en Estados Unidos, a costa de omitir sus padecimientos vinculados a la India y, muy especialmente, las complejas heridas de casta y de clase que sufrieron en momentos muy tempranos de su vida tanto ellos como muchos otros triunfadores de su generación.

Todos esos datos, tan complicados, que explican el fraude de Virendra y Siva contra el sistema estadounidense siempre me parecieron la parte menos interesante de tu historia. Pero habías invertido la mayor parte de tu tiempo y energía en eso, porque querías describir el infierno de la codicia y el desgobierno que, según tú, imperaba en Wall Street desde los años ochenta.

Al leerlo sentía que era preciso cambiar radicalmente su orientación: los detalles de nuestro entorno social y moral, las experiencias vitales que yo trato de exponer aquí, eran imprescindibles. Pero a ti no te inspiraban curiosidad; y como a mí me seguían abochornando aquellas humillaciones tempranas y el trato violento que había sufrido en casa o en el IIT, no quería ponerlos a tu disposición. Así que aunque estuve dispuesto a reunirme contigo para debatir alguna cuestión editorial, lo único que hice siempre fueron sugerencias de escaso calado.

Volvimos a vernos en el Hotel Kipling en otra ocasión, y cuando salimos de allí me incomodó mucho ver a todos aquellos jóvenes sin trabajo que había por la calle; sus ojos bailaban alrededor nuestro cuando pasamos cerca y nos taladraban la espalda cuando les dejamos atrás, apuntalando su expresión con algún comentario que hicieron en voz baja y que me alegré de no haber entendido.

Sentí un gran alivio cuando propusiste que la próxima vez quedáramos en tu villa. Siguieron muchas cenas, muchas copas, ocasiones en las que Mohit ponía y quitaba la mesa, aparecía y desaparecía en silencio con bandejas de *gin tonics*, servía

delicadamente el hielo, que cogía con unas pinzas de plata y depositaba en vasos donde los cubitos se resquebrajaban y evaporaban. Mohit se acabó neutralizando, adquiriendo la calidad de criado. Y sentado a tu lado en el sofá azul de aquel salón donde la luz del sol entraba a raudales por arriba, realzando tu piel, pude oler cada vez que te movías un ligero efluvio de lo que luego reconocería como gel de ducha Molton Brown.

En una incursión al baño vi tu dormitorio, luminoso y con techos altos; contemplé la vista del valle que ofrecía el ventanal, con la misma frialdad elegante que el del salón, y observé esos lujos rutinarios (hasta el agua se servía con la encantadora atención del hielo y una rodaja de limón) que yo ni siquiera había imaginado en mi vida, maravillado una vez más ante esa actitud de seguridad en cuanto al gusto y de indiferencia en cuanto al dinero con la que habías transformado la villa.

Y enseguida me acostumbré a las comodidades de tu casa, tan bien llevada. Tanto que algunas noches, sentado en ese sofá azul, me preguntaba cómo iba a arreglármelas para ponerme de pie, lanzarme de cabeza a la oscuridad, y bajar por la calle del pueblo, muerta hacía rato, de regreso a la mediocridad de mi soltería en una casita construida sobre un establo.

Pero ya no me ponía nervioso hablar en inglés. Después de tantos años con la compañía silenciosa de mi madre y algún breve intercambio funcional con Devdutt y otros cuantos, descubrí la satisfacción de articular ideas y opiniones, de empezar una frase con «yo creo», «me parece», «tengo la sensación»… Más de una vez me di cuenta de que estaba escuchando atentamente cómo sonaba mi propia voz.

También saboreaba el placer de escucharte, de oír lo que opinabas de tus lecturas y tus viajes; eran opiniones tan distintas de las mías que a veces arrojaban luz sobre una realidad que se había vuelto demasiado familiar para mí. Recuerdo una noche, muy tarde ya: estábamos en tu jardín contemplando las cumbres escarpadas de las montañas, cada uno con un *gin tonic* en la mano que brillaba a la débil luz. Tú te giraste hacia mí y dijiste:

—¿No te parece maravilloso que una montaña sea en sí misma una especie de universo? Tiene tantos desniveles… Y todo tipo de recovecos y paisajes y olores inesperados.

Se produjo un silencio; volviste a mirar a aquellos picos plateados tan lejanos. Y entonces añadiste:

—Y otra cosa: ¿verdad que es maravilloso que en esas montañas haya lugares donde nadie ha puesto un pie jamás? Desde el principio de los tiempos las cosas han ido hacia delante, quiero decir, que el sol ha seguido brillando, la nieve y la lluvia cayendo… Y todo

discretamente, sin que nadie se diera cuenta.

Había algo fascinante en aquella forma de ver las cosas, algo que daba solidez a un ser que en Internet parecía tener un brillo ingrávido. Tu elocuencia conseguía hechizar porque estaba cuidadosamente racionada, no como la de Aseem. Y luego, claro está, esa forma tuya de hablar, con calma, con suavidad, como si estuvieras confiando a un buen amigo un secreto oculto durante mucho tiempo.

Yo me había vuelto tan celoso de mi nueva vida alternativa que una vez casi te pido que no dijeras a nadie que nos veíamos. Pero no logré encontrar las palabras, y se me ocurrió que hubiera sido inútil formular tal solicitud: no teníamos ningún conocido común, salvo Aseem, que vivía a cientos de kilómetros de allí. Nunca me decidí a hablar a mi madre de ti: yo era el hijo que había decidido quedarse a su lado, y poco importaba que sus afectos no fueran egoístas o que en su cabeza no entraran los prejuicios: no me parecía honesto ponerla de pronto, cuando yacía enferma en la cama, frente a una rival de otra clase y religión. Y el secretismo confirió a nuestros encuentros el encanto de lo prohibido, de lo pecaminoso, algo que me hacía sentir exultante.

Un día recibí un mensaje de texto tuyo que decía: «¿FaceTime?», y cuando respondí que no tenía ni iPhone ni MacBook me volviste a escribir: «¿Skype?». Y por primera vez en la vida hablé por Skype desde mi casa, sentado en la terraza y contemplando el valle, maravillado al constatar que algo que era solo mío podía llegar inmediatamente a todo el mundo.

En plena conversación te sonó el teléfono. Te excusaste y te apartaste para atender la llamada, y yo empecé a especular y a compadecerme de mí mismo por haber asumido que una mujer como tú no tendría ninguna relación sentimental.

Y una noche, cuando estaba ayudando a Naazku a llevar a mi madre de la terraza al dormitorio, me volviste a llamar.

—Llevo todo el día pensando en ti —dijiste con un tono de voz cálido; yo tenía que sujetar el teléfono entre la mejilla y el hombro—. Me has ayudado mucho a estructurar lo que estoy haciendo, de verdad.

Cuando colgaste yo ya había terminado mi faena, y me quedé un momento de pie en la habitación de mi madre, observando cómo el pelo se le iba volviendo más ralo.

Al día siguiente recibí otro mensaje de texto: «Me encanta ver cómo funciona tu cerebro. Casi oigo sonar los circuitos…». Después de eso empecé a recibir mensajes tuyos casi cada hora, unos más largos, otros más breves; mis ojos nadaban por la pantalla antes de enfocar, y

después los leía una y mil veces. Sobre todo uno donde decías: «Siento ser tan intensa… Pero es que me siento como si estuviera muerta de hambre y de pronto me pusieran delante una comida completa».

Me pasé mucho tiempo angustiado, pensando qué responder, qué decir para no parecer formal y cauto en exceso. Hasta que, aun inseguro, me decidí a hacerlo: «Eres muy amable, de verdad. Lo digo en serio: es un placer participar en tu libro».

Un día la pantalla del teléfono se me quedó en blanco; fui al bazar del pueblo, que estaba cerca del repetidor, para ver si me había perdido algún mensaje tuyo. La caminata, cuesta arriba, no me incomodaba lo más mínimo: me impulsaba la sensación de que se había metido en mi vida algo nuevo, inusual e importante.

A veces se producían interrupciones que me hacían enfadar: otro traslado de mi madre en el Scorpio de Sood para ir al médico de Shimla; allí, al intentar pasar un desnivel muy alto, se le rompió el andador. Su última asistente, que siempre había estado a disgusto, comenzó a repetir insistentemente que se marchaba.

Llamé a Aseem para pedirle que me ayudase a buscar una enfermera titulada en Delhi. No esperaba que comprendiera mi urgencia: él se había desentendido de su madre y lo justificaba tachándola de monstruo vano, codicioso y presa de la hipocresía religiosa.

Me aseguró que investigaría. Me preguntó si había tenido ocasión de leer su nueva novela. Le dije que había estado muy ocupado.

—Creo que es la mejor que he escrito —dijo—. En ella está todo lo que sé de la novela y del mundo. Se la envié también a Alia… Confío en que sirva para que se haga una idea de nuestra procedencia.

Continuó hablando, y yo escuchándole a medias, mientras me quitaba un hilo amarillo —seguramente de la máquina de coser de mi madre— que se me había quedado pegado a la bragueta, y me preguntaba si tú te habías dado cuenta de que lo llevaba en el tiempo que habíamos pasado juntos.

Como si me leyera el pensamiento, Aseem me preguntó si te había visto; me dijo que le habías llamado para pedirle mi número de teléfono.

Yo lo corroboré.

—Muy bien —dijo—. Tengo el pálpito de que está buscando un hombre como tú: sensible e intelectual. Ha tenido algún rollo con tipos de su edad, los típicos calentorros. Pero tiene treinta y tantos años: ahora necesita un amante maduro.

A pesar de lo sombrío del momento resurgía en Aseem el eterno adolescente.

—Y, por favor, disfruta por mí. ¿Para qué están las montañas y los bosques si no es para el folleteo entre los árboles y los arbustos?

Había vuelto a su deriva cansina de siempre, y yo me preguntaba si sus panegíricos a las posibilidades eróticas ilimitadas procedían del Lotario que llevaba dentro, que se estaba haciendo mayor perseguido y enloquecido por el miedo a perderse algo, o si esa atmósfera interior de mi amigo ya llevaba tiempo volviéndose más turbia y yo no lo había advertido.

Me dispuse a protestar, pero me detuve. El corazón me latía con la misma intensidad absurda que esa misma tarde cuando me preguntaste por WhatsApp, mientras hablábamos de tu libro, si no me gustaría «hacer una escapadita de un par de días a algún sitio cálido».

—Claro, claro que sí. Sería estupendo —mascullé.

Y aunque estaba en el cuarto de baño, donde me escondía a pensar con calma e intimidad tus palabras, con las dos manos apoyadas en el lavabo, me sentí súbita y voluptuosamente en paz.

Yo no había maquinado el significado de nuestra relación, y vi que las pequeñas señales de reciprocidad que empezaba a descubrir en ti no eran producto de mi imaginación perturbada.

No solo estaba mucho más tranquilo cuando volví a telefonear a Aseem, unos días después: sentí además un delicioso cosquilleo —erótico, sí, pero combinado con una especie de impaciencia por descubrir algo nuevo que era una especie de crecimiento espiritual— cuando le conté la misma mentira que a mi madre: que me iba a Chennai a una conferencia sobre traducción y literatura de la emigración. Ah, y por cierto… ¿Sabía de algún sitio que estuviera por allí, en la costa, para pasar el fin de semana haciendo turismo?

Me vienen ahora a la cabeza muchos recuerdos incómodos: de mi madre, sin dientes, masticando con enorme esfuerzo y haciendo ruido, el cráneo moviéndose debajo de su pelo gris desordenado. Y yo me siento cada vez más irritado: su amor incondicional, que durante su enfermedad no ha menguado, ha comenzado a resultarme un poco repulsivo.

Me sorprende que haya mostrado la misma docilidad hacia mí que mostró hacia mi padre. Nunca se sentó a la mesa frente a mí, y ahora me doy cuenta de cuánto me molesta que insista en atenderme, a pesar de que ya no puede cocinar y tiene que dar instrucciones a Naazku desde la cama, decirle que añada un poco de *sabji* a mi plato. ¿Por qué manifestó siempre esa sumisión ante los hombres —su marido y su hijo— que la impulsaba a cocinar para ellos y asegurarse de que comían bien y antes que ella?

Me irritan también muchas pequeñas cosas a las que nunca di

importancia en el pasado, como las gotas de sudor sobre su labio y los ruidos —gruñidos, suspiros, gemidos— que hace cuando se mueve. La visión de una prenda de ropa interior —enorme y color carne— olvidada en una silla de la habitación de mi madre me lleva a reprender a Naazku con una severidad que la deja atónita.

Que ha estado muy ocupada, dice, y es razonable. Para saber que eso es cierto solo tengo que mirar por la ventana y contemplar un mar interminable de hierba tardía, parte de ella segada y rastrillada, pero otra parte todavía en su sitio, balanceándose al ritmo de la brisa más suave, esperando la humilde hoz de Naazku.

Luego veo que me está mirando con una expresión sorprendida y triste, y me enfado aún más.

Una tarde veo a mi madre tumbada en la cama boca abajo, sus hombros moviéndose con suavidad. Al llegar por la noche, ya tarde, de tu villa, animado por los *gin tonics* y con los zapatos mojados por el rocío, mi madre sigue despierta. La oigo sollozar en cuanto entro en casa.

Me tumbo en la cama, visualizando el momento en que mi brazo tocó el tuyo cuando bajábamos caminando despacio por la avenida de abetos hasta el portón de hierro de tu villa: lo tocó y se apartó hasta que nos detuvimos y tú dijiste buenas noches. Me gusta recopilar escenas en las que tú estás sentada, o de pie a mi lado, buscando la confirmación de que ya no me eres indiferente.

Intento buscar el significado oculto en las palabras más triviales que pronuncias; embellezco cosas perfectamente neutras que hayas dicho, imagino conversaciones en las que yo brillo.

Pero queda un buen rato hasta que mi madre se tranquilice, y yo deseo tanto prolongar ese estado de añoranza desesperada —más seductor porque parece inalcanzable—, que casi la grito.

Me siento continuamente como si estuviera viendo la escena desde lejos, observándome, disgustado por mi falta de humanidad. A veces me molesta incluso que tu presencia en Ranipur me exija una atención constante y agotadora, o el esfuerzo ingente que tengo que hacer para que te pongas de mi parte. ¿De verdad es esto lo que tiene que hacer un hombre que ronda los cincuenta? ¿Y a dónde lleva todo ello?

Una mañana me pongo a examinar desde varios ángulos mi propio rostro reflejado en el espejo del baño, con los bordes oxidados, y me pregunto si seguirá vigente la comparación que Aseem establece siempre entre Dharmendra y yo. Continúo con el examen, aunque la asistenta de mi madre está llamando a la puerta con todas sus fuerzas. Viene a decirme que mi madre ya no controla la vejiga.

Pero yo no puedo evitarlo: siguen viniendo a mí imágenes tuyas. Y eso solo consigue aumentar el rechazo que siento hacia mí mismo.

Cuando pienso en cómo era tu vida antes de conocernos, la vida que llevabas lejos de Ranipur, la sensación de exclusión que siento es especialmente dolorosa. Me encojo de miedo cuando me acuerdo de algo que comentaste a la ligera, sin meditarlo: no tardarás en volver a Londres —el sitio ideal para un escritor, dijiste— para trabajar en tu libro.

Yo me río de mí mismo por haber creído, aunque fuera brevemente, que una persona tan joven, tan vital y tan mundana como tú quisiera enterrarse en una aldea remota del Himalaya. Sin embargo lo primero que pienso todas las mañanas es que te vas a marchar, y que pronto estarás lejos. Te imagino alejándote en tu Montero, no sé por qué, en plena noche, haciendo crujir la gravilla con los neumáticos, las piedrecitas saliendo disparadas y los faros enormes barriendo la avenida, provocando a los árboles dormidos.

Me asaltan ideas nuevas, todas extrañas: me he perdido dos décadas de mi existencia, de los veinte a los cuarenta; he estado todo ese tiempo esperando sentado en las afueras de mi vida. Y todo, ¿para qué?

Leo y escribo, pero con dificultad. Me resulta muy poco atractivo seguir como espectador las vidas de los demás. Deseo desesperadamente vivir por mí mismo.

Los días en los que no te veo son días carentes de sentido. La casa me parece de pronto demasiado pequeña, el techo demasiado bajo, mi habitación —donde nada ha cambiado en una década— es como una cárcel. En la calidez y el olor intenso que despide el estiércol del establo flota una nota de reproche: me preocupa que se me pegue a la ropa y lo notes cuando estamos cerca. Se va apoderando de mí, cada vez con más fuerza, un deseo de liberación.

Pero no me doy cuenta hasta que sugieres, con una sencillez aplastante, una escapadita «a algún sitio cálido».

13

Hay tantas cosas que no podía contarte la primera vez que estuvimos juntos que en ese momento me vi obligado a ensayar: la enfermedad de mi madre, la urgencia creciente de librarme de mis responsabilidades, el alivio teñido de culpa cada vez que pasaba tiempo contigo. Tampoco te dije nunca que fue Aseem el que me recomendó Pondichery cuando le pregunté por algún sitio cálido por la zona.

Él había estado allí después de ver en *La vida de Pi* una versión mejorada de la ciudad; le encantó el ambiente de esa pequeña colonia francesa en el trópico, los bulevares limpios y tranquilos, los altos muros con postigos verdes que reverberaban bajo el sol intenso. Hasta me recomendó el retiro de yoga de la playa donde al fin nos quedamos.

¿Te acuerdas de la recepcionista con el pelo gris muy tirante, recogido atrás, y unos ojos enormes con expresión de decepción? Nos miraba fijamente a los dos, y yo me sentí parte de una escena que mucha gente había interpretado antes que yo: un hombre con una mujer más joven, de una casta superior o de una religión distinta que se registraban como matrimonio.

—¿No están ustedes casados? —preguntó la recepcionista.

Nos dio la espalda bruscamente, sin esperar mi respuesta, y comenzó a fotocopiar mi tarjeta Aadhaar y tu pasaporte estadounidense: se le movía la piel fofa de los brazos.

—¿Tú crees que es una fanática hindú? —me susurraste al oído—. ¿Es que no fue esto en tiempos un reducto de los *hippies* y del amor libre?

Sentí que me agarrabas la mano con una fuerza prometedora. Y cuando sonreíste vi en tus ojos el brillo de algo salvaje y elegante, que nos uniría en una especie de maravillosa clandestinidad.

Me había asaltado una oleada parecida de emoción ilícita en el vestíbulo del aeropuerto de Delhi, cuando de repente pusiste dos dedos sobre mi hombro y miraste hacia atrás y hacia abajo. Ibas a quitarte una aguja de pícea que se te había pegado al tacón y habías llevado de Ranipur a Delhi. La arrastraste con la punta de la llave del

coche mientras seguías apoyando los dedos en mi hombro aún con más fuerza, y un mechón rizado se separó del resto de tu cabellera.

En el vuelo de Delhi a Chennai nuestros antebrazos se tocaban de vez en cuando, y eso me ponía más nervioso que impaciente. Me fijé en un párrafo del libro que iba leyendo una docena de veces, sin concentrarme en él. Y me disgustaba que se volvieran a mirarte todas esas cabezas cuando ibas por el pasillo camino del lavabo con tu camiseta y tus vaqueros. Siguieron curioseando después, en la cinta de recogida de equipajes, hasta que apareció tu intrigante maleta: moderna retro, con bordes de metal y cerraduras plateadas, llena de restos de etiquetas.

Pero al ver a las garcetas saltar por los campos de arroz en el trayecto desde el aeropuerto de Chennai hasta Pondichery, sentí que el corazón se me desbocaba.

Pasamos muchas semanas en Ranipur acercándonos uno a otro. Pero ya no había vuelta atrás, no después de que reservaras una habitación a nuestro nombre. Y aunque yo seguía cuestionándome si el recuerdo que conservaba yo de los ardientes —y ya tan lejanos— encuentros con aquella mujer de South Extension estaría a la altura de tu experiencia erótica, extensa y reciente, o si mis fantasías privadas y mis hábitos de autosatisfacción no me habrían incapacitado para mantener una relación amorosa de reciprocidad en ese paisaje nuevo de colinas suaves y arroz y plátanos, con la luminosidad límpida que tan diferente lo hacía de la enmarañada Delhi, lo cierto era que estaba disfrutando de la sensación de haber dejado atrás el último de mis agobios respecto a irme de casa, viajar… Aquella aventura que había esperado durante tanto tiempo era inminente.

Al salir del ambiente refrigerado del coche al calor de la playa nuestras manos se rozaron un momento; en mi estado de excitación, la sensación lujuriosa de estar, casi, fugándome con mi amante parecía empaparlo todo: el cielo y el mar de un azul delicado, las gaviotas blancas persiguiéndose y el jardinero con la regadera que goteaba, dejando un reguero en zigzag sobre el barro rojo.

La recepcionista nos dijo que esperásemos; nuestra habitación era una de las que estaban fotografiando para actualizar la página web del establecimiento.

Salimos de aquel vestíbulo sin sillas y atravesamos el jardín, donde estaban los ancianos de la residencia de al lado sentados en sus sillas de ruedas, quietos y taciturnos; nos dirigimos a la playa y nos acomodamos en la arena. Súbitamente intimidados cada uno ante la presencia del otro, nos sentamos con los brazos alrededor de las piernas a mirar cómo el mar golpeaba impaciente la arena dorada.

Una señora francesa muy bronceada que estaba detrás de nosotros comenzó a extenderse crema bronceadora por todo el cuerpo. Un

perro moteado con la cola sucia se quedó frente a ella, mirándola con la lengua fuera. De algún lugar, por el este, llegaba el irritante balbuceo del motor de dos tiempos de una lancha que estaban intentando arrancar. Y las palomas asustadas que se habían metido entre unas bolsas de plástico tiradas bajo un banco de cemento salieron de pronto al sol.

Pasó un niño menudo y flaco, con una camiseta sin mangas, que llevaba una bandeja de cafés de un quiosco a una horda de jóvenes probablemente de Chennai, que habían ido a pasar el día y se turnaban para mirarte con cara de hurones.

Los vasos de latón fueron pasando de mano en mano y se sirvió el café. El niño dijo algo en tamil y todos los hombres empezaron a reírse y se giraron hacia nosotros con gesto burlón.

Su odioso júbilo era el epítome de todo lo que me saca de quicio, y en la mirada torva y burlona del chico del café, según se alejaba, se veía esa brutalidad que los de baja cuna reservan para cuando reconocen a uno de sus semejantes.

Resuelto a hacerle volver la mirada me quedé observándole yo también cuando, balanceando despreocupado la bandeja de acero reluciente, agarrada con el pulgar y el índice, regresaba a la caseta de madera medio podrida y llena de carteles descoloridos de Pepsi Cola; pero de repente se empezó a tambalear y la bandeja se cayó al suelo, provocando un estrépito metálico: un hombre al que no se veía, seguramente el propietario del quiosco, le había dado una bofetada.

—¿Qué te gusta más? —me preguntaste—. ¿Las montañas o el mar?

—Las montañas, sin duda —respondí; y añadí algo que no era cierto—: Es donde he pasado la mayor parte de mi vida.

Cuando dejaste de mirarme pensé en todas las cosas, menos banales y más ciertas, que podía haber dicho. Sentía la camisa pegada a la espalda. El perro empezó a ladrar. Miré a ver si estaba el chico del café por allí. ¿Por qué me había obsesionado con él? Me empecé a sentir avergonzado de la punzada de satisfacción que me invadió cuando le dieron su merecido por ser tan caradura.

Empecé a pensar en Sarita, la nueva asistente de mi madre, a quien había dejado nerviosa y sin preparación en Ranipur. Era una chica muy joven de una aldea cercana que rompía o dejaba caer todo lo que tocaba. Temblaba si yo le preguntaba algo, y sus ojos asustados parecían preguntar: «¿Cree usted que voy a ser capaz?».

Al cabo de un rato sacaste tu teléfono. Al mirarlo se te resbalaban las gafas de sol y tú las volvías a colocar en su sitio empujándolas con el nudillo.

Me habías hablado hacía poco de los miles de troles que tenías en Twitter, y que el insulto más suave que te dedicaban era «zorra yihadista». Y aunque ponías cara de indiferencia ante este bombardeo rutinario de agravios, dijiste:

—Tengo que asumirlo porque forma parte del juego cuando eres como yo: una mujer musulmana comprometida en lo político. No me fío de la gente que hace una tragedia de ello. Ahí fuera hay víctimas de cosas peores.

Y yo me ponía en guardia cada vez que sacabas el teléfono.

Pero esa vez había algo en él que te hizo sonreír una y otra vez, y las fosas nasales se te abrían y contraían alternativamente. De pronto me apuntaste con la cámara:

—¡Sonría, por favor!

En la foto, que me pilló empezando a sonreír, aparecen la bañista francesa, el perro perdido y los excursionistas, todos borrosos.

Volviste a guardar el teléfono y te tumbaste en la arena, con las manos detrás de la cabeza y los pies apuntando al mar, enfundados en unas delicadas sandalias blancas y con las uñas pintadas de rosa.

Sobre nuestras cabezas volaba una cometa. Cayó en picado en dirección a donde estábamos, pero volvió a elevarse de pronto y espantó a las gaviotas. Cruzó el horizonte un hombre con pantalón pijamero muy ancho y unas chanclas hawaianas de plástico rosa, seguido por un mono. El hombre se detuvo un instante a mirar el mar, y su animal encadenado comenzó a quitarse las pulgas a bocados, girando la cabeza para atraparlas.

Qué despacio va el tiempo cuando esperas que empiece algo.

Yo pensé en tu comentario sobre las montañas e intenté decir algo igual de interesante.

—¿Sabes? Estaba pensando en lo que dijiste el otro día de esos lugares secretos escondidos en las montañas… Qué raro se hace pensar que pasarán más de mil años y vivirán y morirán miles de millones de personas, y esos lugares seguirán existiendo. Y nadie habrá desentrañado su misterio.

—Sí. Muy cierto —dijiste mirando al cielo.

Yo no sé qué intentaba explicar, pero continué. Y tú volviste a decir:

—Muy cierto.

Pasó otro rato. El sol se escondió detrás de una nube espesa y gris. Las olas, cargadas de algas, llegaban reptando hasta la arena con expresión taciturna, y tuve la sensación de que estábamos llegando a ese punto en que empieza a decaer el impulso que te conduce a algo que llevas mucho tiempo preparando, y te quedas pensando qué puedes hacer para reconducirlo.

—Me apetece beber algo —dijiste.

Y yo me pregunté si me apetecía llamar al chico del quiosco para pedirle una botella de Bisleri.

Unos minutos después volviste a sacar el teléfono.

Pasaste un rato leyendo algo, deslizando la pantalla, con esa sonrisa secreta y las gafas de sol otra vez resbalándose.

—Mira —dijiste—. #KashmiriMuslimTraitors es *trending topic*. Tengo que poner un tuit comentándolo.

Y mientras escribías cruzaste los pies, uno sobre otro, como si fueran un ventilador, con los dedos tensos y las uñas pintadas de rosa.

Después te quitaste las gafas de sol y te giraste hacia mí. Me miraste con esos ojos limpios e inteligentes y dijiste:

—Es horrible lo que está haciendo este país con la gente de Cachemira. Es mucho peor, mucho, que lo que hace Israel con los palestinos. Y a nadie le importa.

Hablabas en un tono que sonaba agraviado y cansado a la vez. Y yo respondí, sin pensarlo, que era verdad, a pesar de que me aterraba aquel tema tan deprimente y poco prometedor y deseaba que lo dejáramos pasar.

Pero sabía que tú leías las noticias de un modo obsesivo, varias veces a la hora, como si pensaras que saber que todo iba de mal en peor evitaría lo peor de todo. Asumiste que yo pensaba como tú. Pero no era así: de hecho, pensaba —aunque fuese un grosero— que tus preocupaciones políticas me estaban privando de algo realmente importante: tu atención e interés en exclusiva.

Empezaste a retransmitir, en esta ocasión con una mirada acusadora, las noticias de Cachemira y aquel análisis que tanto te había abatido, y yo me puse a soltar los comentarios habituales sobre atrocidades remotas mientras evitaba encontrarme con tu mirada y preocupado, una vez más, porque un día descubrirías mi falta de pasión política y me juzgarías por ello.

Después de una hora de empezar conversaciones y dejarlas a medias, y de medias sonrisas enigmáticas, fuimos a la habitación con el equipaje y un poco de arena de la playa: había dos camas individuales, estrechas, destinadas a yoguis célibes.

No tenían almohadas. Y con las sábanas blancas y finas remetidas eran lisas y desoladas como un sepulcro de mármol.

El calor húmedo que había quedado atrapado allí dentro después del mediodía —y quizá también la expectación que en ese momento flotaba en el aire— nos hacía sudar. Las gotas de sudor nos caían por la cara. Abrimos la puerta que daba a la terraza, admiramos las vistas,

leímos las instrucciones sobre qué hacer en caso de incendio, escrutamos la foto enmarcada de la «Madre» fundadora del centro, y hasta buscamos en los armarios las almohadas desaparecidas. Lo observamos todo, salvo aquellas dos tristes camas.

Esa misma tarde te vi tumbada en una de ellas, fumando, bajo el ventilador que giraba furioso en el techo. Llevabas puesto un bikini de cuadros vichí y estabas mirando la foto de la Madre que había en la pared.

Era una mujer mayor, francesa, con dientes enormes y un poco salientes, los ojos oscurecidos y un pañuelo bordado en la cabeza. Nos instaba desde todos los rincones a llevar una vida de honradez y probidad. Su rostro angular estaba grabado por todas partes: en las toallas, el papel de cartas, las tazas de café y el papel atrapamoscas que colgaba de un clavo solitario y se retorcía lentamente, sometido a la furia del ventilador.

Desafiando su invitación a la virtud tú empezaste a lanzar aros perfectos de humo de cigarrillo y —todavía tenías alzado el brazo bronceado— a observar los remolinos que formaba el humo y que iban adelgazando, suspendidos en el rayo de sol que cortaba la habitación en dos; mientras, tenías el otro brazo apoyado en la cama y la mano abierta, con la palma hacia arriba, como si te la fuera a leer una pitonisa.

Se me ocurrió pensar que ya había encontrado algo con lo que sustituir mis anteriores visiones de la felicidad: estaba de pie junto al *nullah* que había cerca de mi casa, siendo aún niño, en medio del crepúsculo; sonaban los grillos y se oía a los perros ladrar a lo lejos, o por la tarde en un valle remoto del Himalaya, donde los picos nevados y helados se extendían a lo largo de muchos kilómetros bajo una luz pura y los cuervos subrayaban el silencio con sus exclamaciones guturales.

Pero la vida me había dado otro momento de perfección absoluta de lo más inesperado cuando la ansiedad que sentía por mi madre me estaba asfixiando. Tenía mejor ánimo porque sentía que me había librado de esa ansiedad, y decidí recordar todo lo que el momento contenía: el calor y la luz de la tarde, el mar temblando perezoso, como si hubiera todo el tiempo del mundo, y a mi espalda la habitación con sus paredes de ladrillo rojo, el papel atrapamoscas revoloteando, el tono bronce aterciopelado de tu piel, y el tatuaje en forma de corazón que había dibujado en la carne blanca, debajo de tu ombligo.

Decidí que nunca olvidaría cómo desperté de una siesta después de la ducha: la puerta del baño abierta y tú inclinada sobre el lavabo lavándote los dientes, con un kimono. Al ver mi imagen en el espejo

gritaste: «¡No puedes entrar aquí!». Pero ya te habías dado la vuelta e ibas camino de mi cama. Te agachaste y me abrazaste como si fueras mi esposa, como si me hubieras abrazado muchas veces antes, con suavidad, con fiereza, con una mano en mi espalda. Y yo te abracé a ti con la misma intimidad de aquella vez, tanto tiempo antes, en que olí emanando de tu cuerpo el gel de ducha que siempre llevabas.

Durante aquellos primeros momentos de intimidad, tan torpes por mi renuencia a creer lo que estaba pasando, casi perdimos el equilibrio. Tú te echaste a reír y dijiste que tenías que ir al baño enseguida. Oí el quejido de la cisterna al descargar el agua y, cuando al fin saliste, me pareció que llevabas el cinturón del kimono más apretado que antes.

Hubo más risitas incómodas cuando nos resbalamos y nos caímos de mi cama y tuvimos que volver a subirnos. Yo me di cuenta de que me temblaban las piernas y estaba furioso conmigo mismo. Además… Ninguno de los dos teníamos condones y la farmacia más cercana estaba en el lado indio de la ciudad, que cuando iba recorriendo sus callejuelas y con el calor que hacía, me hizo pensar en el barrio del bazar de mi niñez.

En el puesto de un barbero, fabricado con madera de banastas y tambaleándose sobre una canaleta abierta, una barbilla sin afeitar recibía un delicioso masaje con un cristal de alumbre. Tumbado en la calle había un perro callejero con el pelo rojizo —que el agua había vuelto negro— que levantó la cabeza y dirigió hacia mí sus ojos húmedos.

El adolescente insalubremente obeso que atendía en la farmacia abierta a la calle, y que llevaba puesta una camisa hawaiana y un montón de anillos gruesos en los dedos, me miró con expresión lujuriosa cuando me dio el cambio (o eso me pareció), y el viaje interminable de regreso al centro de yoga, en *autorickshaw*, consiguió que ocurriera precisamente lo que yo intentaba evitar: llegar todo sudado.

Después de otra ducha al volver a la habitación, pasé un buen rato rascando con la uña un pelo largo pegado a la diminuta pastilla de jabón Cinthol que había en el baño. El maldito rizo iba cambiando de postura y escapaba a todos mis intentos de quitarlo de allí. Bajo las uñas se me quedó el jabón verde, seco, y empezaron a salirme gotas diminutas de sudor por la raíz del pelo.

Pero también recuerdo el aire de la habitación, cargado por el calor y los olores de la tierra; tú te diste la vuelta en la cama, te apartaste la mata de pelo de los ojos, y me cogiste la cara entre las manos. Parecía que ibas a medir mis facciones con tus dedos suaves, y el gesto me sorprendió tanto —nadie me había acariciado la cara durante años— que estuve a punto de apartarte los dedos.

Fuera, en medio del calor quieto y somnoliento, los barcos de pesca rondaban al borde del mar destelleante. Un poco más tarde me despertó un ruido suave, sostenido e incesante, que venía de más allá del balcón abierto. Era lluvia.

Todo se había quedado oscuro y solitario. Tu cama, hecha con total severidad, volvía a parecer una tumba. ¿Dónde estabas?

Desde el balcón, ahora húmedo y sombrío, vi que en la playa se había congregado una pequeña multitud: un grupo de hombres que se resguardaban bajo paraguas negros, algunos agachados en la arena, y que observaban algo con atención.

Descubrí que era el cadáver de un hombre ahogado cuando, después de esperar inútilmente a que volvieras, decidí salir a pesar de la lluvia, mucho menos violenta que antes. El cuerpo tenía la espalda de la camisa blanca y los pantalones caqui llenos de algas, y un pez plateado en miniatura le colgaba de un pie, sin zapato pero con calcetín. Un joven pescador ataviado con un *lungi* blanco tocó el calcetín del muerto con un palo antes de que llegaran los dos gendarmes, con kepis al estilo francés, que se acercaron en silencio adonde estábamos y le dijeron que desistiera.

Había marea alta, y las olas blancas chocaban siseando a pocos metros de distancia. Las conchas lanzaban miradas furtivas desde los montones de algas que había sobre la arena. El mar estaba gris, y el horizonte borroso. Soplaba una brisa fuerte. Los cocoteros se balanceaban, crujían y susurraban, y el perro moteado iba corriendo de un lado a otro, empapado de agua, como si no se decidiera a ladrar.

En el quiosco, junto al jeep de la policía, se habían parado a mirar algunos hombres que iban en escúteres o en *mopeds*, vestidos con anoraks que chorreaban agua. Reconocí al muchacho del bar con su bandeja de acero, quieto y sombrío bajo un tejado con goteras.

Pasó un autobús urbano de Chennai, reduciendo la velocidad. Los pasajeros que iban sentados junto a la ventana giraban el cuello para no perderse nada, pero luego apartaron la vista. Llegó otro jeep de la policía con más gendarmes, y los mirones arrancaron las motos y no tardaron en dispersarse mientras los hombres de los kepis preguntaban si había algún testigo.

Apareció una ambulancia con la luz roja y azul centelleando y, detrás, el camión deprimente del depósito de cadáveres. La ambulancia se quedó allí parada unos segundos, con la sirena aún sonando, y luego desapareció en la niebla.

De repente alguien gritó en hindi que habían visto a un hombre metiéndose en el agua hacía cosa de una hora, con una botella de

cerveza en la mano.

La policía ordenó a los espectadores que se dispersaran, aunque los pescadores ya se estaban retirando, agarrándose el *lungi*, y se marchaban a sus casas, chamizos de ladrillos de barro hueco sin enlucir y madera sin pintar que se amontonaban casi hasta el mar y a los que empezaban a llegar del colegio —ya eran las cuatro de la tarde — niños de uniforme, con sus bolsitas de lona y el pelo atado con una cinta, caminando por la arena.

Cuando volví a la habitación apenas levantaste la mirada del ordenador. Llevaba el pelo húmedo de la llovizna, y los zapatos crujían con la arena mojada. Yo tenía la cabeza en la escena que acababa de presenciar, y te lo iba a contar justo cuando oí la voz de barítono de Aseem.

Estabas transcribiendo el vídeo que habías grabado cuando le entrevistaste en Ranipur unos días atrás, el día que nos presentó. Ahí estaba Aseem, en la pantalla de tu iPad, hundido en el sillón de cuero y mirando tranquilamente y con total indiferencia a la cámara que le enfocaba.

—Mis parientes más jóvenes —estaba diciendo— siempre me preguntan cómo era la vida entonces. Les encanta oírlo, porque ellos han crecido entre comodidades de cinco estrellas. Les cuesta creerme cuando digo que no teníamos gas ni agua corriente, que en la cocina había una estufa de carbón que se llamaba *angeethi*, y que los niños tenían que abanicar el fuego y apartarse para evitar las chispas que salían volando, y uno de nosotros tenía que recoger la ceniza, que se usaba luego para limpiar los utensilios de latón.

Al contrario que a mí, a él nunca le preocupó que esas remembranzas de escasez pudieran molestarte o desconcertarte.

—Pero te digo una cosa —continuó Aseem—. La vida era mucho más simple. Y más rica. Yo tengo nostalgia de esa simplicidad. Ahora la vida está llena de distracciones y ansiedades, demasiadas. Como dijo el poeta,[9] el mundo es demasiado para nosotros.

No puedo decir que la de Aseem fuera la imagen que yo deseaba tener en ese momento en mi línea de visión. De hecho, me di cuenta de que en un día tan trascendental como ese su presencia no me era grata. Esa misma tarde, un poco antes, ambos estábamos demasiado nerviosos para hacer el amor como es debido: no nos habíamos acostumbrado aún a los nuevos personajes que la situación nos imponía. Pero no parecía tener importancia: ya habíamos dado los primeros pasos y en aquel momento nos unía un deseo no satisfecho.

Pero tú ya no eras la mujer que habías sido un rato antes. Inclinada sobre tu MacBook con expresión seria, te habías puesto en lo que tú

misma llamabas «modo trabajo».

—La gente como nosotros ha de ir con mucho cuidado —me dijiste poco después de que Aseem nos presentara—. Necesitamos tener un proyecto entre manos en todo momento, y trabajar sin parar. Yo soy una de esas personas. Sin embargo, detesto a esos niños ricos indios que se pasan la vida en Twitter e Instagram. Los ricos deberían trabajar igual que los demás, estén o no interesados en el cambio político.

Me pareció que ese sentimiento era tan fresco y admirable como todo lo que había en ti, y aunque me quedé parado, detrás de las ondas y caracolas de tu pelo como si hubiera echado raíces, mientras tú escribías seguí flexionando el dedo gordo del pie izquierdo en el hueco de mi zapato húmedo donde el día anterior había encontrado agazapada una bola de cardo.

Escribías rápido y con fuerza; el teclado —dijiste que era uno de los peores que había vendido Apple en la historia— imitaba el sonido urgente y asertivo de una máquina de escribir, y solo parabas para apartarte el pelo de la cara.

—Aseem habla como un libro, con frases largas y claras —dijiste sin levantar la mirada—, y eso resulta muy útil para cualquier investigador.

Me quedé donde estaba, intentando escuchar. Pero mientras Aseem hablaba de la Nueva India mi mente comenzó a divagar: una comisaría de policía donde un agente, sentado bajo unos retratos enmarcados de Mahatma Gandhi, que sonríe desdentado, y Narendra Modi, con expresión severa y barba gris, escribe un informe por triplicado. Termina con un suspiro e introduce una de las tres copias junto a unas fotografías de escasa calidad de un cadáver lleno de algas marinas y el informe de una autopsia en el interior de un sobre de papel de estraza, con la indicación «cadáveres sin identificar» y lo mete en un archivador de metal que está lleno a rebosar de sobres.

En la pantalla del iPad tú estás llegando al momento en que haces a Aseem las preguntas principales: el patrocinio de su festival de ideas a cargo de algunas corporaciones y su relación con Virendra Das y Siva.

Aseem está dispuesto a decir lo mismo que le oí contar en televisión poco después de que arrestaran a nuestros amigos del IIT. Estoy seguro de que las respuestas, que no varían un ápice, siempre le dejan un poco incómodo. Él sabía de sobra cuánto debían él y su revista a nuestro amigo rico, Virendra, y seguramente tú sabías aún más. Además, su vinculación con un delincuente declarado podía exponerle aún más a la furia de Modi.

Parece tener la frívola conciencia de los supervivientes: la de haberse portado mal con los muertos y los que han caído en desgracia. Intenta parecer sincero y creíble y adopta una actitud tópica: qué extraño, y qué revelador, es el hecho de que la mayor parte de nuestras apariciones públicas se apoye fundamentalmente en tópicos.

Menciona cuánto duró nuestra amistad, habla de la condición humana, a la que no se presta apenas atención y que se reduce a una mera lucha por la humanidad. Creo que está allanando el camino para soltar una de sus famosas frases lapidarias. Cita a Chéjov y luego a Naipaul.

Vuelvo a acordarme del hombre de la botella de cerveza, empujado hacia el océano con el continente alejándose a sus espaldas, cubierto de súbito por un cachón, y siento un fogonazo de lúcido horror: el mundo entero está desapareciendo por acción del mar, y ese hombre ha sido uno de los primeros en desaparecer con él.

Veo en el borde de tu pantalla que estás intentando alcanzar un paquete de cigarrillos que hay en el suelo. Aseem se levanta del sillón para ofrecerte… ¿un encendedor que no tiene? Tú también te pones de pie y entonces os veo a los dos, enmarcados por el borde de la pantalla.

Aseem está muy cerca de ti, mirándote fijamente a la cara con sus ojos oscuros, como si estuviera intentando verte los huesos. Tú te echas un poco hacia atrás, vas hacia la cámara con un brazo extendido, y la pantalla queda en blanco.

14

A Aseem le encantaba decir (o citar, no estoy seguro de dónde lo había sacado): «Todos vivimos nuestra propia historia interior. Y cuando una acaba, comienza otra. El truco está en encontrar lo que conforma esa historia y ser capaz de enfrentarse al destino».

Pero ¿cómo empieza una historia y termina otra? ¿Qué me hizo abandonar a mi madre en Ranipur y marcharme contigo a Pondichery, ese escenario de arena blanca, cachones iluminados por el sol y cielos azules detrás de los troncos entrelazados de los cocoteros, tan perfecto como una imagen de Instagram y donde también estaba yo, en las fotos que hiciste con tu nueva Pixel, tan nítidas que carecían de carácter, aunque el hombre ahogado, el golfillo de la bandeja de acero, la mujer francesa y los excursionistas de Chennai, con ínfulas de *voyeur*, aparecían borrosos en el fondo?

Todos vivimos nuestra propia historia interior, sí. Pero parece que lo mejor es salir de ella mientras podamos.

Sarita, la asistente, era el símbolo de mi fracaso. Aseem me había dicho que me ayudaría a buscar una enfermera titulada de Delhi, pero nadie de la gran ciudad quería ir a trabajar a una aldea del Himalaya. Y la idea que tenía Sarita del trabajo difería un poco de la realidad.

—*Yeh Dalit log kaam nahin karna chahtey hai. Unke badey dimaag hain* —había dicho Devdutt con una nota inesperada de enfado en la voz—. Estos *dalits* no quieren trabajar. Se tienen en muy alta estima.

Yo no podía enfrentarme en ese momento a tales prejuicios. No había sido un buen año para las manzanas, y la mueca de duda que se había dibujado en la cara de Devdutt la primavera anterior se había ido haciendo más profunda.

Terminé la tercera tarde contigo en Pondichery con siete llamadas perdidas en el teléfono, que había dejado en silencio.

Cuando por fin pude hablar con Sarita, después de unos cuantos «el número que ha marcado está fuera de cobertura», la chica estaba al borde de la histeria.

Que por qué no había cogido el teléfono, me preguntó.

¿Qué iba a responder? Que me había pasado toda la mañana en

una de las caletas de aquella costa irregular, cerca del centro de yoga. Que te había estado mirando mientras nadabas, respirando el olor a agujas de coníferas en aire denso y escuchando el sonido de las cigarras rascando y serrando, que era lo único que rompía el silencio.

A medio día habíamos vuelto a nuestra habitación dando un paseo por caminos empinados y pedregosos; el aire ya olía a pino y estaba quieto. El cuarto estaba fresco y sombreado, en contraste con el calor de fuera, y pasamos otras tres horas de euforia antes de que yo cogiera el teléfono y viera las llamadas perdidas.

—*Main nahin kar sakti hoon. Yeh kaam mere liye nahin hai* —dijo Sarita—. No puedo hacer esto. Este trabajo no es para mí.

Ya había lavado la alfombra tres veces, pero no había conseguido quitar la mancha. Ni siquiera los palitos de sándalo que había cogido del altar de mi madre conseguían enmascarar el olor. Y la silla estaba para tirarla.

Lo peor de todo es que mi madre se había pasado un par de horas sentada encima de la prueba de su falta de control, mientras Naazku iba al mercado a comprar verduras y Sarita esperaba a que trajeran la bombona de gas.

—*Unhone kuch bhi nahin kiya, Kewal baithi rahin, gandh main* —dijo —. Y ella no hizo nada, se quedó sentada allí encima, con esa pestilencia.

Y yo pensé en mi madre, atrapada en su silla baja de bambú, incapaz de ponerse de pie y esperando para explicar lo que había pasado.

Sabía que estabas detrás de mí. Desnuda, haciendo estiramientos encima de tu cama, con las largas piernas plegadas sobre el pecho que luego soltaste lentamente.

Aquella tarde había empezado en el balcón. Me pediste que te masajeara los hombros. Y entonces, cuando sentí la erección presionando suavemente tus caderas, entramos.

En aquella habitación con el retrato de la Madre, en una cama que crujía un poco, me pareció que sentías especial éxtasis al oír el sonido inocente de los pasos que se acercaban por el corredor encalado y la voz de la recepcionista que hablaba, en el jardín, a un hombre mayor en silla de ruedas.

Comencé a recorrer el balconcillo intentando hacer entender a Sarita lo que era obvio: que la enferma a la que atendía no se podía sostener sobre sus piernas.

Pero ella se mantuvo inflexible.

—*Aap koi aur intezam kijeye, Main nahin karoongi yeh kaam. Dalit hain to kya hua, hamari asmita bhi hai, ganda kaam thode karoongi* — dijo—. Haga el favor de resolverlo con otra persona. Yo no puedo

hacer esto. ¿Qué pasa porque sea *dalit*? Eso no significa que me pueda hacer cargo de una tarea tan repugnante. También tengo dignidad.

Viniste hacia mí en silencio y te paraste a mi espalda. Como si quisieras hacer más grande tu blasfemia, me cogiste una pequeña lorza de la cintura y me susurraste al oído:

—¿Cómo crees que reaccionará esa fanática de la recepcionista si ve a una mujer musulmana desnuda acosando a un brahmán muy sexi?

Me encontré entonces en la absurda y vergonzante situación de susurrar al teléfono, mientras eso ocurría: *Itni jaldi decide mat kijeye. Is kaam ke liye main aapko aur bahut paise doonga*. No tomes una decisión apresurada, por favor. Te voy a pagar mucho dinero por el trabajo que estás haciendo.

15

Cuando sonó la llamada, una tarde en Pondichery, respondí enseguida: había olvidado poner el teléfono en modo avión.

El número de la pantalla era el de mi casa de Ranipur. Yo había dado por hecho que sería Sarita, pero era mi madre quien llamaba.

Aunque había prometido que solo estaría fuera tres días, me había quedado una semana. Cuando la recepcionista nos dijo que no había sitio nos dirigimos al director, un brahmán muy agradable del norte de la India, que vio que había una cancelación.

En ese momento todo —la habitación, con paredes ocre rojizo, el calor y el resol de las tardes, el mar que golpeaba la playa por la noche, aunque no pudiéramos verlo, descascarando con su salitre las sillas de hierro forjado del balcón, nuestra desnudez, la forma en que tú encajabas en mis brazos, simplemente perfecta— había empezado a parecer natural, una continuación de la vida que yo había vivido hasta entonces, algo que fluía directamente y sin obstáculos desde los primeros mensajes de texto que me enviaste en Ranipur.

Tanto, que poco antes de que mi teléfono empezara a vibrar yo estaba sentado en la cama, investigando en tu MacBook, mirando los precios de los billetes de Delhi a Londres y haciendo capturas de pantalla. Había comprobado en el pasaporte si seguían vigentes los visados para ir al Reino Unido y a la zona Schengen que me habían concedido hacía un año para dar un ciclo de conferencias, antes de que la mala salud de mi madre me obligara a cancelar el viaje en el último momento. Miré si podría ir contigo a Londres, vía Frankfurt, en el mismo vuelo que ibas a coger en Chennai.

Cuando me marché de Ranipur mi madre levantó la cabeza de la almohada, tratando de abrazarme. Tenía mal aliento y, al agarrarme con fuerza del brazo, las uñas atravesaron el grueso jersey de lana que llevaba puesto y me llegaron a la piel. Dejé un trozo de papel con mi número debajo del teléfono.

Yo no esperaba que me llamara, por la sencilla razón de que jamás había hecho una llamada a pesar de que el teléfono de baquelita estaba en una mesilla de mimbre junto a su cama.

Cuando yo llamaba rara vez cogía el teléfono y, en las contadas ocasiones en que lo hacía siempre parecía impaciente por colgar. Creo que le daba miedo admitir que estaba un poco sorda.

—*Beta, kaisa hai wahan par*? —dijo—. ¿Cómo es aquello? —Y añadió—: *Yahan to bahut oley padey*.

Había habido una tormenta de granizo en Ranipur.

—*Conference ho gayi*? —preguntó después.

¿De qué conferencia hablaba?

Sobresaltado, me di cuenta de que se refería a la mentira que les había contado a Aseem y a ella para justificar el viaje a Pondichery contigo.

Recordé que aquella noche yo estaba tumbado en la cama, un poco achispado y pensando en ti mientras ella sollozaba en la otra habitación.

—*Haan, achchi rahi* —dije enseguida—. Sí, muy bien.

Pero me invadió el pánico, y pregunté:

—*Sarita kaam pe aa rahi hai? Maine usko bataya ki main double paise doonga*. ¿Va Sarita a trabajar todos los días? Le dije que le pagaría el doble.

Pero no me estaba escuchando.

—*Kya kar rahe ho*? —preguntó con ese tono de voz excesivo, rápido y forzado, con el que habla el usuario ocasional del teléfono, intentando no olvidarse de nada—. ¿Qué estás haciendo allí?

Mi mente empezó a recorrer escenas de lo que habíamos hecho juntos, pero las rechazó todas.

Me sentí culpable porque mi madre ni siquiera sabía de tu existencia. E incluso mientras decía cualquier cosa para rectificar mi anterior reacción, sabía que no lo lograría. No era posible.

—*View ka anand le rahe hain, sundar hai, samudra aur akash and suraj ek saath* —dije al fin—. Estoy disfrutando mucho del paisaje. Es todo precioso: el cielo, el sol, el mar… todo junto.

Al decirlo me acordé de que ella nunca había visto el mar.

Hubo una pausa. La imaginé ordenando en silencio sus estampas de dioses y diosas hindúes y los libritos de *Ram Charita Manas* que se amontonaban al lado del teléfono. A veces se pasaba las tardes enteras tumbada de lado, con una mano bajo la mejilla, mirando a alguna postal horrorosa de Krishna o Gayatri, que temblaban en sus dedos huesudos.

—*Naazku ne bataya*… Naazku me ha dicho…

Se le apagó la voz. ¿Qué le había dicho Naazku?

Tuve la impresión de que estaba esperando a que yo dijera algo, aunque ni ella misma sabía exactamente qué.

¿Sabía algo de nosotros? Habíamos salido de Ranipur por separado

precisamente para evitar especulaciones y habladurías. El único que nos había visto juntos era Mohit. ¿Se lo habría dicho a alguien del pueblo y había llegado a oídos de mi madre?

Y entonces dijo:

—*Dhoop se bachkar rahna, Raju beta. Aur gehrey paani mein mat jana*. Protégete del sol, Raju, hijo mío. Y no te metas en el agua por donde es más profunda.

Aquella exhortación amable, que llegaba desde los arcanos de mi infancia, de aquellas tardes de asueto cuando me iba al *nullah* con el único pantalón corto y la única sahariana que tenía y me sometía al volver al tierno escrutinio de mi madre, me atravesó como un cuchillo.

Oí un clic. Había colgado el teléfono.

La sensación de culpabilidad se transformó de súbito en otra muy parecida a la ira, una ira ridícula y absurda hacia ella, como si tuviera la culpa de no saber lo que yo era incapaz de decirle.

Y la ira comenzó a manar dentro de mí mientras iba camino del baño y me golpeé la sien contra el lavabo al intentar coger el tapón del tubo de dentífrico que se había caído debajo.

Dos días después estaba yo de nuevo mirando tu MacBook después de una tarde dedicada al hedonismo. Habíamos pasado la mañana en la cala, yo hipnotizado por la forma en que, con la cabeza ladeada, te ibas soltando el pelo mientras ibas de las piedras al agua: lo dejaste caer sobre la espalda, desnuda, elongada y morena, y te quedaste de pie un momento con los tobillos tensos, junto a las aguas calmas, chapoteando con los pies como para probarlo antes de lanzarte a meterte hasta las caderas, girar de pronto hacia atrás la cabeza y la melena negra y sumergirte con decisión.

En momentos así me maravillaba viendo cómo te alejabas, nadando, al pensar que una visión pura e infantil de la belleza, mancillada solo por la gratificación solitaria y resquebrajada durante un breve romance; una visión que parecía pertenecer al pasado había llegado a encarnarse en una persona real, alguien que me ofrecía una posibilidad de compañía, de ternura y pasión, de vida en común, entendiéndonos y cuidándonos. Una posibilidad que todavía no me atrevía a llamar «amor».

Recordaba hasta el último detalle de mi súbita buena suerte tumbado boca arriba y con los ojos cerrados, para protegerme del sol ardiente y de la plata cegadora del mar. Pero una hormiga empezó a recorrerme nerviosa un pie y me hizo incorporarme, o tú volviste brillando y goteando y entornando los ojos a la comodidad rocosa y acogedora de la cala. Y sacudiéndote el agua de las manos cogiste tu

Pixel con cuidado para ver qué te habías perdido.

De vuelta a la habitación, pasaron unas cuantas horas antes de que yo me diera cuenta de que no había quitado el modo avión de mi teléfono.

Cuando lo hice llegó el aviso de cuatro llamadas perdidas de Devdutt.

Hombre de fría dignidad, parecía estar muy agitado cuando respondió.

Sarita llevaba días sin ir a mi casa. Naazku tenía gripe y, esa mañana él mismo había encontrado el cuerpo de mi madre.

—*Cottage bahut thanda tha, tho decomposition nahin hua. Lekin shareer ekdum sakht ho gaya tha, dhaini aankh badi mushkil se band hui, Shimla se jauhri bulakar unki sone ki earring nikal wayi, Antim sanskar turant karne pada* —dijo—. El cuerpo no se había descompuesto porque en la casita hacía mucho frío, pero estaba totalmente rígido. Me costó mucho cerrarle el ojo derecho, y tuve que llamar a un joyero de Shimla para que le quitara los pendientes de oro. Hubo que incinerarla enseguida.

Algo en su tono de voz, aunque solo fuese el horror de la revelación, y el recuerdo súbito y lacerante de la llamada telefónica de mi madre, me hizo cerrar los ojos y apartar la cabeza.

—*Ant main unko zyada peeda nahi hui* —añadió Devdutt—. Al final no sufrió mucho.

Yo ya casi no le oía. Dentro de mi cabeza resonaban una y otra vez, como en medio de la bruma, estas palabras: Me llamó por primera vez hace dos días, y ahora ya no volverá a hablar.

Como si intentara consolarme, repitió las palabras de antes: «Al final no sufrió mucho».

¿Cómo lo sabía él? Tuve que controlar mi enfado: a fin de cuentas fue él quien hizo el horrible descubrimiento.

Devdutt me dijo que se encargaría del *chautha*. ¿Sería capaz yo…? Añadió que había guardado las cenizas y comenzó a sollozar sin disimulo. Me preguntó si quería ir a Benarés y sumergirlas en el Ganges.

No sé por qué me vino a la memoria una imagen de mi única visita a Benarés, décadas atrás. El barco sobre el río tranquilo, una mañana de fina niebla; las siluetas fantasmales de los templos en las orillas, y una guirnalda de caléndulas que se había enganchado en la popa y aleteaba suavemente sobre la larga cinta plateada de la estela, a mis espaldas.

De pronto resonó una voz en mi oído: Devdutt había empezado a culpar a la asistente *dalit*.

—*In logon par bharosa nahi karna chaiye. Itihaas ke shahid bankar*

bade jurm karte hain —dijo—. No se puede uno fiar de esta gente. Interpretan el papel de mártires de la historia, pero no dejan de cometer desatinos.

Estaba intentando justificarse y despertar en mí la ira. Pero yo ya había dejado de escucharle.

Por delante de mis ojos pasaron imágenes de calendario de los picos del Himalaya, de *nullahs*, de locomotoras de vapor y de botellas de Thums Up: todo un universo, olvidado y superado hacía mucho, que moría con mi madre.

El pasado, ese suelo firme en el que traté de mantenerme en pie durante tanto tiempo, había desaparecido al fin de debajo de mis pies. Y yo flotaba, libre.

Devdutt iba desgranando, entre sollozos, palabras que yo seguía con dificultad. Algo sobre cuánto iba yo a tardar en volver, habían informado a Baba, habría que fumigar la casa.

—¿Qué ha ocurrido? —te oí preguntar, a mi espalda.

Estabas en tu cama tumbada, mirando Twitter, esperando a que yo terminara de buscar el billete de avión y te devolviera el MacBook.

—Nada —dije pulsando en el teléfono el botón de fin de llamada —. Nada.

Aquella casi no parecía mi voz: sonaba ahogada y extraña. Tú no te diste cuenta. Por fortuna te estaba dando la espalda, de modo que no habría miradas escrutadoras en busca de información.

Me senté en la cama con la espalda recta, como si al hacerlo pudiera aliviar el peso cálido de los párpados, que iba en aumento. Y entonces reparé en el MacBook, que tenía delante. Con los ojos llenos de lágrimas vi una imagen borrosa que luego se aclaró: eran los pantallazos de los vuelos a Londres.

16

Devdutt se quedó muy sorprendido cuando le dije que no iba a asistir ni al *chautha*, ni al *tehravi*. Acababa de contarme que no había manera de consolar a Naazku y a las niñas de la aldea que conocían a mi madre. Algo más comprensivo se mostró cuando dije que no debía invitar a mi padre, y que mi hermana estaba demasiado agobiada de trabajo para viajar hasta Ranipur.

Tú fuiste un gran apoyo, a pesar de que no conocías a mi madre y de que nunca había salido en nuestras conversaciones. Me dijiste que entendías perfectamente mi decisión de no regresar a Ranipur para las ceremonias de después del funeral y de, en lugar de eso, acompañarte a Londres.

—Puedo imaginar tu dolor —dijiste, y cuando lo repetiste en el silencio y la abstinencia que acompañaron a esa meditación, y que me sentía obligado a prolongar durante unos días, pensé en levantar la mano y decirte que yo no merecía esa atención.

Las dolientes llorosas y sollozantes de Ranipur, de las que me había hablado Devdutt, habían encontrado un modo de expresar su pena. Pero yo me estaba dando cuenta, ya fuese en esa habitación con paredes de ladrillo ocre y rojizo con la foto enmarcada de la Madre, donde el eco no paraba de reproducir la cháchara de tu teclado, ya fuese caminando solo por la playa vacía después de ponerse el sol, con el cielo exhibiendo aún las cuchilladas escabrosas en bermellón y amarillo del ocaso, de que no sabía conducir mi propio duelo.

El espejo del baño, al devolverme la imagen de un hombre de mediana edad sin afeitar y con ojeras profundas y oscuras, insistía en que ese era el aspecto que ofrecía el duelo. Y tú diste por hecho que yo lo sentía tanto que cuando te fuiste a dormir esa noche me pusiste la mano, levemente, en el hombro. Pero a mí me asaltaban sentimientos mucho más atormentados.

Me reprochaba no haber sido más que un espectador, cada vez más remoto, mientras mi madre se iba apagando. Hasta su debilidad me provocaba rechazo. Sentía, aunque intentaba vencerla, una sensación honda y brumosa de que la había traicionado, había traicionado y deshonrado todos aquellos años de entrega. Sentía que le debía algo

por todos los sacrificios que había hecho en su vida y me obsesionaba pensar que no iba a presentarle ni siquiera un tributo póstumo de compasión y dolor.

Pero dentro de mí también había una parte nueva, creada por nuestros momentos de intimidad, que se añadía a esa otra más antigua y profunda a la que no le importa nada, aparte de sí misma; y una voz que insistía en que había hecho lo correcto por la mujer que había muerto, y había llegado el momento de vivir mi propia vida.

Justo cuando el brillo de mi época en Ranipur empezaba a decaer apareciste tú y me trajiste una especie de segunda juventud, una recompensa por la primera, destruida por la ansiedad. ¿Cómo iba a dar la espalda a este momento de despreocupada vitalidad que había recuperado de milagro, este tiempo fuera del tiempo dictado por mis propios deseos? Después de una vida en la que todo estaba dispuesto por otros, dividido en obligaciones y responsabilidades, ¿cómo iba a desdeñar la libertad de modelarla de tal modo que me hiciera feliz?

Ahora parece una locura: me embarqué en un viaje a Occidente sin apenas ropa y dejando en casa un montón de responsabilidades sin cumplir, incluidos algunos libros esenciales para mi trabajo. Pero en ese estado de ánimo en el que me encontraba, un estado de ánimo que no me cuestionaba y que no revelaría a nadie, en el que me había sumido mi vida contigo, nueva y estimulante, y que parecía que iba a durar eternamente, no había ningún obstáculo que me pareciera insalvable: a fin de cuentas, en las tiendas de Pondichery y Chennai vendían ropa, los visados seguían vigentes, mis tarjetas de crédito y débito funcionaban fuera de la India, podía enviar dinero a Devdutt por transferencia en lugar de pagarle la renta mensual en efectivo y podía pedir que me enviaran a Londres los libros que necesitaba.

Estaba fervientemente decidido a seguir ese curso de actuación, incluso me hacía sentir una liberación enorme. Al mismo tiempo apartaba la atención de lo que ahora me parece una ruptura tremenda con el pasado. Pero cuando pensaba en todos los años que había pasado sin que variase nada, y en el nuevo comienzo que me esperaba en un país extranjero, volvía a sentir la punzada de mi antiguo miedo al cambio.

Devdutt me había dicho que celebraría el *chautha* con Naazku y unos cuantos vecinos del pueblo. Una mañana, cuando llegó la hora designada para ello, me senté junto a la piscina del hotel del aeropuerto de Chennai, apartado de las dos parejas francesas que tomaban el sol, e imaginé a los dolientes, todos vestidos de blanco intenso, sentados con las piernas cruzadas en un *dhurrie* gris, bajo una *shamiana* con rayas rojas y negras en el pequeño claro de al lado de mi casa.

No había sido capaz de imaginar el funeral de mi madre, más allá de la primera escena con la procesión que subía rezagada la cuesta desde mi casa hasta la carretera; en un sueño vi su cadáver cubierto de blanco sobre un montón de leña ardiendo. Después vi a Devdutt con toda claridad, sentado en medio de una multitud sombría con su vestimenta de *pandit*, su túnica de seda y su *dhoti*, ante una pira en miniatura y recitando *shlokas* de los Upanishads sobre la inmortalidad del alma, interrumpiéndose de vez en cuando para decir *swaha* al verter *ghee* en el fuego sagrado y el humo de olor dulzón elevándose en tirabuzones sobre todas aquellas cabezas inclinadas.

Esas imágenes de un rito funeral inmemorial y con muchos asistentes me resultaron consoladoras, contra todo pronóstico. Fueron una especie de purga, al menos temporal, del dolor y la culpabilidad. ¿Qué podría añadir mi presencia al acto?, me preguntaba. Sentía que la vida de mi madre había recibido los honores pertinentes, y había llegado el momento de dar un paso más.

Todo eso —la racionalización y la autojustificación— lo mantuve invisible a tus ojos. Ahora me parece tan extraño… Estaba honrando a mi madre a distancia, desde la piscina de un hotel de cinco estrellas, cerca de unos turistas europeos que yacían como si fueran ofrendas al sol menguante, y a través de una escena inventada que se desarrollaba en el Himalaya, donde la gente se viste con ropa de algodón blanco cualquier mañana fría.

Con la ayuda de Aseem había logrado escapar de una vida con todo su dolor y su pérdida y entrar en una representación agradable de la existencia.

Y no debió sorprenderme ni conmocionarme mucho la facilidad con la que me había adaptado a ella. A fin de cuentas mi vida había sido una serie de imposturas encadenadas, representaciones creíbles sin apenas deslices o pifias, de un hindú de casta superior, estudiante aplicado, lector impenitente, hijo leal, etcétera.

Contigo asumía otro papel: me convertí en tu amante, y de la pérdida y sus emociones pasé sin más a reanudar en otros escenarios, tras el intervalo que imponía la decencia, los rituales iniciados en aquella habitación de Pondichery: de un modo más consciente y también más poderoso.

Al hacerte el amor aquellas primeras veces fui consciente de la enorme privación en la que había vivido durante años. Durante los días que pasamos juntos descubrí dentro de mí una avidez y una necesidad tan profunda de satisfacción física, que tú parecías colmar por completo. Tu reacción se convirtió en una nueva fuente de identidad para mí. Y cuando el deseo se volvió más refinado, algo menos furtivo y precipitado, los nervios iniciales que me inspiraba mi

actuación dieron paso a la ternura y a la gratitud.

Y aunque Aseem me había animado a cultivar este personaje, e insistía continuamente en pisotear el pasado inútil, yo no quería pensar más en él. No le había dicho nada de su nueva novela. Ni siquiera le dije lo de mi madre, ni que me había ido de la India.

Pero no sé por qué razón, cuando estaba contigo no podía sustraerme a su recuerdo.

Durante nuestra segunda noche en Londres, cuando yo estaba aún saliendo del *jetlag* e intentando encontrar el equilibrio en un lugar en el que no solo me sentía extraño, sino impostor —tu apartamento de techos altos con flores frescas en jarrones pulidos, una despensa llena de nueces y olivas, un cuarto de baño con aparatos desconocidos y de complicado manejo, una bañera de hierro fundido con patas en el dormitorio y unos suelos de madera en tono miel que parecían empeñados en fastidiar con sus crujidos—, tú me preguntaste de pronto cómo nos habíamos hecho amigos Aseem y yo.

Me dejaste de piedra. Acabábamos de hacer el amor por primera vez desde la muerte de mi madre, y con gran intensidad gracias a esa parte de mí que tú habías despertado, que yo tanto había echado en falta durante algunos días y que recuperaba entonces, al abrazarte esa noche en Londres cuando salías de la bañera y sentir la carne húmeda de tu espalda entre mis dedos.

Murmuré un comentario vago sobre nuestro pasado común, aunque según estaba allí, desnudo y deleitándome con mi soltura sexual recién descubierta, no pude evitar rememorar cuánto envidié a veces la actitud despreocupada de Aseem, la forma en que debía silbar en silencio mientras se quitaba la ropa en alguna cita clandestina.

Como para justificar tu pregunta dijiste:

—A las mujeres siempre nos interesa saber qué es lo que hace que se junten los hombres. De qué está hecha la solidaridad masculina, en muchas ocasiones contra nosotras.

Tendría que haberte dicho entonces que no había tal solidaridad con Aseem, al menos no en esa época, si es que alguna vez la hubo. De hecho, tu pregunta me incitó a considerar por primera vez en mi vida qué fue lo que me había mantenido unido a Aseem tantos años después de que me ofreciera, por primera vez en Delhi, protección frente al dolor de la individualidad y la condescendencia de los privilegiados.

Yo ya sabía, lo veía claramente, que aquella no había sido una relación entre iguales. Él se había convertido en mi protector porque había visto en mí la necesidad de ser protegido. Y yo había continuado aceptándole como protector con la misma actitud que había vivido la

mayor parte de mi vida: de un modo pasivo, dejando que las cosas pasaran en lugar de darles forma.

Y ahora entendía las actitudes de Aseem, aunque no estaba dispuesto a reconocer mi propia debilidad. Comencé a hablar de sus novelas, donde trataba de presentar el sexo como única verdad universal reafirmando así no solo nuestra naturaleza biológica, sino cierta forma de orden cósmico.

Tú te reíste, y yo me sentí reafirmado en mi recién descubierta opinión de Aseem. Salieron a la superficie algunos breves conflictos, ya pasados: Aseem en Ranipur, intentando dirigir la conversación cada vez que daba un giro para volver a la vida en la aldea.

Pero una parte de mí seguía preguntándose qué pensabas realmente de él. Yo sabía que tenías previsto asistir a su festival de ideas en Año Nuevo, a pesar de tus recelos ante la alta concentración de hombres lascivos. Me habías comentado en Ranipur que veías, detrás de su encanto, una buena dosis de frío cálculo. Y en ese momento dijiste:

—Ya entiendo cómo atrae a las mujeres. Irradia esa gran pasión por las ideas, los libros, el mundo…

Y añadiste:

—Claro, si eres una aspirante a escritora en un mundo de hombres, enseguida te encuentras rodeada de intelectuales muy seguros de sí mismos; sobre todo los de izquierdas.

A veces me preocupaba que tú fueras una de esas mujeres, aunque no pude encontrar evidencia alguna y recordé, también con alivio, cómo habías rechazado sus representaciones de las mujeres en la ficción, deseosas de encontrar quien las domine, tildándolo de anticuado, sin valor después del #MeToo.

Pero yo no lograba deshacerme de las imágenes de la novela de Aseem, de él «taladrando» a una joven.

Y pensé en mi padre, empotrando a su joven esposa, con la cara desencajada por el mismo placer que expresaba cuando se tomaba la leche caliente o estrangulaba a un sij con turbante. Y no podía evitar pensar en aquella mujer menoscabada, en mi casa.

Cuando hacíamos el amor me daba la impresión de que siempre me acechaba un misterio escondido en tus ojos, y siempre llegaba un momento en el que sentía que te apartabas. Aunque seguías agarrándome con fuerza, sin despegarte de mí parecías estar en otra parte, con la cara vuelta hacia un lado, los ojos cerrados como si estuvieras buscando algo más fascinante más allá de su visión. Y al soltarnos yo sentía de nuevo que volvías lentamente, pero en tus ojos ya abiertos, triunfantes y orgullosos, leía un pensamiento que no compartías conmigo, que no podías compartir.

En nuestra relación había quedado un poso de apresuramiento, de algo sin completar, como mi salida de Ranipur y la despedida de mi madre. Estar contigo era como estar solo, pero de un modo diferente. Después de varias semanas en Londres aún tenía la impresión de no conocerte lo suficiente como para saber si tú sentías lo mismo.

Ninguno de los dos quería revelar demasiado de sí mismo, ni siquiera tú cuando me hablabas de tus novios, con el convincente candor de quien quiere dar la impresión de estarse abriendo pero en realidad no lo hace. Y yo no conseguía dejar de fisgar en tu historia, aunque con el paso del tiempo me iba pareciendo más curiosa esa actitud tuya tan despreocupada con aquellos hombres con los que no te fue bien: eran como la ropa que ibas dejando al fondo del armario: considerabas que no habías acertado al elegirlos.

Cuando al fin cedió la tensión del sexo salieron a la superficie nuestras necesidades más profundas. Y lo hicieron allí donde podríamos verlas, estando tan cerca: en nuestros ojos.

Yo supe entonces que no era una pasión sexual la que me ataba a ti. Era más bien una sensación que nunca había experimentado, esa mezcla de holganza, libertad y protección que suelen disfrutar los niños de las familias estables. Tumbado junto a ti, al oír tu respiración y el latido sordo y uniforme de tu corazón, tus pestañas enredadas en el rabillo del ojo, como siempre… me sentía liberado de todos los miedos e inhibiciones, de la humillación que me había empapado toda la vida, desde niño.

A veces no había sexo, pero disfrutábamos hablando de esto y aquello: tu libro, las cosas de las que te arrepentías, como tu breve carrera de modelo, mientras tú me acariciabas el pelo sin parar y acariciabas la espalda o me recorrías la columna vertebral con los dedos, hablando de incertidumbre. Y yo te pasaba los míos por los labios y los ojos, atrapaba uno de los rizos que tenías detrás de las orejas suaves o acariciaba despacio la piel de tus hombros bronceados que se estaba pelando, formando copos broncíneos, tantas semanas después de Pondichery.

La imperfección excitaba en mí una ternura que no lograba explicarme. Tal vez me recordaba a aquel momento en Pondichery en que me cogiste la cara entre tus manos. O, simplemente, en esas circunstancias los dos mostrábamos un afecto sin tapujos que dejaba a la vista nuestra vulnerabilidad.

Hablé y escuché, hablamos de tu libro, de mi trabajo, de Londres, de nuestros planes en la India para el Año Nuevo… Tu voz era más dulce de lo habitual, y durante toda la conversación yo pensaba en la parte de tu vida que no me habías contado, el dolor y la pérdida que seguían recorriéndote por dentro aunque estuvieras tumbada junto a

mí.

Otras veces parecías estar muy lejos de mí, abstraída, inseparable de la imagen teñida de inteligencia y fría compostura que habías decidido mostrar en Instagram y Twitter. Para mí esa imagen era tan misteriosa como la primera vez que la vi en Ranipur, cuando todavía no era tan parecida a ti como suelen ser las fotografías corrientes, sino más bien la imagen de una identidad que cambia constantemente, prometiendo convertirse en algo más.

Cuando ya llevaba tiempo acomodado en ese presente sin cambios, me fascinaba el modo en que tú te proyectabas sin tregua hacia el futuro. Parecías necesitar ese nuevo mundo virtual del mismo modo en que los inmigrantes necesitaban el nuevo mundo original: como un espacio donde es posible la expansión sin límites para comenzar una vida nueva y darte cuenta de tu verdadero potencial.

En Londres, poco después de llegar, empezamos a relacionarnos con algunos jóvenes extranjeros, sobre todo de la India y Pakistán, pero también árabes, iraníes, nigerianos y sudafricanos, un par de europeos y algún estadounidense. Ahora me pregunto por qué habías mantenido en secreto el alcance de las tragedias que habías vivido, y nunca habías hablado de ellas con nosotros: el ataque que dejó incapacitado a tu padre, postrado en una silla de ruedas, incapaz de hablar o comer sin ayuda; o el abandono de tu madre, *socialite* que aparecía con frecuencia en las cuentas de Instagram de sus parientes y amigos, tan inescrutable y llena de glamour con sus gafas de sol en Montecarlo como en Mumbai.

Podría haber razones políticas detrás de esa reticencia.

—Mi familia me abochorna un poco —dijiste en una ocasión—. Ya sé que lucharon por la libertad y todo eso, y sus ideas políticas eran sinceras, pero la riqueza y el privilegio de los que ellos disfrutan siempre se construyen a costa del sufrimiento de otros.

Aún me sigue sorprendiendo el tono de sorpresa de tu voz cuando recordabas la vez que te llamaron al despacho del director para decirte lo de tu padre, como si lo que había pasado le hubiera pasado a otra persona. Reaccionabas con un gesto de hastío cuando alguna vez te preguntaba por tus tíos, los que te habían criado. Eran buenas personas, de buen carácter… ¿Y eso era todo?

La historia de tu pasado, como la mía, parecía un relato subdesarrollado en el que faltaban años enteros, aunque se había llenado con otros mucho más variados y cargados de sentido.

En Londres descubrí, entre otras curiosidades, que aunque eras muy agradable con la gente a la que conocías no tenías amigos más íntimos, ni allí ni en otro sitio. Y que aunque las personas con las que

habías ido al colegio y a la universidad vivían repartidas por el mundo —en Hangzhou y Osaka, Melbourne y Oslo, Ciudad del Cabo o Lima —, tú seguías siendo igual que yo, un alma solitaria.

Siempre decías que no te encontrabas a gusto con occidentales blancos, ni con los pocos israelíes de piel aceitunada que entraban en tu órbita, aunque fuesen mucho más sociables que los *desis* y más comunicativos cuando alababan tu belleza, algo que tú valorabas; no te encontrabas a gusto especialmente con hombres seguros de sí mismos, dispuestos a servirse su porción de esa belleza, acosándote para que salieras con ellos: uno de ellos, un poeta en ciernes de Montreal con un pelo glorioso, que casi siempre te llamaba borracho para preguntarte si te gustaría buscar sus obras en Instagram.

Dijiste que aquello sucedía porque todos esos blancos esperaban que les estuvieras agradecida por haberte acogido, siendo mujer y musulmana, en su dominio exclusivo. Querían que fueras su mascota para ayudarles a abrillantar sus credenciales como liberales cosmopolitas.

Me pregunté si aquello era cierto en el caso de un par de hombres blancos con los que habías salido en la universidad, en Nueva York. Uno de ellos era entonces un obseso de la gimnasia, pero después se casó dos veces, tuvo hijos y se convirtió en inversor. Seguía apareciendo en la foto de perfil de Facebook luciendo una mandíbula como la de Superman y pectorales engrasados.

Hablabas con desprecio de tu relación con él, igual que de tu ligue obsesionado con la violación, un dandi de Oxbridge convertido en supremacista hindú: tú eras joven y te sentías sola en Nueva York, habías perdido a tus padres no hacía mucho e ibas en busca de alguien que fuese, literalmente, fuerte.

Nathan, otro de tus novios de juventud al que nos encontrábamos alguna vez en Londres, tampoco encajaba en el perfil de blanco liberal condescendiente. A mí me parecía demasiado preocupado de sí mismo. Hijo de un *broker* de bolsa de Connecticut y bisnieto de víctimas del Holocausto, Nathan alquiló un enorme estudio revestido en madera en una casa antigua que daba a Hampstead Heath. Iba en busca de una fantasía elaborada —aunque trasnochada— de Inglaterra.

La fantasía, suscitada en un principio durante un curso en Oxford y perseguida durante múltiples visionados de *Retorno a Brideshead*, pasó a incorporar suscripciones a *The Times, Economist* y *Spectator*, se hizo miembro de la Biblioteca Nacional y la Real Academia de Arte, almorzaba en el Ateneo junto a cuadros de caballos o en cafés y salones de té donde los periódicos colgaban de un soporte de madera y tomaba un cóctel en Soho House. Lo cual no dejaba de ser raro, porque Nathan seguía recurriendo a Brooks Brothers para comprarse

las chaquetas de *tweed* y los pantalones de pana, y llevaba unas gafas enormes que le hacían parecer más australiano que inglés.

A mí me provocaba mucha curiosidad, y me sentía levemente inseguro en su presencia. Aunque te había conocido en Nueva York, daba la impresión de que ese Nathan tan guapo pero con pinta de empollón y que ejercía cierto poder como director de un pequeño periódico, se había rendido a tu acento, donde se mezclaban la arrogancia de una delegada de clase de internado con el tono melodioso de los británicos —como tú misma lo describías riendo— y desde luego mucho más pijo que cualquiera que hubiera oído en Harvard y Oxford.

En Londres la anglofilia de Nathan debió volverse exasperante. En los agradables callejones de Hampstead y en las aceras de piedra de York podía evitar las colisiones con la sórdida realidad de la Inglaterra moderna: periódicos llenos de embustes y políticos que fomentaban el racismo. ¿Cómo podía un hombre leído e instruido permitirse esas ilusiones sobre un país de cuya caída se había hablado tanto?, dijiste una vez. Ya no me extrañaba su afinidad con un pueblo que era cómplice de la llamada injusticia estructural, e incapaz de verla.

Por lo que había visto hasta el momento en tanta gente que no era blanca, empezando por mi padre —obsesionado por los libtardos—, parecía prudente esperar que, cualquiera que fuera el color de su piel, los pobres y los oprimidos de hoy posiblemente serían los opresores mañana, o quizá antes.

Recuerdo que hablé contigo de esto: expresiones como «interseccionalidad» o «ampliar la lucha contra el patriarcado», que tú empleabas en tus tuits, no tenían en cuenta que algunos de los valientes manifestantes contra la tiranía de la plaza Tahrir podían convertirse, si tenían ocasión, en violadores.

Recuerdo también tu exasperación cuando me quedé callado en mitad de una conversación muy airada sobre islam y democracia que mantuviste con Oliver, el banquero rubio estadounidense. Recuerdo que era amigo de alguien a quien tú conocías de la NYU, y que acababa de llegar a Londres. Tú pensabas que invitarle a un bar de Hoxton era suficiente como gesto de amistad. Después, mientras bebíamos unos cócteles en tarros de mermelada con pajitas de papel, nos desviamos hacia una conversación sobre la Primavera Árabe.

Los modales indolentes de Oliver y su disfraz de Ralph Lauren sugerían una casa de veraneo en East Hampton que había pertenecido a su familia desde hacía muchas generaciones y bastante parecida a la que compró Virendra para materializar sus fantasías de Gatsby, donde los criados negros o hispanos todavía cortan los trozos crujientes de la tostada del desayuno y por la tarde te sirven martinis en copas de

cristal directamente de la coctelera.

—Esto corre de mi cuenta —había anunciado con mucha ostentación mientras mirábamos la carta de bebidas y yo, francamente, horrorizado como siempre al ver los precios, me había sentido aliviado.

Estaba claro que tú le gustabas, y casi siempre expresaba su convicción de que la democracia tenía unas raíces muy poco profundas en los países musulmanes. Yo no tenía nada que decir al respecto, pero tú eras muy dura con él.

—Dios, estos hombres blancos y ricos no tienen remedio —dijiste después—. No son capaces de desechar la idea, ni siquiera ahora, de que Occidente es mejor.

Muchas veces se alojaban en tu casa los hijos de conocidos tuyos o de alguien que tu familia te había pedido que acogieras. Unos eran pakistaníes, miembros de tu gran familia y objeto de gran curiosidad, incluso fascinación, para mí. Te quejabas, en tono de humor, de que yo hablaba con ellos aún menos que con otros conocidos tuyos. Yo no podía decirte esto, pero esos *desis*, como tú les llamabas, me parecían más metidos en sí mismos que los ricos blancos a los que tú evitabas: metidos en sí mismos e indiferentes a cualquiera que ellos considerasen ajeno a su círculo.

Esperé, a ver si sentía una punzada de curiosidad por ellos; como siempre me pasaba con los indios adinerados, me preparé para dudar, desconfiar o condescender. Y empecé a acordarme de mi inglés. Pero a sus ojos yo era tu novio, y antes de eso no importaba lo que hubiera sido.

Aunque eran musulmanes (al menos en teoría, porque como tú, ninguno había pisado en su vida una mezquita para rezar) tenían ese rasgo de las castas altas que resulta tan útil: la ceguera total e instantánea ante realidades potencialmente incómodas. Hasta Olga, la mujer polaca —extraordinariamente bella— que limpiaba en casa y cuya actitud de subordinación al pasar el aspirador por el apartamento me ponía los pelos de punta —tal vez porque yo no estaba habituado a tener una persona blanca trabajando en mi casa—, hasta Olga se volvía invisible en su presencia.

Cuando estaban delante recordaba muchas veces la figura inclinada de mi hermana, moviéndose como un cangrejo entre los pies de los parroquianos de su *dhaba* mientras barría el suelo áspero para quitar bolsitas de *pan masala*, colillas de cigarro o escupitajos.

Ellos habrían despreciado a mi hermana, que a pesar de todos los intentos de su padre había quedado degradada a las castas bajas a las que pertenecía, con la misma frialdad que a Olga. Cuando los oía

hablar no podía dejar de pensar en que nunca había conocido gente así en la India, salvo alguno quizá en alguna fiesta de Aseem y en la redacción de la revista literaria.

Los indios que iban con ellos parecían alterarse un poco cuando sacaban el tema de la situación de su país, especialmente de los musulmanes, bajo un régimen supremacista hindú. En ese momento parecía colarse en su voz un tono de desesperación política. Uno de ellos, una mujer de Bombay de veintitantos años, sacó incluso a colación la campaña contra la «yihad del amor», mirándonos a todos desafiante.

Tú estabas apoyada en unos almohadones, sentada en un canapé bajo, con un cigarrillo electrónico entre los dedos de la mano derecha. No mordiste el anzuelo. No tenías mucho interés en aquellos que te llamaban «zorra yihadista».

Tal vez era absurdo sugerir que alguien como tú podía verse afectada por la prohibición de relaciones sentimentales entre hindúes y musulmanes.

En cualquier caso, nuestros invitados me lo pusieron muy fácil: pensé, creo que con justicia, que la situación de los musulmanes era mucho peor de lo que podían imaginar los indios privilegiados a los que Aseem llamaba *chiknas*.

Una vez te dije esto, y a partir de entonces siempre intentabas aclarar que tú no respetabas a tus visitantes del sur de Asia ni confiabas en ellos. Reacios a unirse incluso a las protestas contra el cambio climático en Oxford Street, resultaban patéticos: tú dirías eso con la misma confianza ingenua con la que despreciabas a tus exnovios.

—No me conocen, en realidad —dijiste—. Creen que no soy más que una niña rica.

Y adelantando el labio inferior, soplabas hacia arriba con expresión de hartazgo.

Pero era evidente que seguías disfrutando de su compañía, y eso que tu vida estaba tan llena de contradicciones como la mía. Dejabas acrónimos alegres —OMG, WTF, LOL— en sus publicaciones de Facebook e Instagram sobre cumpleaños, fiestas, *cupcakes* y encuentros con celebridades menores («¡Ah, no puedo!» era un sentimiento que se aireaba mucho por allí); te contagiaban su vivacidad ingenua, alimentada por las cosas divertidas que habían hecho o iban a hacer —un fin de semana jugando al tenis en Mallorca, vacaciones en las playas del Algarve, clases de repostería en el mercado de Borough—, cosas que sugerían una posesión de la riqueza que rayaba en la negligencia y que siempre me hacía sentir pobre, de

una forma en la que nunca me sentí pobre ni siquiera cuando vivía en Deoli con mis padres y mi hermana.

Nosotros nos habíamos encontrado, pero procedíamos de mundos distintos. Al principio de nuestra relación yo había intentado explicarlo, explicar qué fue lo que rompió misteriosamente mi aislamiento, pero no mi soledad. Y no lo conseguí, porque me negaba a rendirme a tres palabras: amor, encaprichamiento, lujuria.

A veces buscaba algún signo de decadencia, imaginaba el momento en que todo terminara, y me preocupaba la triste nostalgia que iba acumulando dentro de mí.

—Me encanta que estéis juntos, chicos. Ella está un poco perdida, pero es una persona muy dulce —me dijo Nathan en el bar del Soho House cuando tú fuiste al baño.

Justo antes de que te marcharas yo había estado, como tantas veces, mirándote mientras tomabas el vino. Lo elegías sin darle mucha importancia en un largo menú con nombres en francés que a mí me superaban, lo olías y lo degustabas con cuidado, y luego lo tomabas a sorbos con un goce infinito que a mí me pareció enseguida sensual y delicado.

Lancé a Nathan una sonrisa vaga, esperando que no se notara la intensa incomodidad que me había provocado su inesperado comentario.

—Ha llevado una vida muy dura, aunque podría no parecerlo. Estoy seguro de que te ha contado todo, que creció sin el cariño y el cuidado de sus padres. Sus novios han sido casi todos unos perdedores, así que es una especie de huérfana emocional y…

Se detuvo a media frase, con la boca abierta, las gafas relucientes… Y tú apareciste por detrás de mí. De pronto me invadió la curiosidad, y me hubiera gustado que dijera más cosas, aunque ese tipo de conversaciones a corazón abierto me horrorizaban y me parecían angustiosas, y adivinaba cierta condescendencia paternalista detrás de la forma en que hablaba de ti, dando a entender que tus inmensos privilegios materiales habían actuado como una especie de *pathos*.

Una parte de mí siempre sentía ansiedad al pensar que podría encontrar en tu pasado algo crucial, que pondría en peligro lo que ya sabía de ti y con lo que estaba satisfecho. Después me persiguió la idea de que a Nathan le habías contado muchas cosas de tu juventud y de tus otros novios, pero a mí no.

¿Qué otras cosas habías confiado a los demás? ¿En qué aspectos de tu pasado estaba la clave de tu personalidad, tu despreocupación por el dinero, tu buen conocimiento de la ropa, la gastronomía, el vino, la

escritura y la decoración de interiores, y tu apasionado deseo de ser más original y tener más éxito que tus iguales? ¿Y qué fue lo que te atrajo de una figura como Soumak? Esa pregunta me dejaba atónito.

Pero al final, sin embargo, importaba más que hubieras cumplido un deseo, algo que yo sentía intensamente pero nunca formulé, para poner fin a la soledad; que hubieras abierto un canal hacia cualquier forma de significado en el circuito cerrado y estéril del yo; que me hubieras introducido en un entorno de comodidades materiales, nunca tan evidente como cuando firmabas facturas sin leerlas siquiera y metías recibos en un sobre blanco («Para el contable», decías).

Después de un tiempo dejé de pensar en llegar más allá del relumbrón de tus encarnaciones en las redes sociales, tu abundante cabellera, el tatuaje en forma de corazón que llevabas en el ombligo y las zancadas que dabas, con tus largas piernas, para atravesar salones llenos de gente, como si todo el mundo estuviera mirando y tomando nota.

Al principio, cuando llegué a Londres, me encantaba mirarte cuando pasabas los dedos pensativa por la ropa, los zapatos, los bolsos, las carteras y las bufandas de colores delicados; te movías indolente, desplazando con suavidad las perchas de madera mientras escogías algo que luego rechazabas, inclinabas la cabeza, hacías un mohín al levantarla. Te vestías y te desvestías, tocando, ajustando, mirándote en el espejo, hasta que dabas la nota sartorial exacta.

También me gustaba contemplarte después de toda esa elegante indecisión, verte caminar con la cabeza alta y las piernas enfundadas en unas botas por salones atestados de gente, atravesando el bullir de cuerpos y voces y olores a *hors d'oeuvres* y perfumes. Ibas de un círculo a otro, buscando y encontrando caras conocidas, y te recuperabas cuando volvías al orden y la quietud de tu apartamento.

Llenabas la bañera antes de desabrocharte las botas, y te quitabas con cuidado la ropa y los pendientes mientras el grifo gemía. Luego te quedabas metida durante casi una hora en aquella bañera de hierro fundido con patas, velas con aroma a lavanda posadas en la orilla, bebiendo la copa de vino blanco que habías rechazado escrupulosamente durante toda la velada, con un pie, las uñas pintadas de rosa, en el borde.

Yo esperaba que terminaras, atento al sonido del suave oleaje que se formaba cuando te ponías de pie y estirabas el brazo para coger una toalla, el ruido de la bañera al vaciarse, los gruñidos finales, y me preparaba para ocuparla yo.

Me comportaba como si todos aquellos mimos no fueran nuevos para mí. De hecho, me dediqué algunos. Había accedido a una vida nueva en Londres, lista para consumir, y empezaba a sentirme

confiado y atractivo con las cazadoras y los pantalones de estampado de espiga que me comprabas en el Massimo Dutti de Knightsbridge y el agua de colonia que me echabas en la cara y el cuello antes de salir.

Debo confesar que me gustaba lo que veía de mí en la superficie brillante y seductora de tu yo proyectado, aunque ese reflejo era, por incongruente que parezca, el de un hombre indio de mediana edad con aspecto y actitud casi europeos, y en ese sentido era poco probable que me complaciera. Pero por primera vez en mi vida mi sensación de contento estaba en relación con el aspecto que ofrecía a ojos de los demás.

Yo sabía que no encajaba. En más de una ocasión me retiraba, me apartaba de una multitud amable a un rincón solitario o a una azotea desde donde pudiera ver toda la ciudad, consciente de lo extraño de mi situación: andaba libre por Londres, donde los paisajes nocturnos, vacíos y sin electricidad de mi infancia se habían visto suplantados por estructuras de ladrillo, acero y cristal con cortinas de LEDs y que parecían, sobre todo cuando el cielo estaba sucio, una metáfora del futuro.

Hablando siempre en inglés me sentía como si tuviera un *alien* saltando dentro de mí: otro impostor, utilizando las palabras de un pasado que no era el suyo. Cuando paseaba por delante de las tiendas de anticuarios de Piccadilly me detenía siempre ante un grabado de las colinas de Shimla que había en un escaparate, y luego me sentía frustrado por la negativa de ese escenario tan familiar a regalarme un recuerdo, a ofrecerme aunque solo fuera un microsegundo de acceso a un estado de ánimo ya perdido.

En otros momentos la memoria me atacaba de pronto y sin sentido, como esa vez que, en una ciudad llena de simulacros de restaurantes baratos de Bombay, reconocí en Dishoom el peculiar cristal de una botella de cola Thums Up. Un doble decorativo de aquella que yo había abandonado en nuestra vieja casa, tantos años atrás.

Los recuerdos de mi madre llegaban desde mi infancia, sin permiso —una madeja de lana en las muñecas que ella devana lentamente formando una bola, sangre de un piojo aplastado en las puntas de sus dedos blancos—, me invadían, se me clavaban como astillas junto a la imagen de su cuerpo rígido en la casita.

Su afecto sin alharacas y su bondad habían sido durante mucho tiempo, hasta que cayó enferma, un refugio para mí. Yo sabía que si no me hubiera ido contigo a Pondichery ella no hubiera muerto así, sola en una casa vacía, sin poder hacer nada, recordando quién sabe qué momentos de su vida. Y el sincero alivio que sentí por haber estado ausente durante sus últimos y dolorosos días, por haberme librado de ver su cadáver rígido y su ojo derecho que se negaba a

cerrarse, por haber delegado las complicaciones del funeral a Devdutt y Naazku —evitando la horrible costumbre de romper el cráneo del difunto en la pira funeraria—, me invadía en otros momentos en forma de culpabilidad mortificante.

Se me había olvidado pagar a Sarita, después de prometerle extravagantes sumas de dinero por teléfono, desde Pondichery. Y el espantoso lapso, identificado después de cuatro semanas en Londres y rectificado después de una conversación telefónica muy incómoda con Devdutt, agudizó mi ansiedad sobre qué pensaría la gente, a qué conclusiones habían llegado después de mi salida clandestina de Ranipur y mi negativa a regresar.

Una mañana me asaltó una idea extraña: ¿temían tanto mi regreso como lo temía yo? ¿Esperaban que hubiera abandonado Ranipur para siempre?

Me pareció insoportable imaginar mi regreso a casa, al silencio y la indiferencia de un hogar vaciado por la deserción y la muerte, con las pertenencias de la persona muerta desperdigadas por ahí y cada una de ellas —las estampas de Gayatri, sus agujas de tejer— convertida en la promesa de un dolor inmenso.

Vi entonces en mi imaginación la cocina vacía, la leve capa de polvo que lo cubría todo, y empecé a preocuparme por cómo me alimentaría, aunque enseguida me sentía fatal por ser tan egoísta.

Había cambiado mis claves de Internet, que conformaban el nombre de mi madre y su fecha de nacimiento. Pero aun así encontraría pañuelos rematados o bordados por ella en los bolsillos de los pantalones, o un *sadri* agazapado en el fondo de mi maleta. Una canción muy popular en los años ochenta, interpretada por un conductor *desi* de Uber —*Tujhse Naraaz Nahin Zindagi, Hairan Hoon*— me hacía llorar a lágrima viva; y con frecuencia me quedaba dormido con imágenes del *nullah* junto a las vías del tren, esa primera visión de un mundo del que había visto mucho, pero sin comprender gran cosa: un acertijo que seguía sin resolver.

Soñaba con que camino eternamente por las rocas donde los *dhobis* extienden los saris multicolor, donde todo permanece quieto y tranquilo, sumido en un silencio sepulcral bajo un cielo inmenso, y yo me encuentro al borde de una verdad absoluta. Y me despertaba en tu habitación a oscuras, de techo alto, porque me había parecido oír grillos y perros ya entrada la noche.

Sentía el pasado que volvía como una ola en momentos así, y entonces oía de nuevo la pregunta, susurrada: ¿Qué estoy haciendo aquí? Y sentí miedo. Un miedo simple: el de haber perdido un mundo.

17

Trabajábamos por las mañanas y por las tardes, en habitaciones separadas, hasta que necesitaste ayuda con tu libro. Hacíamos el amor continuamente, casi siempre por la tarde: empezábamos con una caricia lo más fugaz posible y, aunque ya no era lo mismo, porque se había pasado la emoción y el goce de los primeros tiempos, cada vez que te abrazaba aún sentía que mis brazos habían pasado demasiado tiempo desiertos.

Por la noche íbamos a ver una película o a alguna cena y asistíamos a presentaciones de libros. Todas nuestras salidas iban precedidas por aquel espectáculo que yo nunca dejé de disfrutar: tú delante del armario y del espejo, afinando hasta el último detalle de tu aspecto de ensueño.

Después de cenar (al principio, en algún restaurante de mantel blanco y servilletas dobladas formando una pirámide que acababa de recomendar el *Evening Standard*, donde los camareros abrían la carta con el mismo cuidado que un librero anticuario que conocí en Shimla mostraba una edición carísima del *Illustrated London News*, hasta que en una conversación incómoda pero necesaria te recordé que mi situación económica era holgada solo si aplicábamos el rasero indio), cogíamos un Uber para volver a casa, los dos en silencio en la oscuridad del coche mientras tú mirabas tus redes sociales, a menudo con las primeras noticias sobre los actos a los que habíamos asistido y los colores chillones de la pantalla de tu teléfono te recorrían la cara, danzarinas, con un afán que siempre me hacía sentir celos.

Salir del coche en tu calle, los jardines privados con barandillas altas a un lado, las ventanas francesas al otro, abrir la puerta principal de tu apartamento, azul, y oírla cerrarse a nuestra espalda con el clic engrasado de una cerradura cara, encontrarnos con nuestra imagen, iluminada en un suave tono ámbar, en el gran espejo con marco dorado del vestíbulo y oír el tic-tac vigilante del reloj del abuelo… era volver a sentirse seguro.

En un tiempo en el que el dolor y la culpa ensombrecían mis pensamientos y recuerdos, tu viejo apartamento de Kensington, hogar de varias generaciones de tu familia y transmisor, aun en su estado

actual de remodelación, de tantas grandes cosas como habían sucedido en él, se convirtió en una especie de refugio con la amplitud, el orden y la luminosidad de sus habitaciones de techos altos, que sugerían una resistencia duradera a la muerte y la separación.

Durante los largos crepúsculos de Londres incluso las ventanas de hogares desconocidos servían de escaparate a una realidad que parecía haber permanecido inmutable y firme a lo largo de los siglos: una mujer tumbada en un sofá, con una copa de vino blanco en la mano, niños leyendo, dibujando o jugando, un hombre quitándose la corbata, un gato que pasaba, perezoso, entre las cortinas recogidas con un cordón para ir a tumbarse encima de un alféizar.

Yo, que venía de una sociedad arrasada por la crueldad y por una pobreza anárquica en la que nunca sentías que la historia estaba de tu parte, ni que la ley o alguna institución gubernamental trabajaran en tu favor, una sociedad que nos había asustado y traumatizado a muchos de nosotros de por vida, estaba aprendiendo a apreciar, o al menos a no sentir miedo, un mundo rico e inalterable.

Por otra parte, al vivir en esa zona de Londres, evitábamos transitar delante de las casas de ladrillo en hilera, las tiendas tapiadas, los ladrones de iPhones y los que vivían tapados con cartones: todas esas cosas que me recordaban que el deterioro era aún peor cuando ibas hacia el norte, la parte desindustrializada de un país del que yo no sabía nada, salvo que el Brexit había caído de repente sobre los londinenses distraídos.

Era mucho más simple disfrutar de los parques, las librerías y los restaurantes de la ciudad en aquel abrevadero de oligarcas rusos y asiáticos, exclusivo, a la moda y tan caro que le hacía a uno sentirse seguro, donde los desposeídos, a diferencia de la India, se cobijaban en alguna puerta casi siempre donde nadie les viera. La experiencia de observar las cosas que la gente deja en la calle —un sofá destripado, aspiradores rotos, teclados de ordenador— era una especie de novedad visual.

Con qué ligereza pasamos por encima de la devota hilera de zapatos que había en la acera, junto a una mezquita de Southall, hasta donde fuimos un día para que tú tuvieras tu ración de *desi khana* en un restaurante que servía comida gujarati auténtica; y qué seguridad debían sentir los turistas ricos, como la sentí yo, en la tienda *mithai* con el retrato de Modi enmarcado con guirnaldas en la que nos detuvimos después a comprar *ras malai*: la misma seguridad que sintieron siempre los que despotricaban contra los tugurios donde servían kebabs y los altares sufíes en la sordidez de la Vieja Delhi, mi antiguo lugar de trabajo.

Ya no tenía que preocuparme más por los hindúes que limpian los aseos de Heathrow. Me pasaba lo mismo que a Aseem en la suite del

Pierre de Nueva York: yo ya había superado la mezquindad en la que acababan sumidos la mayoría de los inmigrantes que llegaban a la ciudad. Y, a diferencia de ellos, contaba con la seguridad reconfortante de que podía volver, que a fin de cuentas no estaba obligado a quedarme.

Envidiaba la relación de intimidad que tenías con Londres, la confianza que te inspiraba, tus hábitos cosmopolitas («Quedamos en la librería de LRB, que es donde suelo ir»). Trataba inconscientemente de imitarte, y en muchas ocasiones me oía haciendo comentarios que me sonaban de lo más pedante («Los mejores tuestes de café se encuentran en Shoreditch») y evitaba las cosas que no entendía, como el café cortado con una fina lámina de leche, las orquídeas —que siempre me habían parecido flores raras y muy caras, y que se vendían en los puestos de las estaciones de metro— y los jóvenes blancos con sombrero y barba cuadrada y abundante que parecían clones de Renoir y Manet.

Reavivé mi amor, del que ya te había hablado, por los autobuses londinenses. Vista desde el piso de arriba, por encima del caos de *terraces, crescents* y plazas, la ciudad revelaba al fin ese orden que Naipaul no dejaba de contraponer al desorden de la India, y en general de cualquier país no occidental: sólidos edificios de ladrillo y acero, calles barridas, barandillas con los barrotes acabados en punta de lanza, chimeneas arracimadas, los puentes que se extendían en perfecta simetría sobre el Támesis y las largas calles comerciales, donde los edificios, los anuncios y los escaparates parecían flotar, como si los viera en una película, mientras unas figurillas en miniatura deambulaban por las aceras.

Descubrí también el goce de recorrer los museos gratuitos, oasis de calidez y color. La primera vez que estuve en Londres dejé de ver muchas cosas para no gastar dinero, pero en esa ocasión aproveché toda clase de entretenimientos de los que no podía disfrutar en mi retiro de las montañas: desde pasar un rato en un café tomando un capuchino o hacer la compra en Whole Foods hasta ir a ver una retrospectiva de Satyajit Ray en South Bank y escuchar música en Wigmore Hall. Y deleitarme después en tu bañera de hierro fundido.

En ese estado de sosiego me encontraba cuando un día recibí noticias de Ranipur. Fue por teléfono, a través de Devdutt: Naazku había vendido la colina a Mathur por un precio de risa, y ya estaban talando el bosque y nivelando el terreno para empezar a construir.

Creo que cuando te lo dije te quedaste más pasmada que yo. Yo estaba en el baño, terminando de afeitarme, y tú viniste hacia mí y apoyaste la cara en mi espalda y me abrazaste por la cintura.

—Lo siento mucho, lo siento mucho —dijiste—. No sé lo que hará

Mathur a esa pobre mujer, pero tanto si le da el ático como si no, aquel vecindario se va a la ruina, no hay duda.

Contemplé mi cara recién afeitada en el espejo y me sentí agradablemente prisionero en tus brazos.

—¿No puedes hacer nada? —preguntaste.

Yo creo que ni siquiera quería pensarlo, aunque antes sí me había preocupado por la suerte que pudiera correr el pueblo y la forma abrupta en que terminaría mi vida allí si Devdutt decidía embarcarse en el boom inmobiliario. Yo estaba en Londres contigo, y no echaba nada en falta. En Ranipur me sentí muy abatido cuando me dijiste que te marchabas. Tu partida inminente era una especie de juicio rápido a mi universo. Pero en ese momento tu privilegio también era mío, en ese apartamento donde la luz de color miel que entraba por las ventanas alargadas se reflejaba en el rojo oscuro de los kilims turcos.

Me había adaptado perfectamente al papel que debía desempeñar contigo en público; había sido de gran ayuda tener que hablar un idioma extranjero en una ciudad extranjera. De hecho, en ese «modo de ser», radicalmente nuevo para mí, era perfectamente consciente —por los ojos que nos seguían en restaurantes y fiestas— de que éramos una pareja extraordinariamente atractiva, incluso glamurosa. Cuando salió una foto nuestra en el frenético Instagram de algún conocido tuyo, un organizador de eventos de Estambul, recomendada por algún extraño junto al emoticono del guiño y con el *hashtag* #couplegoals, yo no te la enseñé porque me daba apuro, pero estaba más satisfecho que avergonzado.

En realidad nosotros, Alia y Arun (los dos nombres juntos sonaban como la frase de una partitura musical) éramos de lo más buscado, y ese reconocimiento no tardó en dotar de realidad a una relación que seguía siendo tan nueva. Como personas con inquietudes quasi intelectuales que éramos, estábamos al margen, incluso ligeramente por encima, de nuestro grupo de expatriados adinerados, teníamos cualidades especiales y se esperaba de nosotros que fuéramos considerados, si no provocativos; y cuando llegábamos a casa después de exhibirnos en público y nos lavábamos los dientes, uno al lado del otro, a la luz dorada de las bombillas que flanqueaban el lavabo, había veces que no podía evitar sonreír a nuestras caras, reflejadas sin máscaras en el espejo.

En Londres a nadie le preocupaba mi pasado ni los paisajes de necesidad y los recuerdos de subdesarrollo que se habían quedado enquistados en mi memoria. Era nuevo en la ciudad y me sentía mucho más relajado allí de lo que lo había estado jamás con los anglófilos de Delhi, siempre temiendo que se descubriera mi origen de casta baja o sufriendo la condescendencia con que me trataban tus

invitados del sur de Asia.

Y desde luego, como era el amante de más edad que habías tenido, rara vez tenía que impostar nada. La gente de tu clase veía con total naturalidad nuestra relación, tanto por su origen como por su cosmovisión, y eso contribuyó a que yo no llamara la atención.

Como mis orígenes habían desaparecido de la escena, me dediqué a observar lo que para mí era realmente exótico: miembros de grupos muy diversos desde el punto de vista racial y étnico, pero por lo demás extraordinariamente homogéneos; una población con identidades combinadas que superaban la organización geográfica, y en los que yo había empezado a fijarme mientras hojeaba la revista de British Airways en mi primer vuelo a Londres.

Nunca había visto las rutas del tráfico aéreo dibujadas en un mapamundi, saltándose despreocupadas todo obstáculo geográfico o frontera nacional. El mapa de la India, increíblemente arrugado, que colgaba en un árbol la maestra de mi escuela de primaria proclamaba una soberanía consolidada, con una Madre India revanchista que apretaba contra su pecho hasta a la Cachemira gobernada por Pakistán. Incluso en los atlas más sofisticados que vi de pequeño se quería potenciar la idea de algo fijo, consolidado y eterno, un rompecabezas donde todas las piezas encajaban, por muy deterioradas que estuviesen algunas.

Fue en este mundo casi coherente donde los angloindios de nuestra infancia se cambiaban la identidad. Muchachos que se llamaban Desmond o James y que de pronto anunciaban su marcha a Gran Bretaña, Australia, Canadá y Nueva Zelanda.

Los que se quedaban en la India al principio no les tomaban en serio. Eran estudiantes mediocres que solo sacaban buenas notas en inglés —comprensión y escritura— y que muchas veces no lograban aprovechar las ventajas de las «notas de gracia» que les ponían los profesores cristianos. Todo lo suyo, las faldas y los trajes de sus padres, de estilo occidental, sus LP de Cliff Richard y Bing Crosby, los salones atestados de fotos enmarcadas de sus parientes en Surrey y Sídney y libros de A. J. Cronin y Daphne du Maurier, o las cocinas que para el delicado olfato hindú apestaban a carnaza, era un símbolo del afán no disimulado de absorber el mundo blanco occidental.

Y aunque al marcharse prometieron escribirnos y enviarnos regalos estupendos de su nuevo hogar, estas últimas manifestaciones vivientes del imperio no tardaron en desaparecer en la Commonwealth y nunca más se supo de ellos (aunque Aseem recibió de un tal Adrian su famoso ejemplar de *Playboy* con Kim Bassinger en la portada).

Años después yo me había imaginado a aquellos angloindios caminando en fila por la pista de asfalto para subir a un avión, y luego bajar de este en un pueblecito inglés de libro de Enid Blyton: con su

campo de críquet todo verde, su *pub*, su gente amante de los perros y sus ciclistas en medio de la niebla, esas estampas rurales idílicas que siguen evocando los *torys*.

El mapa de las rutas aéreas de British Airways fue para mí una especie de introducción al cambio: mientras yo estaba haciendo esfuerzos por echar raíces en un pueblo pequeño, el mundo se había ido convirtiendo en un espacio altamente interconectado, y en ese ámbito cada vez más mezclado e irregular, el catálogo de identidades disponibles había aumentado su número de páginas.

Los yugoslavos ya no eran yugoslavos, los angloindios se habían extinguido, los hindúes de la India se habían convertido en la minoría más adinerada en Estados Unidos… Yo, sin embargo, pensaba que todo eso no representaba el mundo real, desbaratado y lleno de identidades escindidas.

A pesar de mi edad mi cabeza seguía viviendo en las ciudades pequeñas de los ochenta, cuando tras los pogromos antiminorías hasta los sijs de clase media se afeitaron la cabeza y salieron a las calles con la cabeza humillada; los musulmanes desposeídos, aunque continuaban luciendo largas barbas desafiantes, cada vez vivían más encerrados en sus guetos.

Para mí, tú y tus amigos de Londres representabais un tipo completamente nuevo de persona mundana, segura de sí misma, capaz de deshacerse enseguida de una identidad heredada o de exhibirla, según lo exigieran las circunstancias. Decías muchas veces:

—Los blancos piensan que soy la típica mujer musulmana que necesita que la rescaten. Quieren que escriba sobre cuestiones que interesan a los musulmanes. Me quieren colocar en el papel de víctima. ¿Es que no piensan que a lo mejor me importa un pimiento mi identidad musulmana?

Entonces hablabas de tu trauma infantil.

—A mi padre casi lo mata otro musulmán porque osó hablar en defensa de las mujeres musulmanas. Yo ahora no estoy metida en cuestiones de política de identidad. Me interesan los asuntos de justicia social… y para todos, no solo para los musulmanes y los indios.

Yo no era capaz de entender tu nomadismo social. Hasta que conocí a tus amigos y parientes. Aseem había hablado hasta la saciedad del hombre globalizado de principios del siglo XXI. Del hombre, pero no de la mujer: ahora me pregunto si para él, en su visión de una emancipación más amplia, las mujeres pintaban algo. Pero yo no me había dado cuenta de que el hecho de irse lejos de su tierra, para una minoría ínfima de la población mundial no era una

solución no deseada, sino un paso inevitable para escapar de una existencia imposible de soportar; era un modo de vida elegido, un movimiento compulsivo en un mundo al que la clase y la educación convertían en un lugar seguro para ellos, un lugar en el que no tendrían que arrastrar durante toda la vida los fracasos de una sociedad.

Me di cuenta de que, independientemente de sus orígenes ancestrales o su profesión, todos habían estudiado en universidades europeas o norteamericanas. También me llamaba mucho la atención que, como se casaban fuera de su entorno ancestral, muchos de ellos tenían hijos mestizos.

Pero lo que más me sorprendía era que esos beneficiarios del capitalismo global que disfrutaban en Londres plácidamente de su buena fortuna, parecían dar por hecho que la existencia multicultural era la norma. Y con su benevolencia soñadora habían imaginado un futuro que consistía en que cada vez más gente gozaba de mayor libertad.

Vivían en su propia versión de la casa que yo había visto, por primera vez en mi vida, en tu villa rehabilitada de Ranipur: techos altos, lucernarios, paredes pintadas de blanco, suelos de madera y lámparas colocadas estratégicamente. Libres de aparatosos muebles heredados, estos hogares donde normalmente pasaba el aspirador una inmigrante de la Europa del Este relucían cómodos y acogedores.

Pero con dos o tres pasaportes y varias cuentas de correo electrónico y de redes sociales cada uno, la gente de tu círculo parecía vivir en otra parte: en el Eurostar o el Heathrow Express, en habitaciones de hotel y salas de espera de clase *business*, recorriendo cintas transportadoras, subiendo y bajando escaleras mecánicas, cogiendo taxis y aviones (con ansiedad crónica por la huella de carbono, mitigada en parte al elegir vasos de café para llevar «respetuosos» con el medio ambiente).

Las casas donde vivían solían aparecer revueltas y mal iluminadas en Facebook, donde las fotos —tomadas con escasa pericia— de humus con forma de cráter con aceite de oliva flotando en el centro o de una bandeja de *brownies* de chocolate se alternaban con imágenes de bebés, niños pequeños, fiestas de cumpleaños, bodas, escapadas de fin de semana, recetas de Meera Sodha y refugiados detrás de una alambrada de espino acompañadas de muchos «me gusta», emoticonos y expresiones de efusividad verbal del tipo «¡Guapísima!», «Aw, gracias, ha sido estupendo que vinieras» o «La vergüenza de Europa».

Todos parecían estar amasando fortunas, que se añadían a su riqueza. Pero ese lado de sus vidas se mantenía oculto. Tal vez a mí me obsesionaba porque yo sentía con frecuencia la falta de unos

ingresos que me permitieran gastar lo que costaba la vida en Londres. Vigilaba mi dinero, que había ahorrado durante años de vida frugal en una aldea india y que se iban por el desagüe y, aunque no te dabas cuenta de que yo nunca cogía las cuentas desorbitadas del restaurante (que tú doblabas luego con cuidado para dárselas a tu contable), a mí cada vez me resultaba más violento depender de ti.

Yo me preguntaba qué pensabas de aquellas personas con las que te encontrabas en acontecimientos sociales, o si podía hablarte de ellas con franqueza. Tal vez me encontraras excesivamente callado cuando estábamos con ellos. Durante aquellos meses que pasamos en Kensington fuimos a tantas fiestas —a muchas más que durante el resto de mi vida—, que ahora todas se mezclan en mi mente, junto con los escenarios donde tenían lugar: restaurantes, clubs del Soho, oficinas de editoriales en Bloomsbury y The Strand, apartamentos privados en Ladbroke Grove e Islington y, una vez, una casa-barco en Chelsea. Sin embargo, recuerdo con total nitidez un *brunch* en Tower Hamlets un domingo.

Lo dan en un apartamento enorme, uno de los muchos que han construido en lo que fue una fábrica de prendas de punto. En la calle por la que pasamos hay muchos carteles de «Se Vende». Parece ser que es un distrito en plena gentrificación, pero aún quedan zonas sin explotar, suficientes para mantener los precios de la vivienda en un nivel razonable.

Una ventana ocupa la mayor parte de la pared que da al oeste, enmarcando los relucientes edificios de cristal de la City, y las lóbregas construcciones de ladrillo que se arraciman en torno a ellos. En una mesa larga de roble cepillado hay dos floreros de cristal tallado de los que emergen grandes lilium con estambres aterciopelados, ensaladas Ottolenghi con granada, chía y semillas de calabaza, garrofón con queso feta, buñuelos de calabacín con una salsa que tiene la textura del yogur, rebanadas de pan de masa madre, galletas saladas para acompañar un sinfín de salsas y quesos. El postre lo ha llevado una pareja australiana: un pastel de merengue con una bandera de papel en miniatura ondeando sobre trozos de fresa y kiwi.

Hay niños por todas partes: bebés en sus carritos, niños pequeños que están aprendiendo a andar, y deambulan entre la multitud sin que nadie les preste atención, empeñados en buscar por todas partes algo que les entretenga. Sus pasitos en zigzag hacen crujir el parquet.

Aseem conocía a nuestra anfitriona. Había estado en uno de sus festivales: una abogada defensora de los derechos humanos muy beligerante que había seguido el rastro de las víctimas de una masacre de Modi en los Estados Unidos cuyos saris de Cottage Emporium de colores vivos, su enorme *bindi* rojo, sus brazos cargados de pulseras y su voz áspera en la NDTV nos dieron una vez la esperanza de que

había una posibilidad de justicia.

Ahora trabaja para una ONG de derechos humanos, tiene el pelo blanco y sus ideas políticas de izquierda indignada han quedado atemperadas por las rutinas de la abogacía profesional y por el matrimonio con un inversor iraní divorciado.

Es entusiasta vocacional.

—Me encanta Simla —me repite cada vez que nos vemos.

Este pequeño subterfugio me hace sentir muy incómodo, pero en Londres respondo a todo el que me pregunta que vivo en Shimla. Una vez tú me oíste decirlo, y te expliqué: «Bueno… Shimla da más juego en una conversación social que Ranipur».

Nuestra anfitriona continúa:

—Nosotros pasábamos las vacaciones de verano en Simla, en un bungaló enorme que tenía las mejores vistas del mundo.

Dice el nombre de la ciudad con la pronunciación británica: Simla. Dice también «Bombay», «Madras» y «Calcuta», y yo no puedo evitar sentir una punzada de afecto hacia ella. Cada vez quedamos menos personas que usan los viejos nombres de las ciudades indias.

Su marido, un hombre panzudo con el pelo alborotado y una sonrisa perpetua en los labios, bajo la nariz de halcón, está obsesionado con los aparatos, como les sucede a tantos hombres de origen humilde. Constantemente me alecciona para que —entre otras cosas— cambie de iOS a Android y de iPhone a Samsung Galaxy, aunque ya le he dicho en numerosas ocasiones que yo nunca he tenido un aparato de Apple.

En esa ocasión le digo que no necesito Google Home porque en tu apartamento tienes Alexa, y no veo necesario montar unos altavoces Sonos encima de tu viejo equipo de hi-fi.

Dice (repitiendo, otra vez):

—¿Qué le ha pasado a la India? Nosotros, en Irán, siempre mirábamos hacia la India. Era la tierra de Gandhi y Nehru, la única democracia real del mundo poscolonial…

Esta solidaridad compatriota normalmente me incomoda, sobre todo si viene de miembros de élites suplantadas para los que siempre fueron mejor los tiempos en que mandaban ellos. Pero hoy este iraní parlanchín y sin embargo encantador añade, inesperadamente, con su voz ronca:

—Lo que quiero decir es que ahora mismo, mientras estamos hablando, están linchando en la India a un pobre musulmán.

Y yo siento una punzada de dolor. Tiene razón: ¿por qué la tierra de Gandhi y Nehru se ha vuelto tan sórdida?

En Londres cada vez siento con más intensidad que mi patria se me ha pegado a la piel como el polvo del carbón. Estoy obligado a decir

algo. De mi boca sale una frase inane:

—Yo creo que empezó a pudrirse con Indira Gandhi.

El volumen del alboroto sube y el iraní se distrae. Se oyen risas y gritos junto a la puerta: acaba de llegar otra tanda de invitados.

Aprovecho la ocasión para cambiar de emplazamiento, y oigo a la abogada decir:

—Lo siento muchísimo por gente como Priti Patel o Nikki Haley, Tulsi Gabbard o Kamala Harris… Parece que estamos destinadas a que nos gobiernen indios de derechas también fuera de la India…

—¿Harris? —pregunta alguien—. Por lo que yo sé, es de izquierdas.

—No para la gente que ha estudiado su historial como fiscal —rebate la abogada.

—¿Sabéis una cosa? —salta alguien que está detrás de mí—. Yo conozco a una persona que iba al colegio con Priti Patel. Le hicieron un *bullying* horrible… La llamaban Patel-nada-*pretty*.

—Eso no justifica nada. Por no hablar de su crueldad con los inmigrantes.

Los invitados de esa fiesta son las típicas amistades que les gusta adoptar a los indios y a los iraníes. Reconozco a una crítica gastronómica bangladesí y paso un momento incómodo porque cuando me la presentaron me dio un beso fuerte y húmedo en cada mejilla, y lo vuelve a hacer cada vez que nos vemos. Tiene un blog sobre la comida ética. Reconozco, sin darle importancia, que me gusta el café y eso le motiva a enviarme varios correos electrónicos con enlaces a establecimientos de comercio justo y mercadillos de productos agrícolas.

No hace mucho ha anunciado su embarazo en una entrada larguísima de Facebook. Concibió al bebé con su marido pakistaní en Tánger, en una villa propiedad de un famoso fotógrafo británico. Ella y su marido, que es cirujano, piensan volver en Navidad, pero antes harán alguna que otra escapadita de fin de semana a Creta.

—El agua del mar está caliente hasta mediados de noviembre, y es una forma estupenda de gastar los puntos acumulados en las tarjetas de las líneas aéreas. A estas zonas de Europa British Airways tiene vuelos disponibles aunque sea para el día siguiente… Así te libras de viajar con ese horror de Ryanair.

Tú hoy estás algo eclipsada por una escritora de Marruecos que ha venido con su amiga modelo, una de las dos personas blancas que hay en la sala: es una mujer muy alta, con cara aniñada y unas gafas con montura extragrande que le dan aspecto de niña disfrazada de abuelita.

Hace tiempo la marroquí te estuvo acosando para que retuitearas sus artículos de BuzzFeed sobre los fundamentalistas del norte de África. El éxito inesperado que tuvo en Francia un libro suyo sobre la forma en que las políticas identitarias están minando la democracia laica ha hecho que la autora sobresalga entre el resto de los tuiteros. Incluso ha articulado desde su nueva plataforma algunos ataques contra Black Lives Matter por fomentar la polarización racial y, en consecuencia, dar más apoyo a Trump.

—Si alguien le dijera esto a la cara se quedaría horrorizada, pero ahora no puede ser más de derechas —dijiste—. A los franceses les encanta, y ella se cree que es por sus principios laicos. Pero la adoran porque es una islamófoba.

Y añadiste:

—Aunque es cierto que, en cierto modo, es original. El *establishment* blanco quiere que sus informantes orientales favoritos parezcan nenas.

La marroquí es nueva también en nuestro círculo, con lo que todo el mundo se muestra extremadamente agradable con ella.

—El problema de Facebook —está explicando a su audiencia— es que nunca pierdes de vista a tus ex. Siempre salen por algún lado.

Todos los que la rodean sonríen con cortesía, pero se nota que están pensando: «¿Cuántos ex puede tener esta chica?».

Vuelvo a pensar que el mundo es seguro para los que son guapos.

—Estoy deseando leer tu libro —te dice.

—Ah, probablemente será un gran fracaso.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno… a nadie le interesa ya la India ni sus habitantes. Cada uno tiene en su casa bastantes problemas de los que ocuparse.

La marroquí, incapaz de leer el cartel en negrita que dice «¡Dame la razón, por favor!», continúa hablando:

—Pero ¿no es cierto que Netflix y Amazon Prime están gastando miles de millones de dólares en la India?

Y hunde en el humus una galleta salada mientras espera tu respuesta.

Me siento algo tenso. Suele ocurrir que te propones adivinar cómo será tu futuro de escritora comparándolo con el progreso de tus semejantes: por qué un libro sobre indios americanos ricos solo se ha aceptado para publicación en la India, mientras tu compañera de la universidad, Sonia, ha vendido el suyo sobre las actitudes de los británicos hacia su imperio, en varios territorios e idiomas. Y no hace mucho te has ofendido con la decisión de HBO de comprar los derechos de una tetralogía policíaca escrita por alguien que conoces de cuando estuviste en televisión.

La situación se salva porque llega la otra persona blanca que hay en la habitación: el marido de la mujer vietnamita-australiana que trajo la tarta de merengue. William, un hombre con el pelo plateado peinado hacia atrás, acaba de pasar dos semanas en Sri Lanka recorriendo plantaciones de té en busca de un nuevo proveedor para sus *delis* «boutique» de Sídney y Melbourne.

—Es gente absolutamente maravillosa —dice—. Son tan amables… No están maleados.

Y tú reaccionas. Has trabajado en Sri Lanka para Amnistía Internacional y has catalogado los crímenes de odio contra los tamiles.

Te suena el teléfono; lo abres y me muestras la pantalla con una sonrisa cansada: es un periodista blando y libidinoso de una revista de moda y literatura de Mumbai que quiere que escribas un artículo sobre tus días de modelo. Dejas que suene el teléfono hasta que se para, y lo vuelves a meter en el bolso.

Oigo hablar a un académico estadounidense de origen indio, quejándose del racismo que impera en Oxford y Cambridge. Es un hombre de pequeña estatura, canoso, con una sonrisa incierta bajo un bigote negro muy poblado y aspecto de estar continuamente avergonzado, aunque no en su perfil de Twitter, donde su empresa consiste en detectar infracciones morales. De vez en cuando anuncia en Twitter que se va a tomar un descanso largo y necesario para trabajar en su libro, pero vuelve a los pocos días para alertar a sus seguidores, según afirma, de una atrocidad nueva y de gran importancia, normalmente de índole racial: la última ha sido la persecución de Meghan Markle por parte de la prensa británica.

Me retiro, como suelo hacer, al cabo de una hora. He recorrido los estantes de las librerías suficientes veces como para aprenderme de memoria el lomo de todos los libros que voy a encontrar allí, y me resulta algo inquietante el desfile de sonrisas forzadas y abrazos a la luz del flash de las fotos que hay en la repisa de la chimenea, fotos de amigos y parientes de todo el mundo.

Prefiero quedarme en un rincón estudiando las fotos enmarcadas en sepia que hay en las paredes: son de la familia del iraní, tomadas en Irán. Fotos de boda con los bordes dentados, impresas en heliotropo por el fotógrafo, de abuelos de clase media baja en los años cincuenta, o una pareja en actitud solemne, de pie en una alfombra de Qashqai y con una cortina de terciopelo frente a sus ojos enormes, que miran fijos.

Detrás de mí se oye un crescendo de quejas y respuestas a las quejas que ahogan el sonido de la música de rap del iraní.

Te veo hablando, diciendo:

—Arun no se puede creer la cantidad de *hipsters* con barba que hay en Londres.

—¿Pero aún quedan *hipsters*?

—Las noticias son cada vez peores.

—Es tan buena… solo con mirarme supo, de un vistazo, que yo estaba en esa fase de mi vida en la que uno necesita alegrías.

—De todos modos, si es cierto lo que dice Harari, ya no hay solución para la humanidad, así que por qué…

—Yo siempre pienso «Cuando pase Navidad no creo que tenga precisamente cuerpo de playa».

—Lo que quiero decir es que ya no reconozco a mi país. ¿Quiénes son todos esos *torys* que votaron por Boris Johnson?

—Tú estás en Stoke Newington, ¿no? Acaba de trasladarse allí un primo mío. Hay unos restaurantes indios, del sur de la India, estupendos.

—A mí me parece que está muy claro: los populistas son una amenaza letal para la democracia liberal multicultural.

—Airbnb debería tener un adaptador para *smart-TV*. Yo no puedo pasarme sin la basura de Netflix en ningún sitio al que vaya.

—Mejor míralo así: es una batalla entre los taxistas *cockney* y los mohammed de Uber. Y ganan los nativistas.

—Puede que Rebecca Solnit sea la excepción, pero las feministas blancas son las que están propiciando el neoimperialismo.

—¡Vamos! Sonos es una señal inequívoca de la crisis de la mediana edad.

—Esa mujer consiguió mil retuits en cinco minutos.

—¿Dices que Michelle Obama es feminista porque es negra?

—Esa nueva promoción de villas tiene adaptadores para *smart TV*.

—Lo siento mucho, pero Michelle Obama es la mujer de un tipo que todas las semanas elaboraba una lista de la gente que había que matar con drones. Para mí es como una de esas esposas de la mafia que van al club de lectura en *Los Soprano*.

—Acabo de oír en la radio, cuando venía hacia aquí, que el gobierno está devolviendo a otro grupo de personas al Caribe.

—Ahora los escritores están demasiado expuestos. Han perdido su aura.

—Brick Lane ya no es el lugar que muestra la novela.

—La culpa la tienen estos festivales literarios. Convierten a todo el mundo en monos de feria.

—Si lo que buscas es crudeza, vete a Yakarta.

—¿Acaso no es eso lo que hace el nuevo capitalismo? ¿Convertir a los novelistas en proveedores de contenido para consumir en la playa?

—Y KL[10] con sus centros comerciales para distintas clases es una experiencia que no vivirás en Occidente.

—Me gusta que exista, pero Arundhati Roy es demasiado radical para mí. Prefiero a Chimamanda.

—Es un sitio… de transición. Como Crown Heights.

—Me doy cuenta de que no estaba en lo cierto cuando dije que Meghan Markle iba a politizar a la familia real.

—Estos anuncios que ponen en televisión de India Increíble son para vomitar.

Todas estas aseveraciones, grandes o pequeñas, y todas esas frases que empiezan con «Creo que», «No, no estoy de acuerdo con eso», «Cómo puedes creer algo así», «La verdad es que me parece que hay algo más»… Son demasiado agresivas o demasiado defensivas: actitudes bien conocidas incluso por quienes las dan por hechas.

Ante la homogeneidad de los asistentes me acuerdo de un club para caballeros de Covent Garden al que fui contigo en una visita breve, para ver a tu agente literaria. Nos metimos en el salón de fumadores y vimos un montón de hombres mayores inmóviles en sus sillones de cuero bajo una enorme araña de cristal, algunos escondidos tras el periódico que sujetaban con sus manos temblonas, otros murmurando o intentando oír lo que murmuraban otros, acercándose la mano al oído.

Fue un vistazo rápido, pero bastó para darme cuenta de que allí, en esa asamblea inmóvil de hombres con título nobiliario —una especie casi extinguida—, directores de banco, ejecutivos de empresas jubilados, altos funcionarios y editores, allí estaba el verdadero poder, acumulado a lo largo de los siglos, que se sentía sin necesidad de proclamarlo en voz alta.

En contraste, la mayoría de las personas presentes en el apartamento de Tower Hamlets parecen esforzarse mucho en dejar claro su compromiso político e ideológico, y la importancia que tienen. Y parece también que aparte de en proclamar sus virtudes de liberales de izquierda, consumen toda su energía en la lucha por hacerse un nombre y vivir bien, y por combatir cualquier sospecha de fraude que puedan sentir.

Aseem se puso muy pronto contra esos liberales blandos y bien criados de las historias de Turgenev, y forjó su identidad en oposición a ellos. Pero luego se les unió, mediante sus revistas y festivales de ideas y sus plataformas y redes sociales, dejando a otros la tarea de informar sobre la respuesta violenta y nihilista de los que tienen un capital social y cultural inferior.

Mientras estuve en Londres cogí la costumbre de meterme en Facebook con un perfil falso para leer las entradas de Baba. A ti no pareció interesarte mucho: cuando te lo dije, me respondiste que Facebook era para los viejos y yo no añadí que en su casa-tienda con vigas oscuras de madera llenas de hollín, un tejado cargado de helechos y unas paredes de piedra muy gruesas, tan mojadas que convertían periódicamente los cables eléctricos en fuegos artificiales, él se las había arreglado para conseguir una conexión de banda ancha para su línea telefónica y, cumplidos los ochenta años, volvía a poner en marcha su corazón patriarcal delante del ordenador, varias veces al día.

No decía nada del deceso de su primera esposa, pero desde la reelección de Modi su página se había transformado en algo parecido a un altar chabacano de la carretera, donde todo el que pasa deposita una guirnalda. «Modi es positivo para la grandeza de la India», comentaba uno. «Una victoria para el hinduismo», sugería otro. Y el propio Baba saludó, erróneamente, al «primer mandatario de la India de casta baja».

Las palizas en masa que Modi dio a los habitantes de Cachemira provocaron más celebraciones, teñidas de maldad: las propuestas que se aireaban, «matad a los musulmanes, los libtardos, los *naxals* urbanos y los antinacionalistas» o «Enviad a Sonia Gandhi al Vaticano» recibían muchos «me gusta», pero la mayor parte de los que comentaban parecían poseídos por un profundo éxtasis.

Yo me imaginaba a mi padre con su cara enorme, arrugada y barbuda completamente inexpresiva en su foto de perfil, leyendo emocionado todo lo que se decía contra los libtardos; no ha conocido a ninguno, es incapaz de pronunciar correctamente la palabra, pero les culpa de haber abierto la mano con las minorías.

Ahora, como tantos otros que en los últimos tiempos han caído bajo el hechizo de Internet, se considera participante fundamental de muchos acontecimientos importantes, y no un simple espectador. Tal vez ese ha sido otro de los crueles trucos de la historia: hacer que la gente se haga ilusiones de participación y empoderamiento.

Pero era fácil juzgar la Modimanía de Baba con demasiada dureza. De todos los millones de ciudadanos que fantasearon con la gloria nacional y con perseguir con frenesí a los enemigos del pueblo, él era uno de los que había conocido, durante un tiempo nada breve, lo que era la verdadera degradación individual.

Y Aseem y su revista no podían pasar por alto el hecho de que los *dalits* más pobres conformaran las hordas que violaron a las mujeres embarazadas de Gujarat en 2002 y luego les abrieran el útero con *trishulas*. Ahondó en esta catástrofe moral organizada y supervisada por el primer ministro en su última novela. No era capaz de ver que

un líder había dado a lo más bajo de la casta más baja una oportunidad única de movilidad social, y ellos lo habían aprovechado así.

Supongo que entenderás por qué la impresión más profunda que me causaban tus amigos de Londres era la de ingenuidad. Sumidos en el pánico político y en las cloacas de la información por la cuestión del Brexit y la elección de Trump, se convirtieron en visitantes compulsivos del *Guardian* y el *New York Times* en formato digital; se enviaban unos a otros mensajes donde comentaban los artículos de Fintan O'Toole y las noticias que estaban a favor de la permanencia, formando hilos tan largos que mi lista de correos electrónicos aparecía hipertrofiada una mañana tras otra.

Sus nuevas pasiones políticas aún no se habían endurecido tanto como para caer en el victimismo —ese incomprensible victimismo de las élites— y seguía siendo imposible distinguirlas de la emoción del activismo virtual. Yo me sentía más afín a su arrogancia que a la de mi padre: seguir blogs de noticias en directo y publicar opiniones cáusticas en las redes sociales contra los libtardos o los supremacistas étnicos y raciales también era una forma de participar en la historia.

A fin de cuentas, y a diferencia de las de mi padre, sus exigencias eran impecables desde el punto de vista moral: pensaban que la vida plena y placentera que habían conocido no solo debía continuar, sino ampliarse para que otros la pudieran compartir con ellos. Sus padres y abuelos habían hecho mutis discretamente de una historia que convulsionó sus continentes ancestrales, y habían emigrado a Occidente. Dos décadas allí de ascenso sin obstáculos les había convencido de que la historia, que en algunas zonas de Asia y África seguía siendo de una furia destructiva, había terminado, al menos en su nuevo —y confortable— hogar. Cómo no iban a estar confundidos por la nueva erupción volcánica que protagonizarían en el corazón del Occidente moderno.

Tal vez, al convertirse rápidamente en algo más que nada —parafraseando la cita favorita de Aseem— no habían tenido tiempo de ver cómo había llegado el mundo a ser aquello que es ahora: un lugar donde la gente podía encontrar buenas razones para adherirse a injusticias evidentes o donde era fácil de convencer con falsedades transparentes.

A mí rara vez me preguntaban por mi origen o por mi trabajo. Los pocos que se molestaban en hacerlo veían en mi pasado la vaga presencia de la escasez material —una idea que tal vez les sugeriste tú — y debían sentirse algo incómodos.

Cuando me presentabas tú decías, algunas veces, que era traductor, y que difundía noticias literarias de la India que la mayoría de los

novelistas y periodistas ignoraban. Al escribir sobre las élites globales corruptas tú también me veías comprometido en una ardua tarea por mostrar, para sacar a la luz una realidad suprimida o ignorada ante un mundo al que no parecía importarle gran cosa.

Me mirabas con una leve expresión de ánimo, quizá esperando que yo dijera algo para erigirme en esa persona de la que pudieras estar orgullosa. En una ocasión dije: «Sí, es fascinante la cantidad de riqueza escondida que encierra la literatura en cualquier idioma indio; damos demasiada importancia a lo que se escribe en inglés», pero te hice un guiño virtual por tu noble descripción de mi tarea.

Mi trabajo no transmitía con claridad la naturaleza no mimética de la ficción que yo traducía y me recordaba a Aseem cuando con toda justicia reclamaba que su trabajo tenía una urgencia periodística, dejando en segundo plano a la literatura.

Me alejé también de la visión que tú tenías de nosotros dos contra un mundo inhóspito, porque chocaba con mis propios deseos, enterrados a gran profundidad hasta el momento en que te conocí, y llegué a experimentar el orden exquisito de la riqueza que permite llevar una vida un poco más cómoda y, desde luego, mucho menos tensa.

No podría confesar mi deseo de aferrarme a lo que en tu caso era el destino, un modo de vida creado por tus antepasados y que tú habías optado por poner en cuestión. Ni tampoco decirte, sin parecer cínico, que era la generosidad nacida del «sufrimiento de otros» la que sostenía las protestas contra la opresión y la desigualdad.

En cualquier caso, dudo mucho que tu forma de presentarme se quedara en la memoria de alguno de tus conocidos de Londres.

—Te respetan de verdad porque ofreces una perspectiva nueva —dijiste.

A veces me citabas en esos encuentros dominicales cuando hablabas de nuestra conversación sobre los restos de Ranipur en el Hotel Kipling; era la lucha por asumir el papel de «experto en la India» en esa división entre lo rural y lo urbano que había culminado con el Brexit y Trump.

Pero yo no estaba tan seguro. Cuando daba mi opinión me preocupaba que quienes me oían pensaran que era uno de esos restos; no parecían conocer a nadie que estuviera familiarizado con el fracaso, y probablemente lo consideraban una especie de fallo moral.

Tanto si me respetaban como si no —tú siempre eras excesivamente generosa—, todos parecieron asumir, seguramente ayudados por ti, que yo era uno de tantos escritores a quienes los recientes atropellos políticos habían empujado al activismo.

Quizá incluso fomentaste el malentendido. Habría sido muy difícil

dibujar una imagen realista de mi vida para que ellos la entendieran, incluso para que la entendiera yo.

18

Cuando nos acercábamos al final, a medida que mi miedo a la irrealidad que me rodeaba o que sentía dentro empezaba a convertirse en pánico, empecé a dar cada vez más vueltas a lo que pensabas de mí.

—Las mujeres pueden volverse deliberadamente ingenuas cuando están con un hombre —dijiste una vez, hablando de uno de tus novios —. Son capaces de sacrificar todas sus habilidades cognitivas.

Empecé a preguntarme si era ese tipo de ingenuidad el que sostenía nuestra relación.

En todos los actos sociales, cuando te veía rodeada de hombres más jóvenes, con más talento y más atractivos que yo, dispuestos a ligar contigo, siempre sentía una punzada de inseguridad: me cuestionaba si estaba a la altura de tus expectativas.

Así que me hundía en la amargura, pensando que el papel que yo desempeñaba en tu vida era el de añadir cierto relieve a tu autoconcepto, que te acompañaba en el recorrido de tus pasiones como si fuera tu asistente personal y que nuestra relación era, simplemente, uno de los muchos episodios que jalonan la vida de una mujer rica y hermosa.

Me inquietaba que nunca hubieras mostrado interés en mi pasado, ni en el de Virendra, que te habían encargado investigar. Aunque intenté pasarlo por alto no dejaba de repetirme que ni siquiera habías leído la nueva novela de Aseem. En ese estado, con la sensación de estar pasando una prueba, trataba de convencerme de que estabas demasiado preocupada por convertirte en lo que deseabas ver, de ti, en los ojos de otros.

Trataba de convencerme de que tu imaginación era capaz de expandirse y albergar únicamente causas políticas de gran calado: la pobreza, la injusticia, el imperialismo y el neoliberalismo. Las experiencias individuales o las cosas más palpables, como las tribus que vivían agazapadas entre el polvo de tu villa, eran cuestiones menores.

Te quejabas, incluso, de que tu aspecto físico te importaba más que nunca —aunque aparentabas menos de los treinta y cuatro años que

tenías— y de que te parecía que nunca habías dedicado tanto tiempo a arreglarte en ocasiones anteriores, cuando estabas en Londres. Y entonces fruncías los labios aún más, cuando te los pintabas.

Ese estado de semihostilidad que escondías se disipaba en cuanto volvías a mi lado, y tu cara luminosa era la prueba de tu afecto. Un día me cogiste la cara entre tus manos como habías hecho la primera vez en Pondichery y dijiste:

—Nunca he sentido con nadie esta conexión que siento contigo, Arun. Es como si hubiera pasado toda la vida esperándote.

Era un sentimiento tan enfático, una expresión tan completa de fe, que yo también quise decir algo que estuviese a la altura, tan conmovido como asustado por tu capacidad de amar y confiar.

—Todos los demás, los hombres que hubo antes —dijiste en otra ocasión—, eran seres vacíos, sin nada dentro. Sin una conciencia profunda.

Eso me tranquilizó, y murmuré algo así como que eras muy buena, pero nunca hubo nada en el mundo tan seguro como el famoso «lo nuestro no terminará nunca; un día nos casaremos, tendremos hijos y formaremos una familia». Y en esos momentos, aunque yo sintiera que estaba en el centro de tu vida, me seguía fastidiando la intuición de que no podía acercarme más a ti. Y que era más culpa mía, bien lo sé, que tuya.

La vida siguió adelante; los golpes y las sacudidas de tu cinta de correr por las mañanas, y los gritos del vendedor del *Evening Standard* por las tardes y las noches eran una especie de marco acústico para esa situación de cómoda inercia en la que nos habíamos instalado.

Dijiste que te daba mucha paz sumergirte en el aura de mi trabajo silencioso. A mí me pasaba lo mismo. El silencio quedaba roto a veces cuando leías en alto tus borradores y yo captaba alguna frase como «En el IIT, Virendra había luchado mucho por dejar atrás un pasado de pobreza y discriminación; en Nueva York no tardó en sucumbir a la corrupción de la élite global».

Las cosas no eran tan simples. Recuerdo un incidente que me contó Aseem: Virendra había decidido pagar a una informante sénior de McKinsey, una brahmana, una comisión de dos millones de dólares tras un momento de bonanza en el mercado de valores. Como quería abonar esa suma sin pagar impuestos ni someterse a un escrutinio poco agradable ante las autoridades estadounidenses, abrió una cuenta en Suiza, en Credit Suisse, a nombre de la criada de la brahmana.

Morgan Stanley, que tenía que transferir el dinero a Suiza, quería una prueba de que el titular de la cuenta no tenía residencia en Estados Unidos: una copia del pasaporte autentificada por un notario,

facturas originales de las empresas de servicios públicos, extractos bancarios… Virendra tuvo que pedir a Aseem que activara sus redes en la India: correos electrónicos y llamadas de teléfono a un banquero de HDFC en Mumbai, un notario de Delhi y un ejecutivo de Vodafone, todos habituados a moverse en el lado oscuro de la ley. Abrieron una cuenta bancaria en la India, contrataron una línea de móvil y presentaron los documentos visados por un notario en un plazo de tres días, todo ello sin que tuviera noticia alguna la titular de la cuenta, la empleada de hogar, una mujer analfabeta y de casta baja, originaria de la zona oriental de Uttar Pradesh y que vivía en el edificio anexo, destinado al servicio, de la mansión de una brahmana en Greenwich, Connecticut.

Estos detalles parecían ser fundamentales para apuntalar tu historia, aunque no dejabas de cambiar de idea al respecto: unas veces era una historia secreta de la globalización de la Nueva India; otras, un relato de sus «hombres vacíos». Como vivías en Londres y en las redes sociales, entre encarnizadas guerras culturales de raza y género, crisis del clima y del medioambiente, y te alimentabas de la hostilidad generacional hacia los villanos de extrema derecha que estaban en el poder, al final te decantaste por convertir tu libro en un panfleto político, un careo entre la izquierda, con su superioridad moral, y la derecha corrupta.

Querías que tu libro le cantara cuatro verdades al poder, y yo estaba convencido de que no podía decirte lo que pensaba: que el poder ya conocía las verdades y, de todos modos, quizá no estuviera muy interesado en escucharlas.

Una vez me preguntaste:

—¿Y si el libro no funciona?

Lo dijiste con un tono algo frívolo, seguramente para esconder el miedo que sentías.

—Y aunque funcionara… ¿Quién iba a comprarlo?

Recordé entonces lo que había dicho Aseem: «Es un tema muy acertado. El público suele perdonar a los muy ricos la mayor parte de sus faltas salvo una: que dejen de suministrarle su dosis habitual de drama y escándalo».

Pero no supe qué decir. Pensé en algo como «¡Por supuesto que funcionará!» y me decanté por otra frase lapidaria:

—Si sigues trabajando, funcionará.

No sabía entonces que yo escribiría algo parecido al libro que tú no querías escribir: la historia de los hombres vacíos.

Fuiste a Estados Unidos a hacer más entrevistas. Yo seguía trabajando a toda máquina en una traducción que nunca debí aceptar,

deshaciendo un enredo tras otro, siempre con la sensación de que la solución estaba fuera de mi alcance. ¿No te conté que había vuelto a estudiar francés con ayuda del Duolingo? Tantos años después de mi primer intento en el IIT me di cuenta de que el estudio de un idioma que era más preciso que el inglés y el hindi ejercía un efecto balsámico.

En Whole Foods encontré un *dal* ya preparado que, si le dabas el punto justo de microondas, se parecía mucho al que hacía mi madre. Fui al oculista y averigüé que necesitaba gafas para leer. Cuando hablamos por Skype tú dijiste que me daban un aspecto distinguido y volviste la cabeza. Me contaste que tenías el cuello muy rígido de tomar notas a toda prisa.

Te conté que por fin había leído *Un recodo en el río*, en una edición de bolsillo de Picador ya amarillenta que encontré en tu biblioteca, con el nombre de tu padre escrito dentro con una letra muy elaborada, y me di cuenta de que todo eso de pisotear el pasado que siempre citaba Aseem —y que decía que era de Naipaul— lo dice un personaje de la novela que acaba mal.

—Siempre descubres cosas así en Londres —dijiste.

Sostenías que Londres sacaba un lado de mi personalidad en el que ingenuidad y cosmopolitismo formaban una combinación encantadora.

Empecé a decirte que tendría que haber leído antes *Un recodo en el río*, y que Naipaul me sorprendió: no me parecía tanto un prototipo del hombre globalizado como un cantor de elegías a los hombres vencidos y ultrajados. Pero temiendo tu oposición política al autor decidí callarme. Después añadiste, cambiando de tema:

—¿Sabes? Después de hablar con Virendra he vuelto a pensar que deberías escribir tus memorias.

—No se me ocurre nadie a quien pueda interesarle mi vida —dije.

—Pero tienes mucho que decir: de otras personas, de la India, de todo…

Hablamos de ello un rato, de libros que era mejor que se quedaran sin escribir. Te quedaste helada cuando te conté que me había encontrado con tu agente en Oxford Street, y que me había evitado.

En tu ausencia me di cuenta de que me fijaba más en los diversos sonidos electrónicos de tu apartamento: la lavadora al terminar el programa, el *uoooosh* del hervidor, Alexa diciendo algo sin que nadie preguntara, en medio de la quietud total y milagrosa. Y aunque siempre decía «Lo siento, no puedo ayudarte», me di cuenta de hasta qué punto mi mundo se había llenado de facilidades.

Cuando volviste de Estados Unidos traías noticias de Siva y

Virendra. Este último te contó muchas historias sobre los abusos que sufría en el centro penitenciario de Massachusetts donde estaba. Aunque ya sabía que los esfuerzos institucionales de ese país por hacer cumplir la ley son abiertamente racistas, su experiencia le había sorprendido mucho. Había hecho un voto: cuando saliera de allí dedicaría su vida a combatir el racismo estructural estadounidense. También estaba decidido a batallar contra los hindúes de castas altas que mandaban en Cisco, Apple, Google y Facebook, y que discriminaban a los empleados de casta baja.

Habló emocionado de la estupidez más grande que había hecho en su vida: tomar como referente a hombres como Rajat Gupta —que acababa de salir de la cárcel— y otros indios americanos igual de resueltos. Siva se había vuelto filosófico durante su encierro, y pedía traducciones del *Bhagavad Gita* y los *Upanishads*. Me contaste también que tu hermano se había vuelto, por fin, contra Trump.

En Londres llovía sin parar, lo que aumentaba el abatimiento que infundían las noticias sobre el Brexit y la posible entrada en el 10 de Downing Street de una fantasía de Churchill con el pelo enloquecido. Tú te lo tomabas como una derrota personal.

Nos dejamos atraer por los lugares soleados del otro lado del Canal.

—Vámonos a Venecia —dijiste mientras transcribías tus entrevistas.

Y eso hicimos. Aún participábamos de la actitud que tú y tus colegas extranjeros teníais ante la experiencia, esa pródiga convicción de que una realidad puede cambiarse sin más por otra, mucho más cómoda: una mañana lluviosa y gris de Kensington por la incandescente San Marcos, donde dos adolescentes con gafas de sol y pantalones muy cortos se mostraban terriblemente indecisas en un puesto de helados —¿pistacho o fresa?— mientras una mendiga con un pañuelo a la cabeza, anudado bajo la barbilla, se sentaba en una callejuela lateral, a la sombra.

Cogimos una góndola para ir al Lido desde el desmesurado Hotel Danieli, que tú te habías empeñado en pagar y donde yo te veía, incómodo, derrochar el dinero en las recatadas canciones que interpretaba un trío en el vestíbulo.

Recuerdo bien aquella tarde, en una cinta de arena blanca bajo un cielo que parecía de latón, rasgado y arañado el aire por el griterío sin eco de los niños italianos con sus triciclos, las voces de los jóvenes jugadores de voleibol, la risa de los espectadores que se habían sentado en el muro del paseo marítimo, con las piernas bronceadas colgando sobre la arena.

Yo tenía detrás una bandera que aleteaba melancólica, aunque no corría brisa. Te fuiste a dar un paseo. Yo me quedé tumbado en la

toalla, sobre la arena blanca y fina, contemplando a los masajistas de Guangdong, muy bajitos, que pasaban entre las filas de bañistas sonrosados, prácticamente golpeándoles con sus menús bilingües plastificados; contrastaban con los somalíes, altos y ataviados con túnicas, que se quedaban junto a la orilla ofreciendo réplicas de bolsos de Louis Vuitton con gestos gráciles que atestiguaban su total falta de esperanza.

Unos y otros se acercaban a las figuras recostadas en éxtasis, que les recibían levantando apenas la cabeza y haciendo un movimiento desdeñoso con la mano. Extrañamente dolido por la escena, imaginé cómo serían las guaridas de aquellos chinos y africanos, los alojamientos de los que salían todas las mañanas de aquel verano a la fuga con su carga de bolsos y mochilas al hombro y en los brazos, haciendo los últimos intentos fútiles de la temporada.

El coro de chillidos emocionados de niños y adolescentes subía y bajaba de volumen, hasta que desapareció; la bandera siguió golpeando y emitiendo crujidos. Yo empecé a pensar, no sé por qué motivo, en aquellas primeras horas de expectación contigo en Pondichery: los obstáculos absurdos que la amargada de la recepcionista nos ponía en el camino, el joven cajero libidinoso que me cobró en la farmacia, y el director del norte de la India, mucho más agradable, que nos preguntó por qué no nos habíamos apuntado a alguno de los cursos de yoga y meditación que ofrecía el establecimiento.

Como transportado por la máquina del tiempo, un contingente de jóvenes indios completamente vestidos cruzó una y otra vez el horizonte.

Parecían algo perdidos, como si buscaran algo o a alguien. Sus voces, con acento de punjabi, eran un bálsamo. En la neblina de mi ensoñación me sentí muy cerca de ellos: *desis* como yo, habitantes de Ludhiana y Amritsar desplazados, buscando una señal conocida que les guiara hacia su casa.

Luego me di cuenta de que dos de ellos te estaban grabando subrepticiamente con el móvil cuando cruzaste la playa abrazando la línea del agua, con movimientos que parecían de anuncios de bañadores y *resorts* de playa: una promesa de opulencia.

Y cuando te giraste y, con una ola, comenzaste a caminar hacia donde yo estaba, los tipos me miraron con expresión ambigua de extrañeza, entre el desprecio, la lascivia y la sospecha.

De regreso a Venecia, después de una travesía amenizada por una fuerte tormenta típica de finales de verano, el *vaporetto* golpeó con un golpe sordo el embarcadero apenas iluminado. La embarcación retrocedió de pronto y yo casi me caigo al agua revuelta y ruidosa. Se

me ocurrió pensar, esa vez con más claridad que nunca, «¿Qué estoy haciendo aquí?» Íbamos hacia el hotel entre hordas de gente… Gente, de pronto me di cuenta, que nunca entendería que se hubiera apoderado de mí el dolor enorme que nos provoca el deseo de volver a casa, no al hotel con el trío musical que tocaba en el vestíbulo, sino a casa, a todo aquello que hacía tiempo había conocido y entendido.

Entonces recibimos la noticia de la muerte de Virendra. Lo viste tú en Twitter cuando aterrizamos en Heathrow. El vuelo llegaba con retraso y te habías quedado dormida sobre mi hombro. Se había ahorcado con una bolsa de basura, un método habitual de suicidio, según pude ver en Google. En su testamento —que estaba preparando cuando le entrevistaste en Massachusetts— dejaba millones de dólares para ayudar a las viudas sin hogar de Benarés, para una campaña por la reforma penitenciaria en Texas y para un grupo que luchaba contra el sesgo de casta en Silicon Valley.

Había dejado también algo para la revista de Aseem y para una editorial *dalit* con sede en Chennai, gestos cargados de sentimiento pero vacíos para el mundo que abandonaba, porque según leí después en un artículo, no se podía respetar el testamento.

¿Sabía Aseem que todos los activos de Virendra serían confiscados por el gobierno? Leíste el titular del obituario cuando aún estábamos en el control de pasaportes de Heathrow. «Un ser humano fascinante, complejo e imperfecto.» Cuando volviste a la lectura, en el Uber que nos llevaba a Kensington, la frase que se me quedó grabada era: «La nota de suicidio de Virendra fue su munificente testamento, que demuestra la sinceridad de su amor por la justicia social en los últimos tiempos».

No sé por qué pero la palabra «munificente» me chirriaba. ¿Por qué no podía Aseem decir «generoso», simplemente? Leíste otras dos o tres noticias mientras por las ventanillas veíamos pasar ese Londres de luces húmedas y edificios glaciales y yo descubría dentro de mí algo que no era tristeza, sino una fría curiosidad por los detalles de los últimos momentos de Virendra.

En casa busqué por tus cadenas indias de televisión por satélite mientras tú deshacías la maleta: pasé de largo por las ultranacionalistas y me detuve en el único canal de televisión que quedaba libre de la histeria para ver si había alguna noticia de Virendra.

Pero no había nada; la Nueva India había renegado de su primer magnate *dalit* hacía mucho tiempo.

Seguí mirando, maravillado una vez más por la capacidad de expansión que tiene la calamidad en mi patria. Los gobernantes crueles, los brutales paramilitares de Cachemira, las hordas de linchamiento, los pobres por todas partes, muriendo de hambre en

épocas de sequía y ahogándose en inundaciones que llegaban fuera de temporada… solo resultaban creíbles cuando los describía un locutor educado en Oxbridge con la voz elegantemente modulada.

Quité el sonido al televisor y me senté en un puf, sin moverme. Pensé en lo que Virendra te había dicho sobre la futilidad de una vida vivida conforme a la imagen convencional del éxito y la fama.

¿Tuvo elección en su larga marcha para alejarse de la desposesión y la indignidad? Me pregunté si no tendría que haber intentado ponerme en contacto con él cuando estaba en la cárcel. Nos habíamos separado hacía eones, cierto, pero ¿no habíamos llegado, transitando por distintos caminos, a habitar una existencia similar? ¿No habíamos permitido ambos que nuestra experiencia de humillación temprana dictara una parte sustancial de nuestras vidas, primero soportándola sin decir nada, luego negándonos a ponerla en palabras?

—¿Quieres hablarlo ahora o prefieres que lo dejemos para luego?

Levanté la mirada y te vi de pie en la puerta, con una taza de café en la mano. Llevabas puestas las botas abrillantadas de color borgoña que habías recogido esa misma mañana en un taller de zapatería cerca del Rialto, y me alcanzó su aroma a cuero y crema abrillantadora.

No sé por qué, pero las botas me ayudaron a decidirme. No quería hablar de ello.

Te fuiste al baño y abriste el grifo de la bañera. Yo fui a mi estudio y entré en la oscuridad de tumba que propiciaban las cortinas cerradas, y el ambiente fresco me pareció conocido, del pasado. A oscuras, me senté en la silla. Y con los sonidos del agua corriendo y salpicando intenté de nuevo sentir dolor por la muerte de Virendra.

Pero los recuerdos que yo invocaba, quizá deliberadamente, de los años que pasamos juntos en el IIT y de esa tarde en East Hampton no significaban nada. Hasta que llegó a mi memoria la escena de nuestro ritual de humillación y el miedo con el que viví durante meses: que un día abriría la puerta de nuestra habitación y me encontraría a Virendra colgado del techo.

Cuando cerraste el grifo del baño también se detuvo el flujo de mis sentimientos, y comencé a mirar la pila de correo postal que había recibido, a deshacer la maleta y a desvestirme.

Las lágrimas no llegaron hasta más tarde, esa noche, cuando tú ya dormías a mi lado. Formaban un torrente tan abundante que al final dejé de limpiármelas y las dejé correr por las sienes y caer en la almohada. Pero era un llanto por otras tristezas, y me hicieron retornar a ellas.

Naturalmente, lo que empecé a sentir con especial intensidad después de la excursión al Lido —todos los velos de realidad fueron

cayendo, acallando mis pensamientos e impulsos más profundos— llevaba tiempo madurando en silencio dentro de mí.

Sumido en la neblina de una existencia sensual y casi perfecta, había empezado a sentirme horrorizado ante mí mismo por mi incapacidad casi total de conectar y reconciliar mi pasado y mi presente, mi fracaso a la hora de mirar atrás y ver cómo había accedido a una vida distinta, a un modo de ser prácticamente nuevo.

Atenazado por el miedo a todo lo que había cambiado y estaba cambiando me vi, de repente, desesperado por agarrarme a una etapa en que las reglas estaban claras, los sentimientos eran simples y no era necesario interpretar ningún papel.

A lo largo de los años había conseguido recrear en Ranipur algunas certezas, porque en la vida que llevaba allí había encontrado la dignidad y la estabilidad que no tuve de niño y de adolescente, una carencia realmente dolorosa. En Pondichery, y luego en Londres, me sentí de pronto liberado de todas ellas. Había abandonado el lugar que una vez me acogió y reconfortó, y a su gente. Estaba empezando a parecerme a Aseem: iba flotando por el mundo, aprovechando cualquier oportunidad de dominio y placer.

Aseem pudo sostener esta existencia improvisada gracias a la ambición y la capacidad de reinventarse, que eran infinitas y podían considerarse una aventura noble, si bien habían aparecido ante nosotros de forma providencial, después de muchos siglos de desolación y sin posibilidad de escoger. Pero yo cada vez sentía con más fuerza —y quizá ese fue el más importante de los descubrimientos que según tú yo había hecho en Londres— que después de empezar en Deoli de la nada, había tenido bastante éxito con mis improvisaciones y estas me habían dotado de eso que llaman consciencia de sí mismo cuando yo estaba muy satisfecho pasando desapercibido.

En relación con todo esto recuerdo la última noche que salimos en Londres. Era el segundo aniversario de una revista literaria de izquierdas en la London School of Economics. Como solíamos, antes de salir tú habías hecho un poco de ejercicio en la cinta, sentadillas y zancadas con *kettlebell*, y te duchaste antes de inspeccionar tu vestidor ataviada con un kimono. Te habías arreglado con todo detalle: una blusa negra de cuello alto, una falda corta, pendientes con pedrería, labios y ojos maquillados de tal modo que parecían más grandes. Al salir del apartamento con tus botas nuevas de Venecia, te pusiste una boina roja, te la quitaste y te la volviste a poner.

Los discursos de aquel acto al que asistimos fueron inusualmente largos y eso intensificó la estampida de los gadarenos, que no querían quedarse sin vino ni queso. Tú, con tu boina, sobresalías por encima de la multitud con una copa de agua con gas en la mano, sumergida

en la típica cháchara de las fiestas londinenses, a un tiempo comedida y vehemente.

Te miré a la cara, tan regia y deseable como de costumbre, pero herida; los labios llenos, que normalmente inspiraban un sereno desafío, componían adelgazados una media sonrisa.

Empezaste a enfadarte con uno de los oradores, un funcionario del Nuevo Laborismo y principal exponente de su política de tolerancia cero con la inmigración, que estaba proclamando su amor por la ficción literaria y conectándola de manera algo nebulosa con unos chistes que no se oían desde donde estábamos y que versaban sobre lo importante que era para Gran Bretaña quedarse en la Unión Europea.

Yo no dejaba de mirarte a la cara. Tantas veces la había mirado con sorpresa y gozo, en primer plano en la cama o desde la otra punta de una habitación atestada de gente. Pero ese día me pareció la cara de una desconocida. Con horror, me di cuenta de una cosa: que tú pertenecías a un mundo que nunca podría ser mi mundo.

—¿De verdad tenemos que seguir oyendo hablar de literatura a todos estos blairitas y obamitas? —dijiste—. ¿Qué se creen, que con leer alta literatura ya hacen bastante?

Salimos del centro y bajamos caminando por el Strand, con ambiente ya prenavideño, hasta el Wagamama de Covent Garden. Al cruzar una calle casi chocamos con un ciclista. Tú te volviste a mirarle por encima del hombro, apretaste el paso y continuaste quejándote. Además del *apparatchik* del Nuevo Laborismo te había molestado la presencia de una mujer anglosomalí con turbante verde y botines que había blandido sus argumentos (muy retuiteados) contra las redes sociales para conseguir un contrato de publicación y un artículo de opinión en *Vogue* digital.

—¡Venga ya! —dijiste adelantando el labio inferior como solías y soplando el aire hacia arriba—. Esa es otra forma de autobombo en cualquier red social. Se ataca a Twitter en Twitter, a Instagram en Instagram, uno grita al cielo lo monstruosos que son todos con las mujeres, el colectivo LGTBI, la gente de color… hay que estar constantemente conectado. Lo verdaderamente honesto es cerrar tus redes sociales, borrar tus cuentas. Como hace tanta gente a la que le parecen nocivas. Pero los editores se pirran por ello. Se vuelven locos por encontrar gente de alguna minoría con la que llenar los pocos huecos que tienen.

Tu mal humor siempre me pareció un poco exagerado. Mientras batallabas en esa ciudad contra la decepción yo era el único testigo de tus estados de ánimo, aunque hubiera tantos conocedores de la postura que habías elegido en redes sociales.

A veces te decía:

—No puedes permitir que te distraiga lo que hacen otros.

Y te ponía el ejemplo de los autores hindúes que yo traducía, que hacían lo mejor que podían aislados, tras la carga de un trabajo a tiempo completo, muchas veces al borde de la penuria pero sin dejarse llevar por los rumores de grandes adelantos que las editoriales pagaban a sus rivales, e inmunes a la tentación del «me gusta» y los retuits.

Ese día te escuché, pero iba absorto en mis propios pensamientos, reflexiones y ansiedades relativas al viaje, y no dije nada.

En los últimos tiempos no conseguía sintonizar con tu tono de queja, incluso había empezado a molestarme la actitud de mansedumbre con la que normalmente te daba la razón. Y eso me recordó otro momento de pérdida importante de la voluntad: la forma en que moldeaste mi vida hasta que encajó en la tuya mientras seguías mostrando una total indiferencia hacia mi pasado.

Yo todavía podía hacer un buen papel en los *brunch* dominicales. Fui incluso a una manifestación política por primera vez en mi vida: contra el Brexit, por el medioambiente… marchaba o, más bien, arrastraba los pies, paseaba contigo y tus conocidos en un mar de ojos tensos y mandíbulas alzadas, con gesto decidido de virtud. Eran las expresiones de la gente que trabaja por la esperanza pero se prepara para la decepción. Y, como siempre, al final del día regresamos al apartamento envueltos en silencio y discreción y nos quitamos la careta ante el espejo del baño, rodeado de bombillas doradas en miniatura.

Pero no pude evitar la sensación de que estaba representando una función en una compañía con actores mejores que yo. El vínculo, artificial, de pareja que nos había unido, Arun y Alia contra un mundo hostil, había empezado a aflojarse.

Desde el momento en que me tocaste la cara con los dedos en Pondichery, haciendo que se abriera algo que yo llevaba dentro, atesoré el recuerdo de la sensación de seguridad que daba sentir piel con piel, y el de la decisión animal con la que tú, desnuda o a medio vestir, ejecutabas tus rutinas. Yo había llegado a necesitar tu presencia desde el momento en que te acercaste a mí en Pondichery, andando despacio, cuando saliste del cuarto de baño y me abrazaste en un gesto de pura intimidad. Aquello era el compendio de todo lo que yo había evitado durante la mayor parte de mi vida.

Esa última noche, en la cama, me abrazaste con la misma seguridad y afecto con el que saliste por la puerta del baño en Pondichery. Yo sentí de nuevo esa extraña inocencia al materializar nuestro deseo bajo un cielo extranjero, sin llevar encima nada de mi pasado. Tu cara, en reposo, se había llenado otra vez de promesas, de nitidez y de confianza y, al ver de nuevo aquellas largas pestañas que

se te enredaban en el rabillo del ojo, sentí que era el único responsable de mi infelicidad, que todos los juicios que había emitido sobre ti eran un intento de descargar mi culpa y que me había decepcionado a mí mismo, pero también a ti, al tratar de representar un papel para el que yo no estaba hecho.

Y cuando en esa noche fría te levantaste de repente, y con gesto resuelto retiraste el edredón rajastaní que cubría la cama, te envolviste en él y te metiste a toda prisa en el baño cerrando la puerta de un golpe, la habitación se quedó de pronto desolada.

—¿A qué se refieren con «el vacío»? —preguntaste como si nada cuando me viste leyendo en la cama un libro escrito por un estudioso del budismo que llevaba esas palabras en el título.

Estuvimos un rato hablando de ello. A ti te parecía que sugería que algo faltaba, que había una ausencia, una carencia; por ejemplo, de amor o de atención.

Lo habías notado en los hombres con los que habías salido y que te habían parecido frívolos, sin autoridad o comprometidos únicamente consigo mismos. El vacío era un espacio que podía llenarse, consiguiendo así la felicidad.

Esto era también lo que yo opinaba, a grandes rasgos, hasta que me encontré a Sonam unos días después de volver de Venecia. Era un monje tibetano que había estado exiliado en Himachal, a un día de coche de Ranipur. Iba a dar una conferencia en un centro budista a pocas paradas de metro.

Me pregunto ahora qué me hizo ir en busca de un hombre de irreprochable virtud. Quizá el sorprendente parecido que encontraba entre los hombres caídos y yo mismo.

El edificio mugriento de Caledonian Road estaba casi lleno cuando llegué; en la reducida sala de conferencias había mucha gente que venía directamente del trabajo. Escuchando a todos esos hombres y mujeres de clase media que describían con solemnidad sus vidas y sus luchas, Sonam se hurgó la nariz y se rió a carcajadas. Las neurosis occidentales parecían hacerle mucha gracia:

—Mucho yo, yo, yo. ¡Demasiadas tragedias de pega!

Interrumpió a una mujer que dijo que había estado años en terapia, luchando contra sentimientos de culpabilidad y narcisismo, con una pregunta:

—¿Qué se consigue al convertirse en espectador de tu propia tragedia de pega?

Detrás de mí alguien jadeó. Creo que oí también los crujidos y los susurros de una salida antes de tiempo. Sonam continuó:

—Por favor, entiendan esto. Esto es muy, muy importante. Muy,

muy importante… muy…

El inglés que sabía empezó a fallar, se giró hacia la intérprete, una monja irlandesa con túnica azafrán y le dijo algo en tibetano.

Ella comenzó a hablar:

—Todo esto de la psicoterapia occidental es una manera barata de haceros sentir únicos, poseedores de enigmáticas profundidades. Pero el hecho es que no hay un yo ajeno a vuestro estado de deseo, de ira, de miedo, de culpa y ansiedad. El yo es algo vacío. No tiene existencia propia. Está vacío.

Al transmitirlas la mujer con su melodioso acento, las ideas de Sonam tenían la capacidad de traspasar a quien las oía.

Después un hombre, que por el acento debía ser estadounidense, empezó a decir:

—Yo quería encontrarme a mí mismo, así que…

Y Sonam replicó:

—¿Por qué? ¿Cuándo crees que te perdiste?

Se giró de nuevo hacia la monja irlandesa con una carga de ametralladora en tibetano. Ella tradujo:

—No tenéis que liaros con emociones, opiniones, conceptos y teorías. Tenéis que empezar a identificaros con ellas. Manteneos alejados de eso que Buda llamó «jungla de opiniones» y, simplemente, observad la naturaleza de vuestra mente, los flujos constantes que entran en ella, observad la auténtica naturaleza de las cosas. Y recordad que la naturaleza está vacía. No os estoy pidiendo que os deshagáis de vuestro yo, porque eso no es posible. No lo es porque nunca ha existido tal cosa. No os estoy pidiendo que os deshagáis de la sensación de yo que os provoca vuestro estado de deseo, de miedo, de ira y de ansiedad. ¿Cómo vais a funcionar sin él? Es un acto reflejo. Lo que os pido es que trabajéis por llegar a sentir que vuestro yo es más consciente de su naturaleza artificial, y está más cómodo con ella. Os pido que meditéis y observéis vuestra mente, la forma en que pensamientos y emociones y deseos van surgiendo en ella y luego desaparecen. Os estoy pidiendo que observéis con calma a ese yo al que os apegáis con tanta desesperación, que miréis cómo se desmorona, cómo se desvanece.

La intérprete no quitó peso a las preguntas sin tacto que Sonam hacía a los que le habían confesado su infelicidad:

—¿Qué es esa felicidad que perseguís, o que os falta? Mostradme a alguien que la haya logrado y yo os mostraré a una persona mala o absolutamente ignorante.

A la gente que trataba de cultivar verduras en un huerto urbano, que se apuntaba a un gimnasio o a un club de tenis, que se proponía leer los 100 libros de ficción y no ficción recomendados por la BBC,

Sonam les dedicaba una reprimenda, en lugar de una palabra de absolución. Les exigía que se enfrentaran al sufrimiento, porque era la única llave que abría la puerta a la satisfacción y al contento. Pero a la felicidad no. Y nos animó a limar asperezas con la muerte, con nuestra condición de mortales.

—Aceptad el vacío que tenéis dentro.

No pude evitar mirar al espacio blanco y carnoso que había en los lugares donde estuvieron las uñas de Sonam. La policía china de Lhasa, que le arrestó en su monasterio rural por tener una imagen del Dalai Lama, se había empleado a fondo con unas tenazas en las uñas y los pezones de Sonam, y le puso una picana eléctrica en los genitales durante los siete años que le tuvieron preso.

Durante el turno de preguntas yo levanté la mano con timidez, y la mantuve alzada un momento, incluso cuando el micrófono volante ya había llegado a mi mano izquierda.

Le pregunté:

—¿Qué diferencia hay entre la sensación de vacío interior y la noción budista del vacío?

Y a través de la monja irlandesa respondió secamente que ninguna, salvo que en la última no había miedo ni ansiedad.

En aquella ocasión no intercambiamos más palabras; durante lo que quedaba de sesión no pareció fijarse más en mí.

Pero yo estaba arrobado por él, por su indiferencia ante la gente y los acontecimientos, por una presencia tan fuerte e intensa, y por unas reflexiones tan adecuadas a mi prolongada impostura. El enjambre de pensamientos inconexos e inútiles que había llenado mi cabeza desde la muerte de Virendra se disolvió gracias a su intervención, y empezó a cristalizarse una decisión radical.

Me preguntaste por qué de repente me refugiaba en la historia y la filosofía tibetanas, sin prestar atención a la minitorre de novelas y revistas literarias que había en mi mesilla.

—Porque me parecen fascinantes —respondí, simplemente.

Angustiado por la culpabilidad que me provocaba el plan que estaba germinando en mi cabeza, no pude añadir que me sentía fascinado por Sonam y otras figuras como él: «renegados», les llamaba Aseem, porque aceptaban las limitaciones con un talante de eternidad, con una sustancialidad y una fuerza que en nuestros círculos ya no se encontraba o bien se confundía con desenvoltura intelectual.

Tampoco sabía explicarte que mis lecturas más recientes me habían dejado frío. También Aseem se hubiera escandalizado si me oyera manifestar esa preferencia por un monje campesino; él, que idolatraba la novela, rendía culto al periodismo independiente y

deseaba estar en el centro de todo.

Pero ni los destinos de los individuos que narra la literatura ni la cháchara ideológica que exhiben las revistas, reproducidos y amplificados en un sinfín de entradas de Facebook por tus amigos, captaban ni representaban lo que estuviera sucediendo en las zonas más recónditas de mi mente. Ninguna de esas cosas me provocaba tanta emoción como la que señala la presencia de una verdad liberadora.

Yo nunca me había considerado religioso ni espiritual. Creo que lo dejé todo olvidado en el templo que había cerca de mi casa, con el sacerdote fumador de *bidi* que llevaba una costra de pasta de sándalo en la frente. En los años siguientes la religiosidad se limitó a observar a mi madre todas las mañanas postrada ante un desbarajuste de estampas religiosas y unas cuantas figuritas en su altar.

Yo había leído algo sobre Sonam en un artículo del *New Scientist* que tuiteó un activista tibetano y luego retuiteaste tú, no sé si lo recuerdas. Reconocí inmediatamente el nombre de su monasterio, aunque en el artículo estaba mal escrito: lo había visitado una vez, durante mis primeras caminatas.

El artículo citaba a neurólogos y psiquiatras clínicos que afirmaban que las víctimas tibetanas de las torturas habían salido relativamente indemnes de su calvario. Un grupo de personas que hacía campaña por la independencia del Tíbet le fue a buscar a su monasterio de Himachal, al que llegó cuando huyó del Tíbet, y le sacaron a la palestra en Londres. Contaban con reavivar la campaña fallida para concienciar al mundo de las atrocidades de China en el Tíbet. Pero calcularon mal.

Resultó que Sonam sentía por la pasión política la misma indiferencia que por la diplomacia burguesa. Durante su prolongado trauma, que soportó al estilo tibetano, meditando sobre la imagen mental de un cadáver, primero tuvo miedo —según nos dijo— de odiar a los chinos; ese odio y el deseo de venganza le hubieran destruido mucho antes que la picana de sus torturadores. Además, no tenía mucho interés en su drama personal de detención, tortura, encarcelamiento, huida a la India… por lo que podía desdeñarlo, como si fuera de pega.

Para un aspirante al nirvana una experiencia así era más bien la evidencia de la calamidad que es renacer y volver a morir. Él carecía de nuestro desesperado apego al drama de la historia, no tenía nuestra aspiración enloquecida de tomar las riendas y erigirnos en actores principales.

Envidié su indiferencia y su serenidad. Yo había ido a ver a Sonam sintiendo el respeto convencional que se debe a un superviviente

extraordinario y a un santo de los que no hay muchos en nuestro tiempo. Al escucharle, al verle mirar su teléfono móvil con la cara teñida de un interés infantil y una inteligencia que ni es erudita ni procede de una fuente concreta, comencé a pensar que era algo más grande: una persona que, a pesar de las heridas incurables que le habían infligido, estaba pasando su tiempo en la Tierra mucho mejor que la mayoría de nosotros.

Regresé en otra ocasión al Centro Budista de Caledonian Road, esa vez para solicitar una reunión privada con Sonam además de para oírle hablar, porque ya no me importaba que apenas se fijara en la audiencia mientras hablaba. Eso era, para mí, parte de su virtud única: su renuencia a proyectar y su capacidad para cortar, mientras escuchaba, el flujo de cualquier discurso precipitado.

Ese día habló de nuestros deseos, y de cómo nos moldean, convirtiéndonos en lo que somos. Si solo existimos de manera total en el intervalo que hay entre el deseo y su cumplimiento, nos crecemos con la ilusión de que tenemos un yo exclusivo. Pero el cumplimiento de un deseo nos da poca o ninguna satisfacción: la insatisfacción nos hacer desear otra cosa y la ilusión original del yo deseante se va prolongando hacia el futuro. Y con ella las desilusiones.

19

En todo lo que me rodeaba flotaba la sensación de que el final iba ganando terreno. La gente, decías, gente a la que conocíamos, se estaba marchando de Londres en medio de la incertidumbre política y económica, cada vez mayor. Con su huida inminente de lo que ellos habían considerado el centro de su mundo parecía reducirse el número de fiestas a las que íbamos, y los extranjeros que asistían a ellas daban la impresión de estar ocultando cierto nerviosismo sobre su futuro.

Entre tantas crisis, noticias a medias y rumores sobre acuerdos o falta de acuerdos, la expectativa del desenlace enaltecía los titulares más banales del *Evening Standard* sobre Gran Bretaña y la Unión Europea, y el vendedor de periódicos de la boca de metro más cercana a tu apartamento lo gritaba con estallidos abruptos y guturales mientras surgía densa y oscura la multitud de gente, escaleras arriba, para salir a la tarde lluviosa, abriendo los paraguas mientras caminaban, dejando atrás a los taxis de techo brillante que se movían lentamente bajo la lluvia.

Yo, por mi parte, esperaba otro clímax muy distinto: esperaba terminar una relación y, en los últimos días que pasé en Londres, me descubrí más de una vez jugando con estas palabras, como si empezara una novela: *Una mañana, mientras ella dormía…*

Y resultó que estabas dormida boca abajo, tu pelo era una masa de rizos extendida sobre la almohada y los restos de comida thai a domicilio de dos noches antes con aroma a hierba limón seguían esparcidos por la cocina blanca y fría cuando metí en un sobre los últimos billetes que me quedaban y lo dejé encima de tu escritorio. Crucé despacio y de puntillas el suelo de madera, que crujió quejumbroso como en los primeros días que pasé allí; salí en silencio con mis maletas, las arrastré por la escalera sin moqueta, pasé por dejante del último número —sin abrir— del *Hello*! junto a la puerta de nuestra vecina rusa y salí a la calle vacía, donde un gato blanco entraba y salía zigzagueando por la barandilla negra de hierro; cogí un Uber hasta Heathrow.

Sé que nunca habrías entendido por qué no era capaz de hablarte antes de marchar, pero no sabía cómo explicártelo, sencillamente. Por qué seguía esperando que la muerte de mi madre se convirtiera, para mí, en un hecho real, y por qué me sorprendía tanto que no ocurriera; por qué de pronto, tras la muerte de Virendra y el descubrimiento de Sonam, quedarme en Londres se había convertido en algo imposible para mí; por qué en ese momento me sentía perdido en el orden y la calma perfectos de tu casa, que tanto había disfrutado los primeros días que pasé allí.

Por la mañana, con los mendigos todavía dormidos en los alféizares de las puertas, Londres parecía más gris y gastada que de costumbre, una ciudad que seguía tratando de conservar su pasado a base de parches y que posaba continuamente para fotos, cuadros o, ahora, Instagram. Había perdido de repente mi interés por la ciudad.

Mientras el coche avanzaba por un carril sin tráfico, el aire se colaba por la ventanilla a medio abrir; sentí una sensación de posibilidad. Tal vez podría, por fin, dejar de lado a ese personaje tan trabajado que había vivido en un país extranjero, hablando en un idioma familiar que le venía como anillo al dedo a pesar de no pertenecerle, todavía encadenado a un pasado que no compartía ni entendía ninguno de sus conocidos.

Pero la mujer angloasiática del mostrador de registro dijo que mi vuelo llevaba tres horas de retraso porque el avión iba a llegar tarde. La noticia me cayó como un mazazo, y me quedé de pie mirando fijamente las venas enrojecidas de su iris hasta que me alejé del mostrador. Yo que ya me había imaginado en el aire, a 9.000 metros de altura, mientras tú dormías profundamente.

Fui al Costa y me senté a tomar una taza de té que no necesitaba y una barra de proteínas que no me pude comer. Me llamó la atención un sonido metálico: se me habían vuelto a caer varias monedas de una libra del bolsillo del pantalón. Las recogí del suelo mugriento, sintiéndome —como siempre— un poco imbécil, y luego cometí el mismo error que todo el mundo que me rodeaba: abrí el portátil, miré la primera plana del *Guardian* y su impenitente mosaico de alegrías y películas de horror a cámara lenta.

Vi un pelo larguísimo extendido sobre el teclado del ordenador: debió caerse de entre las púas de tu peine, que había usado yo esa misma mañana.

Miré algún borrador de mi nota de despedida: mi primer intento de comunicar todo lo que no era capaz de expresar, y cuyo alcance se ha hecho inmenso e incontrolable en los meses transcurridos desde entonces.

Casi todos los borradores empiezan con la misma línea: «Querida Alia: me resulta casi imposible explicarte por qué he decidido volver a

la India, sin decírtelo…». Y todos seguían con: «Estos últimos meses que hemos pasado juntos han sido maravillosos…».

Pero todos se atascaban, invariablemente, cuando escribía: «Sin embargo, más allá del gozo de estar contigo he sentido angustia y miedo, y en los últimos tiempos había empezado a pensar que…».

Uno de los borradores era una tentativa de ajuste de cuentas conmigo mismo: «Por mucho que lo he intentado no consigo encontrar el día, o el mes, o el suceso que me impulsó a tomar la dirección equivocada. Lo único que sé es que la tomé…».

Cerré los borradores y miré tus redes sociales.

Seguramente ya estarías despierta, pero aún en la cama, recorriendo Twitter con fruición a pesar de que muchas veces te quejabas de que en eso se te iban las horas más productivas del día. Habías agradecido a @Malala que «alzara la voz respecto a Cachemira». La primera de las sesenta y dos respuestas a tu gratitud era de @proudlyHindu: «Chica de ensueño, sigue soñando», y les gustaba a 243 personas. Y habías retuiteado una página de opinión del *Washington Post*, de no hacía mucho, donde se pedía a Bill Gates que retirase el premio que su fundación había concedido a Narendra Modi.

*

Subí por fin al avión. Detrás de mí se sentaron dos chicas indias que iban hablando de sus aventuras en los locales de moda.

—Así que nada… Estamos hablando de tenis y el chico delgadito, el español, dice: «¿Por qué no vienes a verme a Mallorca, y jugamos allí?», y yo en plan «Ah, vale», y él dice: «De verdad: es una invitación en firme», y yo en plan: «Ah, claro, a mí me encantaría y tal», y entonces se da cuenta de lo que voy y como que se queda chafado y empieza a fastidiar con la lucha de clases y a decir cosas como que Nadal es un auténtico hijo de la tierra o no sé qué mierdas, mientras Federer es un pijo suizo consentido…

Ya me había fijado en ellas en el mostrador de facturación. Llevaban unos pendientes idénticos, enormes, y estaban mirando Facebook. Después, en la cola de embarque iban tambaleándose sobre unos tacones altos y escribiendo algo en los iPhones. Una de ellas se pasó la mano por el pelo teñido de azul.

Como yo iba detrás de ellas me fijé en las uñas postizas y en sus nombres en la tarjeta de embarque. Son las hijas adolescentes de algún empresario rico de casta superior —imagino—, que acaban de salir de una adolescencia con demasiadas normas y ahora vuelven a casa, después de una experiencia embriagadora en Londres.

Me las imaginé al llegar a Delhi por la noche. El chófer uniformado

esperando, con ojos de sueño pero atento y obsequioso, el trayecto rápido en un Mercedes o un Land Rover hasta Golf Links o Sunder Nagan, un sueño reparador y luego el desayuno —tortillas *masala* preparadas por una criada que se había levantado a las 4.30 de la mañana y había empezado a trabajar a las 6— junto a sus padres, arrobados, en la terraza, con el sol matutino danzando y los periquitos trinando en los árboles de *neem*, mientras los criados pasean a los lozanos dóberman y a los pastores alemanes por las avenidas sombreadas.

Sentado en el asiento, con el respaldo reclinado, cierro los ojos esperando al sueño y la distancia. Creo que he estado cabeceando antes de que me despertara el recuerdo de mi cepillo de dientes en un vaso, en tu apartamento. Me lo he dejado allí.

Ese recuerdo remueve algunas preocupaciones de la vida doméstica: ¿habrás limpiado la cocina? ¿Habrás retirado ese montón de platos sucios y las bolsas del *takeaway* antes de que llegue Olga? ¿Habré tirado de la cadena antes de irme?

Me fijé en una señora sij con aspecto matriarcal que iba sentada a mi lado, y que llenó el compartimento portaequipajes de arriba con sus bolsas de perfumes del *duty-free*. Una mujer tranquila y seria, con pelos hirsutos en las comisuras de la boca. Parecía encontrarse mal y daba la impresión de estar muy medicada.

Con la cabeza echada hacia atrás y los ojos muy abiertos, iba abriendo y cerrando la boca sin decir palabra, como una inválida que jadea. Giré la válvula de aire de encima de su asiento y le dije que respirase hondo.

Ella me miró con expresión de sorpresa, pero no dijo nada.

Desde los asientos de primera clase llegó hasta nosotros el ruido monótono de los cubitos de hielo al chocar. En ese momento salió de detrás de las cortinas azules el carrito con comida y bebida; del sector donde iba un grupo de hombres británicos, todos recios y con la nuca quemada por el sol, llegaban gritos de «¡Champán, por favor!» acompañados de risas escandalosas y un acento vagamente australiano.

La azafata india, ataviada con un *shalwar-kameez*, estuvo coqueteando con ellos —«¿Qué les parecen dos, para ponerse a tono?»—, pero fue muy brusca con la mujer sij; no dejaba de repetir constantemente «¿Disculpe? ¿Disculpe?» en un tono de voz excesivamente alto.

No, al final quedó claro que no quería nada de beber ni tampoco unos frutos secos.

Cuando por fin nos sirvieron la comida vi que le temblaban las

manos secas y delgadas al coger el vaso de agua y los cubiertos de plástico; tuve que ayudarla a mezclar el *dal* con arroz calentado en el microondas para que pudiera comérselo.

La azafata india estaba sirviendo la tercera ronda de champán a los británicos; me vio mirando y sonrió con un gesto de superioridad que parecía decir: «En estos tiempos viaja cada uno…». Pero lo que más me sorprendió fue que dijera algo a un compañero y este se volviera a mirar a la mujer sij.

Me hubiera gustado decirle algo. Pero cuando reparé en mi actitud de virtuosa indignación, me detuve: no era quién para dar lecciones.

Cuando se apagaron las luces y se bajaron las persianas de las ventanillas, las voces que me rodeaban se fueron extinguiendo y yo me puse a mirar la programación de vídeo. Vi medio episodio de *Friends* y otro medio de *Sacred Games* antes de quedarme embobado con el mapa del viaje, observando cómo se desplazaba la marca que cruzaba las fronteras y anulaba las distancias que durante muchos milenios habían mantenido en su casa a los antepasados de los humanos modernos: a salvo, dentro de los límites de un deseo que era posible colmar.

Supongo que empecé a cabecear, porque cuando me despertó la charla del piloto anunciando nuestra llegada inminente las azafatas ya iban por los pasillos con sus bolsas de basura boquiabiertas.

Nada había cambiado: la mujer sij estaba sentada, levemente encorvada, con las manos llenas de venas azules entrelazadas. Los británicos estaban consumiendo las últimas copas de alcohol gratis, y el acento australiano que sonaba en el grupo era ahora más patente. Las chicas seguían cotorreando.

Se encendió la señal para abrocharse el cinturón. A mí me pilló casi de sorpresa: no esperaba llegar tan pronto.

Cuando aterrizamos, con los oídos taponados, inserté mi tarjeta SIM de BSNL. El mensaje de «Sin servicio» se quedó fijo en la pantalla durante unos minutos exasperantes. Luego se conectó la línea y los correos electrónicos empezaron a llegar en cascada. Deslicé la lista por la pantalla, hacia arriba y hacia abajo. Comprobé el buzón de *spam*. No había ningún mensaje tuyo.

Como estaba atrapado en el asiento por la mujer sij, que esperaba a que le trajeran una silla de ruedas, me quedé mirando a las chicas que se alisaban la ropa y buscaban sus bolsas por los compartimentos superiores.

En la cinta de los equipajes, que hacía su triste recorrido en bucle, las volví a ver de pie junto a otros pasajeros con actitud de calma impaciente. Todos eran extranjeros. Sentí una punzada de soledad.

Habían formado parte de mi vida durante unas horas, y estaban a punto de desperdigarse; ya no tenían nada que ver conmigo, sino con los labios que sonreían y las manos que saludaban y los brazos que se abrían en la salida.

Fue entonces cuando tembló el teléfono. Deslicé para ver el mensaje de WhatsApp: «¿Qué coño es esto, Arun? ¿Qué pasa? ¿Dónde estás?».

También tenía tres llamadas perdidas tuyas.

Volví a poner el teléfono en modo avión.

Al salir de la aduana oí a alguien que decía «¡Usted no sabe quién soy yo!» y me fui directo a una multitud compuesta por miles de personas, pasé junto a los puestos de empresas de transporte gestionadas por *app* y me dirigí a la antigua parada de taxi, donde un joven taxista *haryanvi* me cobró una tarifa absurda por la carrera hasta un hotel del aeropuerto.

Sentí la antigua indignación, siempre justificada pero ahora ya absurda, contra mi pobreza; mientras negociaba, vacilante, en hindi, un idioma que después de no utilizarlo en muchos meses me sonaba extrañamente desconocido, me dije que se trataba de rupias, y no de libras esterlinas.

En la carretera del aeropuerto había policías parando a los coches con gesto imperioso; los mandaban a todos a un carril, y empezó a formarse una larga cola; hombres, mujeres y niños harapientos empezaron a pasar junto a los coches parados; una pareja vendía ejemplares pirateados de *Tigre blanco* y *El monje que vendió su Ferrari*, los demás se limitaban a extender la mano.

Aparecieron varios escoltas en motocicletas seguidos de un Mercedes largo, negro y brillante, bordeado y seguido a su vez de más escoltas armados. El tráfico volvió a fluir y los coches tocaron la bocina para dispersar a los mendigos lentos y aturdidos.

En un semáforo surgió de pronto una muchacha en la ventanilla. Sonrió al meter las manos delgadísimas dentro del taxi. Pero el taxi se puso en marcha, y la luz de su cara se extinguió. Tuvo que apartarse con las manos vacías y cayó al suelo como si se hubiera hundido en el agua.

Durante un momento sentí pena por ella. Cuando el taxi paró junto a la marquesina de mi hotel me di cuenta con cierta sorpresa de que no había pensado en mis propios problemas durante al menos cinco minutos.

Pasé mi última noche en Londres despertando cada poco tiempo con el agobio de que era hora de levantarme. No había puesto la

alarma por miedo a despertarte, y no dejaba de despertarme yo, una y otra vez. Los dígitos del reloj de la mesilla me decían que solo había pasado media hora desde la última vez.

En ese momento, tumbado en la cama del hotel, inquieto, con el ruido de los motores del Boeing todavía resonando en mis oídos y demasiado cansado y alterado por el cambio horario para quedarme dormido, intenté determinar el momento preciso en el que habrías descubierto que me había marchado. Fue quizá cuando encontraste el sobre con dinero que yo había dejado en tu mesa, junto a algunos números antiguos de la revista *Fortune* y donde escribí, en el anverso, «Para los gastos».

Pensé en ti, despertando y dándote cuenta de que no estaba tumbado a tu lado. Los primeros veinte o treinta minutos de tu jornada estaban estrictamente dedicados a las noticias y las redes sociales, y no creo que pudieras pensar en otra cosa.

Pero pasado un rato te levantarías de la cama y sacudirías el edredón inmediatamente. Harías café para los dos en la enorme *cafetière* con los ojos aún pegados por el sueño, pero sin dejar de mirar al teléfono. Después de sacar leche y azúcar y dejarlos en la encimera empezarías a preguntarte por mi ausencia. ¿No te acordabas de que mientras estábamos en Venecia había decidido hacer más ejercicio, salir a caminar por Hyde Park por las mañanas si el tiempo lo permitía?

Con la taza de café en la mano irías a tu estudio a cotillear un poco por Internet y entonces encontrarías mi sobre con el dinero.

Me desperté en mitad de la noche, dando vueltas a pensamientos extraños: ¿podía volver a Londres y reanudar la vida contigo? ¿Serías capaz de entender que durante un tiempo me había sentido perdido? ¿Deducirías que siempre había querido irme de Londres porque nunca había intentado cambiar el visado turístico a pesar de que tú me lo repetías constantemente y te pagaba mi parte de los gastos en metálico? ¿Intentarías localizarme cuando volvieras a la India, si volvías, para asistir al festival de Aseem por Año Nuevo?

Media noche de desazón más tarde, transcurrida en mayor parte observando cómo danzaban los mosquitos en la luz amarilla de azufre que pestañeaba en un farol roto de la calle, junto a mi ventana, seguí mi camino. Medio dormido, cogí un vuelo muy temprano para Shimla y una camioneta Maruti muy baqueteada —el taxi más barato que había disponible en ese aeropuerto de juguete— hasta la frontera con el Tíbet.

Desde el pequeño aeroplano sentía que el aire del exterior era fresco. Me dolía todo el cuerpo y tenía el cerebro nublado por el *jetlag*. De vez en cuando miraba por la ventana para contemplar los

gigantescos suburbios de chabolas que se arracimaban en las faldas empinadas de las colinas o que se adentraban en el fondo de los valles.

En lo alto de las montañas había casas con escaleras de hormigón sin techado. Por todas partes se veían colores chillones: piedras pintadas con letreros de Pepsi y Coca-Cola, carteles de tiendas con Shah Rukh Khan sonriendo y las paredes cubiertas de pósteres de películas.

Hacía veinte años que había recorrido la carretera que llega hasta la frontera tibetana y, tras varios viajes, las sensaciones que me producía el paisaje extraordinariamente vacío se multiplicaban y se elevaban a la enésima potencia. En uno de esos viajes llevé conmigo a mi madre: era la primera vez que hacía un viaje de placer en coche y, después de un primer momento de susto, cuando nuestro Maruti 800 casi choca con un carro de bueyes atestado de campesinos que iban sentados a los lados, con las piernas colgando, lo cierto es que pareció divertirse y su cara arrugada, siempre con expresión de angustia, brilló de felicidad.

Ahora, más de una década después, había obras por todas partes: presas y embalses, heridas gigantescas infligidas por los barrenos, en torno a las cuales se congregaban filas y filas de obreros armados con palas que parecían afanarse en rascar todas las superficies. Y en la mayoría de los rincones había carteles gigantescos, grandes como casas, de Modi prometiendo una mejora a escala nacional, junto a otros carteles que publicitaban esa mejora: urbanizaciones con garaje para dos coches, fuentes sobre fondo de autopistas lisas y centros comerciales llenos de luces. Uno de los cartelones, hundido en el barro y lleno de polvo por el borde, proclamaba el «Siglo Indio» junto a imágenes de una misión espacial fallida, con la luna como objetivo.

Tú probablemente no recuerdes las promesas de desarrollo con las que crecimos Aseem y yo, pero nosotros, que veníamos de nuestras oscuras cabañas en el campo, íbamos a ser catapultados a la modernidad más atractiva y brillante: iríamos todos vestidos de traje y corbata, trabajaríamos y viviríamos en oficinas y hogares de hormigón y cristal.

Modi había pinchado aquella burbuja relativamente modesta de aspiración colectiva: con sus «ciudades inteligentes» y «trenes bala», con la exploración del lado oculto de la luna, que ya había planificado, prometía un milagro que iba a superar a cualquier otro que se hubiera producido en el resto del mundo.

Las ínfulas de progreso sin igual ya me habían dejado frío antes. Después de vivir unos meses en Londres me dio la impresión de que irradiaban patetismo: el deseo de un vendedor de té de un pueblo o una ciudad pequeña de sobresalir como niño prodigio de la modernidad, de prometer la luna a gente que sufría el desprecio y el

rechazo como él.

Y con su nuevo plumaje, los chalecos *bandhgalla*, tan diferentes en unos carteles de otros, vi la misma vanidad que nos había hechizado a Aseem y a mí cuando íbamos con gorras de visera y chaquetas *bomber*.

Cerré los ojos e intenté dormir, pero empecé a oír el sonido de una botella de cristal que rodaba y chocaba contra las patas metálicas de mi asiento. Nos adelantó un autobús: en la parte trasera, casi colgando del saliente metálico, iba una fila de hombres con el pelo alborotado por el viento y los pantalones azotándoles los tobillos. Desapareció de nuestra vista, y nos quedamos atrapados detrás de un convoy militar: bajo las lonas atadas con cuerdas que aleteaban, flojas, al viento, iban sentados los soldados en filas ordenadas. El cuello y las manos de los jóvenes sobresalían de aquellos uniformes que no eran de su talla y la expresión de su rostro era de humillación, como la de los prisioneros.

Al subir alguna pendiente muy inclinada los camiones del convoy lanzaban sobre el coche un humo negro y espeso. Mi conductor golpeó la bocina con la mano abierta y empezó a adelantar. Yo me asusté: en esas carreteras tan estrechas y tortuosas un coche o un camión imprudente podía quedar fuera del ángulo de visión el tiempo suficiente para provocar un choque.

Durante varios kilómetros el taxi se quedó atrapado detrás de un Hilux salpicado de barro y cargado hasta arriba de varillas de refuerzo oxidadas, que sobresalían de la lona y llegaban casi hasta nuestro parabrisas. Me di cuenta de que el taxista estaba impaciente por adelantarle. Cuando pensó que tenía ocasión llegamos a un tramo de la carretera que, aunque era llano, tenía las rebabas de una zanja cavada hacía poco, y aceleró. Pero calculó mal la velocidad del vehículo que venía de frente: un camión enorme y feo.

Se quedó parado frente al Hilux, que frenó con chillidos espásticos, y así evitamos colisionar con el camión por muy poco. Pero nos dio tiempo a ver a un motorista que al intentar adelantarlo se salía del camino y caía de cabeza a la cuneta, con la rueda trasera levantada hacia el cielo como en un dibujo animado.

Miré al taxista. Iba pendiente de la carretera. Yo hice lo mismo tras el primer estallido de ira. Quizá tú no estuvieras de acuerdo con esa decisión que yo había tomado fríamente. Pero el daño que pudieron sufrir el motorista y su máquina no era nada, seguramente, comparado con lo que podíamos haber sufrido nosotros si nos hubiéramos implicado más en el accidente y llamado a la policía.

El conductor era poco más que adolescente; llevaba las señales de una casta alta en la frente y un Barbour baqueteado, Levis y Nike

sobre el esqueleto delgado. Trabajaba para la compañía de taxis de Sood, en Ranipur. En el aeropuerto de Shimla, cuando salió, lentamente, de entre la multitud de conductores que miraban a los posibles pasajeros con los dedos enganchados en la valla metálica, me resultó vagamente familiar.

Caminaba contoneándose, una señal siempre de mal agüero entre los taxistas que recorren las carreteras estrechas de montaña, y abrió la puerta corredera con gesto petulante. Quedaron expuestos paquetes de Frooti, botellas de Bisleri y bolsas de papel de estraza manchadas de grasa, todo desperdigado por los asientos: un desastre que arregló con actitud glacial… O no del todo. Se había quedado algo rodando por allí.

Menudo, inclinado sobre el volante, la corriente le peinaba formando una especie de tupé recio. Iba masticando un palillo de dientes que se quitó para aclararse la garganta y escupir: lanzó por la ventanilla un lapo espeso y verde, con un aspecto alarmante.

Yo iba en todo momento tenso; sonaban a todo volumen canciones de Bollywood que llevaba en una memoria USB que lanzaba destellos ámbar bajo el altar a Vaishno Devi; no dejaba de mirar su Xiaomi para leer el WhatsApp o hacerse un selfi, siempre acercándose mucho la pantalla a la cara.

En una *dhaba* cercana a una obra —hormigonera, torres de ladrillo y varillas de refuerzo por todas partes, el aire denso del olor a combustible y basura— el conductor se puso unos auriculares y se inclinó sobre la pantalla para ver un vídeo. Al regresar del lavabo vi fugazmente la escena: unas nalgas blancas subían y bajaban entre unas piernas abiertas.

Mi teléfono vibraba constantemente sobre el asiento de resina: mensajes de texto de la BSNL, exhortaciones para comprar semillas de Baba Ramdev. Si había algún otro tuyo, nunca lo supe. No soportaba comprobarlo.

La carretera subía sin parar, girando a un lado y a otro, dejando atrás el olor a quemado del asfalto recién extendido; la furgoneta describía círculos elaborados, colina arriba, exhalando suspiros, y la botella vacía seguía rodando y chocando con todo. Las venas verdes del brazo escuálido del conductor temblaban cuando cambiaba de marcha, emitiendo un sonido quejumbroso. Al pisar el pedal con la gruesa suela de su Nike desgastada jadeaba el carburador, los neumáticos saltaban en los baches y cualquier cambio de marcha se reflejaba en el cuerpo como un golpe.

Jalonaban la carretera los restos de algunos accidentes graves: cabinas de camión abolladas, cristales hechos añicos sobre el asfalto, ruedas formando ángulos imposibles o camiones volcados exhibiendo

sus entrañas de metal, herrumbrosas y grasientas.

Y de pronto me asaltó la idea, tan clara que resultaba chocante: la Nueva India nunca será posible.

Habíamos creído que lo sería porque para muchos de nosotros, los de la Vieja India, fue relativamente sencillo convertir en época dorada la confusión de *fin de siècle*. Gente que venía de la nada aprendiendo a leer y escribir, acumulando conocimientos que los Looney y los Irodov habían tenido que labrarse para luego insuflarlos en una sociedad que necesitaba de su sabiduría justo en un momento y que les ofrecía a cambio una ideología amable con su progreso.

Aseem atravesó el umbral de su origen modesto y sin esperanzas cuando llegó a los diez mil polvos. Virendra pagó a varias rusas para que se la chuparan. Tal vez los jóvenes como el taxista que me llevaba tenían esos apetitos frenéticos porque en el fondo sabían que una vez fuera de su entorno, de sus oficios ancestrales y sus pequeños negocios, sus estudios no servían para nada.

Desposeídos de sus viviendas originales, de su forma de vida humilde, pero estable, o de su religión, que era fatalista pero les proporcionaba consuelo, carecían incluso de la ínfima ventaja con que yo había contado: un lugar al que regresar, corriendo, a esconderse.

Yo iba dando cabezadas y me despertaba sobresaltado por algún recuerdo de nuestra última comida juntos, en Wagamama.

Tú estás sentada, muy recta, con los codos encima de la mesa. La expresión festiva que habías cuidado de mantener en casa, alerta, expectante y confiada, como si estuvieras proclamando a los cuatro vientos que eres exactamente como quieres ser, se está viniendo abajo. En tu boca se marca la tristeza, la fatiga en tus ojos.

Tienes una pestaña pequeñita, descarriada, en la mejilla; justo debajo del ojo. Quiero hacer lo que tantas veces he hecho: abrazarte, que apoyes la cara en mí, ver cómo cierras los ojos. Pero siento el nudo de la angustia que me aprieta por dentro y me pregunto, una vez más, si debería decirte que mi marcha es inminente.

Regresas del lavabo unos minutos después, seguida como siempre de miradas curiosas; te sientas de nuevo muy recta y cruzas las piernas enfundadas en botas. La pestaña ha abandonado tu mejilla, y la superficie de tu rostro ha cambiado: la que veo ahora vuelve a ser la de la mujer segura de sí misma que salió de su apartamento hace un par de horas, perfectamente maquillada.

Los *noodles* con los que has cargado el tenedor te dejan una mancha de salsa de soja en la comisura de la boca. La contemplo un instante, mientras los camareros van de un lado a otro y pasan a nuestro alrededor con platos llenos de comida, antes de ofrecerte una

servilleta de papel. Tú la miras, atónita.

Y luego el recuerdo me abandona. Se queda atrás, como las carcasas metálicas de tantos coches y camiones.

La carretera cae ahora en picado, baja por varios desfiladeros húmedos e inmediatamente se empieza a deteriorar. Con cada bache me tambaleo en el asiento sin poder evitarlo, y empiezo a sentir la cabeza vacía y una presión en el pecho.

No respiro tranquilo hasta que el coche sale de un túnel muy largo y se extienden ante mi vista grandes espacios vacíos: un valle llano que recorren riachuelos indecisos y montañas escarpadas que aún no ha tocado la mano del hombre, remolinos blancos y ríos que forman espirales que, desde esa altura, se ven como las vetas de una superficie de mármol.

El aire quieto parece otorgar al valle una silueta inalterable, una convicción insondable. El dibujo cambia cuando la carretera baja hacia el valle y el movimiento del río se va trazando al mismo tiempo que su sonido.

Apenas hemos terminado el descenso volvemos a subir. A casi nueve mil metros de altura el corazón me empieza a latir con fuerza. La carretera es ahora una plataforma muy estrecha sobre un río que discurre con fuerza, formando espuma. Más que una carretera es una alternancia de rocas y surcos. Desde el río se alzan unas montañas enormes, petrificadas por el vértigo, salpicadas de peñascos y por tiras de nieve antigua, congelada, que ya no es blanca del todo y que se mantiene obstinadamente firme en cualquier grieta en umbría.

Mucho más allá de esas montañas, inmóviles incluso cuando la carretera empieza a formar una espiral y el coche se aparta, en el último momento, de la nada, hay unos gigantes agazapados de blancura opaca.

Siento un zumbido en los oídos, ese inicio tan familiar del dolor de cabeza debido a la altitud.

Qué sencilla parecía la huida cuando aún estaba en Londres. El plan había tomado forma con mucha rapidez, después de unas cuantas búsquedas en Google que hice una tarde después de un encuentro con Sonam. Un vuelo a Delhi, otro vuelo a Shimla y un trayecto en coche.

Después de varios kilómetros cruzando macizos montañosos el trayecto adquirió una dimensión real en cuestión de tiempo y de distancia, y cuando la carretera empezaba a subir, más todavía, yo empezaba a preocuparme de lo remoto que era aquel lugar al que había elegido regresar.

—*Do aur ghantey* —dijo de pronto el conductor—. Dos horas más.

Garam kapde layo ho? Wahan sardi hogi. ¿Lleva ropa de abrigo? Allí hará frío.

—Sí, sí, llevo —respondí.

Pero lo cierto era que solo tenía dos jerséis gruesos de punto que me hizo mi madre y una camiseta térmica de Uniqlo.

—*Wahan kyon ja rahe ho*? —me preguntó a continuación—. ¿Qué va a hacer allí?

No fui capaz de responderle.

—*Saal mein ek baar naahte hain, Badi gandh aati hai, aur chai main makkhan aur namak daaltey hai* —me dijo—. Solo se bañan una vez al año. Apestan. Y echan sal y manteca en el té. *Lelin, building dekhne man acchi hai* —añadió—. Pero el edificio tiene buena pinta.

Quise decir que ya había estado allí, que ya había visto aquel edificio hacía años, poco después de llegar a Ranipur y empezar a recorrer a pie la región que bordea el Tíbet. En una de esas caminatas descubrí un *gompa*. Coronado por un pabellón dorado y acechante sobre un complejo de casas de piedra, campos de cebada y huertos de albaricoques, tenía algo de esa soledad desafiante de los puestos remotos.

Subiendo por aquellas tierras altas me había sentido como si estuviera en otro país. Los altares hindúes daban paso a *chortens* bien equipados, con vides que serpenteaban por las torres amuralladas y banderas de oración baqueteadas y descoloridas aleteando en los pasos altos por el viento frío.

La fachada blanca y bermellón del monasterio, un peso que parecía flotar en el aire azul, proclamaba su excelencia sobre todo el paisaje.

Aquella era una región habitada por los *bhotay*, dijo un guía de Shimla. Supe después que se trataba de un término peyorativo para designar a los budistas de origen tibetano. Había visto algunos: hombres de cara ancha y mejillas bruñidas que llevaban búfalos y mulas cargados con maleza y forraje, y mujeres con la raya en el centro de la cabellera, trenzas brillantes y collares de cuentas o amuletos.

El conductor se burló de su estilo de vida premoderno. Y no estaba del todo equivocado. Subir a aquella aldea por un precario sendero de montaña parcialmente borrado por los corrimientos de tierra y compuesto en ese momento por engañosas placas de nieve helada, y verme entre esos hombres y mujeres ancianos, con las mejillas arrugadas por años de exposición al sol de las alturas y la frente surcada de finas líneas, vestidos con harapos y jerséis tejidos a mano, con cestas de mimbre a la espalda y guadañas colgadas de la faja, fue como aspirar de nuevo un olor inconfundible: el que formaban el humo del hogar, la manteca de yak, el sudor y las vacas cobijadas bajo

los balcones de madera de sus casas de dos plantas.

Pasé junto a un *chorten* recién encalado y caminé por una calle irregular, empedrada, que estaba entre las altas murallas del monasterio y unas casas con balconadas de madera sorprendentemente elegantes. Los viejos acuclillados bajo las sombras oscuras y frías de las paredes, junto a sus ponis cargados, se me quedaban mirando. Un asno asustado, con las orejas tiesas, pasó corriendo a mi lado, seguido de un chico jadeante cargado con una sartén enorme.

En el patio soleado del *gompa* un *trapa* descargaba sacos de grano de un poni. Empujé la puerta inmensa, tachonada de latón, y atravesé una pequeña habitación para llegar a una capilla silenciosa y llena de esculturas doradas, muy altas, un bosque de pilares de madera finamente tallados y pintados en colores vivos, lámparas que ardían con manteca, cortinajes de seda colgando del techo, pilas de agua bendita y plumas de pavo real.

El olor era muy intenso: manteca, diversos tipos de incienso y efluvios humanos. Allí de pie, en la oscuridad cálida y especiada, sentí que me picaba la piel, como si hubiera entrado en contacto con un elemento nuevo.

Salí. El sol que llegaba hasta el umbral empedrado era cegador. En la distancia se agazapaba un macizo del Himalaya que resaltaba sobre el cielo verdiazul, y un río azul pálido surcaba el valle. Me quedé allí un momento, entre las banderas de oración que ondeaban suavemente al viento y el graznido de los cuervos. Y como suele suceder en los pasos solitarios, cuando paré a descansar apoyado en el bastón y miré a mi espalda, las montañas rodeadas de neblina lanzaban un resplandor como si no fueran de este mundo. E irracionalmente juré volver.

Casi dos décadas después era la hora del crepúsculo y lloviznaba. El viento trenzaba las gotas de lluvia y formaba un manto que cubría el monasterio de una espesa neblina.

Allí esperaban mi llegada, ya lo había gestionado Sonam. Un joven tibetano con un poncho de plástico de un amarillo vivo sobre la túnica carmesí me llevó por un pasillo eterno, subiendo un sinfín de escaleras estrechas, oscuras y empinadas y dejando atrás muchas puertas, a la que esa noche sería mi habitación.

Detrás de la puerta pintada había una silla de madera de respaldo recto, un pequeño *almirah*, una cama de hierro fundido con un colchón y un edredón, el olor inextinguible del polvo viejo y nada más.

Se marchó y durante unos instantes me quedé sentado en el borde

de la cama. No había imaginado un vacío tan grande. Pero así era aquello, al otro extremo de la tierra, suspendido sobre el enorme tumulto del mundo. Parecía el destino al que estaba abocado desde siempre, sin saberlo.

Mientras deshacía el equipaje sentí una punzada de nostalgia: de mi mochila salía el aroma del detergente preferido de Olga para lavar la ropa. De debajo de las vigas de madera del techo salían arañas patilargas que se paraban a observarme.

Dentro de mi libreta estaba tu pluma Mont Blanc, una de diseño antiguo, gruesa en el centro y afinada en las puntas, que debí coger de tu escritorio y luego olvidé dejar. Durante unos minutos me quedé sentado, contemplándola, temiendo haberme llevado una pieza del patrimonio familiar, y me pregunté si debía arriesgarme a enviártela por correo a tu dirección de Londres.

Después me quedé tumbado en la cama, mirando en el teléfono los mensajes de correo que habían llegado durante la larga travesía. Había uno tuyo. Decías:

> Arun, estoy intentando ser positiva y asumir que te has marchado porque había alguna emergencia en casa. No puedo soportar pensar que hayas decidido irte sin decir una palabra, y que todos estos meses que hemos pasado juntos, y nuestra felicidad, no han significado nada para ti. Ya sé que no puedo hacer gran cosa, pero es así cómo me siento: y creo que al menos podríamos haber intentado arreglar la situación. Por favor, dímelo en cuanto tengas un momento. Y vuelve pronto. El piso está muy vacío sin ti. Con amor, Alia.

Durante un instante vi claramente lo que pensaste cuando aquel correo se quedó sin responder: que yo era insignificante y patético.

Continué un buen rato tumbado en la cama, mirando fijamente las vigas oscuras del techo, hasta que la bombilla desnuda que tenía encima comenzó a parpadear. Al final se apagó; se oía el gruñido de un viejo generador que habría en alguna parte, en las entrañas del edificio.

El ruido se detuvo al cabo de una hora. El generador debió de quedarse sin combustible y en la negrura de pozo de la habitación oí, por primera vez en meses, el sonido de la lluvia al caer sobre el tejado.

Cuando era pequeño siempre salía a la calle cuando había tormenta. Mi hermana pequeña venía detrás, saltando de alegría, con las trenzas balanceándose, y se agarraba a mí mientras la lluvia nos calaba hasta los huesos. Después íbamos los dos a cazar ranas, que croaban bajo la maleza.

Recuerdo que después de aquello le deshice la trenza y enrollé el pelo mojado en uno de mis puños, esposándola con sus propios bucles, hasta que mi madre se dio cuenta y, sonriendo, nos dijo que dejáramos de gritar.

Volvió a mí otro recuerdo de mi madre, de pie en nuestro balcón de Ranipur, contemplando la nieve por primera vez. Miraba cómo se iban volviendo blancas las ramas de los árboles pelados y las puntas de la cerca de madera que cerraba el manzanar. El abrigo era de un tejido tan rígido que no podía bajar los brazos; tenía la cabeza sumergida en un montón de vueltas de bufanda y emitía gritos cortos y ahogados de emoción.

Empezó a dolerme el corazón; cuando me metí bajo el edredón que olía a naftalina y cerré los ojos, la lluvia seguía golpeando el tejado y regresó a mí aquella visión de mi infancia en la que mi cuerpo, más pesado que el agua, se iba hundiendo poco a poco. Así me ganó el sueño.

CUARTA PARTE

20

Durante los primeros días que pasé en aquella habitación oscura y silenciosa del *gompa* dormía, me despertaba y me volvía a dormir, rindiéndome al cansancio mientras la lluvia de fuera se convertía en nieve, cediendo a un deseo abrumador de hundirme muy dentro de mí, hasta alcanzar un descanso infinito.

Han pasado ya tres meses y he dejado de distinguir los días en la maraña de ventiscas, bancos de nieve y carámbanos, y sigo tratando de encontrar la paz en esa sumisión, esa sensación de haberme rendido en la batalla y haberme apartado de un mundo de dolor y confusión.

Me han dado otra habitación, generosamente cedida por un joven monje, que es aún más pequeña que la otra y sin ningún mueble, aparte de unos grandes almohadones cuadrados apoyados en la pared, una mesa baja pequeña y un modesto altar de madera con ofrendas de arroz y manteca. De las paredes cuelgan *thangkas*, representaciones de Sonam Lha-mo, una divinidad femenina, pintadas en dorado sobre fondo negro.

Se llega a la habitación cruzando un almacén para el estiércol y el combustible, así que nunca se libran mis fosas nasales de sentir los olores más evocativos de la infancia: el estiércol del patio y la nota dominante de las latas de queroseno.

El monasterio tiene más de mil años de antigüedad, y al parecer fue fundado por un lama que tradujo textos del sánscrito al tibetano. Colgado de una montaña escarpada, desafiando a la gravedad, sus tres plantas hacen guardia sobre el valle de un río, menos convencional que el típico redondel de montañas altas. En sus habitaciones oscuras, perfectamente selladas frente a la luz cegadora que reina fuera, me siento como si estuviera suspendido en el aire.

Aquí todo está tan callado que da miedo. Solo de vez en cuando puntúan el silencio unos pasos apresurados y el susurro agitado de las túnicas. Todavía no me he acostumbrado a la ausencia absoluta de los sonidos de la civilización urbana, especialmente a los gruñidos y zumbidos de las máquinas que me hacían compañía.

Intento recrear esa emoción del anonimato que sentí al llegar: aquí

nadie me conoce, aparte de Sonam, que está en un retiro en una pequeña gruta por encima del monasterio. Paso la mayor parte del tiempo intentando meditar.

—Si quieres avanzar algo tienes que centrarte en la meditación, en la meditación exclusivamente —me había dicho Sonam en Londres.

El proyecto de dejar de representar el papel que otros querrían, de estar siempre alerta ante una serie de hábitos mentales agotadores, el proyecto que he venido a materializar aquí, parece estar en completo desacuerdo con el trabajo intelectual, con cualquier cosa que exija un flujo vertiginoso de ideas y pensamientos. Mis pequeños logros en ese lugar que parece soñado sugieren que tal vez no me encuentro muy lejos de la solución a lo que sea que me ha pasado.

Miro durante un largo período a un punto luminoso fijo, en la oscuridad, dentro de mi mente. Pierdo toda noción de quién soy o dónde estoy. Y es una lucidez superior a la que alcanzo con la mente consciente.

Cuando abro los ojos, claro está, regreso a esa mera célula que soy en este monasterio y a cuanto a diario me sugiere su existencia real: la mesita de madera, la lámpara de parafina, los *thangkas* de la pared. Todo está donde ha de estar. Y yo soy quien soy. Todo me parece normal.

Pero no puedo quitarme de encima la sospecha de que lo que acabo de experimentar no es más que el azar de lo que yo llamo mi yo, una verdad percibida levemente en los paisajes vacíos de la infancia; entonces sé que lo que yo consideraba una vida normal dependía en exceso de una continua exageración de mi identidad y significado.

*

Pienso en todos los que han estado aquí a lo largo de los siglos, todos esos que abandonaron la idea de llegar a algún sitio y ser alguien, que abdicaron de sus dones y talentos en lugar de forjarse a la imagen y semejanza de una sociedad maldita, y que se apartaron de lo que Aseem llamaba «verdadero potencial» antes de culminar su realización, dilapidando promesas, sin hacer caso de la obligación moderna de explotarse y anunciarse a sí mismos.

No le digo a Aseem que estoy aquí. Una parte de mí todavía se asusta ante la pasión vital y la despreocupación con la que ha vivido hasta la madurez, despreciando el paso del tiempo, sin hacer caso de la muerte. Lo que Sonam consideraría un vicio incontrolable —deseos de todo tipo, ambición social, sexual y profesional— ha sido parte

integrante de la vida de Aseem.

Ahora me pregunto si él también está cansado de llevar la carga que supone ser un hombre sin compromisos, laico, moderno, que mientras cree que sabe exactamente cómo lograr la satisfacción, siempre siente la falta de algo, y si él también desea despertarse en otra forma de vida: su verdadera vida.

No debería mostrar esto como el sanatorio perfecto para seres heridos y cansados. Aquí, dentro de mi habitación mal aislada, hace un frío que entumece. La mugre centenaria que hay por todas partes hace que tenga los dedos siempre negros, y que aumente mi anhelo de darme una ducha caliente. No me he afeitado desde que salí de Londres, porque aquí no hay espejos a los que enfrentarme, a los que mostrar un rostro alterado y envejecido por estos pelos largos e hirsutos.

Ese té salado que beben los tibetanos me provoca náuseas. La comida es terrible, incluso para alguien que ha crecido en un mundo dividido entre los que comen y los que no; mi aparato digestivo no consigue amoldarse al *tsampa*. El retrete, un agujero en el suelo con todo lo que ofende a la vista, al olfato y a los músculos de la entrepierna, también es un reto para alguien de mi edad, aunque de niño fuera todas las mañanas a acuclillarse junto a las vías del tren.

Me he prestado voluntario para conducir a Jalori, donde la carretera polvorienta que lleva al monasterio se junta con la autopista del Tíbet y donde hay un puesto que sirve gasolina, una tiendecilla y una tetería entre edificios medio derruidos. Paro a coger un poco de leña y hacer unas llamadas de teléfono. Pero esta camioneta que llevo por una carretera sin asfaltar y llena de baches con un río allá abajo siempre tiene pinta de estar a punto de averiarse. Y el olor de la manteca rancia que los tibetanos utilizan para todo parece confirmar el fracaso de alguna elección mía de hace mucho tiempo.

Pasan los días. Nunca me faltan quehaceres. Llevo leña al monasterio, cuando se hielan las tuberías cojo agua en el pueblo con cubos, leo un poco, sobre todo periódicos y revistas que dejan olvidados los que visitan a Sonam, pero no durante mucho tiempo. Ya no me acuerdo de dónde leí que la forma de vida más sana es el trabajo manual que se hace en un monasterio, que las verdades que más vigorizan el cuerpo y la mente se encuentran en el ejercicio físico y en la contemplación silenciosa, y que con palabras e ideas es como uno empieza a deslizarse hacia los embustes más dañinos.

Una parte de mí sigue echando de menos la conversación y deseando que los monjes no fueran siempre tan indiferentes en su hospitalidad.

21

Al cabo de unos meses yo había empezado a sentir cierta seguridad en el *gompa*, como si formara parte de un antiguo organismo con vida, identidad y finalidad propias. La ansiedad y la angustia con las que había llegado allí habían empezado a desvanecerse, dejando solo un ligero malestar.

Tenía sueños en los que personas y lugares que había conocido se mostraban más vívidos de lo que eran en realidad; intentaban captar mi atención, recordándome una vida que ya no existía, en la que había descuidado tantas cosas y guardado duelo por tan pocas. De esa ensoñación llena de reproches emergí avergonzado, sorprendido y sudando.

Pero había días buenos, sin embargo, en los que el pasado parecía un lugar donde había vivido otra persona que no era yo. Y cuando un día, al ponerme una camisa limpia, oí un susurro que resultó ser el papel en que envolvían la ropa en la lavandería del Hotel Danieli, me esforcé por recordar aquella tarde en el Lido.

Comencé a sentirme como si hubiera pasado a otra vida. Y luego, de pronto, regresaba el pasado: esa oscuridad profunda de las voces que aúllan.

Una tarde, dentro del quiosco de té de Jalori, donde el fuego chisporroteaba y lanzaba un halo rojo sobre las caras ennegrecidas, arrugadas y curtidas por el sol de las alturas, llamé a Devdutt.

Ya habíamos estado antes en contacto, porque había que arreglar la valla de mi casa. Estábamos acabando la conversación cuando me dijo que Naazku estaba con él. Me dijo que seguía inconsolable y, sin más, le pasó el teléfono.

Se produjo un breve silencio en el que Naazku parecía estar cogiendo aire.

—*Aapki mata ji ki bahut yaad aati hai* —dijo al fin—. Echo mucho de menos a tu madre.

Yo no supe qué decir.

Naazku tenía el mismo estilo declarativo de mi madre cuando hablaba por teléfono. Las frases salían con un apresuramiento cargado

de pánico y sin exigir respuesta.

—*Bahut kathin jeevan raha* —añadió—. Llevó una vida muy dura —y continuó—: *Unko bahut chinta thi aapke baarey mein, kya hoga unkey jaaney ke baad. Voh aapko khush dekhna chahati thi*. Estaba muy preocupada por lo que pudiera ocurrirte cuando ella faltara. Quería verte feliz, como lo son los demás.

Desde la oscuridad de la tetería veía el recuadro plateado del sol de mediodía sobre la carretera nevada. Pasó una persona en una bicicleta vieja, inclinándose sobre el manillar, con las ruedas sin engrasar emitiendo un gemido y los neumáticos mal inflados, aplastando los cristales de nieve.

—*Voh aapko khud kahna chahti thi marne se pahley. Unhoney kaha tha ki voh phone karengi aapko. Phone kiya*? —continuó Naazku—. Quería decírtelo ella misma, antes de morir. Dijo que te iba a llamar por teléfono. ¿Te llamó?

—*Aur sabse acchi baat hogi agar aap pasand karein ladki ko*. Dijo que necesitabas alguien que cuidara de ti cuando ella no estuviera. Que a ver si encontrabas a una muchacha adecuada.

Y como si captara mi sorpresa, añadió:

—*Unko maloom tha badi kithi ki memsahab ke baarey main*. Sabía lo de la señorita de la villa…

Había empezado hablando en voz baja y de pronto comenzó a alzar la voz en chirriante crescendo. Pero yo ya no estaba escuchando.

Por la carretera venía un autobús que se encontró con el paso bloqueado por una multitud furiosa de gaddis pastoreando a un rebaño reducido, fuera de temporada. Las ovejas desgreñadas, de un blanco sucio, se quedaron paradas con la cabeza gacha, como si meditaran algo, negándose a dejar paso al autobús. El motor del viejo automóvil rugió y sus costados de metal vibraron. Entre los pastores que gritaban y gesticulaban frenéticos vi una mujer joven que miraba con ojos de pájaro, como en rafagazos, bajo el grueso manto.

Aparté la mirada y regresé a la tienda. Naazku seguía hablando y yo me había quedado mirando unos ojos con hilillos rojos engastados en el rostro de una anciana.

Y entonces algo se quebró. Se me nubló la vista, comencé a parpadear, sentí que las lágrimas me caían por las mejillas.

Desde que murió mi madre me asaltaban muchos recuerdos de ella llevándome al colegio, esperándome con un vaso de leche caliente en la mano cuando yo volvía del *nullah*. Yo había experimentado la culpa, pero no el verdadero duelo, ni la sensación de marcha irrevocable. Me había estado moviendo por un sueño de colores vivos, sin esfuerzo alguno, todo más vívido que nunca, pero también más

irreal.

Cuando regresaba conduciendo al monasterio, soltando al fin un dolor que había llevado dentro mucho tiempo, me sentí más cerca de la realidad, de lo que suponía su muerte: el final de algo no solo para ella, sino también para mí, el comienzo de una soledad muy larga. Y en los días que siguieron me sentí inmerso en el duelo, deseoso de actuar antes de que fuera demasiado tarde, de encontrarte y, de alguna manera, acabar con la secuencia de acontecimientos que me había llevado hasta ese lugar desolado.

Y entonces, el estruendo del mundo que me rodeaba aumentó de repente el volumen cuando cogí un ejemplar de *Outlook* que había en la mesa de la entrada del *gompa*, abandonada por algún visitante, con este titular: «La caída de un icono: Aseem Thakur acusado de conducta sexual inapropiada».

Leí conmocionado el primer párrafo de la historia de portada: una joven profesora de la Universidad de Delhi, donde había ido Aseem a dar una conferencia, le había acusado de abuso sexual. Siguieron otras tantas mujeres, que le denunciaban por distintos grados de abuso y acoso.

Corrí a mi habitación y, una vez allí, abrí las páginas arrugadas. Allí estabas tú, entre las caras desconocidas de tantas acusadoras de Aseem, en una imagen de gran tamaño con tus Ray-Ban de aviador, delante de una pantalla que anunciaba el festival Great Minds United.

No pude evitar lanzar un grito. La revista había empezado a temblarme en las manos, y cerré los ojos.

Y con los ojos cerrados te vi, abandonada mientras dormías en una habitación a miles de kilómetros de distancia.

Abrí los ojos mareado y temeroso, y solo entonces empecé a calibrar la naturaleza de la afrenta de la que habías sido víctima.

El reportaje de *Outlook*, lleno de especulaciones salaces —la profesora de la Universidad de Delhi había decidido permanecer en el anonimato—, afirmaba que tú, hija de una familia famosa y distinguida en el mundo de la política, eras la primera mujer que había dado un paso al frente para denunciar a Aseem por acoso. Citaban frases de tu breve declaración en Twitter, mencionando los avances de Aseem en la habitación del hotel durante el festival, avances persistentes aunque tú los habías rechazado rápidamente y con decisión, y expresabas tu solidaridad con la víctima del abuso.

Al parecer, tras una primera declaración de la profesora, la policía se había puesto en marcha con gran rapidez para hacer un informe de los cargos y arrestar a Aseem, y que una vez arrestado, pagada la

fianza y arrestado de nuevo, Aseem estaba revocando todos los cargos que había contra él. Culpa de los más graves a una conspiración liderada por sus enemigos políticos, y es especialmente vehemente a la hora de negar que hubiera hecho cualquier cosa sin tu consentimiento.

Declara que fuiste tú la que se dirigió a su habitación de hotel durante el festival, y no una vez sino dos: la primera, para entrevistarte, la segunda para un encuentro amoroso. Dice que tiene pruebas de que tú estabas muy abatida tras pasar por una ruptura sentimental reciente y que buscabas consuelo.

Leí y releí el artículo de la revista tratando de prescindir de las gafas, entornando los ojos ante las palabras que nadaban por la página y por la foto donde aparecías tú. En mi cerebro se oía un susurro que me decía que me mantuviera al margen de todo esto.

Pero sentí una agitación animal en el corazón, y un agujero cada vez más grande en el estómago, que me decían que se había roto el hechizo y que el pasado que yo estaba intentando dejar atrás había vuelto.

Seguiría meditando, llevando agua del pueblo; intentaría enterrar la culpa y la vergüenza bajo el peso de viejas y nuevas obligaciones e invocaría al sueño desde una ensoñación que me llevara a olvidar. Pero me despertaba. La cabeza me bullía de imágenes e ideas cuando afuera todavía era de noche. Y tenía miedo de que la noche pasara y verme cara a cara con la mañana blanca.

Mi habitación me pareció de pronto gélida: después de un buen rato tumbado en la cama tuve la impresión de que el peso de las mantas y el de las vigas de madera del techo me impedirían volver a levantarme. Durante mucho tiempo no pude pensar en nada, como si la sangre se me hubiera helado en las arterias y estas ya no pudieran transportarla del corazón al cerebro.

Cogí varias veces la revista para mirar tu foto, como si así pudiera ver algo del horror que suponía que te atacara alguien a quien conocías y en quien confiabas. Un horror lo bastante intenso como para dar el gran paso de hacerlo público, plenamente consciente de que lo que te esperaba por ser una mujer musulmana en un país gobernado por supremacistas hindúes no era justicia, sino una exposición pública implacable y degradante.

Después, entrada ya aquella tarde nublada, salí por fin de debajo de las pesadas mantas y conduje ocho kilómetros por la nieve hasta Jalori.

Los monjes, cuyos ojos inocentes intentaba evitar, se preguntaban por qué salía con el tiempo tan malo que hacía. No les dije que quería ir a un sitio donde hubiera cobertura de móvil para descargar más

noticias, sobre todo las que hablaran de ti.

Por esa carretera irregular donde la camioneta iba traqueteando y derrapando, haciendo saltar las piedras que pillaba con las ruedas y directa al abismo del río espumoso y las rodadas me hacían temblar la espina dorsal, sentí dentro una náusea de aprensión.

El breve trayecto me pareció una vida entera. Al final casi sentí alivio al leer que la prensa no había logrado ponerse en contacto contigo y que habías silenciado tus cuentas en redes sociales.

La última vez que te vieron fue en el aeropuerto de Delhi: alguien que conocías de tus días en la televisión y que no tuvo la discreción de ocultar tu rastro.

Me quedé un rato sentado en la cabina helada, pensando en ti y en tu sufrimiento, en el valor que subyacía a esa decisión tuya de acusar a Aseem públicamente y del calvario que se te avecinaba. La imagen que yo conservaba de ti en mi memoria se había empezado a borrar, y llegó a quedar completamente oculta por esa otra nueva, extraordinaria, en la que eras una víctima de carne y hueso de las atrocidades cometidas por mi mejor amigo de la infancia.

A medida que regresas a mi vida, tan cambiada que casi no te reconozco, me pregunto si alguna vez te conocí; si al ver de cerca la muerte y la decadencia no te habría utilizado como descanso, para aplacar un deseo tardío de vivir.

Pasé mucho tiempo pensando si debía llamarte, pero me quedé atrapado en un remolino helado de remordimiento e indecisión, mirando en tu foto de perfil de WhatsApp, hasta que sentí en los brazos y las piernas un extraño temblor que me obligó a dejar a un lado el teléfono y controlar la flojera de las rodillas.

Busqué más noticias, y encontré fotografías de Aseem llegando al despacho del magistrado en un furgón de la policía, donde le esperaba una multitud de manifestantes: eran casi todos hombres, claramente pagados por el partido del gobierno, que proferían insultos y sacudían los puños apretando los dientes. Llenaban el fondo de las fotografías como si fueran figurantes de una película.

Su furia fingida me removió algo por dentro. Me sentí de pronto lleno de ira, vengativo, deseoso de ver la cara de Aseem y la expresión que había decidido asumir en un momento como ese.

Pero los policías, que le empujaron para que saliera del furgón con las manos en su cuello, le habían cubierto la cabeza con una manta negra.

Seguí mirando la fotografía. Hay un sinfín de versiones de la historia. Aseem ha llegado a la cumbre de la fama, completamente a ciegas e impulsado por otros. Y en ese momento de lucidez que

propicia la rabia recordé su reacción despiadada cuando detuvieron a Virendra y Siva.

También para él es el fin. El juicio podría durar años, una década o más. Pero sus enemigos políticos, los que están en el poder en ese momento, no solo le van a apartar de la vida pública durante una larga temporada. Con él van a poner en práctica tormentos muy diversos.

Los periodistas, acampados delante de la prisión temporal de Aseem, se las han arreglado para conseguir todo tipo de detalles, incluidos algunos sobre su compañero de celda: un asesino en serie perturbado que se pasa el día haciendo crujir las articulaciones de los dedos. Parece ser que Aseem gritaba a sus abogados: «¡Sacadme de al lado de este hombre, por favor!».

Vi una foto de su mujer, con gafas de sol, la cara inexpresiva, y me sentí aliviado de que no tuvieran hijos. Supe que su madre, a quien no había visto hacía décadas, se había presentado inesperadamente en la vista para la fianza. Uno de sus amigos más cercanos la reconoció por su figura diminuta enfundada en el sari y se convirtió, más incluso que la mujer de Aseem, en el objetivo del lápiz de los dibujantes mientras recorría con los dedos un *jaapmala* y murmuraba el mantra Gayatri sentada en la parte de atrás de la sala.

Entre tantos codazos y miradas cargadas de significado no dirigió la vista ni una sola vez hacia donde estaba Aseem. Los reporteros de televisión que gritaban frenéticos a los micrófonos peludos en la puerta de los tribunales dijeron que se sentía avergonzada de su hijo.

Pero si llegué a conocer a mi madre, más o menos de la misma edad y extracción, puedo afirmar que la madre de Aseem no se avergonzaba de su hijo, que era alguien a quien aún quería y deseaba proteger. Estaba avergonzada de ser el blanco de todas las miradas. Ella, que siempre se había sentido tan poco importante.

Como la identidad de la principal acusadora de Aseem seguía sin conocerse, la prensa se lanzó a desenterrar tu pasado. Todas las imágenes que pude encontrar en distintas fuentes, muchas veces turbias, se encuentran en Internet por todas partes. También hay muchas de Aseem y tú en el festival.

Aunque en la pantalla del teléfono se vean pequeñas y poco nítidas siguen sorprendiéndome. En tu expresión ambigua busco algo que me recuerde a nuestra breve relación, pero no encuentro nada.

En una de las fotos estáis Aseem y tú sentados en el brazo de un sofá muy estrecho en el que también se encuentra un famoso psicólogo cognitivo de Harvard. En otra estás susurrándole algo al oído y él sonríe, algo incómodo. Siento una punzada de lo que

inmediatamente después reconozco, avergonzado, como un residuo de los clásicos celos masculinos.

Los supremacistas hindúes, que llevan tiempo buscando el punto débil de Aseem, parecen encantados con las imágenes. Para ellos tú no eres solo una musulmana, objeto por tanto de un odio especial para ellos: eres además una mujer con falda corta que bebe vino y que mientras iba por ahí pidiendo guerra, ha conseguido derrocar a su enemigo.

Todos esos detalles que me recuerdan a ti se posan como una pesada losa en mi pecho. Otra vez deseo hablar contigo, poder hacer algo para rescatarte de esa humillación y aliviar tu dolor. Y todas esas veces acabo paralizado por el recuerdo de mi propio abandono; todas ellas me acabo dando cuenta del absurdo retraso que lleva mi afán de virtud.

Mi rabia y la explosión de malicia de la prensa contra Aseem me parecen igual de fútiles. Veo en prensa noticias sobre algunos miembros de la élite de Lutyens, que siempre se molestaban cuando tenía éxito alguien que ellos considerasen un arribista. Están encantados. Pero los que más violencia han descargado sobre la estatua de Aseem son sus primeros halagadores, los que conocí en sus fiestas de Delhi. Se rebajaron a la hora de encumbrarle y ahora han visto la ocasión perfecta para resarcirse con su caída de la humillación de entonces.

Dicen que todo su activismo por causas medioambientales y contra la corrupción política, todo eso de abrazar los derechos de las mujeres y la justicia social para las minorías históricamente desfavorecidas y otras causas izquierdosas, no fueron más que instrumentos de una ambición desmesurada.

Me siento más cercano a los empleados de la revista de Aseem, en su oficina de concepto abierto, que han narrado tantas historias de mujeres glamurosas que volaban desde sus escritorios atestados hasta la alcoba de él. Su energía inagotable y su carisma hicieron que se mantuvieran uncidos a unos trabajos intermitentes y mal pagados.

Pero se acabó: muchos han dimitido y han expresado públicamente su opinión, mostrando un sólido consenso sobre Aseem: siempre fue un especulador, poco fiable, oportunista, pretencioso, símbolo de una masculinidad tóxica, ejemplo de un cosmopolitismo desarraigado y sin escrúpulos, por no decir un completo delincuente.

22

Según las noticias de la prensa de hoy te has «escondido». Creo que fuiste en coche de Delhi a Ranipur. Me pregunto si tu madre descarriada y su marido rico te ayudaron. Me pregunto si debo dirigirme a ellos para informarme.

Me siento aún más impotente y prescindible. Quiero desesperadamente hablar contigo, pero al mismo tiempo me doy cuenta de que no puedo.

Yo te abandoné y ahora también estoy escondido, ocultándome de la luz en este *gompa* en el que parecen haber muerto días innumerables sin penetrar su laberinto de habitaciones sin ventana, donde los monjes suben y bajan las escaleras angostas con velas que sujetan con firmeza, luces que envían bandadas de sombras por las paredes encaladas y los escalones de piedra.

Hay mucha más gente intentando esconderse. Al menos eso me dijo hoy Sonam cuando fui a verle a su retiro.

La nieve caía suavemente; copos grandes, enmarañados, que flotaban como si fueran reacios a tocar el suelo. Dentro de su diminuta cueva está muy oscuro. Me cuesta unos instantes que los ojos se acostumbren a ver algo en las paredes ennegrecidas por el humo, entre el hogar de barro que hay en una esquina y el humo espeso del incienso que se eleva tranquilamente por el aire, con aroma a manteca.

Cuando apareció Sonam con un montón de leña al hombro y pequeños cristales de nieve brillando y derritiéndose sobre los pelillos hirsutos de su cabeza, y me indicó con un gesto que me sentara, intenté mantenerme en cuclillas sobre el suelo mugriento. Y así me quedé, en esa postura tan incómoda, hasta que Sonam señaló un *chatai* manchado que había en un rincón: probablemente era allí donde dormía.

—Siento mucho haber entrado mientras no estabas —digo.

Sonam se inclinó sobre el hogar, organizando con cuidado las ramas, y levantó las manos. Me sorprendió ver aquellas palmas llenas de cortes, la maraña enloquecida de líneas marcadas por los trabajos domésticos.

No supe qué decir.

—Pareces gozar de buena salud —empecé.

Sonam miró hacia atrás y sonrió:

—Sí, sí, muchas gracias.

Desde el valle llegaba el sonido de los cencerros de los ponis. Había pasado, caminando, junto a unos cuantos de estos animales de carga que llevaban campanas y cinchas magníficamente engalanados, por un sendero nevado y estrecho; sus dueños, a su lado, no parecen estar a la altura de su atuendo.

—¿Qué tal en el monasterio? —preguntó Sonam.

¿Qué tendría que haber contestado? Que es demasiado tarde para dejar de lado mi forma habitual de percibir, sentir y comportarme… En definitiva, lo que representa la práctica monástica.

No puedo hablarle de ti, de mi madre, de que todas las noches intento hundirme en el olvido imaginando que mi cuerpo se sumerge en el mar, imaginando un inframundo donde puedo vivir sin una carcasa física, sin la presión de tener que mostrar a los demás un cuerpo y una cara.

Si se lo digo dirá que todo eso es una tragedia de pega. Los años que pasé en el colegio y en el IIT, donde olvidaría enseguida todo lo que aprendí de memoria, el trabajo impostado en la revista literaria, mi existencia solitaria en la aldea, lejos de la lucha, de la búsqueda, del sufrimiento de la gente corriente, mi trabajo de traducción, otra forma de holganza elevada que cubría la vanidad intelectual de algunos filántropos ricos y poco más… Y ahora este coqueteo con el desapego en un monasterio después de traicionar a las personas más cercanas.

Quizá Aseem estuviera en lo cierto: que no poseo realidad alguna, más allá de este yo, demasiado maleable. E incluso en este estado de atención hacia uno mismo, la búsqueda de un misterio y de unas profundidades ocultas sigue siendo falsa y engañosa.

*

«Tienes que ser despiadado», había dicho Aseem hacía muchos años. Y lo había sido, a mi manera. Aferrándome a mi instinto de supervivencia, ágil a la hora de apartarme de cualquier cosa que resultara inconveniente o incómoda y de minimizar el daño que había infligido a otros.

De todos modos, ya no estoy seguro de si tengo los recursos necesarios para pasar aquí otras tres semanas, antes de intentar mi regreso a Ranipur.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Sonam dijo:

—Llegaste aquí en el momento justo, y podrías quedarte más de lo que pensaste. Creo que la gente de todo el mundo está buscando un lugar donde refugiarse de una enfermedad nueva.

—¿De verdad? ¿Qué enfermedad es?

Me di cuenta de lo que estaba pensando: que la devastación a gran escala podría disimular o reducir un poco mi propia miseria.

Pero no parecía que Sonam quisiera responderme; vi que tenía un amago de sonrisa dibujado en la cara. Me recordó aquellas charlas en Londres, cuando Sonam sonreía y se carcajeaba de la gente que le confiaba su sufrimiento.

Y entonces añadió:

—He oído que mucha gente se está aislando, para alejarse de la muerte y del dolor, y hacen acopio de papel higiénico.

Ignorando el consejo de Sonam, he estado escribiendo en mi celda, en secreto. Empecé a pensar, mientras caía la nieve que cerró la carretera de acceso y me quedaba hasta tarde trabajando, que ese trabajo silencioso, ese intento de contarte mi vida y la de otros, podría ser un fin en sí mismo, un modo de anestesiarme y quizá una vía para alcanzar la inmunidad frente a la desesperación total.

Me equivocaba. Ayer la carretera parecía, por fin, despejada. Después de tres semanas. Mi teléfono empezó a vibrar de un modo incontrolable cuando iba camino de Jalori a buscar más noticias. Me paré a mirar una serie de mensajes de texto: algunos periodistas emprendedores habían conseguido mi número y estaban intentando hablar conmigo del asunto de Aseem.

Resulta que, con ayuda de su abogado, ha subido a su web una grabación de audio de su conversación contigo. Al sentirse víctima del juicio paralelo de la opinión pública ha decidido responder con una defensa pública ante la más destacada de sus acusadoras. La grabación no pretende ser prueba concluyente de su inocencia. Por un lado, la conversación que reproduce tuvo lugar durante el primer encuentro de Aseem contigo en la suite del hotel, y no durante el segundo.

La presenta en la web uno de los amigos de Aseem que aún le son leales. Un novelista que en una ocasión tuvo empleado como reportero en la revista y que solicita una interpretación literaria sofisticada de la conversación: con sus emociones más sutiles, sostiene, el intercambio se reduce a lo que él insiste en presentar como un momento de intimidad consentido por ti.

Me llevó casi una hora, sentado y tiritando en la cabina sin calefacción de la camioneta, y muchos intentos fallidos, descargar el archivo de audio con mi conexión 2G. Temiendo perder la conexión no me atreví a mirar las noticias del apagón mundial, y en lugar de

eso me quedé mirando cómo se empañaba el parabrisas lleno de regueros de mugre con aire impaciente.

Pero no podía esperar hasta llegar al *gompa* para escuchar la grabación.

A los pocos minutos de reuniros Aseem y tú empezáis a hablar de sexo. De género, en realidad, actitudes de cada sitio ante la homosexualidad, diferencias entre hombres y mujeres. Es sobre todo Aseem el que habla.

A continuación habláis brevemente sobre las elecciones en Gran Bretaña. Aseem dice que una vez coincidió con Boris Johnson en Londres, en la fiesta de verano del *Spectator*; Naipaul y uno de sus amigos Rothschild también estaban presentes. Dices que Londres va a cambiar, a peor. La mayoría de tus amigos de Londres se están marchando a París, Berlín, Ámsterdam y Nueva York.

Tu voz suena monótona, y en la de Aseem hay una nota de interés y expectación. Oigo el tono, y deseo que no hubieras estado allí.

Aseem habla de la India: Modi ha tocado techo, dice. Cada vez más gente se está dando cuenta de que es un timador, y hasta sus partidarios han abierto los ojos y han visto el daño que ha infligido en el tejido social de la India.

De ese tema pasa Aseem suavemente al destino de Virendra. Le dices lo que me dijiste a mí cuando estuviste con él en el centro penitenciario de Massachusetts.

—Pobre Virendra —oigo decir a Aseem—. Espero que seas justa con él, de verdad. Me alegro mucho de que seas tú quien escribe este libro, y no algún blanco que no tenga ni idea del asunto.

Aseem sigue hablando, tangencialmente, de los «amos blancos del universo», los supremacistas hindúes, el final del juego de la modernidad y mucho más. Yo doy al avance rápido cada dos por tres.

Más adelante, después de responder a las preguntas sobre tu libro —te imagino cerrando el MacBook como siempre, con un suspiro—, Aseem y tú habláis de lo que más espacio ocupa en tu mente.

Siento miedo de lo que estoy a punto de saber.

—Una mañana cuando me desperté se había ido. Así, sin más. No tengo ni idea de dónde fue. Volvimos de Italia, y él estaba muy callado. Ni siquiera quería hablar de la muerte de Virendra. Empezó a ver con frecuencia a ese tipo tibetano. Que si hay que abrazar el vacío y qué se yo… Y de pronto, se fue.

Lo repites:

—Se fue. Así, sin más. Sin un mensaje, sin una nota, sin un email. Lo único que dejó fue algo de dinero en efectivo para los gastos que pagábamos a medias.

Durante un instante especialmente doloroso temo que saques a colación lo de la pluma Mont Blanc.

—¿Qué pasó con su madre? ¿Estaba enferma, o algo así? Me preguntó si conocía a alguna enfermera…

—Murió cuando estábamos en Pondichery. Arun no me lo dijo al principio. Parecía muy abatido.

Aseem ni siquiera registra el comentario. Dice:

—Quizá se ha retirado del mundo, o alguna gilipollez de esas. Es un clásico entre nosotros, los hindúes. Ponemos cara de desapego cuando las responsabilidades mundanas se complican. Pero estoy más que seguro de que volverá a aparecer, antes o después.

—Le he mandado wasaps. Le he llamado por teléfono. Le he escrito por correo electrónico. No ha tenido agallas para responder una sola letra. Y esto después de vivir juntos durante meses. Valiente capullo.

El tono de Aseem cambia, quizá en reacción a tu comentario.

—Lo siento mucho, de verdad. Debió ser horrible para ti despertarte y ver que había desaparecido.

Aseem parece hacer una pausa. Me pitan los oídos, y estoy tentado de pulsar el botón de Stop.

Es mejor no saber qué piensan nuestros amigos de nosotros.

—Si te soy sincero —vuelve a empezar Aseem—, me sorprendió mucho que estuvierais juntos. Quiero decir… Yo os presenté, y lo siguiente que supe fue que estabais los dos en Londres.

A mí también me sorprendió, la verdad, el cariz que han tomado los acontecimientos.

—Me pareció raro —dice Aseem— que no dijera nada de mi nueva novela. No es propio de él.

Y añadió:

—Si he de ser franco, siempre fue un poco rarito. Una especie de anacronismo. Como diría Trump, un blando.

¿Era eso un intento de resultar gracioso? No oigo risas en la grabación.

—Tenía miedo de la vida —continúa con su acusación—. Miedo de la condición humana, que no es más que cuestión de lucha, de esperanza y de cambio de circunstancias. Había en él algo muy jodido, no sé muy bien qué. A ver, vivir en un pueblo perdido con su madre después de haber ido al IIT… ¿Quién coño hace eso? Tenía más talento literario que todos nosotros. Escribía mucho mejor que…

Aseem se detiene. Pero entonces se le ocurre uno de sus dichos.

—Lo que quiero decir es que todos vivimos nuestra propia historia interior. Y cuando una acaba, comienza otra. El truco está en encontrar lo que conforma esa historia y ser capaz de enfrentarse al destino. Arun nunca se dio cuenta de eso.

Tú te quedas callada unos instantes.

Y luego dices:

—Es un perdedor.

Hay una pausa. Luego continúas:

—Me equivoqué con él. Pensé que era serio, inteligente y tan… delicado. Pero no, no es más que un perdedor.

Las palabras cuelgan como una daga en la cabina de mi camioneta medio congelada.

—Tengo que irme —te oigo decir.

—Oye… Lo siento mucho —empieza a decir Aseem—. De verdad. Me siento personalmente responsable, porque fui yo quien os presentó. Te mereces algo mejor.

—No, no, por favor. No te sientas culpable —dices tú—. De todos modos es bueno poder hablar de ello contigo. Te lo agradezco mucho.

—Sabes que siempre puedes recurrir a mí. Siempre estaré aquí si me necesitas. Y te lo repito. Lo siento mucho, mucho, de verdad.

Hay otra pausa antes de que termine la grabación. ¿Acaso cortó Aseem algo?

Le veo pulsar el botón rojo de su iPhone, saltar de la silla y acercarse a ti.

La proximidad física y la mirada de una intensidad similar a los rayos X y el tono sincero son su modo de transmitir a las mujeres su profundo interés: lo recuerdo de sus fiestas de Delhi.

Había visto cómo funcionaba: pasaba suavemente de la ecuanimidad afable a la tenacidad de un cazador, hipnotizado por su propio grado de poder sobre la víctima, que iba en aumento. Desde luego no creo que le desanimara verte recular un poco, casi tan alta como él con tus botas de tacón.

*

Hoy la mañana era de una oscuridad más dura, más azul que ayer, y el aire de un frescor también nuevo. Bajo el cielo cubierto de nubes las montañas sobresalen negras e inhóspitas. Los copos de nieve empiezan a volar cuando bajo a la cocina a coger un poco de pan seco y me encuentro con un monje que admira un carámbano de casi metro y medio de largo que está colgando del porche, con una gruesa gota en la punta.

En cuanto el tiempo mejoró un poco salí corriendo hacia Jalori. Un kilómetro y medio antes de llegar empezó a vibrar el teléfono que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Me detuve en una curva pronunciada, muy peligrosa, para leer las solicitudes de los periodistas

que querían resúmenes y entrevistas.

El miedo a un virus potencialmente genocida en la India no ha disminuido el interés que ha suscitado este caso. Dicen que quieren mi «lado de la historia». Quieren darme «la oportunidad de réplica» frente a lo que se ha dicho de mí.

Está claro que quieren que hable mal de Aseem, infligir unos cuantos golpes de martillo más en los escombros de su colosal reputación.

¿Cómo voy a decir a los periodistas que no me considero distinto de Aseem, y por tanto no soy capaz de juzgarle? Yo me veo perfectamente reflejado en su egoísmo implacable. Mi abrupta marcha de tu vida no fue un acto de agresión menor que el que te infligió Aseem. Yo acabé castigándote por las traiciones que había perpetrado contra mí mismo, por abandonar a mi hermana y a mi madre, por mi vida hipotecada.

¿Con quién puedo hablar de la vergüenza de ser hombre, de mi complicidad en tanto sufrimiento?

Ni siquiera contigo. No sé si te enviaré lo que he escrito. Tal vez sea el silencio de un entendimiento imperfecto lo que ha de quedar entre nosotros. No debo lanzar una sombra más sobre tu mente.

Te imagino en tu villa, tras la inmensa ventana que parece un cuadro y que una tarde alteró de tal modo un paisaje tan conocido. ¿Puedo volver a Ranipur, a la casa que invadió la muerte, después de que te hayas marchado… y quién sabe cuánto tendré que esperar? Cuando intento mirar adelante, hacia el futuro, no consigo ver nada: unos años más, que insisten en que los viva.

Pero una cosa me parece segura: nunca te volveré a ver. Nuestra historia ha llegado a su fin. Era una historia de tantas que empiezan y acaban constantemente y en la que, al contrario de lo que siempre dijo Aseem, rara vez aprovechamos nuestra capacidad para hacer frente a nuestro destino o cambiarlo. Y aunque siempre nos quede el consuelo de que podemos correr a escondernos, no hay manera de escapar realmente de ese fárrago de deseos, engaños y remordimientos que llamamos «yo», y el reguero de devastación que esa nada deja tras de sí.

Por la noche, tarde ya, se apagaron las luces. Aquí los cortes de suministro pueden durar hasta veinticuatro horas, así que salvé el archivo, cerré el portátil y fui a tientas, a la luz de las barras del calentador eléctrico, que se iban apagando lentamente, hasta mi linterna.

Luego me envolví bien con la manta gruesa, salí al balcón y me volví a golpear en la cabeza con una de esas latas con flores que

cuelgan del marco de la puerta.

Fue un golpe fuerte. La lata vacía crujió al moverse, pero no tardé en agarrarla para que se quedara quieta.

La luna nueva derramaba silencio sobre el valle. El suelo brillaba levemente. Era casi medianoche y los monjes, puntuales en extremo, estaban ya dormidos: todos ellos, imaginé, en sus celdas como altares, entre *tankas*, cuencos, alfombras, lámparas, imágenes y manuscritos, envueltos en sus túnicas de un naranja y un amarillo tan vivos, con una pequeña lámpara de manteca prendida a su lado.

Y entonces vi una figura que subía trabajosamente la pendiente que llevaba al *gompa*, combada bajo el peso de la leña. En el estrecho sendero todos los trazos que configuran el mundo se habían perdido bajo la nieve blanca. Debía ser como andar por el espacio.

GLOSARIO DE TÉRMINOS EN HINDI

Aage bhado — ¡Vamos, date prisa!

Aanchal — Borde o remate, a menudo adornado, del sari o vestido.

Aarti — Ritual hindú de adoración.

Achkan — Prenda formal, utilizada por los novios para las bodas o en otras ceremonias. En su origen la utilizaban los hombres de clase alta. Es similar al *sherwani*, del que difiere en la abertura frontal, que en el *achkan* se sitúa a un lado y se cierra con cordones. Este tipo de cierre se llama *baghal bandi*.

Agarbatti — Incienso.

Almirah — Vasar.

Aloo — Patata.

Angeethi — (o *angithi*) Brasero para caldear una habitación o cocinar.

Baniyan — Camiseta interior masculina.

Barsaati — Escondrijo, vivienda.

Basti — Asentamiento, colonia.

Batasha — Pastel de azúcar hueco por dentro.

Beedi — Cigarrillo barato fabricado con tabaco sin procesar envuelto en hojas.

Behenchod — Insulto: «follahermanas», «follacuñadas», por extensión, cabrón.

Besan laddoo — Postre de origen indio elaborado a partir de harina de garbanzo y se asocia a todo tipo de festividades y celebraciones. Se suele preparar con almendras, pero también se puede elaborar con especias como cardamomo y canela y nueces o coco rallado.

Bindi — Tradicional punto de color rojo que se pinta en el centro

de la frente, entre las cejas. Utilizado en Asia meridional y el sudeste asiático, significa «reactivación de la energía interior».

Chaddhi — Ropa interior masculina o femenina.

Chai-wallah — Persona que vende té en un quiosco o de forma ambulante.

Chapatis — Pan horneado sin levadura, de aspecto plano, parecido a una torta.

Chappals — Sandalias de cuero. *Kolhapuri chappals* — sandalias de cuero típicas de Kolhapur (ciudad).

Charpoys — Banco, asiento o camastro.

Chautha — Día de luto y oración por un difunto celebrado al cuarto día del funeral.

Chawal — Arroz.

Chikan kurti — Tipo de *kurta*, como Lucknowi.

Chiknas — Blando, suave.

Chillum — Pipa para fumar cannabis.

Chokra — Niño.

Chowdikar — Vigilante.

Chulha — Horno tradicional indio, hecho de barro. Existen versiones modernas de gas.

Churail — Bruja, hechicera, arpía.

Churidars — Pantalones rectos tradicionales que utilizan los hombres y las mujeres en el subcontinente indio y Asia central.

Chutzpah — Descaro, remango, soltura.

Coolies — Trabajadores asiáticos no especializados.

Dal — Legumbres.

Dal-chawal — Plato de arroz con legumbres.

Dalit — Paria.

Dehati — Rústico, de pueblo.

Desi — Nativo, tradicional, de la zona.

Desi ghee — *Ghee* es mantequilla clarificada, una grasa láctea anhidra que se obtiene de la mantequilla al separar los sólidos lácteos y el agua de la grasa butírica. Se produce tradicionalmente derritiendo mantequilla y dejando que los diferentes componentes se separen por densidad, pero los métodos comerciales de producción incluyen la evaporación directa, la decantación y centrifugación seguidas de secado al vacío, o directamente extraída de la nata mediante un proceso de desemulsificación y centrifugado. *Desi* en este caso significa natural, casero.

Dhaba — Puesto, tenderete, pequeña tienda.

Dhobi — Hombre que hace la limpieza.

Dhoti — Prenda que llevan los varones hindúes: una pieza de tejido que se anuda a la cintura y cae hasta los pies, como una especie de faldón.

Diya — Lámpara de barro.

Gajar halwas — Pastel dulce de zanahoria que se toma como postre.

Gamcha — Toalla de algodón.

Ganja — Marihuana.

Ghazal — Poema lírico.

Gobi — También *ghobi*: Coliflor; *aloo gobhi* es una especie de curry seco usado en la cocina india. Se trata de una combinación muy popular de patata, coliflor y diversas especias: cúrcuma, semillas de cebolla y hojas de curry; *gobhi parathas* — pan plano relleno de coliflor.

Gujiya — Bola de masa dulce frita, a la que se puede dar forma de media luna, con frutos secos.

Honcho — Mandamás.

Jaapmala — Cordón de oración budista con cuentas que equivale a un rosario.

Janeu — Cordón sagrado formado con tres cabos de hilo que visten en ceremonias los sacerdotes y los miembros de las tres castas superiores.

Jasoosi — De espías (película, novela…).

Juttis — Calzado típico indio de mujer: plano y muy escotado, fabricado en cuero y bordado con hilos de oro o plata.

Kaalu — Insulto: renegrido. *Kaalu haramzada* o *kaalu bastard*: cabrón renegrido.

Kabadiwallah — Ropavejeros, tiendas de objetos usados.

Kachori — Aperitivo picante preparado con verduras y masa frita, originario del subcontinente indio.

Kadhi — Paño de hilo de algodón hilado y tejido a mano, mezclado en ocasiones con hilo de lana o seda para dar un aspecto más lujoso, o almidonado para conferir prestancia. Lo popularizó Ghandi, y con él se confeccionan mantones, saris o *kurtas*.

Khadi jholas — Bolsas de paño multicolor, bordadas o adornadas con cuentas, espejos, etc.

Kirana — Ultramarinos, comestibles; *kirana shop* — Colmado,

tienda de alimentos donde hay de todo un poco.

Kothri — Caseta.

Kurmi — Miembro de una casta de agricultores.

Kurta — Blusón suelto sin cuello típico de la India.

Lathi — Palo o vara larga y pesada que utiliza la policía para golpear.

Lehenga — Conjunto de falda larga de mucho vuelo y corpiño, normalmente corto, que constituye la vestimenta habitual femenina en celebraciones, fiestas e incluso bodas.

Lingam - *Shiva Lingam* es una piedra fósil negra que se emplea en el ritual de la puja, en honor a Shiva (dios de la creación y la destrucción). Además de en la adoración de Shiva, se usa en la meditación y como herramienta de compensación de energía. Es una representación simbólica del dios Shiva, y el término se emplea también para designar el pene.

Lungi — *Lunghi o lungui*, también conocido como *sarong*, es una prenda tradicional que se utiliza colocándola como si fuera una falda alrededor de la cintura en la India, Pakistán, Bangladés, Sri Lanka, Birmania, Brunei, Indonesia, Malasia, Singapur, cuerno de África y sur de la península arábiga.

Madrasa — En el mundo árabe, escuela.

Mandi — Mercado.

Mathri — Aperitivo preparado con harina, agua y semillas de carom que se origina por la necesidad de conservar la comida en buen estado. De ahí que se conserve en grandes recipientes de cristal o barro a temperatura ambiente. Es la comida típica que se lleva de excursión o en viajes.

Matki — Vasija.

Maulvi — En India, doctor en leyes, maestro o erudito musulmán.

Mithai — Pastelitos de almendra y pistacho.

Mohalla — Aldea, pueblo, comunidad.

Moped — Ciclomotor.

Naxal — Insurgentes indios de ideología maoísta organizados en guerrillas que apoya gran parte de la población rural y considerados terroristas por las autoridades indias.

Neem — Nimbo o margosa de la India, también conocido como *nim* o *neem* y lila india. Es un árbol perteneciente a la familia Meliaceae, originario de la India y de Birmania, que solo vive en regiones tropicales y subtropicales.

Nilgai — Toro azul de la India.

Nullah — Río.

Paan — *Buyo*: es una mezcla de nuez de areca, hoja de betel y cal de conchas, combinado a veces con tabaco curado, y aderezado con clavo de olor, cardamomo, anís, endulzantes y otros ingredientes, según el gusto local, que se masca en el sudeste y sur de Asia con efecto estimulante y psicotrópico.

Panditji — Sabio, maestro, erudito.

Paratha — Pan plano típico de los pueblos del subcontinente indio elaborado con harina de trigo en una sartén caliente con *ghee* o aceite, generalmente relleno de verduras.

Payal — Cadena, adorno similar a una pulsera, que se lleva en el tobillo.

Prasad — Nombre genérico para cualquier alimento que el sacerdote reparte en el templo de forma ritual, entre los fieles, tras ofrecérsela a la deidad.

Pujari — Sacerdote que realiza la puja.

Puris — Tipo de pan frito.

Raja beta / beti — Significa literalmente buen muchacho o buenos muchachos; se utiliza algo peyorativamente para designar a un niño mimado, supuestamente perfecto, y da nombre a un trastorno que sufren las madres similar al de la sobreprotección hacia los hijos, que da lugar a chicos con actitudes tiránicas pero poco independientes.

Rajma-chawal — Alubias con arroz hervido.

Rakshas — Demonio, diablo, mala persona.

Ras malai — También llamado *rasamalai* o *rasmalai*. Postre indio de origen bengalí. Son unas bolas aplanadas y azucaradas, de color crema o amarillas con *panir* (queso cuajado, no curado, típico de la india) empapado en *malai* (crema espesa que se prepara dejando cocer la leche entera no homogeneizada casi a 80 °C durante una hora. Al enfriarse aparece en la superficie una gruesa capa amarillenta de grasa y proteínas coaguladas que se retira.

Roti — Pan de trigo plano más fino que el *naan*.

Saala chamar — Insulto: «paria follacuñadas» (*saala* es la mujer del hermano, y *chamar* es un modo despectivo de llamar a los parias).

Sabji — Verduras.

Sadhu — Viejo sabio, asceta.

Sadri — Chaleco largo, abotonado y ceñido al cuerpo.

Sahibs — Significa amigo o compañero. En el texo, sería algo así como «colega».

Satyanarayanã Puja — Culto ritual del dios Vishnu. La puja se describe en el *Skanda Purana*, un texto sánscrito de la época medieval y narra el Satyanarayana Katha, que dicta diversos beneficios mundanos y espirituales que la puja aporta a los artistas. El Katha declara cómo la deidad Narayana promete ayudar a sus devotos durante Kali Yuga, la última de las cuatro edades en la cosmología hindú, en particular a los intérpretes y asistentes del Satyanarayana Puja. El Katha narra que la realización de la puja es en sí misma una promesa a Dios y relata las dificultades de los personajes que no logran completar la *puja* u olvidan sus promesas.

Shalwar-kameez — Prenda de vestir utilizada tanto por hombres como por mujeres que se asemeja a un pantalón amplio, ceñido con gomas en los tobillos.

Sharmiana — Tienda ceremonial de lona utilizada en la India para celebraciones al aire libre.

Sherwani — Chaqueta ajustada, tipo levita, y de manga larga utilizada por los varones en la India y el sur de Asia. Llega a la altura de las rodillas y va abotonada en la parte delantera. Puede ser sin cuello, con cuello camisero o con cuello Mao o Nehru.

Shlokas — Es la base del verso épico de la literatura hinduista, de dieciséis sílabas: se considera la estrofa de verso indio por excelencia, ya que se utiliza con mucha más frecuencia que cualquier otra en la poesía clásica escrita en sánscrito.

Sindoor — Polvo cosmético tradicional de color rojo o naranja que utilizan en la India las mujeres casadas a lo largo de la raya que parte el cabello.

Soot — Hollín.

Swami — Significa literalmente amo de sí mismo, pero también se emplea (es el caso en el texto) con el significado de señor o dueño.

Tehravi — Rito que marca el final del luto.

Thali — Plato o bandeja; plato típico de la India que se sirve en bandeja compartimentada, compuesto generalmente por una combinación de arroz, verduras, yogur y encurtidos, depende de la tradición local. Puede incluir un toque de productos dulces.

Thanedar — Jefe de policía.

Tharra — Licor destilado preparado ilegalmente con caña de azúcar. Como la destilación provoca un olor muy desagradable, se suele hacer en zonas rurales remotas y con la connivencia de las autoridades, dando lugar a un tráfico que deja muchos beneficios.

Thela — Carrito, puesto callejero.

Til ka lad-doo — También *til ke ladoo, laddoo* o *laddu* — Igual que en *besan ladoo*, es un bollo esférico crujiente preparado con sésamo.

Tonga — Carro de dos ruedas tirado por un caballo.

Tongawallah — Conductor de *tonga*.

NOTAS

[1] *Graduate Record Examinations*. Examen cuyo aprobado constituye uno de los requisitos de admisión a las escuelas de posgrado estadounidenses y de otros países anglosajones. Los test prácticos de GRE son ejercicios que hacen los alumnos para calibrar su posible nivel en el examen.

[2] Juego de mesa similar al billar, muy popular en la India.

[3] *Sociedad para la promoción de la música clásica y la cultura indias entre los jóvenes*. Movimiento apolítico participado por voluntarios y de ámbito nacional fundado en 1977 por el profesor Kiran Seth.

[4] Instituto Tecnológico de Massachusetts.

[5] *Cumulative Grade Point Average*: Sistema para medir el rendimiento académico general de un alumno, que se calcula sacando la media de la puntuación que obtiene el estudiante en cada semestre, dividida por el número total de créditos.

[6] Indian Institute of Management.

[7] Unidad de medida: 1 lakh = 100.000; 3 lakhs son 300.000 rupias.

[8] Término despectivo en hindi con que se designa en la India a las personas de raza blanca.

[9] William Wordsworth (1770-1850).

[10] Kuala Lumpur.